

LA PRIMERA VEZ QUE NO TE QUIERO

Lola López Mondéjar

Nuevos Tiempos **Siruela**



Lola López Mondéjar

La primera vez que no te quiero

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

LA PRIMERA VEZ QUE NO TE QUIERO

Epílogo prestado

Agradecimientos

Traducción de canciones citadas

Créditos

LA PRIMERA VEZ QUE NO TE QUIERO

A Patricio

Gatsby creía en la luz verde, el orgiástico futuro que, año tras año, aparece ante nosotros... Nos esquiva, pero no importa; mañana correremos más deprisa, abriremos los brazos, y... un buen día...

Y así vamos adelante, botes que reman contra la corriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado.

F. Scott Fitzgerald, *El gran Gatsby*

¿Qué son las esperanzas frustradas sino ocasiones para nuevos intentos?

Peter Sloterdijk, *Esferas I (Burbujas)*

Es decir,
yo ya no espero nada.
Y me da risa porque
no es la primera vez que no espero nada.
Tampoco es la primera vez que me río.
Ni la primera vez que me río sin alegría.
Ni la primera vez que estoy borracho
tarareando *Arrivederci Roma*.
Ni la primera vez que te quiero.

Pero es la primera vez que no te quiero.

Javier Marín Ceballos, «Leggero Dolore»,
Bufes, vida mía (1985)

Cuando tenía dos meses de edad, mi madre intentó ahogarme mientras me bañaba. Recuerdo su rostro ausente por encima del agua, sus ojos extraviados, mudos. Creo que no sabía lo que estaba haciendo. Entre el rostro de mi madre y el mío, apenas una pantalla de agua jabonosa de pocos centímetros, azul turquesa, como las paredes de la bañera de plástico que ella colocaba encima de la mesa de la cocina para que le fuese más cómodo.

A veces me veo a través de sus ojos: mi cara redonda de bebé, gordezuela, mi cabeza calva, abiertos los míos, despavoridos, explorando el rostro de la mujer que me sostiene con su brazo por debajo de la nuca y que parece haberse olvidado por completo de mí. El agua distorsiona mis rasgos, desdibujados por las refracciones de la luz que entra por la ventana, pero no me cabe duda de que ese bebé soy yo, y de que ella es mi madre, abandonada a un impulso siniestro, extravagante y mortal.

La repentina llegada de mi tía fue milagrosa; disponía de las llaves de la casa, y cuando llegó hasta donde mi madre me estaba matando gritó asustada:

—¿Pero qué haces?

Y su hermana reaccionó. Mi tía me sacó desmayada del agua, me colocó cabeza abajo, como había visto hacer tantas veces a la comadrona a la que acompañaba en los partos, y me golpeó con todas sus fuerzas en la espalda para reanimarme. Yo estaba completamente roja. Al trastorno causado por la falta de oxígeno se le llama anoxia. Los golpes de mi tía me ayudaron a respirar. Vací el agua de mis pulmones inundados con un llanto estridente que salió a borbotones por mi boquita deformada, y volví a la vida. Desde entonces me ha costado demasiado esfuerzo vivir. Desde entonces he sufrido de anoxia.

Mientras, mi madre miraba sonámbula por la ventana, ajena a los esfuerzos de su hermana.

No se lo contaron a nadie. A fin de cuentas solo había sido un infanticidio malogrado. Pero, a partir de entonces, mi tía vigiló muy de cerca mi crecimiento, y mi madre no volvió a mirarme directamente a los ojos. Creo que la culpa la mortificaba. Se hizo en extremo religiosa.

El Señor Oscuro decía que nosotros éramos como Sartre y Simone de Beauvoir. Eso decía. Lo que significaba que podíamos acostarnos con quien nos diese la gana sin que

nuestra pareja sufriera ningún daño. Yo le creía. Negaba mis propios sentimientos para creerle.

El Señor Oscuro era un gran seductor. En su célula maoísta tenía fama de severo; a la menor diferencia de criterio expulsaba a los disidentes en la mejor tradición de las purgas estalinistas. Yo le creía.

El Señor Oscuro se enamoró un día de una puta. Trabajaba de camarero en un bar de alterne porque era un gran revolucionario, y aunque su papá le financiaba la universidad con su sueldo de funcionario público, él necesitaba dinero de bolsillo para tabaco y copas.

El Señor Oscuro llegaba de madrugada, yo dormía en su cama a ras del suelo, con el camisón de seda enrollado en la cintura, y me introducía su pene oscuro por detrás, sin hablarme, sin decirme siquiera que me quería. Luego sí me hablaba largo y tendido sobre su puta. La puta era esto y aquello. Tenía una hija de tres años, era toda una mujer. El Señor Oscuro quería salvar a su puta de su destino aciago. Yo quería ser puta como ella, para que el Señor Oscuro les hablase a otros con el mismo entusiasmo sobre mí.

Mientras tanto, en aquellas madrugadas yo no era nadie; solo un dolor agudo oprimiéndome el cerebro y las entrañas. El Señor Oscuro me decía para consolarme:

—Patuchas, no pasa nada, te quiero solo a ti. Somos como Sartre y Simone de Beauvoir.

Entonces yo cogía mi dolor agudo y lo amordazaba, lo escondía en algún lugar desconocido de mí misma, y le sonreía.

Cuando él se marchaba, el dolor agudo volvía intacto, solo para mí.

Una noche, mientras regresaba satisfecha a casa después de haber asistido a un curso intensivo de pintura, lo recordé. En aquella ocasión había pintado un lago, un espejo brillante que reflejaba desde su interior la imagen del bosque otoñal que lo rodeaba. Al otro lado de las ventanillas de mi coche la llanura se extendía homogénea, intuida apenas a través de la oscuridad de la noche. Hacía frío y era feliz. Mientras conducía me gustaba imaginar que vivía miles de vidas distintas. Aquel día era una intrépida antropóloga que investigaba las tradiciones orales de los bosquimanos del Kalahari, sus leyendas sobre la creación del universo, sobre el origen del sol y de los hombres. Hacia la mitad del camino detuve el coche para echar gasolina, tomarme un café y llamar a mi madre para indicarle la hora aproximada de mi llegada. Pero cuando oí su voz, siempre tristísima por más que ella se esforzase en demostrar lo contrario, sentí que todas mis vidas imaginadas se evaporaban en un instante. Colgué en cuanto pude, y apenas tuve fuerzas para volver hasta el coche, dejarme caer en el asiento y reanudar la marcha.

En la carretera no había demasiado tráfico. Todo estaba exactamente igual que unos minutos antes, tranquilo y dispuesto a convertirse en un perfecto trampolín desde el que volvería a lanzar mi imaginación hacia el desierto de Kalahari, pero algo había cambiado

dentro de mí. Una melancolía infinita, original, arraigaba en lo más recóndito de mi alma. Un dolor innombrable, sin recuerdos ni causa aparente, me hizo desear la muerte. No me asusté, pues recordaba haber vivido otros momentos semejantes siempre que acariciaba la dicha, pero me propuse averiguar a toda costa de qué se trataba. Me prometí indagar, convertirme en investigadora y buscar la fuente de ese ritmo fatal y primigenio que vinculaba la alegría con la tristeza sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Entonces recordé el cuadro del lago. Tenía veintidós años.

En tiempos del Señor Oscuro yo vivía en una casa preciosa. La había amueblado de una sola vez, como se hacía entonces antes del matrimonio.

Tenía una bonita casa y un marido que me quería. Mi marido, antes de dormir, cogía la sábana superior de nuestra cama y fruncía el dobladillo en sucesivos pliegues hasta conseguir una especie de aguja de tela firme y alargada. Cuando consideraba que estaba perfecta, abría la boca, sacaba levemente por entre sus gruesos labios una lengua grande y rosada, y se acariciaba con aquella aguja de tela las aletas de la nariz. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo; entornaba los ojos en éxtasis y, finalmente, se dormía. Todas las sábanas superiores de nuestra cama tenían la huella de mil pliegues en la parte que correspondía a su lado. Era inútil plancharlas, era inútil insistir en hacer desaparecer aquellas señales, pues los pliegues volvían fieles a sí mismos, recuperando vagamente la forma que mi marido les imprimía antes de dormir. Dicen que los tejidos, al igual que las personas, tienen memoria.

Yo permanecía a su lado muda, incomprensida, alejada de ese paraíso infantil en el que él se introducía, observando cómo sus inocentes caricias le llevaban directamente al sueño y le alejaban poco a poco de mí.

Mi marido era alto y bueno, y me quería. Pero yo me enamoré locamente del Señor Oscuro, que era malo.

Así fue como, investigando sobre el agua del lago que había pintado, descubrí que mi madre quiso un día asesinarme. El agua de mi lago era tan azul como la de la bañera de plástico que fue su arma. Al llegar a casa le pregunté directamente si había pasado algo en mi infancia que estuviese relacionado con el agua, algo que pudiese explicar ese sentimiento de desamparo que me asaltaba siempre que me aproximaba a la dicha, pero ella –sin mirarme nunca a los ojos– me dijo que no recordaba nada, que no sabía, e hizo lo que hacía siempre que yo estaba presente: comenzó a quejarse de su vida. Lo hacía automáticamente, como si mi persona le convocase los pensamientos y las escenas más desesperanzadas. Por mi parte, cuando mi madre se quejaba, sentía que era la única culpable de su malestar. Me dijo que estaba muy agotada cuando nació, que sufría; pregúntale a la tía Luisa, añadió, como si mirase por la ventana de nuevo. Afirmó que tardé en nacer una semana, que los dolores le retorcían el cuerpo. Me contó que, por aquel entonces, mi padre la encerraba en casa y se llevaba consigo la llave porque tenía

celos de ella, que era muy hermosa. Mi madre me enseñó sus muslos blancos y sin vello y me dijo:

–Mira qué muslos tan bonitos tengo todavía.

Pero no entendí qué era exactamente lo que quería que viese, y me alejé de su lado.

Fue mi tía Luisa quien me lo contó, pues pensó que ya tenía edad suficiente para saberlo sin demasiadas consecuencias; que, a fin de cuentas, había sobrevivido, y me lo tomaría de un modo menos dramático después de tanto tiempo.

Desde entonces no he parado de darle vueltas al asunto; es algo más fuerte que yo. Mi tía me explicó lo ocurrido a su manera, y mientras lo hacía comprendí que aquel intento frustrado de asesinato era la verdadera causa de mis recurrentes asaltos de dolor oscuro. A partir de su revelación, el recuerdo se hizo más y más preciso, y los asaltos de dolor oscuro dejaron, por fin, de fustigarme.

Pero no fue del todo así.

Mi marido y yo estudiábamos en la universidad. Cada uno lo suyo. También trabajábamos, cada uno en lo suyo, para pagarnos las compras del sábado por la mañana, la luz, el agua, la calefacción y los libros. No necesitábamos mucho más. Mi marido y yo éramos en apariencia una pareja perfecta. Las parejas de amigos solteros venían a nuestra casa para acostarse juntos durante las interminables tardes de invierno, mientras nosotros estudiábamos o veíamos películas en el salón.

Cuando mis amigos entraban en el cuarto de invitados para hacer el amor les envidiaba, porque desde el mismo día de nuestra boda sentí que, en adelante, hacer el amor con mi marido se convertiría en algo muy distinto de lo que había sido hasta entonces. Y no me equivoqué.

Luego salían sonrojados, cómplices, con el secreto de su sexualidad intacto. Me hubiera gustado mirales mientras hacían el amor para saber si sentían lo mismo que yo. Pero no me hubiesen dejado.

Mi padrino era un hombre autoritario. Tenía ocho hijas, ningún varón. Ejercía un poder absoluto sobre sus hermanas, las tres viudas, y sobre los cuatro hijos de estas. Uno de ellos era mi padre.

A mi padrino le encantaba colocarme delante del horno donde se cocía el pan, bajarme las braguitas y sacarme las lombrices por el ano con una aguja de ganchillo. Las atraía con el aceite tibio de un candil. Creo que recuerdo la sensación de los gusanos deslizándose por mi esfínter, y la cara de mi padrino, agachado sobre mis nalgas, con expresión científica. A veces pienso que me trataban como si fuese un alimento.

A los pocos meses de casarnos, mi marido y yo nos compramos un Citroën dos

caballos amarillo con el que íbamos juntos a la facultad. Yo sabía conducir tan bien como él, pero a su lado me sentía tan ignorante y gris como imaginaba que debía de sentirse mi madre junto a mi padre. Por eso siempre le dejaba conducir a él. Por eso, también, nada más casarnos, hacer el amor con mi marido se convirtió en algo completamente aburrido y distinto: porque cuando me casé me volví otra.

¿Cómo debe ser una mujer casada?, me pregunté, y la única respuesta que recayó sobre mí fue la imperiosa obligación de parecerme a mi madre: modelo de esposa perfecta, hacendosa y sumisa a la que nunca había querido imitar.

Nuestra vida matrimonial estaba llena de pequeños ritos. Los sábados por la mañana tocaba ir al mercado, limpiar mi preciosa casa y cocinar la comida que comeríamos, congelada y en sus respectivos tupperware, durante el resto de la semana. Mi marido era un hombre ordenado al que le gustaban las ceremonias. Por la tarde descansábamos.

Creo que cuando me casé intenté ser una perfecta ama de casa como mi madre, y me olvidé completamente de mí.

Mis padres no se divertían nunca; no iban al cine ni a ningún concierto, no salían de paseo ni invitaban a los amigos a cenar. Mis padres pasaban su tiempo libre viendo la televisión o trabajando en otra cosa. Solo mi madre se entretenía pintando cuadros al óleo que mi padre criticaba, pues le parecía un despilfarro intolerable el innecesario gasto en pintura.

Siempre he luchado por quitarme de la carne la mezquina idea de la vida que tenía mi padre. Si en mi pasado solo hubieran existido ellos, creo que me habría vuelto completamente loca. Pero estaban los otros, y la vida se colaba por todas partes en la fría tumba que era mi hogar.

Afortunadamente para mí, por entonces no se cerraban nunca las puertas de las casas.

Al Señor Oscuro lo conocí en un grupo de estudio sobre marxismo y psicoanálisis. Éramos muchos, la mayoría estudiantes de primero de diferentes carreras a los que se sumaron un par de hippies argentinos que vendían joyas artesanales en los mercadillos y al por mayor. Quien coordinaba el grupo de estudio era un psicoanalista también argentino que había huido de la dictadura del general Videla. Reverenciábamos a aquel hombre bajito que venía desde Madrid acompañado por una amante excéntrica, que nunca se quitaba el sombrero y vestía ropas multicolores. Le llamaremos Armando Primero. Mis dos maestros argentinos se llamaron Armando. Mi marido, celoso de mi admiración hacia ellos, bromeaba con su nombre y me decía por lo bajo:

—¡Menudos son los Armandos!

Se reía de ellos y de nuestra reverencia. Era un marido pragmático y realista. Yo pensaba que no me entendía. Me rebelaba. ¿Qué sabía él de marxismo y psicoanálisis?, ¿qué sabía él de nada?

Decía:

–Estos Armandos lo que quieren es acostarse con todas vosotras. ¡Vaya chollo! – repetía–, y seréis tan bobas que se lo permitiréis.

Aunque, en realidad, lo que él decía exactamente era:

–Esos viejos verdes solo quieren follar con vosotras.

Yo no quería que nadie le oyera decir esas cosas tan soeces.

–No digas eso –le suplicaba. Pero él no se daba cuenta de lo serio e importante que para mí era esta protesta.

Tal vez debido a su propia opinión sobre los Armandos, mi marido me recogía siempre al terminar las reuniones de grupo para llevarme directamente a nuestra preciosa casa. Los demás se quedaban juntos, salían de copas, bailaban en el bar de alterne donde trabajaba el Señor Oscuro, mientras yo me iba con él en el Renault 12 de su padre, mucho antes de comprarnos nuestro Citroën dos caballos amarillo.

Al desván que quedaba sobre el techo del horno le llamaban alcabor, y era una habitación amplia y cálida. Tenía un par de ventanas en la zona que daba a la calle, el resto siempre estaba en penumbra. Subía a menudo hasta allí, atraída por los manejos de mi prima. Tenía seis años más que yo, y era preciosa. A mi prima le gustaba tocarme los genitales con una pajita. Me excitaba, y aquella excitación se quedaba dando vueltas por mi cuerpo, se posaba en las articulaciones del cuello, en los codos y en las rodillas, y no se alejaba de mí. Yo quería que se marchase como fuera, y giraba mi cuello en todas direcciones, corría y saltaba, sin conseguir apenas desprenderme de ella.

En el colegio les pedía a mis compañeras que me golpeasen en la nuca, fuerte, insistía, para ver si la excitación abandonaba mi cuerpo de una vez por todas, pero todavía no he logrado que desaparezca.

Me moría de aburrimiento. Los Armandos Primero y Segundo solo tenían cuarenta y pocos años, pero ya eran unos viejos para nosotros; y unos perversos también, en opinión de mi marido.

El marxismo y Rosa Luxemburgo nos enseñaban teóricamente cómo tenía que hacerse la revolución, pero, entre líneas, yo iba comprendiendo poco a poco en qué consistía ser una auténtica revolucionaria.

He aquí algunos de mis primeros descubrimientos:

1. Una revolucionaria no puede llevar abrigos Loden, vestir camisas Lacoste, ni calzar zapatos castellanos.
2. Una revolucionaria no puede tener una pareja estable, ni mucho menos cerrada.
3. Una revolucionaria no puede tener propiedad privada.
4. Una revolucionaria no puede decir NUNCA que NO a sus amigos.

5. Una revolucionaria practica el sexo libremente, sin complejos.

6. Una revolucionaria bebe pésimo vino tinto y come cascaruja.

Yo deseaba ardientemente ser revolucionaria, pero me costaba mucho esfuerzo cumplir estos y otros preceptos semejantes.

Un día, en el patio de mi colegio de monjas, me golpeé con una piedra detrás de la cabeza y me desmayé. Mis amigas me habían alzado hasta una rama horizontal de un enorme eucalipto, sobre la que colocábamos las manos y nos dejábamos columpiar por el impulso que las compañeras ejercían sobre nuestra espalda. Pero mis manos resbalaron de la rama aquel día, caí hacia atrás y me golpeé contra una piedra.

Durante el tiempo que estuve inconsciente creo que vi a san Pedro. Estaba en las puertas del cielo y le pedí que me dejase entrar en él, pero san Pedro me sonrió con infinita bondad y me dijo:

–Todavía no ha llegado tu hora.

Las monjas no me creyeron. Se mostraron tan escépticas que llegué a dudar de la fortaleza y autenticidad de su fe. Solo mis amigas me preguntaron después, impacientes y curiosas, sobre los más mínimos detalles de aquella increíble aventura celestial.

En el tren que nos llevaba desde nuestra ciudad a Portbou, el Señor Oscuro le metía mano delante de mis narices a otra revolucionaria que se llamaba Floren, aunque era mucho más fea que yo. Yo lo miraba tímidamente para recordarle que estaba allí, pero él andaba absorto en su tarea, sin dedicarme siquiera una pequeña sonrisa de comprensión, de modo que empecé a enfermar por dentro en el kilómetro 15, y a agonizar en el 32. Calculo que habría muerto del todo en el 55, pero el Señor Oscuro, que tenía un olfato felino para no llevar nunca las cosas hasta el final, se levantó de repente en el kilómetro 54, cruzó el estrecho pasillo que nos separaba, me besó en la cabeza y me dijo:

–Patuchas, nunca olvides que nosotros somos la auténtica pareja.

–¿Sabe eso también Floren? –me habría gustado decirle.

Pero no me atreví. ¿Podían hacer semejantes preguntas las verdaderas revolucionarias?

Floren me caía muy bien. Era una buena chica. Estaba segura de que ella también hacía esas cosas para conseguir ser tan buena revolucionaria como yo quería llegar a ser. Así que le agradecí al Señor Oscuro con un beso que viniera a decirme lo que me dijo, y callé.

Era el mes de septiembre.

Hubiera querido saber si las mujeres que se acostaban con el Señor Oscuro le amaban tanto como yo. Pues si lo hacían, si su amor era tan fuerte como el que yo le profesaba,

si realmente lo era, ¿cómo podían aguantar entonces que fuera yo y no ellas su auténtica pareja?

Una y solo una podía ser la respuesta: las amigas del Señor Oscuro, la Pecas (tan alta, tan blanca, tan pecosa), María José, la de los pechos grandes, muy grandes, distinguida militante del Partido de los Trabajadores de España, Rosa, Kari, en fin, la puta. Todas ellas eran mucho más generosas con sus cuerpos... y mejores revolucionarias que yo.

En el amargo paisaje de mi infancia se alzaba como un reconfortante oasis de luz la finca de mis abuelos maternos. Era una casa de campo blanca, con el tejado inclinado, asimétrico, más largo por el lado que cubría los almacenes y las cuadras. Delante de la casa había una explanada sombría, al amparo de dos enormes moreras, y, a la izquierda de la fachada principal, un aljibe de agua fresca cuyo eco probaba con insistencia durante los ociosos meses de verano. Con la humedad oscura del aljibe refrescándome el rostro gritaba una palabra solitaria, y el agua que centelleaba en su fondo me la devolvía una y otra vez, exacta a sí misma.

Bordeando la explanada corría un riachuelo de aguas transparentes que se hacía más profundo al llegar a una poza bulliciosa, donde nos bañábamos mi hermana y yo junto a los hijos de los vecinos. Desde las moreras, el canto de las cigarras acompañaba nuestras meriendas de arroz con leche con rodajas de limón y canela, el arroz más exquisito del mundo, el que nos hacía mi abuela.

Canela y limón, los sabores de mi infancia.

Me acosté por primera vez con el Señor Oscuro un caluroso día del mes de mayo.

Cuando dejé sigilosamente a mi marido en nuestra cama, él se dio una vuelta entera sobre el colchón –como una tortilla, pensé–, y me preguntó tiernamente, aunque con escasa curiosidad:

–¿Adónde vas?

Pero, como también tenía mucho sueño, cuando le respondí:

–Tengo alergia, voy a comprar algo a la farmacia.

No me hizo demasiado caso.

Hacía algún tiempo que había aprendido a decirle a mi marido solo lo indispensable. Por ejemplo, cuando en las escasas ocasiones en que él no había pasado a recogerme, volvía de los seminarios sobre marxismo y psicoanálisis a las cuatro de la mañana y me metía en la cama a su lado intentando no hacer demasiado ruido, mi marido me preguntaba en duermevela:

–¿De dónde vienes a estas horas?

Y yo le respondía:

–Del baño –lo cual era estrictamente cierto.

Entonces él continuaba durmiendo. En el fondo de su ser podía más el paraíso infantil de sus sueños que su desconfianza. Era, insisto, un hombre exquisito y bueno.

Mi abuela paterna me hizo una vez una tortilla de dos huevos para merendar. Mi abuela no era una mujer demasiado dulce, pero estaba viva, no le pasaba lo que a mi madre, que moría un poco cada madrugada. Guardaba las sartenes debajo del hornillo, y entre una y otra colocaba un papel de periódico engrasado en aceite. Cuando ya me había comido media tortilla, al cortar con el tenedor un nuevo trozo, apareció el dorso negro y brillante de una cucaracha. No dije nada para no herir a mi abuela. Pero el asco que sentí aún no me abandona.

Una vez al mes, los grupos los coordinaba el otro Armando. Era un hombre alto y grueso, con una risa estentórea y modales tan desenvueltos que parecía el dueño del mundo. Le llamaremos Armando Segundo. Las reuniones tenían lugar en otra ciudad junto al mar, a una hora de camino de la nuestra.

Armando Segundo nos besaba en el cuello al llegar, metía su lengua con descaro en el interior de nuestras orejas jóvenes y nos decía que nos quería. Mientras lo hacía, en algún lugar de mi confundida cabeza, comenzaba a pensar que mi marido tenía razón, que Armando Segundo no era más que un viejo verde y sin escrúpulos; pero de inmediato me corregía a mí misma, recriminándome: sin lugar a dudas, semejantes pensamientos, llenos de malicia, no eran más que restos de mi atrasada educación pequeñoburguesa, católica y conservadora. Contra ellos solo cabía una rápida y contundente acción: suprimirlos de inmediato radicalmente, e interpretar los descarados avances de Armando Segundo desde la moderna y candorosa perspectiva actual.

Además, y esta era otra norma recién descubierta que hemos de añadir al decálogo del buen revolucionario:

7. Una auténtica revolucionaria debe dejar que le chupe el cuello y las orejas su profesor de marxismo y psicoanálisis sin ofenderse.

Cuando le preguntaba a mi madre sobre cualquier acontecimiento de mi infancia encogía los hombros, adelantaba la cabeza en un gesto que le era peculiar, y me sugería:

–Pregúntale a tu tía.

O también:

—Pregúntale a la abuelita.

No sabía responder con precisión a ninguna de mis preguntas. Permanecía inexpresiva, ausente, como si ella nunca hubiera estado conmigo. Pero, de ser así, ¿dónde estuvo mi madre entonces?

Esa y no otra era la auténtica realidad: mis escrúpulos eran simple y llanamente contrarrevolucionarios. Las caricias linguales de Armando Segundo nunca me excitaban, sino que me producían escalofríos de asco, pero se las permitía con estoicismo como la auténtica y sufrida revolucionaria que deseaba llegar a ser, sin ofrecer reaccionariamente ninguna resistencia.

Después de nuestras reuniones, ya bien entrada la madrugada, solía llevarnos de fiesta a unos locales increíbles que jamás hubiera podido sospechar siquiera que existiesen. Bailábamos con él tangos muy agarrados, bebíamos vino, nos dejábamos besar y que nos pusiera la mano en el muslo; y nos reíamos muchísimo con sus bromas.

Una noche fuimos hasta la casa de Gustavo, otro exiliado argentino alto y grande que nos había explicado meses antes el complejo de castración y el complejo de Edipo, y empezamos a llamarlo a voces desde la calle. Eran las tres de la mañana y los vecinos dormían, cosa que, como venía siendo habitual, solo yo parecía tomar en cuenta. Gustavo abrió la ventana, nos gritó que esperásemos unos minutos y se unió alegremente a nosotros poco después. Nos marchamos juntos a un restaurante que ya había cerrado, cuyo dueño, abrazado fraternalmente a Armando, nos cocinó, sin objetar ningún inconveniente por lo intempestivo de la hora, un riquísimo asado.

Armando Segundo había escapado por los pelos de la represión argentina. Fueron unos vecinos quienes le avisaron del registro que los milicos habían realizado por la mañana en su domicilio. Nunca pudo volver. Se marchó con lo puesto y a partir de ahí, imperturbable luchador contra todo lo que oliese a autoridad, solía saltarse todas y cada una de las normas, incluida la de abstinencia que, según nos había enseñado él mismo en su seminario, debe regir la buena práctica de un psicoanalista respetable.

Era pues, desde todos los puntos de vista, un hombre coherente.

Pero aquella resultó ser la vida que yo quería vivir. Una vida auténtica, aventurera, perfecta, donde todas las piezas encajaban.

Todas las piezas menos una.

Las palabras no me alcanzan para bajar al abismo de mi infancia. Las palabras son tramposas, no sé cómo abandonarlas, o cómo forzarlas para hacerles decir la verdad. Odio estas palabras que no saben atrapar el horror de mis primeros años, que me dejan a solas con él, que no lo destruyen de una vez para siempre.

En mi casa había ratones, docenas de ellos. Mi padre vendía piensos compuestos; la cortina de la puerta principal era un regalo publicitario de una marca concreta, Pienso Diana, y estaba decorada con diferentes animales: un burro, un cerdo, un conejo, una gallina, un gallo, recortados y cosidos con tela superpuesta sobre un pesado tejido marrón.

Yo era alérgica a los piensos. No soportaba el olor penetrante de las gramíneas, ni el polvo que se levantaba cada vez que mi padre o mi madre introducían la pala en el saco de arpillera y volcaban su contenido en el peso o en el recipiente del comprador, colocado sobre la enorme báscula de hierro pintada de verde. Estornudaba, me picaban los ojos y la garganta, se irritaban todas mis mucosas, el interior entero de mi cuerpo me escocía con una inquina insaciable que no sabía cómo calmar. Corría de un lado a otro, me echaba agua, me rascaba, pero el prurito nunca cedía. Mi cuerpo se resistía a las invasiones del mundo.

Un día mi padre mató a puñetazos decenas de ratones que se escondían entre los sacos de pienso del almacén. Estaba pletórico; yo solo sentía un asco infinito, una alergia del alma, una desazón que ni siquiera podía expresar. ¿Por qué nunca me alegraban las mismas cosas que alegraban a mis padres? ¿De dónde venía yo?

—A ti te recogieron de una caravana de gitanos —afirmaban mis primas, guasonas.

Siempre he creído lo que las personas mayores me contaban, de manera que durante un tiempo dudé sinceramente que fuese auténtica hija de mis padres, hasta que comprendí que aquella broma se la dirigían los adultos, sin excepción, a todos los niños.

Mi madre también solía decirme.

—Pareces hija de la polla roja.

Pero yo no entendía qué quería decir con esas palabras, ni de dónde procedía la irritación que las empañaba. Solo percibía su constante extrañamiento hacia mí y mis incomprensibles escrúpulos.

El Señor Oscuro formaba parte de esa vida. Mi marido no, él era la pieza que sobraba.

Me enamoré hasta tal punto de él que el amor me secuestró el sueño. Lo deseaba tanto que estaba convencida de que, de no tenerlo pronto, acabaría muriéndome de deseo. Por eso le dije a mi marido:

—Tengo alergia, voy a comprar algo a la farmacia.

Y me fui directamente a su piso. Era un domingo del mes de mayo y los fieles cristianos celebraban las comuniones de sus hijos. Las calles estaban repletas de familias que se encaminaban hacia la iglesia con los niños y las niñas de la mano, vestidos de blanco como angelitos. Mi alma estrenaba el negro, pero mi deseo podía más que todos mis remordimientos juntos.

Necesité de todas mis fuerzas para llegar hasta él, para llevar a cabo una resolución que no admitía más demora. Fue una decisión a vida o muerte, ya que estaba firmemente

convencida de que, si no lo hacía de inmediato, de veras moriría.

Ni una sola vez dudé de que él no estuviera en su casa, tampoco se me ocurrió que estuviese acompañado. No pensaba más que en mi desmedido deseo de tenerlo, de abrazarlo, de acariciarle despacito el contorno de su boca; solo tenía ojos para mi vacío interior atormentado.

No recuerdo cómo fue aquella primera vez. Pero cuando volví a mi preciosa casa sin alergia, mi marido me miró a la cara sonriente y me preguntó:

—¿Y la alergia?

Se lo conté allí mismo, de pie, apoyada en la puerta de la cocina. Le dije, he ido a buscarlo. Me dijo, vale, vale, vale. Repitió tres veces esa palabra. Cogió su pijama de debajo de nuestra cabecera y se marchó a otra habitación. Nunca volvimos a dormir juntos. Las sábanas de la cama de invitados comenzaron a lucir los mismos pliegues que las otras.

Los Piensos Diana podrían haberme matado, según se supo más tarde. Pocos meses después de mi nacimiento comencé a desarrollar una enfermedad epidérmica que afectaba a toda la superficie de mi cuerpo. La piel se levantaba en ampollas que yo rascaba con la insistencia y la tenacidad de un bebé rabioso. Mis uñas me provocaban a su vez múltiples heridas, de manera que debía ser vigilada constantemente para no producirme daños irreparables en la piel. Durante las noches, mis padres envolvían mis manos con vendas impregnadas en pomadas calmantes que un dermatólogo de la ciudad les recetaba. Parecían dos muñones de leproso ocultando la mutilación de los dedos. Si conseguía, desesperada, romper la cárcel de las vendas, volvía a arañar mi cara con ensañamiento hasta hacerme sangrar.

Mi madre cuenta que hablé antes de que me salieran los dientes. Como si tuviera hambre de palabras desde el mismo día en que nací.

—Parecías una vieja desdentada —añadía, con la crueldad que le era habitual cuando se trataba de mí.

Doña Carmen, mi vecina, era una mujer adusta y delgada, que me sacaba de paseo apenas comencé a andar. Cuando la gente me veía cogida de su mano se compadecía.

—¿Qué le pasa a la niña? —le preguntaban.

Y doña Carmen les respondía de malas maneras.

—¿Y a usted qué le importa?

Mis padres no debían de estar muy orgullosos de tener una hija como yo. Un pequeño monstruo llagado y parlanchín, cuyo cuerpo herido rechazaba su entorno. Cuando cumplí quince meses y quince días exactos nació mi hermana, que siempre fue un bebé sano y hermoso.

Terminaba todas mis noches en la cama del Señor Oscuro. Me acostaba sola porque él estaba trabajando en el bar de alterne, y esperaba semidormida a que volviese de madrugada y me amase. Estaba loca por él. Ni una sola noche dudé en visitarlo.

Por la mañana, cuando salía de su piso de estudiantes, sus compañeros me observaban incrédulos, como si viesen un fantasma. Desde entonces padezco de fotosensibilidad. Mis ojos salían a la luz enrojecidos bajo mis oscuras gafas de sol estilo Greta Garbo. Estaba orgullosa de mi osadía, de la intrépida mujer en la que me estaba convirtiendo.

La vida comenzaba a tener sentido.

Por su parte, mi marido no se permitió ningún reproche. Era un hombre caballeroso y elegante. En realidad, según me contó después, no lo hizo porque pensaba que me estaba volviendo loca, loca de remate, y que no serviría de nada intentar que entrase en razón. Yo también creo que fue así.

Creo que le daba auténtica pena, pues él supo anticiparse a lo que después pasó.

Por la mañana temprano volvía a mi casa con el semen del Señor Oscuro humedeciéndome los muslos, me daba una ducha y, durante el resto del día, continuaba con mi existencia normal. Vivía desdoblada entre una vida pública y otra secreta, nocturna; a veces me sentía como la novia de Drácula. Esto duró varios meses, justo hasta el día en el que subí al tren en dirección a Portbou.

Tantas veces me llevaron a la consulta del dermatólogo que terminé reconociendo la calle. Cuenta mi madre que, cuando nos aproximábamos, yo lloraba a pleno pulmón intentando que no siguiésemos por ese camino.

El médico no acertaba. Comenzó a aplicarme penicilina, pero el tratamiento incrementó los eczemas; parecía un monstruo llagado y lleno de costras, una espantosa niña adefesio escrutada por los vecinos con repulsión y lástima.

La enfermedad continuó afectándome hasta los tres años. Mi madre, desesperada, me llevó entonces a casa de mis abuelos maternos, que vivían en el campo, a unos pocos kilómetros de la ciudad, y decidió por su cuenta que abandonara definitivamente la medicación. Apenas transcurrieron allí unos días y mi alergia remitió por completo. De modo que puede decirse que mi madre me salvó, que saldó con un temerario gesto de afirmación su deuda conmigo.

Cuenta que todas las tardes iba a verme caminando, y que volvía con mi padre al anochecer, montados ambos en la misma bicicleta. Lo cuenta como quien describe un grandioso gesto de amor.

—Al menos que yo no os vea —le pedí.

El Señor Oscuro fue condescendiente, y Floren y él salieron al pasillo del tren para

seguir besándose. La noche fue muy larga. Yo fingía dormir, pero les observaba aún cuando volvieron y se sentaron de nuevo frente a mí, sin saber exactamente qué era lo que habían hecho durante su ausencia, ni cuál era la señal que yo andaba buscando en sus rostros acalorados.

Al Señor Oscuro le gustaban todas las mujeres. Daba igual que fueran más feas o más guapas que yo, le gustaban todas y las conseguía a todas porque nunca hablaba ni una palabra de más, de manera que cada mujer podía imaginar que él era la encarnación del hombre que ella soñaba.

El nombre de Señor Oscuro le viene de su capacidad de transformista. Fue mi Mejor Amigo quien lo bautizó así.

A veces mi Mejor Amigo y yo esperábamos a que el Señor Oscuro saliese del bar paseando por la ciudad hasta la madrugada. Hablábamos tanto y de tantas cosas interesantes que no podría hacer aquí un breve resumen de nuestras charlas. Mi Mejor Amigo era poeta y amaba a los piratas. Me quería más que el Señor Oscuro, pero yo no deseaba pensar en ello, y, sobre todo, no lo deseaba de la misma manera a él.

You've got a friend.

Pero no todo era malo en la casa de mi infancia.

Me gustaba el fresco de la habitación en penumbra de mis padres, con su ventana abierta que daba directamente al patio repleto de plantas, y las cortinas flotando como velas en la brisa refrescante de la tarde.

Me gustaba ponerme enferma y que mi madre me cuidase. Quedarme inmóvil en el interior de las sábanas limpiísimas y recién planchadas, el olor a medicinas y a Vick Vaporub, comer en la cama, y sentir la mano de mi madre presionando suavemente mi frente para comprobar si ascendía la fiebre.

A mi padre no lo conocía, era opaco, duro, ausente. Mi madre nos transmitía sus mensajes en diferido, o quizá solo se trataba de sus propios miedos, en él depositados.

—Cuando venga el papá...

Creo que no había muchas más cosas que me gustasen.

Siempre he llevado dentro una tristeza infinita, y el deseo inmenso de morirme, de desaparecer, de dejar de luchar de una vez por todas contra ella.

Sí, había otras cosas que también me gustaban: me gustaba mirar los efectos de la lluvia en la cuesta que ascendía hacia mi colegio de monjas; el agua erosionando la tierra cada vez más húmeda, y los riachuelos turbulentos que se precipitaban pendiente abajo; observar el momento justo en que se desprendía una porción de tierra y caía en la corriente, desapareciendo en ella, como sucede en los polos durante el deshielo de los glaciares.

Me gustaba mojarme los pies, como a todos los niños, durante las cálidas tormentas de primavera.

Hacer barcos con las hojas de las cañas, doblando hacia dentro un extremo y otro. Me gustaban bastantes cosas del mundo, pero ninguna otra de nuestra casa.

En Ventimiglia cambiamos de tren. Compramos bocadillos de jamón y queso y coca-colas. Yo tenía los ojos enrojecidos, como era habitual en mí desde hacía muchos meses, por debajo de mis gafas estilo Greta Garbo. Llevaba un sombrero hongo gris y un abrigo de espiguilla del mismo color, muy elegante, aunque el Señor Oscuro no parecía apreciarlo.

Cuando llegamos a Milán, el Señor Oscuro continuó con Floren rumbo a Trieste, para comprobar con sus propios ojos la marcha de la ley que sacaba a los enfermos mentales de los manicomios. Los nombres de Basaglia, Cooper y Rotelli eran tan revolucionarios para nosotros como los de Leon Trotski, Marta Harnecker o Rosa Luxemburgo. Yo me despedí de él en la estación. Tenía que quedarme unos días en la Enorme Ciudad Desconocida buscando el alojamiento en el que viviríamos en lo sucesivo mis dos amigas, Ana y Camila, él y yo. Los cuatro íbamos tras los pasos de Armando Segundo, que nos había prometido enseñarnos todo lo que sabía sobre psicoanálisis y sobre psicología social y de grupo.

Por alguna extraña razón siempre me tocaba a mí resolver aquellas prosaicas cuestiones de intendencia. Estaba convencida de que ese tipo de encargos se me asignaba debido, simplemente, a mi origen pequeñoburgués; que eran una especie de penitencia para compensar mi notable bastardía revolucionaria. De modo que mientras mis amigos seguían rumbo a Trieste, mi cuadriculada mentalidad utilitarista se interrogaba: ¿dónde vamos a dormir?, ¿qué y cómo vamos a comer?, ¿cuánto podremos pagar de alquiler?, y cosas por el estilo.

Nunca me sentí pura del todo. Pura como el Señor Oscuro, como Rosa, como Tomy, como Nico, como Camila y el Corso (por Corso Maltés), como Lucrecia, como Carlos, etcétera; es decir, como el resto de mis compañeros del seminario de marxismo y psicoanálisis. Yo pertenecía a otra estirpe, una estirpe de advenedizos, de desclasados. No sabía cuál era la diferencia entre la Primera y la Cuarta Internacional, no tenía ni idea de esas cosas, solo lo que iba captando poco a poco, aquí y allá, entre líneas, en nuestras reuniones clandestinas de la Liga Comunista.

Era trotskista, y no maoísta como el Señor Oscuro, porque compartía las convicciones de mi primer novio, por pura casualidad; pero quería pertenecer a la tribu de los rebeldes. Quería formar parte de esa vida, abandonar de una vez por todas la triste penumbra de mi casa paterna, el aburrimiento solemne de mi preciosa casa de recién casada, amueblada con colores dulces y apacibles, e introducirme en el mundo de la noche, en el mundo de dolor del tren a Portbou, porque, al menos allí, sentía que estaba viva.

Cuando mi madre me mandaba a hacer un recado, más valía que lo hiciese con gusto. Atravesaba la plaza sin asfaltar, repleta de accidentes geográficos, abruptas grietas producidas por las lluvias, una mota de tierra a cuyos pies crecía una hermosa acacia, piedras enormes que cambiaban de sitio con cada tormenta..., con la determinación de una exploradora. Un día protesté demasiado cuando me mandó a la tienda a por una docena de huevos, y a la vuelta, tropecé y los huevos se rompieron; se estrellaron contra una peligrosa cordillera de cumbres nevadas –recuerdo que eran los montes del Himalaya, el Everest concretamente, al que mi padre era muy aficionado– y quedaron reducidos a un amasijo amarillo y sucio. Me asusté tanto que, en lugar de regresar a casa, me escondí en un portón frente a la de mi abuela, para que ella me protegiera de la ira de mi madre.

Mi abuela tardó mucho en aparecer. Tal vez estuviera de visita, o esperándome junto a mamá para hacer una auténtica tortilla con aquellos huevos estrellados. Sabía que las cosas empeorarían a medida que mi demora se hiciese más larga, pero era incapaz de enfrentarme sola a ella. Si al volver mi padre del trabajo no encontraba su par de huevos fritos para la cena, la catástrofe estaría asegurada. Pero mis pies no se movían de aquel portón en penumbra. Cuando por fin regresó a su casa, mi abuela se compadeció de mí.

–No pasa nada, no pasa nada –me dijo, y me acompañó, con sus manos artríticas puestas sobre mis hombros, hasta la casa de mis padres. El miedo me enmudecía.

A pesar de mis explicaciones sobre los peligrosos accidentes geográficos que recorrían nuestra plaza, sobre el Everest y el Himalaya, el Nilo y el Amazonas, o el cañón del Colorado, mi madre afirmó que los huevos se habían roto, precisamente, por cumplir su recado de mala gana. En su pequeño mundo doméstico no había lugar para el azar ni para la geografía.

Desde entonces intento buscar en todas las desgracias la parte de culpa que me corresponde, y siempre, siempre, consigo encontrarla.

–Tienes que irte de aquí, no puedo vivir sabiendo que te marchas cada noche a dormir con otro –me dijo mi marido un día.

Y me marché de mi preciosa casa a un nuevo piso de estudiantes para vivir en compañía de mi Mejor Amigo y del Señor Oscuro. En total éramos seis chicos y yo. Todos auténticos revolucionarios. Por las noches, mientras esperaba el regreso del Señor Oscuro, mis compañeros de piso venían hasta mi habitación para contarme sus propias aventuras. No importaba la hora que fuese.

–La tía solo pensaba en follarme, me perseguía por todas partes –alardeaba Fede.

Les encantaba contarse mutuamente sus conquistas.

A mí siempre me daban lástima las tías de Fede. Pero a Fede, al parecer, no.

Mis amigos hablaban de las mujeres con cierto desprecio, como si fuesen incapaces de imaginar que tenían un alma por dentro. Para ellos eran superficies planas, sin apenas

profundidad; objetos extraños que ni entendían ni se molestaban mucho en comprender, pero que resultaban excelentes temas de conversación.

—Entonces cogí el condón con mi semen —continuaba él sin ningún remordimiento—, le hice un nudo, lo dejé en la mesilla y le dije: «Mira, nena, consévalo en el frigo si quieres para el resto de tus días, porque esto es lo único y lo último que vas a tener de mí».

Y todos rieron a carcajadas. ¿Qué habrá sido de la pobre chica después de aquella triste historia? A ninguno parecía importarle. Las tías se esfumaban sin dejar rastro a su debido tiempo, y nadie se inquietaba por ellas.

A mis amigos les gustaban sobre todo las frases contundentes, las ocurrencias capaces de cerrar airoosamente una buena historia. Se reían, tumbados sobre mi cama, como si yo no fuese una mujer, sino uno más de ellos. Pero yo siempre me identificaba con quien no debía.

Mi madre sufría frecuentes depresiones. Algunas tardes, cuando volvía del colegio, encontraba la casa a oscuras y en silencio:

—¿Mamá?

Recorriendo las habitaciones vacías, inquieta, la llamaba:

—¿Mamá?

Por fin, la encontraba en su dormitorio, llorosa, sentada en su sillón orejero, con una bolsa de agua caliente sobre su estómago inflamado. El simple envoltorio de mi piel no era capaz de contener mi angustia, ese chicle invisible que se me enredaba en la garganta como una materia densa y viscosa que no podía tragar. Me volvía loca. Mamá.

Mi madre era un cuerpo sufriente que escondía un alma muda y desconocida, sin fuerzas para ocuparse de mí.

Mis amigos y yo estábamos siempre haciendo el amor. A todas horas, no nos cansábamos nunca. Nuestras únicas ocupaciones eran estudiar y hacer el amor. Cuando entraba una chica en nuestro piso era para una de estas dos cosas. La mayoría de mis amigos no tenían pareja estable. La única que era fiel en aquel piso era yo.

Como el Señor Oscuro era un verdadero revolucionario, me incitaba a que hiciese lo mismo que él. Me decía:

—Así podrás comprenderme mejor. Prueba, Patuchas, no va a pasarnos nada. Somos como Sartre y Simone de Beauvoir.

Entonces todavía no había leído *La invitada*, y cuando lo hice ya fue demasiado tarde.

Un día le hice caso al Señor Oscuro. Mi Mejor Amigo tenía una novia muy simpática que se llamaba Berta, y que acabó convirtiéndose también en mi mejor amiga. Al Señor Oscuro le gustaba Berta, no demasiado, pero lo suficiente. Yo le gustaba a mi amigo, de

modo que –aunque ni Berta ni yo estábamos seguras de querer hacerlo– una tarde decidimos, de algún modo que no recuerdo bien, montar una orgía.

La palabra era demasiado grande para nosotros, creo, pero habíamos leído a Apollinaire, al marqués de Sade –Lacan lo adoraba y en mi grupo empezábamos a adorar a Lacan– y la colección entera de revistas eróticas de *La Perla* que mi Mejor Amigo coleccionaba desde que tenía uso de razón. De modo que nos pusimos manos a la obra.

Cuando llegó la televisión a nuestra casa, mi madre apagaba el aparato apenas intuía que iban a emitir una escena erótica.

–¡Quita eso! –gritaba, nerviosa.

Y mi padre obedecía. Yo nunca llegué a saber qué significaban exactamente en el cine la elipsis, el paso a la mañana siguiente o el fundido en negro.

De las dos orgías en las que he participado a lo largo de mi vida –la segunda, que ya les contaré, vino más tarde–, he aprendido algunas cosas importantes que deseo hacer constar aquí: Primera: cuando los hombres dicen que quieren hacer una orgía, lo que quieren decir exactamente es que desean follar con dos mujeres al mismo tiempo.

Segunda: lo anterior es completamente incompatible con que a ellos les acaricie mientras tanto ningún otro hombre.

Tercera: las mujeres, en las orgías, tenemos intereses eróticos completamente distintos de los que animan a los hombres.

Nos acostamos los cuatro medio en broma. Recuerdo que alguien se asomó después por la puerta entreabierta pero no se atrevió a entrar, seguramente porque todavía no había alcanzado el grado de adiestramiento revolucionario pertinente. Me consolé pensando que había quienes eran aún menos atrevidos que yo.

A mí me gustaba tocarle los pechos a Berta, pero mi Mejor Amigo no le dio importancia al asunto y empezó como si tal cosa con los míos.

Recuerdo que fue alegre, que nos reíamos –creo que fumamos marihuana–, que nos quisimos mucho y que fuimos muy felices.

Era invierno, y no pudimos permanecer mucho tiempo desnudos sobre la cama por el frío, de modo que nos metimos dentro y continuamos el juego hasta la noche contándonos películas de terror.

Hay otra cosa que quiero hacer constar sobre las orgías:

Cuarta: son completamente inofensivas.

Mi padrino era un hombre muy fuerte. Bajito y robusto como Pablo Picasso. Su horno se alzaba al fondo de una calle estrecha y empinada, justo enfrente de la puerta de la iglesia parroquial.

Cada vez que se anunciaba una boda, mi padrino seguía atentamente desde la puerta del horno los acontecimientos. Luego, con un lápiz de carpintero, apuntaba sobre la fachada encalada la fecha exacta de la ceremonia y el nombre y apellidos de ambos esposos, para comprobar, llegada la hora del primer parto, si la novia había llegado o no virgen al matrimonio.

Vivía en una nube de irrealidad desde la que el mundo entero me parecía nuevo, brillante, a estrenar. Mi dolor y mi placer corrían por ríos paralelos, los dos con un mismo caudal, aparentemente inagotable.

La calle donde estaba nuestro piso de estudiantes se llamaba Luisa Aledo. Hasta el nombre me parecía mágico, literario.

Habría querido saber quién fue Luisa Aledo, pero no me atreví a investigarlo. No quería que la realidad irrumpiese en las fantasías que la sola pronunciación de *Luisa Aledo* me evocaba. En realidad, bien mirado, pensaba, ella podía haber sido una triste hermana de la caridad, por lo que preferí, aposta, continuar sumida en mi ignorancia.

Me pasaba lo mismo con muchas palabras. Primero las degustaba como un caramelo, gozaba de su sonido musical con gula, imaginaba significados, las inscribía en un campo semántico imaginario en el que les inventaba hermanas, primas, tíos y sobrinos. Luego, por fin, acababa sabiendo exactamente lo que significaban, y perdían su halo de misterio.

Me hubiera gustado permanecer más tiempo en aquel piso disoluto, pero mis cinco compañeros eran más duchos en el rechazo de la propiedad privada que yo y, cuando llegaban de madrugada muertos de hambre de tanto fumar canutos, arrasaban con los víveres que había acumulado en el frigorífico, así que por la mañana no tenía nada que llevarme a la boca antes de ir a la universidad.

Al cabo de algún tiempo, culpable, y reconociendo en mi decisión las huellas de mi convencional educación burguesa y de mi miserable incapacidad para socializar mis escasas provisiones, regresé a mi bonita casa con algunos kilos de menos y un fuerte complejo de inferioridad de más.

Durante algunos años fui una niña gordita y buena. Mi padre, me cuesta confesarlo, no soportaba mi cuerpo redondo, mi torpeza para cualquier deporte, mi afición a los entretenimientos pasivos. Mi padre adoraba el cuerpo esbelto de mi hermana, que era una niña deportista y activa, siempre algo más alta que yo.

Y yo lo sabía. Era una niña buena que seguía al pie de la letra los consejos de mamá, mientras esperaba que llegase la hora de hacerme misionera y marcharme para siempre de allí.

Entre tanto, mientras me esforzaba en crecer para acercarme a mi excelso destino, leía

los fascículos en color de *Vidas ejemplares*, y a las niñas que apadrinaba en las misiones a instancias de la profesora de religión de mi colegio de monjas, las bautizaba con los nombres de las santas mártires cuyas vidas leía y admiraba: Perpetua, Gemma, Águeda, Bárbara.

Ellas fueron las primeras mujeres célebres que conocí.

Antes de subir al tren de Portbou, el Señor Oscuro y yo nos habíamos pasado el verano intentando aprender algunas nociones de italiano.

Los pañuelos de papel que comprábamos en el supermercado situado debajo de nuestra casa eran *morbidi*, lo que quiere decir suaves. Y Francesco de Gregori, un cantautor romano famoso por aquel entonces, cantaba *Viva l'Italia, presa a tradimento*, con voz de trovador. Eran palabras maravillosas que nunca, jamás, me atreví a buscar en el diccionario.

Aprendí italiano como se aprende la lengua materna, por proximidad y afecto.

En la estación de Milán, mastodóntica, terrible, mussoliniana, continué leyendo todas las palabras que encontraba para instruirme en la lengua de mi país de adopción: *binario, uscita, giornali, e così via...*, mientras Floren y el Señor Oscuro se alejaban en el tren hacia Venecia, diciéndome adiós con ambas manos.

El corazón, en el pecho, había dejado de latir. Era una autómatas que llenaba sus órganos de metal con las palabras que iba encontrando en su camino, por miedo a quedarse definitivamente muerta por dentro.

Aprendí italiano desde el vacío interior más absoluto, solo para sobrevivir.

Milano vicino all'Europa

Milano che banche che cambi

Milano gambe aperte

Milano che ride e si diverte.

Un día descubrí un bebé de elefante blanco en el descansillo de la escalera de mi casa. Era pequeño como Dumbo. Salí al encuentro de mi madre para decirle que había un elefante blanco en el descansillo de la escalera, pero no me creyó.

Cuando leía a Gustavo Adolfo Bécquer me invadía un miedo horroroso. Acostada en la cama, oía cómo los muertos salían del cementerio y venían hacia mi habitación dispuestos a llevarme con ellos.

«—María, ía, ía, dame la asadura que me quitaste de mi sepultura.

—¡Ay, madre!, ¿quién será?

—Calla hija, que ya se irá.»

En las macetas de mi casa, por debajo del musgo verde, abundante, nutrido por la humedad, vivía una comunidad de gnomos de diferentes colores; tenían escuelas, hospitales, y casas preciosas en las que celebraban fiestas divertidas y alegres. Escuchaba la suave música de sus instrumentos de viento, aburrida, en las infinitamente largas tardes de verano.

Creo que mi familia por entonces aún era pobre, pues nunca íbamos de vacaciones, sino que, en verano, en lugar de bañarnos en la playa, mi hermana y yo trabajábamos en la hojalatería de mi padre. Como solo teníamos siete y ocho años y éramos muy pequeñas, nos acomodaban sobre unos cojines en sendos bancos de madera. En el primero estaban sujetas unas tijeras enormes de hierro; en el otro, un mecanismo semejante a un gigantesco abridor que servía para retirar las tapas de los botes. Cada una de nosotras hacía una tarea diferente: primero se quitaba la tapa, que se arrojaba a una montaña ruidosa y extremadamente móvil y cortante; el cilindro del bote se dejaba en otra montaña distinta, en medio de las dos. Luego se abría el cuerpo por la costura de estaño, para arrojarlo de nuevo a otra montaña, de donde era retirado por una tercera persona, que se ocupaba de abrirlo y desplegarlo hasta dejarlo casi completamente plano.

Las láminas de hojalata recicladas servían para hacer tapones corona. La operación la realizaba una prensa de hierro verde, preciosa, con canales ascendentes y descendentes que eran como el mismísimo río Mississippi unas veces, o un tortuoso cauce de montaña que transportaba troncos de madera hasta la serrería, otras. Cuando tuve la altura suficiente para que mis pies alcanzasen el pedal, pasaba los veranos colocando las planchas de hojalata bajo el troquel de la prensa, que la agujereaba primero, y dejaba caer después un perfecto tapón corona que circulaba por mis ríos mansamente. En la factoría principal, se le echaba una gota de pegamento en el centro, y se le incrustaba un corcho plano en su interior un poco más abajo, antes de llegar al mar.

Entonces nunca me lo pregunté, pero a medida que fui creciendo no he podido dejar de hacerlo: ¿no temían mis padres que nos cortásemos manipulando materiales tan afilados?

Creo que mi familia era pobre, pero en el barrio nos consideraban los más ricos porque éramos los únicos que tenían una empresa, porque disponíamos de teléfono en el despacho de mi padre y, cuando llegó el momento, hasta de televisión. Casi todos los vecinos recibían llamadas personales al teléfono de casa.

—Corre, avisa a Pedro que lo llama su hijo desde Barcelona.

Mi hermana y yo éramos también las únicas niñas que íbamos a un colegio de pago, y a mi madre una chica de servicio la ayudaba diariamente en las tareas de la casa.

Teníamos, además, un loro que nos llamaba por nuestros nombres, y un *pick-up* rojo en el que escuchábamos la yenka y el kasachov.

La pensión de Milán en donde recalé era sórdida y fría, sin apenas mobiliario. Por instinto de supervivencia recorrí el centro de la ciudad buscando un centro de información juvenil donde me orientaran sobre el modo de encontrar un apartamento. Estaba sola, hacía frío, el cielo era de un gris tan plomizo y uniforme que parecía el telón de fondo de una obra de teatro de mi añorada señorita Rosario.

Entonces no sabía demasiadas cosas sobre Italia:

–No sabía que los billetes de autobús se compraban en los bares sobre cuya puerta se exhibía un cartel con la palabra *Tabacchi*.

–No sabía que para llamar por teléfono era preciso utilizar unas fichas llamadas *gettoni* que, a su vez, se compraban también en los *Tabacchi*.

–No sabía hablar italiano.

–No sabía sobrevivir.

Pero nadie se apiadó de mí ni de mi ignorancia. La vida no venía con instrucciones de uso.

Tenía miedo y, al mismo tiempo, era intensamente feliz. Me sentía viva y orgullosa. Para llegar hasta allí había vendido el Citroën dos caballos amarillo que mi marido y yo compramos a los pocos meses de casarnos. Mi matrimonio había durado exactamente siete meses y cuatro días. La mitad del dinero de la venta del coche se la di al Señor Oscuro, porque estaba empezando a ser una auténtica revolucionaria empeñada en luchar contra el instinto burgués de propiedad, y encontraba un placer recién estrenado en socializar mis escasos bienes personales.

Sin embargo, la realidad debilitaba mi moral, y sospechaba, haciendo caso omiso de mi generosidad militante, que él andaría en esos momentos mucho más feliz que yo, paseando por Trieste y besando obscenamente en la boca a Floren delante de mis amigos. Aunque, ¡ay!, mis reticencias solo eran, una vez más, asquerosos escrúpulos contrarrevolucionarios que había que combatir sin piedad, puesto que yo, y solo yo, era su única y auténtica pareja; y todos sabían.., o debían saberlo, que éramos exactamente como Sartre y Simone de Beauvoir.

*Milano ogni volta
Che mi tocca di venire
Mi prendi allo stomaco
Mi fai morire.*

En las tardes de verano, mi hermana y yo colocábamos el *pick-up* en la ventana del despacho de mi padre que daba a la plaza y organizábamos coreografías fantásticas al ritmo de las canciones de moda.

Al anochecer, otros vecinos sacaban la televisión hasta la puerta y se reunían a su

alrededor después de cenar, como si estuviesen en el cine.

Quienes aún no tenían tele podían acudir con sus sillas hasta allí, y compartir con los demás los programas que Televisión Española emitía desde sus estudios del paseo de La Habana primero, y desde los famosísimos de Prado del Rey después.

Una vez, en el programa *Un millón para el mejor*, una mujer muy lista que se llamaba Rosa Zumárraga ganó el anunciado millón del premio en un tiempo récord. Creo que fue la primera mujer de carne y hueso que sentí que mi padre admiraba.

En Italia, concretamente en Milán, donde, como he dicho, me quedé sola para buscar un apartamento en el que alojarnos, empecé a darme cuenta de que los hombres me consideraban una mujer hermosa.

Un día, en una *gelateria*, cuando llevábamos viviendo allí unos cuantos meses, un desconocido le preguntó a mi compañero de grupo –un abogado que se llamaba Leo y que se parecía enormemente a Derrida, el filósofo francés que por entonces leíamos con más admiración– si podía regalarme una rosa.

Leo buscó mi aprobación con sus ojos, y le dije que sí.

–*Perché sei bella* –añadió el desconocido ofreciéndomela, aunque nadie le había pedido explicaciones.

Me sentí mercancía; tan intercambiable como un camello marroquí; insignificante como una mujer objeto; rabiosa como la eterna aprendiz de revolucionaria que había sido; y rebosante de felicidad como la criatura de la naturaleza que también era. Un hombre que no conocía me regalaba una rosa porque era bella: nunca me había pasado nada igual. ¿Era el clima milanés o siempre había sido hermosa? Creo que ni Leo ni el resto de los compañeros de grupo allí presentes adivinaron siquiera mi asombro. ¿Acaso ellos me consideraban también así?, me pregunté. Pero, sobre todo, la duda que aquel desconocido abrió inesperadamente en mí fue la siguiente: ¿por qué, si era bella, no conseguía el amor exclusivo del Señor Oscuro?

En el barrio había una sola tienda de ultramarinos, y cuando nuestros padres nos mandaban a comprar, nos decían:

–Anda, ve a comprar aceite *en ca* Santiago –que era como se llamaba su dueño.

Por mucho que me devané los sesos nunca llegué a descifrar de dónde procedían esos dos feos monosílabos, *en ca*, de modo que me negué a utilizarlos. La lengua de mi barrio estaba llena de palabras extrañas que no existían en el cole: *pulicia*, *andé*, *en ca*.

Una desconfianza creciente comenzó a cernirse sobre el vocabulario utilizado por quienes me rodeaban. Incluso cuando pronunciaban el término correcto, como gafete, escandallo, pasamanería, greca, estándar, alcanfor, y otros por el estilo, que pertenecían también al vocabulario de mi padre y de mi madre, yo sometía cada una de ellas a cuarentena, las investigaba, comprobaba su uso fuera de nuestro territorio, y solo cuando las veía escritas en algún documento sobre cuya autoridad no albergaba ninguna duda,

comenzaba a utilizarlas.

Conocí al *signor* Rigo a través de la dueña de la pensión en la que me hospedaba, que debió de apiadarse de mí o de mi soledad. Era un señor gordo y vulgar, que tenía un pequeño ático sin ascensor en Via Saldini, cerca de Viale Campania y de Piazzale Susa, una zona conocida como *la città degli studenti*.

Fue el único arrendatario que encontré dispuesto a alquilarle un apartamento a una española joven, que no tenía ingresos conocidos ni por conocer, y que utilizaba apenas diez palabras en su lengua. El señor Rigo no quería que mediara entre nosotros ningún tipo de contrato; me aseguró que solo estaba dispuesto a alquilar el ático a dos inquilinas, advirtiéndome que no se me ocurriese introducir en él a nadie más. Yo sabía que seríamos cuatro, pero decidí que aquello no iba a ser ningún inconveniente, ni para nosotros ni para el señor Rigo. De modo que le mentí y le di un anticipo de un mes, que apalabraba la vivienda hasta que mi supuesta compañera de piso y yo misma volviésemos de Venecia, donde debíamos asistir sin falta a un congreso importantísimo, le dije ceremoniosa. Armando Segundo, que vivía en Milán desde hacía algunos años, nos había instruido sobre el asunto.

—A partir de ahora, y para los temas relativos al alquiler, todos vosotros seréis *dottori e «dottoressas»*.

Así nos lo había indicado, empleando un plural que yo no sabía entonces que fuese incorrecto, y sin que ninguno de nosotros supiésemos tampoco en qué nos habíamos convertido exactamente con tan solo cruzar los Pirineos. Pero al señor Rigo aquella palabra le gustó. El consejo daba, por fin, buenos resultados.

El ático de Via Saldini costaba exactamente 250.000 liras al mes. El dinero que le pagué no constaba en ningún tipo de recibo, pero la dueña de la pensión parecía garantizar, por sus gestos de asentimiento, la fiabilidad del trato.

Yo no quería ir a la escuela pública que había cerca de mi casa. No soportaba la grosería de los cientos de niños que llenaban el patio de ruidos y de juegos. Tampoco la ordinariéz de sus madres y de sus abuelas. La escuela era enorme, austera, sin decoración alguna, y pensaba que si entraba en ella perecería de inmediato entre la vulgaridad de unos y otros. Los pasillos que separaban las clases eran anchos y despoblados, como imaginaba que serían los de una cárcel. No obstante, no conseguí convencer a mis padres de que no me matriculasen; tenía solo cinco años y un escaso poder de convicción, de manera que tuve que asistir a clase durante algún tiempo. Aun así, aparte de lo anterior, he conseguido borrarla completamente de mi memoria.

No recuerdo cuándo ni cómo logré finalmente que me cambiasen al colegio de monjas

que se alzaba en lo alto del pueblo, terriblemente lejos de casa, donde suponía, sin saber bien por qué, que las cosas serían de otro modo. Al menos las niñas del colegio de monjas llevaban uniformes limpios y zapatos Gorila, todos iguales, marrones, con lazos del mismo color, y rebecas azul marino sobre las camisas blancas y el desgastado príncipe de Gales.

Las palabras «príncipe de Gales» prometían ya cosas bien distintas.

El tren Milano-Venezia era lento, y mientras avanzaba hacia su destino yo continuaba memorizando, sin usar nunca el diccionario, cualquier frase que pasase por delante de mis ojos. *È vietato sporgersi dal finestrino. È severamente vietato aprire lo sportello prima che il treno sia fermo.* Una vez en Venecia me encontraría, en un congreso sobre psicoanálisis y grupos, con todos mis amigos. Incluido el Señor Oscuro.

Al salir de la *ferrovia*, la visión nocturna de la ciudad me impresionó. Era aún más hermosa que en cualquiera de mis sueños. En un papelito llevaba apuntada una dirección, era el único lazo que me ataba a la realidad y a los que me conocían; el resto era mi soledad, mi confusión de lenguas y de lugares, mi corazón metálico de autómatas herido y mi dolor. De manera que apretaba el papelito escondido en la palma de mi mano, temerosa de perderlo. Por si acaso, también había aprendido la dirección de memoria, con su pronunciación italiana incluida, como si se tratase de un salvoconducto, de un último recurso de supervivencia: *Fondamentabriatinumerochinque*. Hacía cuatro días que no hablaba con nadie en mi propia lengua.

Hasta las ocho de la noche mis amigos estarían allí, en la apertura de nuestro famoso *convegno*. Las nuevas palabras comenzaban a abrirse paso en mi cerebro por sí solas, se ubicaban en él, lo colonizaban con sus sonidos misteriosos y nuevos.

Al salir de la estación, alguien me dijo que para ir a Fondamenta Briati era preciso coger un *vaporetto*. ¿Qué era un *vaporetto*? Nunca antes había oído hablar de él, ¿cómo podía ser tan ignorante? Me enfrentaba al mundo desnuda, sin información ni intermediarios. Tomé el *vaporetto* frente a la *ferrovia*, y volví a preguntar a los pasajeros por la dirección que había memorizado, *Fondamentabriatinumerochinque*, hasta que una señora me aseguró:

—*È nella prossima fermata. Scendo anch'io. Mi segua.*

Y la seguí.

El corazón de autómatas me latía en el pecho como si fuese un tambor, sonaba tan fuerte que temía que mi acompañante pudiese oírlo, que se asustase, que me dejase sola en aquella intrincada red de canales y puentes, de extrañas calles acuáticas de las que emergía una neblina turbia y misteriosa, y me abandonase, perdida en aquel peligroso laberinto. Eran las siete y cuarto, pero el sol hacía más de dos horas que se había ido a dormir.

Apenas tenía cuarenta y cinco minutos para encontrarlos, o mi única tabla de

salvación, y yo misma con ella, desaparecería en la niebla. Caminamos aún durante un buen rato, adentrándonos en la noche por callejuelas estrechas, entre edificios de piedra o a la orilla de un pequeño canal. Podía ocurrirme cualquier cosa. Podía vagar eternamente perdida, cruzando sin rumbo los cuatrocientos puentes de la ciudad hasta que llegara la hora de mi muerte, pues si no encontraba allí a mis amigos, ¿cómo iba a volver hasta la parada del *vaporetto*, único recuerdo luminoso y vital que me unía al mundo conocido? Estaba completamente desorientada. Por fin, mi guía me indicó un portón oscuro, antiguo, que olía a historia y a humedad, y me dijo:

–*Ciao!*

–*Ciao!* –le respondí. Y desapareció en la niebla oscura, como en la más previsible película de miedo.

Atravesé el patio hasta llegar a un zaguán iluminado. A la derecha, una sala grande y con las puertas abiertas reunía a un numeroso grupo de personas que yo no conocía. Alguien hablaba por un micrófono en un italiano velocísimo. No comprendí nada, absolutamente nada. El italiano, pronunciado de corrido, me pareció otra lengua distinta, más extranjera. ¿Dónde estaban mis amigos?

Dejé la maleta en la puerta y me adentré en la sala intentando pasar desapercibida. Los asistentes a la conferencia me miraban, no obstante, con severidad, recriminándome tal vez las molestias que causaba mi imprevista presencia. Entre sus caras hostiles seguía sin reconocer a nadie.

De repente, entre las miles de palabras que aquel hombre ceremonioso pronunciaba sin respiro, empecé a identificar una: *loro*. ¡Loro! Esta sí la conocía bien. En casa de mis padres hasta teníamos uno.

Que si loro esto, loro lo otro, loro aquello. La palabra loro era pronunciada en un tono neutro, introducida casi en cada una de sus rapidísimas frases. ¿De qué estaba hablando aquel señor?

A juzgar por el respeto y la seriedad con que la audiencia seguía su discurso, no podía tratarse de ningún chiste que amenizase su sesuda disertación sobre psicoanálisis y grupos. De modo que, sospechando lo peor, me hice una inquietante pregunta: ¿qué hace semejante palabra en nuestro congreso?

Y de inmediato me respondí con la única respuesta lógica que encontré: ¡Dios mío!, me he equivocado de *convegno*. ¡Esto es un congreso de ornitología!, me convencí.

El pánico se disparó.

Por suerte estaba equivocada, apenas hube pensado semejante cosa –eran las ocho menos cuarto y, por el tono más reposado, el especialista en loros parecía estar a punto de concluir– divisé la humanidad grande, imponente y familiar de Armando Segundo sentada en la primera fila. Gracias a Dios estaba salvada.

Cuando tenía poco más de tres años, mi madre me envió muy lejos para que les hiciese compañía a mi abuela paterna y a mi tío soltero en su nuevo destino profesional al norte del país. Mi nueva casa estaba construida encima de las oficinas de la fábrica que mi tío gobernaba con mano férrea. Nunca jamás le había visto tomando decisiones, dirigiendo, mandando. En su actual trabajo mi tío se convirtió pronto para mí en un

extraño, tan extraño como me resultaba el nuevo entorno en el que me obligaban a vivir.

Mi abuela paterna me contó después que, al cabo de un par de semanas, algunas tardes, cuando echaba de menos a mi familia, solía prepararme yo sola una maleta de juguete en la que metía unas braguitas, mi cepillo de dientes y un pijama. Cogía también mi paraguas azul con estrellitas blancas y el impermeable del mismo color, y bajaba las escaleras hasta la calle con la maleta en la mano. Mi abuela me dejaba hacer, observándome en silencio desde lejos.

Atravesaba la calzada que discurría delante de la fábrica hasta llegar a un puente de hierro que cruzaba un canal de aguas turbias, siempre rápidas y turbulentas, y, asustada quizás ante el peligro, me detenía allí.

—¿Adónde vas? —me preguntaba mi abuela acercándose, doblando su espalda sobre mí para colocar su rostro cansado a la altura de mi diminuta estatura.

—Voy a la casa de *tu* hijo de *tu* alma —le contestaba, insistiendo en ambos *tus*, cargada de leyes y de nostalgia.

¿Por qué me sacrificaron así?, ¿por qué me abandonaron de ese modo, alejándome de su casa y de su vida?

Mucho tiempo después mi madre me respondió.

—No sé, supongo que para que no estuvieran solos.

Pero ¿y yo?, me habría gustado preguntarle, ¿no había nadie que pensase en el sufrimiento de una niña de tres años?

—Pero no sabes el camino —continuaba mi abuela pacientemente.

—Sí que lo sé. Primero cruzo este puente y, cuando pase la curva, llego a la casa de mi otra abuelita. Allí dormiré toda la noche y, por la mañana, mi tía me llevará en autobús a casa de mis papás.

Ochocientos kilómetros de infancia.

Mi abuela me cogía entonces de la mano y me llevaba de nuevo hacia nuestra casa, secándose las lágrimas con un pañuelo blanco que olía a jabón La Toja.

El agua del canal era siempre del color del café con leche, limos espesos arrastrados por las incesantes lluvias que alimentaban el río Ebro en el que desembocaba.

Durante los aplausos que agradecieron la intervención, y procedentes de una sala contigua que había quedado oculta para mí hasta entonces, fueron apareciendo uno a uno mis amigos. Entre ellos se encontraba el Señor Oscuro, sin Floren esta vez. Temblé. Nos fuimos aproximando lentamente por entre las personas que abandonaban sus asientos y salían del recinto saludándose con parsimonia. Los asistentes serían mis futuros compañeros, los alumnos de Armando Segundo, venidos de *tutta l'Italia presa a tradimento*. Hombres y mujeres un poco mayores que yo, serios y concienzudos, que ejercían la psiquiatría, la antipsiquiatría, el psicoanálisis o la teoría de grupos. Pero no me

detuve en ninguno de ellos porque mis ojos estaban fijos exclusivamente en él y, como me sucedía a menudo por entonces, el resto de la escena desapareció por completo.

Nos abrazamos con devoción mutua, esta vez sí. El Señor Oscuro, lo supe esa misma noche en la pensión del Campo de Santa Margherita, me había echado mucho de menos.

Antes de dormirme, en el cuarto de baño, a escondidas, como si traicionase la música de una lengua ajena que deseaba convertir en mía para siempre, busqué en mi diccionario de italiano la palabra *loro* y, reconfortada, desvelé el misterio de su reiterado sonido ornitológico: «*Loro*.– Adjetivo, masculino y femenino, de ellos, de ellas, sus, suyas». He ahí la explicación de su reiterado uso.

Cuando volví a nuestra cama, el Señor Oscuro dormía apaciblemente, y no pude contarle que había alquilado para nosotros un pequeño apartamento en Milán.

Ellos me querían, pero no sabían mirarme. Me fui para hacerle compañía a mi abuela, para que no se sintiera sola, separada de los suyos, que eran también los míos. Me cedieron como si fuese un chihuahua, un yorkshire terrier, un pekinés o un canario, porque no me veían.

En las orillas del Ebro crecían árboles gigantescos, centenarios casi; durante sus crecidas, el río se hacía tan ancho que desde donde vivíamos no se distinguía el otro lado. A pesar de mi dolor, me consolaba pensando que, al menos, a medida que crecía me iba acercando más y más a mi querido Amazonas.

Los caballos de aquel lugar tenían las ancas anchas, y en los bares, para el aperitivo, mi tío y mi abuela me invitaban a unos gigantescos pinchos de atún.

El hombre de confianza de mi tío se llamaba Abundio; yo no podía evitar una disimulada sonrisa cada vez que escuchaba de labios de cualquiera un nombre que se me antojaba tan gracioso. En mi casa del otro lado del canal, a ochocientos kilómetros de distancia, mi padre, cuando estaba enfadado con alguien, solía decirnos por toda explicación:

–Ese es más tonto que Abundio.

Jamás habría pensado que un hombre pudiera llamarse así. En aquella ciudad de La Rioja yo estaba convencida de que mi abuela y mi tío tenían un enorme poder, pero no sabía bien en qué consistía.

La familia de Abundio fue la única que frecuentamos durante nuestra larga estancia en el Amazonas.

El ático del señor Rigo consistía en un recibidor alargado de dos metros por cuatro que daba paso a una cocina no más grande que un armario; un dormitorio donde instalamos cuatro colchones directamente sobre el suelo, separados de dos en dos por un verdadero

armario de madera de tres puertas; un baño con el techo abuhardillado en el que se abría una ventana inclinada por la que se colaba tímidamente el sol, las pocas veces que el sol salía; y una puerta acristalada que daba paso a la terraza. En la terraza no había plantas ni muebles, pero era más grande que el piso entero.

Allí nos instalamos los cuatro, Camila, Ana, el Señor Oscuro y yo. Nuestros libros y mi máquina de escribir Olivetti Lettera 42 fueron a parar a una estantería que se encontraba en el recibidor, que hacía las veces de sala de estar, comedor y estudio. Íbamos a vivir muy pero que muy unidos.

Hicimos un fondo común para los gastos de la casa, un listado con los turnos de limpieza y cocina, y otro fondo para tabaco. Lo comprábamos de liar y teníamos derecho a diez cigarrillos al día por cabeza. Si te excedías, lo que sucedía a menudo, te los prestaba algún compañero, pero con la ineludible condición de devolverlos puntualmente al día siguiente.

El menú no era muy variado:

Desayuno: café con leche y los biscotes más baratos del mercado (la marca variaba según las ofertas del súper).

Comida: tres días a la semana, pasta al *aglio olio peperoncino*; dos días, sopa de cebolla y tortilla de patatas. Los sábados y domingos a elegir, según el resultado del precario ahorro semanal. Era un lujo que comiésemos un *panino* fuera de casa.

Cena: tortilla francesa y *ricotta*, o leche con biscotes, de la misma marca que en el desayuno.

El menú se resentía de una evidente ausencia de carnes, verduras y frutas, y de un peligroso exceso de hidratos de carbono.

Después de la sesión de grupo sobre grupos de los martes por la noche, Leo, compadecido de nuestra pobreza, nos invitaba a un helado de tiramisú en la *gelateria* Basso, la más famosa de Milán. Aquello era el placer más sibarita que, por el momento, podíamos disfrutar.

De los diez a los trece años fui una niña extremadamente religiosa. Me metía en la iglesia al atardecer, cuando los fieles estaban ausentes y en el interior del templo se respiraba una exquisita tranquilidad, una atmósfera intemporal de nave a la deriva, con un sereno e íntimo olor a cera, y, mirando hacia el altar, vivía en soledad una auténtica experiencia mística. Dios me veía, y gozaba de su apacible presencia divina en mi interior. Cada poro de mi piel estaba lleno de su bondad, de su infinito amor a los hombres. Él me ayudaría a vivir. Me ocultaba en los bancos periféricos, cerca de los altares laterales, y le pedía al Señor y a la Virgen María que me hiciesen una mujer hermosa. Les pedía que borrasen de mi piel el vello oscuro que comenzaba a afearla, que creciese los centímetros que me faltaban para ser todo lo alta que deseaba ser, que modelasen mi cuerpo conforme al canon de la belleza griega.

Intentaba estirar mis articulaciones colgándome de cualquier cosa.
Según decía mi padre, mi madre había sido la mujer más hermosa de su generación.

Habíamos ido hasta Milán para estudiar, y empezamos a hacerlo con denuedo. El Señor Oscuro y yo leíamos a los filósofos: Foucault, Derrida, Deleuze y Guattari; comprábamos sus libros en la Feltrinelli más cercana a la Piazza de la Scala, los subrayábamos con lápices de distintos colores y los comentábamos fumando nuestros cigarrillos cónicos, como si nos fuese la vida en ello. Freud, Melanie Klein y Pichon Rivière aportaban los conceptos psicoanalíticos necesarios para completar nuestra exigente formación marxista. Vivíamos en un mundo de conceptos.

Me enamoré por primera vez de un joven que vivía en la empinada calle que ascendía en perpendicular hasta mi colegio. Tenía los ojos azules y se parecía como una gota de agua a otra a Elvis Presley.

Le amaba platónicamente, porque él nunca supo de mi existencia. Lo observaba cada día, al subir y al bajar de la colina donde pasaba la jornada, y me parecía el joven más hermoso del planeta. Él salía con una chica dos años mayor que yo, presumida y muy mala estudiante, que se llamaba Consuelo. Yo tenía once años y él diecisiete. Ni siquiera en mis sueños más atrevidos habría imaginado que mi amor fuese correspondido. Me sentía gordita y fea, incómodamente embutida en mi uniforme príncipe de Gales y en mis zapatos Gorila de color marrón.

Para conformar mi cuerpo de modo más armonioso, ahora que estaba enamorada, le pedí a mi madre que me matriculase en una academia de baile, y ella lo hizo sin protestar. Tres veces a la semana disciplinaba mi cuerpo al ritmo de los acordes de *Momento musical en fa menor número 3* de Schubert y de las sevillanas. Un día, la profesora me castigó a permanecer en clase hasta que lograra realizar un ejercicio. Consistía en levantarme del suelo con las piernas cruzadas, sin apoyar las manos en él. Lo repetí cientos, miles de veces. A medida que el tiempo pasaba las fuerzas comenzaron a abandonarme, y mis compañeras más ágiles también. Empecé a pensar que nunca lo lograría, que mi vida entera se consumiría intentando realizar aquel penoso ascenso sin ningún punto de apoyo. Pero al fin lo conseguí. Me levanté por mi propio impulso hasta ponerme completamente de pie, y volví a hacerlo de nuevo varias veces para gozar de la satisfacción que mi inesperado triunfo me proporcionaba. Aquel castigo aumentó inesperadamente mi confianza: con tesón, conseguiría dominar mi cuerpo hasta moldearlo según mi deseo.

Mi hermana lograba cosas mucho más difíciles sin aparente esfuerzo: se abría completamente de piernas hasta rozar la pelvis con el suelo, como las bailarinas de

patinaje artístico que veíamos en la televisión. Cuando le mostraba a mi padre lo que sabía hacer, él se sentía tan orgulloso que el resto del día no tenía ojos más que para ella.

El chico del que me enamoré tenía una tienda de muebles y cargaba y descargaba los camiones mostrando sus brazos musculosos y bronceados, como los de Marlon Brando en *Un tranvía llamado deseo*. No soportaba la idea de que Consuelo, que iba al mismo colegio que yo, se diese cuenta de que su novio me gustaba, y menos aún de que se lo chivase.

El padre de mi amor platónico era alcohólico. En el mundo, al parecer, también había padres alcohólicos con secretas penas que olvidar.

Además de estudiar había que comer todos los días, y el dinero de la venta de mi Citroën dos caballos amarillo se agotaba muy deprisa. Aunque Armando Segundo nos ayudaba con regularidad, encargándonos que pasásemos sus artículos a máquina y pagándonos generosamente por ello, aquellas liras no daban más que para unos cuantos días, por lo que estaba condenada a buscar trabajo cuanto antes.

De modo que lo busqué; y lo encontré.

Existía en Milán un periódico gratuito, *Qui Milano*, que se recogía, entre otros puntos de difusión, en el centro de información municipal de la Piazza del Duomo; contaba con una sección titulada *Lavoro* donde se insertaban anuncios con ofertas de empleo. Llamé a muchas casas que precisaban una chica para la limpieza y el cuidado de los niños, y finalmente, tras varios intentos infructuosos, encontré a Veglia. De inmediato pensé que tenía el mismo nombre que la marca del viejo despertador que el señor Rigo había olvidado en nuestro ático.

El despertador funcionaba con precisión suiza, y Veglia también.

Miraba con asombro el mundo que me rodeaba, los ojos abiertos como platos, captando la vida. En mi academia de baile, Rosa era la alumna más destacada. Era morena, con el pelo rizado, y tenía un cuerpo delgado y ágil de bailarina. En la función de fin de curso interpretó *El lago de los cisnes* como solista. Yo era una de las catorce niñas que, vestidas de zíngaras, bailábamos en grupo *Momento musical class*.

Vivía Veglia a una hora de autobús de Via Saldini, muy cerca del estadio San Siro, al otro lado de la ciudad. Habíamos concertado una cita por teléfono desde la cabina situada en la esquina de mi apartamento —mi italiano mejoraba modestamente sin ayuda alguna del diccionario—, y me presenté en su humilde piso para conseguir el trabajo que ofrecía. Consistía en mantener limpia la vivienda y en el cuidado de sus dos hijos, Stefano y Laura, de cinco y tres años de edad respectivamente, a quienes de inmediato les gusté. Ellos también a mí, y la evidencia de esa mutua simpatía convenció a su madre

para contratarme.

Veglia era milanesa, y Mario, su marido, siciliano; sus intercambios estaban marcados por las diferencias geográficas y de estatus que en la Italia de los ochenta señalaban quién era quién en el norte y el sur del país. Veglia era *polentóna*, Mario, *terrone*. Ella era una mujer grande, gruesa, pero de carnes blancas y prietas. Era hermosa, aunque poseía un exceso de abundancia, valga el pleonismo. Mario era delgado, fibroso, se parecía ligeramente a Sean Penn.

Tenían un puesto de pescado en el mercado y, debido a esa ocupación, necesitaban ayuda para llevar a los niños al colegio y cuidar de la casa. Veglia me dijo que la anterior chica que habían tenido era marroquí. No me contó por qué ya no estaba con ellos, ni yo se lo pregunté. Entre mis obligaciones se incluía la de dormir en su casa de lunes a jueves, en una cama plegable que instalaban en el salón cuando la familia se retiraba a descansar; a cambio me permitirían asistir a mis grupos dos tardes a la semana, así como pasar los sábados y los domingos en mi propia casa. La remuneración era de doscientas mil liras al mes. Una pequeña fortuna.

A pesar de que me molestaba el hecho de dormir en aquel minúsculo piso, no tuve más remedio que mostrarme de acuerdo. En Milán era solo una humilde inmigrante, sin permiso de residencia ni posibilidad alguna de encontrar otro trabajo que no fuera el de una ilegal *baby-sitter*. Nada que ver con las ambiciones intelectuales que me habían llevado hasta allí.

Entre los agujeros que se abrían en los muros de piedra de mi barrio, mis vecinas introducían manojos de pelos sucios que desprendían de los cepillos con los que se peinaban unas a otras, sentadas en sillas de anea, mientras tomaban el sol en medio de la calle. La mayoría de ellas vestía de negro porque siempre había algún muerto al que llorar, y los velos del mismo color cubrían sus cabellos largos, recogidos en moños espesos, cubiertos por redecillas de nailon también negras. Todas nuestras madres parecían viejas aunque solo tuvieran treinta o cuarenta años.

Quizás por ese motivo, porque ser mamá no era un oficio muy recomendable, cuando jugaba con mis amigas solía cambiar de nombre. Me hacía llamar Celeste Smith, porque con el mío nunca podría salir de aquel sórdido lugar aislado. Me llamaba Celeste Smith como en las peores radionovelas, como si solo ese nombre pudiera sacarme de aquel universo de fealdad, de oscuridad, de monotonía, y llevarme hacia otro donde nadie supiera nunca nada de todo esto.

A veces también cambiaba de sexo, pues ya entonces sospechaba que ser mujer era un defecto imperdonable que me impediría abandonar mis orígenes para buscar la aventura. Los hombres estaban fuera, en el mundo, un mundo que yo desconocía y que quedaba infinitamente lejos.

En la radio, mientras trabajaba en la hojalatería de mi padre, mi tía escuchaba cada tarde la radionovela *Simplemente María*.

A pesar de que Ana y Camila encontraron trabajo enseguida en otras familias, ausentándose del piso durante la jornada laboral, al Señor Oscuro la casa comenzó a quedársele pequeña muy pronto. Al parecer, no tenía intención alguna de trabajar en Milán, y empezó a viajar con regularidad a Trieste, donde –en el antiguo hospital psiquiátrico– Franco Rotelli había creado un pabellón para albergar a los estudiantes de toda Europa que desearan ver con sus propios ojos el proceso de desinstitucionalización que la deseada Ley 180 había impuesto a los obsoletos manicomios italianos.

En el pabellón de invitados, los visitantes tenían alojamiento y comida gratis a cambio de sus servicios como voluntarios con los enfermos mentales recientemente externalizados, esto es, enfermos de larga vida manicomial que vivían ahora en pisos protegidos, asistidos por trabajadoras sociales y monitores. Su trabajo consistía en visitarlos en estos pisos, sacarlos de paseo, administrarles rigurosamente la medicación para evitar eventuales delirios e intentos de suicidio, ir con ellos al cine, y montar entre todos espantosas obras de teatro que clausuraban los multitudinarios congresos del revolucionario Réseau.

Las propuestas de la reforma psiquiátrica estaban en completa sintonía con nuestra concepción de un mundo más justo, sin guetos ni exclusiones.

El instituto donde estudiaba era mixto. Era la primera vez que compartía una clase con chicos. Se decía que el director, un hombre de tamaño gigantesco y tez muy oscura que apenas hablaba con nadie, vivía una apasionada historia de amor con la profesora de Lengua y Literatura. Les habían descubierto juntos en la sala de profesores, aunque nadie sabía cuándo ni quién, pero aquella historia de amor disparaba mi imaginación. Por primera vez en la vida conocía a adultos que se dejaban arrastrar por la pasión. Adultos que eran como jóvenes, que le pedían más a la vida. Hasta entonces, las únicas personas mayores que había conocido eran tan regulares en sus costumbres que parecían hechas en serie. Lo mismo que las monjas. Personas formales, convencionales, de misa y comunión diaria.

Yo todavía no conocía la pasión, pero estaba ansiosa por experimentarla.

Al acabar los exámenes, mis amigas y yo solíamos irnos detrás del edificio de la biblioteca, a última hora de la tarde, y cuando no había nadie que pudiese vernos, nos poníamos a gritar como locas.

Gritábamos tanto que nos hacíamos daño en la garganta; nuestras voces enronquecían, y los cigarrillos mentolados Pipper que fumábamos a continuación nos sabían mucho más a tabaco, a transgresión y aventura.

Cualquier persona del mundo exterior me parecía más compleja e interesante que las que vivían dentro de mi casa.

A la vuelta de uno de aquellos viajes a Trieste, el Señor Oscuro comenzó a hablarme de María.

María era *tedesca*, es decir, alemana, y, a juzgar por las fotos que él me enseñó, tan delgada que parecía tener serios problemas de alimentación. Estaba siempre triste, y su tristeza había enamorado al misterioso Señor Oscuro.

Mi corazón volvió a metalizarse. Sufría por su causa sin conocerla. Los pabellones no tenían paredes, no había intimidad posible entre los voluntarios de Trieste, pero el Señor Oscuro y María se las habían arreglado para conocerse bíblicamente desde sus primeros encuentros.

Yo no sabía qué hacer.

De repente, recién cumplidos los catorce años, descubrí que el universo entero podía explicarse prescindiendo de la idea de Dios.

A partir de ese mismo día dejé de ir a misa. Hasta entonces los domingos había asistido, sin faltar ni una sola vez, a misa de doce, con ropa limpia y una devoción siempre renovada e intacta.

Mis padres achacaron mi repentina apostasía a la entrada en el instituto mixto y, en particular, a la presencia en el mismo del cura de Religión.

El cura de Religión era marxista leninista, y todo el mundo lo sabía. Había abandonado por completo el traje clerical, y vestía pantalones vaqueros y camisas de cuadros como un obrero cualquiera, para estar más cerca del proletariado. En lugar de las Sagradas Escrituras nos leía párrafos enteros de *El capital* y *El manifiesto comunista*.

Quienes sí sabían sin duda qué hacer eran Laura y Stefano, que se habían propuesto enseñarme italiano a marchas forzadas. Eran unos niños preciosos, alegres y divertidos, pero con algunos pequeños problemas. Por ejemplo: les gustaba sobremanera reírse de mí. Pronto se mostraron como los mejores profesores de italiano que hubiera podido desear, aunque, debido a que se encontraban en la difícil edad en la que los niños tienden a generalizar los participios regulares –aplicando una lógica implacable que la gramática se empeña en desautorizar–, Stefano y Laura decían *corrutto* donde debían decir *corso*, *mettuto* en vez de *nesso*, *cociuto* por *cotto*, y cosas por el estilo. De modo que mi italiano, como no podía ser menos, comenzó a adolecer de los mismos errores que aderezaban el de mis pequeños maestros. La lengua, *en ca* Veglia, volvía a gastarme malas pasadas.

Un día, la madre de Veglia, que vivía en el Corso Magenta, llamó a casa para hablar con su hija.

–*Dov'e Veglia?* –me preguntó por teléfono.

Veglia había salido con sus amigas a tomar un café, lo que me dispuse a decirle con presteza en mi mejor italiano.

–*Veglia è uccisa* –le comuniqué tan campante. Pero su grito inmediato no dejó lugar a dudas de que en algo me había equivocado.

–*Come!, è uccisa?* –preguntó *spaventata*, lo que quiere decir «asustada».

–Sí –volví a repetir, convencida. Aunque, por fortuna, añadí: *È uccisa con le sue amiche*.

La madre de Veglia rompió a reír, aliviada.

–*E uscita, è uscita* –insistió consolándose a sí misma.

Y acto seguido me explicó lo que yo no le debería haber dicho.

Nunca volví a olvidar la sutil y terrible diferencia entre el participio del verbo «salir» y el del verbo «matar». Ni Stefano ni Laura, cuando su abuelita les contó aquel jocoso episodio, tampoco. Todo el personal del mercado de abastos se reía de mí al día siguiente, cuando, a la vuelta del colegio, pasé con los niños para que saludasen a sus padres.

–*Dove è Veglia, Giulietta?* –decía el *macellaio*.

–*Veglia è uccisa da Mario* –respondía su mujer.

–*Veglia è uccisa* –decía el *fruttaio* de enfrente.

–*È uccisa dalle sue amiche* –le respondía la alegre vendedora de quesos.

Tutti erano molto simpatici.

Mario era un hombre extremadamente serio, pero aquel día sus orgullosos bigotes sicilianos se movieron disimuladamente sobre su labios.

Cuando cumplí los dieciséis años mi madre se las apañó para que hiciera un intercambio con una chica de Anglet, en el País Vasco francés. Se llamaba Maritchu. Fuimos a recogerla a la estación de ferrocarril de la ciudad. Maritchu era bajita, tenía grandes pechos, y el pelo rizado y corto. Cuando deshizo su maleta en la habitación que le habíamos reservado al lado de la mía, los coloridos conjuntos de su ropa interior nos parecieron a mi hermana y a mí auténticos bikinis. Nosotras solo habíamos visto bragas y sujetadores de colores castos, casi infantiles, beige, azul celeste o rosa; pero los de Maritchu eran marrón oscuro, con estampados de flores o a cuadros, como si la desnudez del cuerpo fuese para los franceses algo mucho más divertido y leve que para nosotros.

Aquel verano, mi abuela materna, copiando uno de nuestra invitada, nos confeccionó un bikini de ganchillo a espaldas de nuestra madre, a quien yo nunca había visto desnuda.

Maritchu se enamoró de uno de mis amigos, y se besaban interminablemente bajo la mirada de todos los demás en los asientos corridos de la discoteca del Casino. La mayoría de mis amigos opinaba que Maritchu era una chica fácil, a pesar de que leíamos

en grupo *La revolución sexual*, de Alejandra Kolontai, y a pesar de que ella se entregaba a su hombre solo por amor.

Stefano era un niño gordito. Tenía la cara redonda y la misma piel clara y limpia que su madre. Tenía también una obsesión. Apenas se quedaba a solas, sacaba su pequeño pene del interior de sus calzoncillos, lo cogía entre sus dedos índice y pulgar, y se masturbaba compulsivamente mientras su rostro se llenaba de tristes gotitas de sudor. Nunca conseguía gozar, el angelito; su acto autoerótico era para él una auténtica tortura. El pobre niño trabajaba de lo lindo, se esforzaba, respiraba aceleradamente, se sonrojaba, corría detrás de un placer que no llegaba nunca. Pero tampoco se daba nunca por vencido.

Yo sabía que la masturbación compulsiva de los niños de su edad constituía un claro indicador de que algo en ellos no andaba bien. Mis dos niños dormían en el mismo dormitorio que sus padres. Y me constaba, porque las paredes eran de papel en aquel edificio de los sesenta, que sus progenitores eran muy fogosos.

Así que, apenas tuve un poco de confianza con Veglia, le comenté los tormentos eróticos del pequeño Stefano.

Ella tenía la costumbre de fumarse un cigarrillo antes de la cena, asomada a la ventana, después de una ducha larguísima, de la que salía perfumada, sin olor alguno a pescado, llena de talco y en camisón. Veglia era una mujer muy limpia. A las siete, todos los habitantes de la casa estaban ya duchados y aseados. Todos menos yo, que tenía que esperar a que acabasen sus operaciones higiénicas para poder entrar casi furtivamente en el cuarto de baño sin que los niños lo notaran –pues parecían sentirse atraídos por interrumpir la pequeña porción de soledad que podía procurarme allá dentro–, y darme una ducha rápida antes de que el ruido del agua amenazara con impedir el sueño de toda la familia.

Pero aquel cigarrillo con Veglia era el mejor momento del día para charlar, ya que, a menudo, solía invitarme a fumar con ella, acodadas las dos en el alféizar.

–No sé si has notado que a Stefano le gusta tocarse –le comenté. Veglia no me miró, expulsó elegantemente el humo de sus pulmones hacia delante, hacia la parte trasera del San Siro.

–Sí, Mario y yo lo hemos notado. No debes decirle nada, es malo para los niños que los adultos les censuren esas cosas.

–Lo sé. Solo que he leído –Veglia sabía cuáles habían sido mis estudios en España, por lo que pensé que mis lecturas me conferirían un plus de credibilidad– que los niños que se comportan así padecen algún tipo de ansiedad.

–¡Ah!, ¿sí? Nunca lo había oído decir –pareció de veras sorprendida.

–Se lo he preguntado a mi profesor y me ha recomendado que os lo comente.

–Gracias, pero Mario dice que no debemos preocuparnos, de niño a él le pasaba lo

mismo que a Stefano, y mira lo perfectamente sano que está.

Y dio el tema por zanjado.

El pobre Stefano siguió practicando sus agotadoras exploraciones todas las tardes, sin aburrirse nunca, esperando tal vez que un día, aunque solo fuese uno, la gracia le fuera concedida. Me daba muchísima pena verlo sufrir, de modo que, a pesar de la opinión de su mamá, seguí los consejos de Armando Segundo:

—Cuando Stefano comience a tocarse, con la mayor naturalidad posible, intenta distraerle con algún juego que le guste realmente —me aconsejó. Así lo hice a partir de entonces, pero Stéfano me ignoraba; miraba hacia cualquier sitio menos al juego que le proponía, y seguía empeñado en mover su cosita con incansable entusiasmo, ajeno por completo a mis precarios esfuerzos terapéuticos.

Transcurrido el primer mes de nuestro intercambio, mi tío soltero nos llevó a Maritchu y a mí a Anglet, a casa de sus padres, conduciendo el flamante Mercedes marrón claro que se había comprado, ahora que comenzábamos a ser ricos. Atravesamos la península casi en línea recta hasta llegar a San Sebastián, y al día siguiente cruzamos la frontera francesa y comimos todos juntos en el chalet de mi amiga. Mi tío no hablaba ni una palabra de francés, pero les hacía reír con su simpatía y sus histriónicos gestos de comediante. Luego me dejó allí sola, para que pasara otro mes practicando el idioma con mi familia adoptiva.

Nada más llegar, Maritchu le contó a su padre que había salido con un chico español, y su padre se puso muy contento. Me sorprendió que él, que por lo demás parecía un hombre muy cabal, no considerase a su hija una muchacha fácil, pues parecía entender que sus besos habían sido por amor.

En los supermercados de Anglet, Biarritz y Bayona se vendían tantas marcas de yogur que había que saber latín para orientarse. En mi país el yogur se llamaba, simplemente, Danone.

En la Plaza de San Marcos había un mago que se protegía del frío y de la humedad de noviembre con una capa mesmeriana y un sombrero puntiagudo de viejo brujo. Cuando salíamos de nuestros seminarios de psicoanálisis camino del Campo de Santa Margherita, el mago de San Marcos llamaba nuestra atención con sus trucos y sus malabarismos.

El mago decía:

—*La lingua s'impura a letto.*

Pero en mi cama solo entraba el Señor Oscuro, que apenas hablaba un castellano monosilábico.

El mago de Venecia me dirigía miradas insistentes por debajo de su puntiagudo

sombrero de fieltro negro cada vez que pasaba por delante de él. Imaginé que su magia le permitía conocer mi secreto.

Entre el padre de Maritchu y el mío había algunas diferencias difíciles de explicar.

Por ejemplo, cuando llegaba el correo a casa, el padre de Maritchu nos subía las cartas de inmediato a la habitación, daba lo mismo que su hija y yo nos estuviésemos vistiendo en ese preciso momento, pues él no parecía advertirlo.

—¡Lía!, ¡Lía! —me llamaba alegremente.

Fue en casa de Maritchu donde mi nombre sufrió su primera transformación. Su padre me bautizó con esta feliz abreviatura, pues la jota del original, Julia, era impronunciable para él.

Las diferencias entre la madre de Maritchu y la mía eran, digamos, menores.

La madre de Maritchu sabía conducir, cosa muy extraña entre las mujeres del mundo del que yo procedía, pero por lo demás se comportaba exactamente igual en su casa que mi madre en la suya: hacendosa y sumisa. De la familia de Maritchu aprendí que ciertas diferencias entre los hombres y las mujeres son universales. Su hermano se llamaba Claude, y se reía sin piedad de mi fuerte acento *pied-noir*.

Cuando Maritchu recibía carta de su novio español no tenía inconveniente en leerle algunos párrafos a su padre, que la escuchaba encantado, sin emitir ningún juicio adverso sobre ella. Mi asombro no tenía límites.

Aquel hombre era un padre con todas las de la ley, pero hacía cosas que ninguno de los que yo conocía hubiera hecho jamás. Los padres de mi país solían reunirse mientras las mujeres se ocupaban solas de los niños, por ejemplo. Fumaban cigarrillos Ducados en el hall del teatro donde se representaba el espectáculo de fin de curso de la academia de baile de sus hijas. Mientras, en los camerinos, las madres se dedicaban a estirar el pelo de las niñas hacia atrás hasta que doliera, para recogerlo en un moño apretado y con peineta y colocar un clavel rojo encima de la oreja derecha, antes de dejarlas salir en grupo a bailar sevillanas.

Los pendientes eran de pasta blanca con lunares rojos, a juego con el color del traje, del collar y de los flecos.

—Me voy a vivir a Trieste —anunció el Señor Oscuro.

—¿Cuándo?

—Mi tren sale mañana por la tarde. Me voy a vivir con María.

Me abrigué, salí de la casa en silencio y caminé sonámbula por Milán durante varias horas. Hacía mucho frío, pandillas de chicos en moto me rodeaban en los cruces de algunas calles. Me hubiera gustado ser violada por ellos, volver a casa ensangrentada,

atropellada o maltrecha, como había visto que les ocurría a las mujeres afligidas en la mayoría de las películas. Pero los chicos no me hicieron nada. Mi dolor y mi persona pasaban totalmente desapercibidos.

Deambulé sin rumbo fijo hasta que el frío me penetró hasta el tuétano y regresé a casa aún más triste, cabizbaja. Al menos allí, la calefacción estaba siempre tan fuerte que podíamos ir en camiseta de manga corta incluso durante los días más fríos del invierno, acogiéndonos, cálida y sin reproches, como una madre generosa.

En invierno, en Milán, la luz del amanecer muestra la misma melancolía opaca que la que antecede a la noche.

Maritchu tenía un tío que conducía un pequeño descapotable verde con el que nos paseábamos los tres por la campiña francesa; carreteras bordeadas por cientos de árboles esbeltos; alces y castaños en cuyas hojas el sol se cimbrea. Imaginaba una vida bella y trágica como la de Isadora Duncan.

El pueblo del tío de Maritchu, donde pasamos unos cuantos días, estaba en fiestas. Durante la noche, los chicos y las chicas, sus padres, sus abuelos y sus tíos, todos juntos, bailaban en la plaza al son de ritmos latinos. Donde yo vivía nunca había visto bailar a tantas generaciones mezcladas, excepto en las bodas. Era como si el placer fuese allí más aceptado, más consentido. Escribía un diario con mis impresiones donde el español se mezclaba con el francés en un idioma personal e intraducible, repleto de incorrecciones.

Para estudiar italiano en una academia o una escuela oficial era necesario tener permiso de residencia, el llamado *permesso di soggiorno*. También era un requisito imprescindible para conseguir cualquier trabajo remunerado y con contrato. El problema consistía en que, a su vez, para conseguir el *permesso di soggiorno* para estudiantes era preciso un certificado que demostrara que estabas matriculado en un instituto de formación o en una academia oficiales. La viejísima pescadilla burocrática que se muerde la cola.

El carácter revolucionario, antiinstitucional y grupal de los cursos de Armando Segundo impedía que sus enseñanzas se acogiesen a los cánones establecidos por el gobierno italiano. La nuestra era una formación libre, sin ataduras ni diplomas, regida exclusivamente por el puro y simple amor al saber. Por lo tanto, era imposible conseguir a través de nuestro centro permiso de residencia alguno.

Un día, Ana y yo le dimos la vuelta entera a la ciudad para acercarnos a la comisaría donde se emitían los permisos de residencia para extranjeros. Queríamos tener la oportunidad de encontrar un piso más grande, de mejorar nuestros ingresos con un trabajo mejor remunerado, de estudiar italiano y otros cursos en los centros de enseñanza

reglamentarios.

La *questura* estaba cerca de la calle donde vivía el señor Rigo, a quien teníamos que pagarle personalmente cada mes el alquiler de nuestro apartamento. Se llamaba Fatebenefratelli, un nombre tan largo como el trayecto en autobús que debíamos hacer para llegar hasta allí.

Cuando por fin lo hicimos, descubrimos con sorpresa que en nuestra misma situación se encontraban otros cientos de inmigrantes llegados del resto de Europa, América, Asia, Australia y Oceanía. Todos queríamos obtener nuestros respectivos *permessi di soggiorno*, todos hacíamos disciplinadamente cola frente a las ventanillas de la comisaría donde los funcionarios italianos, seguros, simpáticos e implacables, recibían una a una las solicitudes sin excesiva prisa, y respondían a las preguntas de los aspirantes, formuladas en un precario italiano con veinte acentos diferentes. Cuando llegamos hasta ellos nos explicaron el rebuscado procedimiento que se requería para la obtención del permiso, y acto seguido nos fuimos a visitar al Señor Rigo para reclamar su ayuda. Si él consentía en hacernos un contrato de alquiler podríamos solicitar un permiso de residencia distinto, pero susceptible de convertirse posteriormente –no nos quedaron muy claros los siguientes requisitos– en un verdadero *permesso di soggiorno*.

El señor Rigo dijo que no, que ni mucho menos, pues a él le constaba que para firmar un contrato de alquiler en toda regla era necesario tener previamente el famosísimo papelito. Al mismo tiempo, se nos acababa también el permiso de residencia común y no sabíamos cómo renovarlo.

¿Cómo podíamos escapar de aquel laberinto?, nos preguntábamos desesperadas. Por la tangente, como era habitual en nosotras desde que vivíamos en Italia.

En la estación de San Sebastián, a la vuelta de mi estancia en el País Vasco francés, el tren en el que viajaba estuvo detenido muchas horas en el andén a causa de una amenaza de bomba. Los policías revisaron uno a uno los equipajes de los viajeros, y cuando me preguntaron en español quién era y de dónde venía, me di cuenta de que hacía más de un mes que no había hablado ni una sola palabra en mi propia lengua.

Había cambiado todo mi vestuario, llevaba unos *jeans* ajustados que no se vendían en España y una camisa de bambola blanca, casi transparente, que temía que fuese censurada por mis padres; pero, sobre todo, sabía mucho más de la vida que cuando me fui.

Los policías revisaron el tren y nos dejaron marchar. En Madrid cogí el que me llevaba directamente a casa. Las únicas palabras que intercambié durante el viaje fueron con los camareros y con el revisor.

Cuando llegué a la estación de mi ciudad todos mis amigos estaban esperándome. Me emocioné. La soledad, que había saboreado golosa y apaciblemente, se esfumó por completo.

Salíamos por la tangente del sentimiento de culpa cuando no perforábamos los billetes de autobús en las maquinillas ad hoc situadas en el interior de los transportes públicos, para ahorrarnos el importe del trayecto y poder incrementar nuestra parca dieta con algún que otro *ossobuco alla milanese* o un mullido *panettone*. Por la tangente de la honestidad escapábamos cuando le robábamos a nuestras respectivas señoras ridículas cantidades de bastoncitos para los oídos, algodones desmaquilladores, horquillas y otras cosas por el estilo. Pequeños hurtos domésticos que nos llenaban de orgullo, a nosotras, trabajadoras desclasadas, proletariado intelectual con suficiente criterio como para justificar yéndonos por la tangente las transgresiones que continuamente realizábamos contra el opresivo sistema capitalista, empeñado en mantenernos en sus paupérrimos márgenes.

Yeny nos ayudó. Era argentina, tenía treinta y dos años y un viejo Ferrari naranja descapotable; era nuestra compañera de grupo y –esto fue lo más importante– tampoco tenía permiso de *soggiorno*.

Yeny vivía desde hacía varios años en Italia, en un apartamento tan hermoso que cortaba la respiración. Ejercía de psicoanalista a tiempo completo y sumaba un elenco de novios que no envidiaba en nada a la Asamblea General de Naciones Unidas en su sesión plenaria. Yeny salía de Milán camino de Suiza cada tres meses, se hacía sellar su pasaporte a la salida y a la entrada del país, y no pensaba más en su permiso de *soggiorno* hasta tres meses más tarde. De modo que nos invitó a que hiciésemos lo propio con nuestros pasaportes en su siguiente viaje.

El novio de Maritchu no me preguntó por ella cuando volví. Durante mi ausencia se había enamorado de otra y parecía haberse olvidado por completo de mi amiga francesa.

Entonces aprendí que en el amor las cosas no son tan recíprocas como aparentemente, y a juzgar por la duración de los besos compartidos, parecen.

Una semana después y en la misma discoteca, reclinados en los lujuriosos sillones corridos, el exnovio de Maritchu besaba con idéntica devoción a su nueva enamorada.

Salimos de Milán hacia la frontera italo-suiza felices y encantadas de habernos conocido. El coche hacía sospechosamente demasiado ruido, pero lo sofocábamos con creces con nuestras risas. Yeny era pelirroja y tenía el cuerpo cubierto de pecas. También era delgada y atractiva. A los hombres les gustaba tanto Yeny como a nosotras nos seducían su independencia y su buen humor.

Llegamos a la frontera italiana en poco más de una hora y la pasamos sin problemas. Yeny sonreía a los policías con un *fascino* incomparable, pero con mucha dignidad. Armando Segundo también le había aconsejado que se titulase como *dottoressa* apenas

pisara Italia, y ella cumplía a rajatabla todos sus consejos.

Atravesamos los escasos metros de tierra de nadie que separan las fronteras y nos colocamos en la fila de vehículos que pretendían, como el nuestro, entrar en la Suiza italiana. Los polis suizos efectuaban un laborioso registro de cada uno de los coches, pero nosotras no teníamos nada que ocultar. Llevábamos un pequeño equipaje de mano para no levantar sospechas, pero en cuanto cambiasen la guardia volveríamos a cruzar la frontera en sentido contrario para dormir en nuestras respectivas casas sin temor al permiso de *soggiorno*.

Los policías y los perros se acercaban hasta el Ferrari naranja de Yeny; dentro, nosotras escuchábamos extasiadas, *facendo finta di niente*, a Pino Daniele.

E luntano se ne va tutt'a vita accussi...

La pareja de polis se apostó uno a cada lado del coche, abrió el maletero, nos pidió nuestros pasaportes, nos los devolvió, y se dispuso a revisar no sé qué partes –invisibles para nosotras– del vehículo.

Yeny hablaba un perfectísimo italiano, por lo que no le costó ningún trabajo entender lo que el meticuloso policía suizo le dijo cuando hubo terminado su prolija exploración: o cambiábamos de inmediato las cuatro ruedas del viejo coche o, con los neumáticos que llevaba puestos, no nos dejarían entrar en su amada patria. Las ruedas del Ferrari eran demasiado viejas para las supercarreteras suizas, demasiado gastadas, susceptibles de derrapar y –no éramos nosotras, pobres inmigrantes, las que importábamos, ¡no!– llevarse por delante a un sensato y aburrido ciudadano suizo.

–¡Oh, no! –respondió Yeny, compungida.

–Tengo que ir a Berna hoy mismo, a la vuelta, le prometo –prometió con su sonrisa más convincente– que los cambiaré.

Pero su seducción no surtió el efecto deseado.

–No puede ser. Cambie las ruedas primero y vaya a Berna después –le contestó, impertérrito, el gendarme. Hizo ademán de darnos paso para que girásemos allí mismo, bajo su vigilancia atenta, y volvimos a Milán con todo nuestro gozo en un pozo.

Era viernes por la tarde, hasta el lunes Yeny no podría encontrar un taller donde cambiar sus neumáticos gastados, así que tuvimos que esperar.

Mi nombre parecía serle tan incómodo a los otros como a mí misma. La primera en advertirlo fue mi querida señorita Rosario, que me llamaba por mi segundo apellido con solemnidad. El padre de Maritchu también lo intuyó y lo transformó de nuevo, ahora en Lía, eliminando la impronunciable jota. Pero Lía nunca me resultó convincente. La tercera metamorfosis de mi nombre la introdujo Armando Segundo, que no me bautizó

como la Celeste Smith de mis juegos de infancia, sino que, a todos los efectos, pasó a llamarme definitivamente Julieta.

Sin embargo, la única Julieta que por entonces conocía se había suicidado por amor, y el suyo no era un destino que me inspirase demasiada confianza.

Me estaba volviendo una pícara, una corrupta. En ninguna de mis aventuras sexuales había puesto tanto a prueba mi moral como en aquellas sucesivas e inevitables salidas por la tangente. En una ocasión, nuestra pequeña delincuencia llegó a su apogeo.

En Milán no se vendían fregonas, no existían, eran unas completas desconocidas para las mujeres italianas. Así nos lo enseñaba la cruda realidad, por más que no diésemos crédito a semejante falta de intendencia. La fregona la inventó un español, Manuel Jalón, y en la ciudad mundial del diseño, en la exquisita cima de la moda y del glamour, nadie conocía semejante artilugio. Las italianas vivían, literalmente, aún más arrastradas que nosotras, en lo que a limpieza doméstica se refiere.

Ana, Camila y yo éramos fregonas, y necesitábamos de nuestra homónima para no andar tiradas por los suelos, o con una especie de triste palo con un mecanismo en el extremo que escurría mal la bayeta y que no conseguíamos manejar con soltura. Nos propusimos enmendar como fuese aquel incordio, operación que recayó, como era habitual, en Ana.

Ana era mi Mejor Amiga, y una mujer muy práctica y constante, que siempre terminaba por conseguir todo lo que se proponía, de modo que indagó por el barrio, investigó en las tiendas, preguntó a las porteras, a las señoras de la limpieza de las escuelas, institutos, edificios de oficinas y demás establecimientos de nuestro alrededor, sin obtener ningún resultado. Hasta hicimos unos dibujos sencillos que plasmaban muy bien la naturaleza, función y aspecto del objeto anhelado, para facilitarnos la defectuosa descripción oral del aparato. Los italianos ponían cara de *mai visto*.

Cada vez que pasábamos por la puerta de una ferretería preguntábamos a quien estuviera a cargo por nuestras amadas fregonas. Infructuosamente. Estábamos desesperadas. Hasta que, por fin, un día encontramos en el puesto de cacharrería del mercado de un barrio cercano al nuestro unas relucientes fregonas verdes. No dábamos crédito a lo que veíamos. Aquellos vendedores ambulantes eran unos adelantados, la vanguardia comercial del menaje doméstico. Compramos cinco, es decir, cinco cubos, cinco palos, cinco escurrebayetas y cinco fregonas de gamuza superabsorbente. Todo el dispositivo necesario para dejar de destrozarnos las rodillas y los espinazos como si estuviésemos en el mismísimo Paleolítico. Exultantes, las llevamos a nuestro ático para repartirlas por las diferentes casas de nuestras respectivas señoras. La cuarta era para la casa de Armando Segundo, que limpiábamos Ana y yo, y la quinta para la nuestra. Nos sentíamos intensamente felices. El único problema que ahora nos preocupaba era el del transporte.

Los sábados se hacía la limpieza general de la casa. Hubiera o no exámenes, mi madre exigía que mi hermana y yo colaborásemos durante la mañana en el desmantelamiento primero, y en la limpieza y orden después, de todas las habitaciones. Mi casa tenía dos plantas, cuatro dormitorios, tres distribuidores, dos salas de estar, un cuarto de baño, un váter, una cocina con chimenea, una terraza y un patio llenos de plantas.

Un sábado, mi madre se enfadó conmigo por algún motivo que no recuerdo, y durante la discusión me fue acorralando contra la pared hasta que mi espalda quedó apoyada en ella y mi madre a unos escasos cinco centímetros de mis narices. De pronto su expresión de enfado cambió por completo y se transformó en un gesto de pura sorpresa; se aproximó aún más a mi entrecejo, antes tupido, casi tanto como el de Frida Kahlo, y me preguntó de sopetón:

—¿Es que ya te depilas las cejas?

Recuerdo que la sincera e inevitable respuesta afirmativa me llenó de vergüenza.

Ella no quería en modo alguno que creciera, que mi cuerpo se desarrollase hasta convertirse en el de una mujer. En su gesto de contrariedad había una preocupación nueva: la sospecha sobre una posible vida sexual presente, o vislumbrada anticipadamente en el futuro inmediato de su hija. Una hija, parecía pensar, que ya se preparaba para seducir.

Mi madre me despreciaba por tener deseos. En el fondo de su ser esperaba de mí que fuese una mujer como la que ella misma no pudo ser: una mujer célibe. Si advertía que me gustaba algún chico sentía un enorme desengaño, pues mi necesidad de cariño la confrontaba, de nuevo, con su propio fracaso.

—Se te nota mucho cuando un chico te interesa, porque no puedes parar de hablar de él —decía con un tono despectivo.

Interesarse por un hombre era malo para mi madre, era sencillamente despreciable. Ella hubiera querido ser monja, la esposa del Señor. Casta y virgen hasta la tumba. Pero conoció a mi padre a los quince años y se casó con él a los veinticuatro. ¿Qué derecho tenía a solicitar de mí la pureza?

Sus demandas eran implícitas, en casa jamás se hablaba de sexo. Apagaba la televisión cuando los amantes de las películas de Hollywood, que adoraba, juntaban sus labios en un casto beso.

Los fundidos, ya lo dije, como las mañanas siguientes de las noches románticas de las escenas del cine, eran para mí un completo misterio. No sabía bien cómo interpretarlos. ¿Cómo habían continuado los protagonistas por su cuenta la escena invisible?

Mi hermana y yo diferíamos en nuestras opiniones; en voz baja, antes de dormirnos, yo dudaba.

—Se han acostado juntos, tonta. Eso es lo que significa que la luz se apague y se pase a otra cosa.

—Yo creo que no —objetaba.

Ella fue siempre mucho más realista y pragmática.

Para ir hasta la casa de Armando Segundo en Viale Murillo, Ana y yo tomábamos el autobús en la esquina Beato Angélico-Viale Campania. Teníamos por delante una hora larga de trayecto hasta llegar a nuestro destino. Ana llevaba una fregona con todos sus complementos, yo otra igual.

Como era nuestra costumbre, ninguna de las dos perforó *il biglietto*. Nos colocábamos estratégicamente delante de la maquinita perforadora, vigilando las puertas de entrada con atención por si subían los inspectores con sus conocidos uniformes, para proceder solo en ese caso a perforar los billetes con la mayor celeridad. O bien, si la operación resultaba imposible, para bajarnos disimuladamente en la siguiente parada y esperar el próximo autobús. Pero los inspectores raras veces subían, y los billetes podían durarnos intactos una eternidad.

Ninguna de nosotras tenía conciencia de nuestra conducta incívica, pues por entonces no teníamos demasiado tiempo para tener conciencia de nada. Nos pasábamos la vida trabajando, estudiando o pasándolo bien. Ya casi había olvidado al Señor Oscuro.

En fin, las fregonas son muy útiles, pero muy voluminosas para viajar con ellas en autobús, sobre todo si se trata de un lunes por la mañana en plena hora punta. Cientos de ciudadanos subían y bajaban incesantemente camino de sus respectivos trabajos mientras nosotras intentábamos que la marabunta no nos alejase demasiado de la máquina salvadora. Por si las moscas.

Pero nos alejó. Al cabo de un rato estábamos aprisionadas al fondo del autobús, sosteniendo a duras penas las fregonas por encima de nuestras cabezas y con los billetes intactos en los bolsillos.

Entonces les vimos. Habían subido sin que nos percatásemos hacía ya un buen rato. Eran dos, un hombre y una mujer. Si nos cogían, la multa sería de *cinquemila lire*, o sea, una fortuna. Casi quinientas pesetas del alma que saldrían de nuestros bolsillos proletarios para ingresar en las odiadas arcas de la hacienda municipal; un municipio, para más inri, que ni siquiera era capaz de proporcionarnos nuestro ansiado permiso de *soggiorno*.

Además, y a propósito de este punto, nos asaltaban terribles dudas:

1. De ser pilladas in fraganti, ¿quedaríamos fichadas para siempre como estafadoras en los archivos de los *carabinieri*?
2. ¿Nos expulsarían del país?
3. ¿Se truncaría así nuestra espléndida carrera intelectual apenas comenzada?

No titubeamos; perforar el billete era impensable, puesto que los inspectores nos impedían llegar hasta la máquina más cercana, por lo que, tanto Ana como yo, empujamos implacables a los pasajeros de delante, las fregonas siempre por encima de nuestras cabezas, camino de la puerta de salida. Protestaron, nos increparon, nos insultaron, hasta que unos amables muchachos sugirieron que les dejásemos las fregonas a ellos y nos abriéramos paso nosotras solas hasta la puerta. La siguiente *fermata* estaba cerca. Llegamos a tiempo, descendimos precipitadamente bajo las atentas miradas de todos los pasajeros, inspectores incluidos, y, por la última ventana del autobús, nuestros auxiliares dejaron caer una a una nuestras queridas fregonas.

Más de la mitad de los pasajeros irrumpió en un aplauso apoteósico. *Viva l'Italia*.

Un día, mientras jugaba delante de la mesa del despacho de mi padre, él quiso enseñarme algo.

—Mira, coge esta caja —sonreía desde allá arriba, tan alto, tan alto.

Yo introduje mi mano de niña en una cajita de madera sin tapa que había sobre su escritorio. Desde el suelo no podía ver su contenido, pero mis dedos tocaron una superficie caliente, viva y resbaladiza, y salieron espantados de allí. La caja se volcó con el movimiento brusco de mis manos, y delante de mí cayó al suelo una camada de ratones recién nacidos. Eran al menos seis, ciegos, con la piel transparente, a través de la cual se observaban las venas azules y rojas y el palpitar de sus pequeños corazones asustados. Los doce ojos eran bultos enormes en comparación con sus exiguas cabezas alargadas. Recuerdo que el asco me persiguió durante semanas, que no sabía cómo desprenderme de él, ni dónde ni cómo, ni con qué lavarme mis contaminados dedos.

¿Por qué siempre se me han ido pegando al cuerpo las sorpresas? ¿De qué material están hechos los restos de las sensaciones que no llegan a ser dichas? El asco, por ejemplo, no puede ser descrito, imposible transmitirlo con palabras; ¿cómo, dónde, de qué modo permanece dentro de nosotros, proporcionándonos indefinidamente las mismas reacciones, idénticas reminiscencias?

Me daba asco mi padre cuando comía fruta, mientras la pelaba, dejando que el jugo se deslizase por sus manos laboriosas, agrietadas, duras, de cuyas cicatrices se enorgullecía con el inocente candor de un niño soberbio.

Los mocos de mi amiga Josefina me daban asco.

Algunas palabras de mi madre, materiales, sólidas como objetos, censuradoras, me daban asco.

Las manos de mi madre cortando la carne, limpiando el pollo para hacer la comida, tocando los alimentos que luego nos meteríamos en la boca, también me daban asco.

Dos moscas verdes copulando me producían un asco infinito. Y como estas, otras muchas y distintas cosas.

En España, en mi ciudad natal, mi preciosa casa continuaba igual que siempre. Mi marido seguía viviendo en ella después de mi marcha, pues habíamos decidido no comunicarle a nadie por el momento que estábamos separados. Yo estudiaba psicoanálisis en Milán, eso era todo. Manteníamos las apariencias ante la familia, entre los conocidos, aunque no entre los amigos.

En Navidad, el Señor Oscuro y yo volvimos a encontrarnos, lo nuestro era inevitable: siempre que nos veíamos volvíamos a las andadas. Él a seducirme, yo a dejarme

humillar. Volví a duplicarme, a usar gafas de sol a lo Greta Garbo, a convertirme de nuevo en la novia de Drácula.

—¿Y María? —le pregunté.

—Ha vuelto a Berlín. Ahora estoy con otra chica *tedesca*.

Si estaba con otra chica, ¿qué éramos nosotros entonces?, ¿por qué no me alejaba de él?, ¿qué me retenía atada a su larga, larguísima espalda? No lo sabía. Solo podía comprobar lo inevitable de mi derrota.

A los mayores no les daban asco las mismas cosas que a mí. Ellos decían «qué asco» cuando dos perros se quedaban unidos mientras copulaban, y les golpeaban con una escoba para que se separasen y privar así a los niños del curioso espectáculo animal. Pero a mí eso no me daba asco sino pena.

Me producía una pena profunda, sufría como si yo misma fuese uno de los animales, y me avergonzaba sinceramente de pertenecer a la misma especie que los mayores, que los golpeaban con crueldad.

¿Por qué nunca he tenido piel?

¿Por qué las cosas me llegaban directamente al alma, sin poder defenderme de ellas con la razón?

¿Por qué oía tan alto y tan dentro de mí los gritos de mi padre?

¿Era quizás por aquella alergia que agrietó mi epidermis cuando nací, aquella alergia que la llagaba, que la abría al exterior a través de conductos profundos que comunicaban irritantemente mi cuerpo con el mundo?

Mi piel no cumplía su función protectora, no me defendía de la intemperie sino que me hacía sufrir a causa de ella.

En España, los viejos amigos que habían permanecido en la ciudad tras acabar la carrera me parecieron distintos. Como si se hubiesen quedado inmovilizados en el tiempo mientras el mundo giraba para mí a mayor velocidad. De pronto, unos cuantos meses parecían equivaler a muchos años. Cuando me preguntaban por mi estancia milanese no me atrevía a extenderme en los detalles, a contarles que la vida se había multiplicado allí fuera, que había madurado.

—Bien, muy bien —les decía. Tampoco es que me pidieran más explicaciones.

Temía su juicio anticipado. No me parecía correcto decirles que nuestra pequeña ciudad y ellos mismos se encontraban detenidos en el tiempo, que el italiano con el que me dirigía cotidianamente a Stefano y Laura, a Veglia y Mario, a los señores de Camila y a mis compañeros de grupo, se colaba entre mis palabras en español tan inevitablemente como la atracción enfermiza por el Señor Oscuro se colaba en mi cuerpo, que lo echaba

dolorosamente de menos.

De modo que dejé de hablar para escucharles.

Lacan había desembarcado entre ellos de la mano de algunos psicoanalistas argentinos que no conocía. Los alumnos de la promoción posterior a la mía habían creado un Instituto Psicoanalítico y se formaban en la propia ciudad, visitada por argentinos distintos a los que nos habían formado a nosotros. Unos habían abierto consultas, opositado otros, parecían muy respetables todos. Entre mis antiguos compañeros de facultad encontré hasta pequeños empresarios proveedores de pruebas psicológicas a granel y gestores de asesorías de recursos humanos que habían abandonado los pantalones vaqueros y las camisas de cuadros para vestirse con corbata, traje y chaqueta. Una metamorfosis radical se había operado también en ellos en tan solo unos pocos meses. Pero yo me sentía distinta, incapaz de introducirme en el mundo del trabajo como una adulta, muy lejos de la solidez necesaria para ejercer, desde el bastión rígido y estereotipado de algún rol, una función precisa en el mundo. Temía ser algo concreto porque ser algo me limitaba.

Para justificar mi miedo argumentaba distintas razones.

–Necesito más formación –insistía–, más estudio, mucha más vida.

¿Quién era yo?

Pasé unas típicas navidades en familia, echando de menos mi pequeña y compartida habitación milanesa. Todo lo que tenía en Italia había sido creado exclusivamente por mí misma, fuese lo que ese «mí misma» fuese.

Seguía viviendo dividida entre la noche y el día, y mi marido me cubría, como siempre caballerosamente, las espaldas.

–No puedo dejarlo –me justificaba.

–Peor para ti.

Fue la única vez que me habló con desprecio.

Todos mis amigos pensaban que era estúpida, pero ninguno se atrevía a sacarme definitivamente al Señor Oscuro del cuerpo. Por otra parte, de haberlo querido de veras, ¿cómo hubieran podido hacerlo?

Mis ojos miraban tan intensamente hacia fuera que durante años no tuve apenas ninguna conciencia de mí misma. En el exterior, tampoco miraba el mundo, pues lo que intentaba entender era el misterio mudo, obtuso e indescifrable de mi madre.

El día 2 de enero tomé el tren de regreso a Milán. El Señor Oscuro y yo, en esta ocasión, no viajábamos juntos, lo que no pude por menos que agradecerle. Pero cada

una de las estaciones, Barcelona, Portbou, Ventimiglia, Génova, Milán, me recordaron el viaje anterior. Y el dolor seguía estando allí, fiel a sí mismo.

En el hueco de las escaleras de mi colegio de monjas había un cuadro con el retrato de la superiora general de la orden. Sus ojos seguían a los tuyos peldaño a peldaño a medida que ascendías. Parecía que te juzgase, que hurgase inquisitorialmente en tu interior. Su mirada era la más severa del convento.

La piel de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl era intemporal, como si el retiro las protegiera del paso del tiempo. Cecilia, que era rubia y precoz, y sabía de la vida mucho más que el resto de nosotras, aseguraba que era debido a que las monjas habían hecho votos de castidad. Eran célibes.

—Célibes —repetía mirándonos a los ojos y dándose importancia— quiere decir que no practican el sexo con los hombres. Practicar el sexo envejece a las mujeres.

Decía que sor Herminia y sor Luisa eran bolleras. Y pronunciaba esa nueva palabra con una obscenidad tal que hasta podía representarme a las dos hermanitas en actitudes obscenas, con los hábitos alborotados y la pasión enrojando sus mejillas, conservadas en naftalina. Cecilia las había visto acariciarse la cara a escondidas, mientras las chicas hacían gimnasia.

—Además —continuaba ella, que al parecer tenía una explicación científica para todo—, debajo de la toga están completamente calvas; de tanto llevar la cabeza cubierta se les cae el pelo y toda la fuerza del pelo se les concentra en la piel, por eso parecen más jóvenes que las mujeres casadas de su edad.

—¡Ah! —respondíamos convencidas y a coro las alumnas de 5.º A.

Conocimos a Puri en un concierto gratuito que se anunciaba en Qui Milano. Los sábados, nuestra pequeña pandilla de chicas solteras salía de paseo por el centro de la ciudad, o recorría los barrios en fiestas. Íbamos allí donde se ofreciesen espectáculos gratuitos de cualquier índole. Las filmotecas universitarias también constituían una de nuestras salidas preferidas, pero solo pasaban películas antiguas en blanco y negro, por lo que el cine contemporáneo era una asignatura pendiente.

Puri era vasca, tenía nuestra misma edad, había vivido dos años en Londres para aprender inglés, otros dos en París, haciéndose con el francés, y llevaba un par de meses en Milán. Se notaba que había sufrido mucho. Su estrategia era alojarse en conventos de religiosas españolas en el extranjero y, desde esa base, buscar algún tipo de trabajo e insertarse poco a poco donde vivía. Pero Milán era una ciudad difícil. Los milaneses son los más europeos de los italianos. Cerrados como los franceses, engreídos y poco dispuestos a hacer nuevos amigos como ellos. Las sociedades, cuanto más ricas, menos

abiertas estaban al intercambio, pensaba Puri, como si sufrieran un temor paranoico a que la amabilidad fuese la puerta de entrada a una nueva distribución de una riqueza que temían perder. Puri sabía todo esto muy bien. Había vivido prácticamente sola durante los últimos cinco años, errante, hasta que en Milán nos conoció por casualidad en aquel concierto y ese mismo día se hizo amiga nuestra.

Estaba sentada en la fila de delante, en un hemicycleo de acústica excepcional, cuando se volvió hacia atrás y se dirigió a nosotras en español.

—¿De dónde sois? —nos dijo.

Como en el convento donde se alojaba no dejaban entrar a nadie de visita, Puri compartía nuestro piso durante los fines de semana, en una generosa, alegre y ancestral solidaridad propia de la clase trabajadora.

Era una chica delgada, de pelo oscuro y tez blanca, que había nacido en un pueblecito de apenas cincuenta habitantes perdido en las montañas. Me imaginé a Puri en su pueblo, claustrofóbico, y también saliendo sola de él, tal y como nos había contado que hizo. La imaginé viviendo luego en Londres y en París, siempre sola.

¿Cómo nos hacemos a nosotros mismos?, me preguntaba. Puri se hacía a golpe de soledad. Parecía no estar interesada en los chicos, no estudiaba nada concreto, pero tenía una curiosidad dispersa e insaciable. Leía, iba a conciertos y a exposiciones, y podía discutir con nosotras sobre marxismo y psicoanálisis como si participase también en nuestros encuentros con Armando Segundo. La admiré. Pensé que mi vida había sido fácil comparada con la suya. Tenía los ojos muy profundos, y unas ojeras negras con tonos violetas que no la abandonaban nunca. No se reía tan alegremente como Ana o como yo, ni tenía por delante un brillante futuro de psicoanalista experta en grupos, como el que soñábamos nosotras. El futuro de Puri era impredecible, y a ella no le gustaba hablar de él. Tampoco sobre su pasado. Era una mujer muy discreta.

Desde la marcha del Señor Oscuro habíamos distribuido la habitación de otro modo, los tres colchones alineados frente al armario, entre la pared del cuarto de baño y la ventana que daba a la terraza. Una noche, Ana me preguntó a través de la penumbra de nuestro dormitorio comunitario:

—Oye, ¿tú crees que Puri será de ETA?

¡Dios, mío, España! Pensé. Había olvidado mi país tras la vuelta de las vacaciones, pero la sola mención de ETA evocó en mí recuerdos innombrables.

—No sé. ¿Por qué lo dices?

—Es que nunca habla de nada personal. Quién sabe. Su vida es un misterio. Mira que si fuera de ETA...

Los vascos eran sospechosos de por sí. Y Puri, nuestra nueva amiga, era una chica vasca. El año anterior ETA había asesinado a cien personas, su presencia y su intimidación no se olvidaban así como así; nuestra imaginación solo tenía que añadir el resto.

Mi padre tenía la casa llena de animales: parejas de tórtolas con sus collares negros, como una joya, alrededor de sus cuellos inquietos, montones de jilgueros europeos, una tortuga mora y un loro; una vez tuvimos una perra pequeña que se llamaba Luna. A mi padre le preocupaban los pájaros más que las personas. Sus jaulas se iban llenando de excrementos blancos y verdes, que formaban unas abruptas montañas debajo de los palitos donde los animales se posaban. A los jilgueros y a los verdolores les crecían muy a menudo las uñas, y mi padre se las cortaba conteniendo con mimo sus cuerpos temblorosos entre sus manos fuertes. Creo que mi padre jamás se dirigió a mí con una sonrisa. Pero no estoy segura de que esto sea del todo cierto.

Los pájaros tenían piojo, en singular, una enfermedad que podía llegar a poner en peligro su diminuta vida.

A veces mi padre encontraba una cría de mirlo que se había caído del nido. Lo cogía y lo llevaba a casa para meterlo en una jaula. Cuando el pájaro piaba, mi padre se ponía una miga de pan mojada en agua entre los labios, se acercaba el animalito miedoso a la boca, y el pájaro se la arrebatava vorazmente con su pico en un abrir y cerrar de ojos. Mi padre no encontraba diferencia alguna entre la naturaleza y su cuerpo.

Por supuesto que Puri no era de ETA. Padecía una timidez un tanto patológica, que supuse era debida a una manifestación multiplicada de mi propio complejo provinciano, que tan bien conocía. Su ropa era tan obsoleta que nos costaba trabajo no mirarla de arriba abajo cada vez que entraba por la puerta de nuestra casa. Parecía que no hubiera tenido nunca la oportunidad de que otra mujer –una amiga, una madre, una hermana (por supuesto, descarto completamente a una monja)– la aconsejara sobre cómo sacar partido a su cuerpo esbelto, joven y proporcionado, y se empeñaba en ocultarlo de la mejor forma que sabía. Era, en definitiva, una joven vestida con ropas de anciana.

Entre todas, iniciamos de inmediato una reconversión estética de Puri en toda regla. Ana, experta en mercados, la llevó de compras al mejor surtido, y la proveyó de ropa nueva por unas pocas liras; le depilamos las cejas y el labio superior, las axilas y las piernas; intercambiamos faldas, sombreros, pañuelos, suéteres y bolsos, y convertimos a Puri en una versión mucho más urbana, más moderna, más cosmopolita, de lo que ella misma hubiera estado dispuesta en un primer momento a aceptar.

Al cabo de unas semanas, Ana y Puri viajaron juntas a Roma. Yo permanecí en Milán, pues mi marido había anunciado que vendría por esas mismas fechas a hacerme una visita.

La tortuga mora comía tomate y lechuga, sus pequeñas encías pobladas de dientes quedaban marcadas en las hojas, donde se distinguía cada bocado con precisión. La

terrazza de mi casa era un zoo en el que mi padre permanecía cada atardecer, al regreso del trabajo, hasta la hora de la cena. Solo allí se le veía ilusionado.

Por alguna extraña razón, tal vez por celos, odié desde niña todas las especies de pájaros.

Mi marido seguía existiendo en la distancia, como ETA, como España toda. Se acercaba el mes de febrero y con él la *settimana bianca*: los grupos se interrumpían para que sus miembros fueran a esquiar a los Alpes, los días se hacían más largos, Veglia me ofreció una semana de vacaciones porque ellos y los niños se marchaban a la nieve.

Mi marido quería venir a Milán unos días para volver a intentarlo conmigo, era un hombre testarudo. Me quería aún, a pesar de todo. La marcha del Señor Oscuro a Trieste le había hecho albergar nuevas esperanzas. Tal vez durante las navidades le diera la impresión de estar decidida a dejarlo. El día de mi veintitrés cumpleaños me envió unas orquídeas por Interflora. La vida era muy hermosa y las orquídeas también. Las coloqué encima de nuestro ruinoso tocador, y soñé con que, a poco que me empeñara, podría amarlo de nuevo. Amarlo de verdad; volver y convertirme en una esposa fiel, seria y disciplinada, y hasta tener hijos con él. Ser tranquila y suavemente feliz como en las películas americanas, haciendo exactamente lo que se debía hacer. Le dije que sí, que le esperaba.

Las orquídeas no habían muerto todavía cuando fui hasta la estación central de Milán a recogerlo.

En cuanto lo tuve delante de mí pensé que me había equivocado de nuevo en mi propósito. Le quería fraternalmente, tiernamente, amistosamente, de verdad le quería. Pero eso era todo.

A modo mio avrei bisogno di carezze anch'io.

A nuestra silenciosa tortuga mora, la que le gustaba fugarse a menudo del hogar, mi hermana y yo le pintábamos con acuarelas de colores los hexágonos de su concha cóncava, mientras ella escondía la cabeza y el rabo dentro del caparazón y se dejaba hacer mansamente. Cuando se escapaba de casa, los vecinos la traían de regreso bromeando sobre nuestros dibujos. Era una tortuga hippie.

Un día llegó hasta el río, puede que quisiera huir, o la nostalgia del agua la impulsara a escapar. Los animales también tienen nostalgia de algunas cosas, aunque no sepan cómo expresarla.

A mí siempre me costó trabajo vivir, lejos o cerca del agua, ¿hay alguien a quien no le cueste?

Creía que el mundo de fuera era diferente al de dentro de mi casa. Creía que en las

otras casas había alegría, que se celebraban fiestas, que no había un padre iracundo gritando cada mediodía, un padre que me llamaba inútil cuando cometía el más mínimo error. Miraba de reojo a mis amigas y suponía que ellas nunca habían conocido lo mismo que yo. Pero no estaba segura.

Siempre he querido huir del calificativo de «inútil» que mi padre lanzaba hacia mí para insultarme. Pero el calificativo me perseguía. Corría y corría delante de él, eficaz, trabajadora, incansablemente ocupada, para que la sombra siniestra de ese adjetivo cruel no me tiñese para siempre de negro. Pero debía de ser tan lenta como mi tortuga.

No obstante mi decepción, mi marido y yo compartimos unos días muy agradables como turistas en Milán. Me acompañó a trabajar el lunes por la mañana, y me recogió la tarde del jueves para ir conmigo hasta Venecia. Ese fin de semana teníamos nuestro seminario mensual. Desde Trieste vendría, pues, el ínclito Señor Oscuro.

Me odiaba profundamente a mí misma; odiaba mi flaqueza, la débil voluntad con que me enfrentaba –y perdía– al torrente destructivo de mis sentimientos. Pero aquella vez, la decisión de desprenderme de su influjo fue más poderosa que en otras ocasiones.

Realizábamos las reuniones de grupo en una sala grande y muy bien iluminada. Éramos unos veinte, la mayoría mujeres. Profesores, psiquiatras, jefes de instituciones sanitarias de la región del Véneto, de la Lombardía y hasta de Reggio Emilia. Estudiábamos contrainstitución y grupos, coordinados por el magisterio siempre firme y sabio de Armando Segundo.

Desde que inició su estancia en Trieste, comencé a observar al Señor Oscuro con ojos nuevos, críticos. Me preguntaba, por ejemplo, por qué no podía soportar la soledad entre una novia y la siguiente. Sabía bien lo que cuesta la soledad, yo misma la experimentaba en Milán. Pero él saltaba de una *tedesca* a otra sin solución de continuidad, lo que lo degradaba seriamente ante mis ojos.

Además, el provincianismo de Trieste era patente en sus formas, y nuestro estilo milanés, el de Ana, Camila y mío, nos hacía cada día más desenvueltas, más divertidas, con un italiano fluido que empezaba a ser rico en matices.

En aquella reunión de febrero el Señor Oscuro estaba sentado frente a mí. Mi marido me esperaba a la salida como siempre había hecho en España, pero en esta ocasión había consentido en comer con mis compañeros de seminario y con el pervertido Armando Segundo en una pizzería cercana. Estaba contenta.

El Señor Oscuro se sentó frente a mí, repito. Insisto en ello porque tal vez la metamorfosis de mis sentimientos respecto a él se debiera, simplemente, a una mera cuestión de perspectiva.

Estábamos escuchando a Lía, una *capo* del área de salud muy hermosa, con unos ojos verdes de ensueño y los abrigos y los bolsos más caros que yo había visto en mi vida. Nuestra humilde pandilla milanese, con sus modelos de saldo, era a su lado lo que Puri al

nuestro. Para entendernos.

Lía hablaba de las instituciones en un italiano limpio, puro, que daba esplendor, cuando, *a un certo punto* de la exposición, el Señor Oscuro levantó la mano, ella le hizo un gesto de asentimiento, elegante y parco, como invitándole a hablar. Pero él guardó silencio. El silencio era su arma, bien lo sabía yo, en el silencio se escondía parte de su misterio, por lo que me previne. ¿Pretendía seducir a la hermosa Lía? La pausa se prolongó unos segundos, durante los cuales todos estábamos expectantes, pendientes de que el Señor Oscuro pronunciase su primera palabra.

Él se adelantó entonces en el sillón –eran bajitos, por lo que era preciso incorporarse para hacerse oír y abandonar la pasiva actitud de escucha–, levantó su mano derecha hacia el frente, nos miró a nosotros, miró los ojos verdes de Lía y, cerrando los dedos en una piña al clásico modo italiano, preguntó:

–*Ma che cosa é una istituzione?*

Se me vino el mundo al suelo. Aquella pregunta, que en nuestra lengua podría haber pasado por una aguda referencia a una mayor precisión conceptual, me sonó en su italiano impostado como un chiste. ¿Qué era una institución?

Fue una auténtica hecatombe, el misterio del Señor Oscuro comenzó a venirse abajo a partir de ese, como diría Barthes, fonético, inofensivo y banal *punto negro en la nariz*.

Si me quedaba quieta a causa del cansancio era una inútil. Si reposaba después del trabajo, también.

Era inútil si la sobremesa se alargaba y mi padre nos pillaba in fraganti charlando acerca de cosas banales. Inútil si no encontraba a la primera un objeto que se hubiera extraviado. Si tardaba en encontrar a quien llamaban por teléfono, era una inútil. Un error en una cuenta me convertía en inútil, lo mismo que un tropezón, un rasguño de origen desconocido, el estruendo de un vaso roto en el fregadero, la odiosa sinfonía de la tapa de una cacerola dando vueltas hasta posarse finalmente en el suelo.

Todas esas cosas daban para mi padre cumplida cuenta de mi tremenda e incorregible inutilidad.

El segundo punto negro se instaló en su nariz durante la comida. Mi marido resultó ser un conversador simpático y agradable, que reía cómplice con Armando Segundo, sin dejar entrever en ningún momento lo que realmente pensaba de él. El Señor Oscuro, por el contrario, había convertido sus siniestros modales en bandera; no sabía hablar, o al menos así me lo pareció, y encubría su timidez con un discurso intelectual que, caricaturizado por su imperfecto italiano y plagado de silencios, me lo hizo parecer ridículo.

Dios mío, ¡qué feliz fui ese mediodía!

Aunque, para ser absolutamente sincera, también sufrí por él, debido al antiguo cariño que le tenía. En aquella comida me liberé poco a poco de mi amor con la misma ligereza y placer con el que iban desapareciendo delante de mí cada uno de los platos.

A los postres casi no quedaba en mí admiración alguna que profesarle. Fumaba como Humphrey Bogart, bien es verdad, lo que lo hacía irresistible, pero movía la cabeza hacia abajo, avergonzado o tímido, en definitiva, inseguro, cada vez que se esforzaba en construir cualquier argumento. Su aparente altanería no era más que perplejidad, confirmé a media tarde durante las sucesivas sesiones de grupo. Mi amor quedaba libre, de nuevo a mi disposición, para entregárselo entero a quien yo decidiera dárselo.

*Ma la mia vita non la cambierò mai mai,
a modo mio quel che sono l'ho voluto io.*

Mi padre era el ser más perfecto del universo, nunca se cansaba, nunca se levantaba tarde, no bebía en exceso ni en exceso fumaba. Cuando decidió dejar de hacerlo lo consiguió de un día para otro, sin esfuerzo aparente, y en su vida volvió a fumar ni un solo cigarrillo. Mi padre se admiraba a sí mismo más que a nadie en el mundo. A su cuerpo fibroso, fuerte y delgado, a su cintura de atleta, a su capacidad de esfuerzo; incluso su dificultad para descansar era objeto de su más profunda admiración.

Era un ser peculiar, o eso creía yo; sus amigos y conocidos parecían quererle y entenderle a la perfección. Pero yo no.

Para mi padre, el resto de la humanidad era un compendio de defectos. El más importante de todos ellos era la fealdad. Odiaba a los feos y a los gordos, a los deformes y a los bajitos. Con las mujeres era más indulgente. Su autodisciplina obsesiva le hacía cada día más intransigente con quienes caían en algún exceso, llevados por su falta de carácter o su afición al placer. Sus comentarios eran implacables e irreproducibles.

Desde bien niña entendí que distanciarse de la admiración de mi padre podía llegar a ser algo peligroso, e incluso terrible.

El tercer punto negro en la nariz se llamaba Else.

Else era *tedesca* como María, estaba con él en Venecia, y vino a recogerlo a la salida de nuestro grupo de la tarde en Fondamenta Briati. Mi natural amabilidad no me permite extenderme en este punto. De modo que: sin comentarios.

Había otros hombres a mi alrededor cuando era niña. Hombres alegres y divertidos como mi tío soltero o el novio de mi tía Luisa, la que me salvó de morir ahogada.

El futuro marido de mi tía se llamaba Fran y estudiaba en una academia de Madrid para hacerse policía nacional. Era un narrador extraordinario. Entre sus historias favoritas destacaba la de su participación en dos películas legendarias: *La caída del imperio romano* y *Cincuenta y cinco días en Pekín*.

Mi tío Fran fue senador romano en la primera y soldado en la segunda, y conoció los malos humos de Sophia Loren cuando a punto estuvieron de quemarla viva por error en una escena. Vio en persona a Alec Guinness, Ava Gardner y Charlton Heston...

Cada extra cobraba quinientas pesetas al día, y aquel año fueron tantos los campesinos que participaron en las batallas y los desfiles de ficción que no se recogieron las cosechas.

Mi tío Fran sabía divertirse, y su mirada sobre la vida era menos grave que la de mi padre, que juzgaba severamente su supuesta pereza funcionarial, y calificaba de frívola su simpatía.

Sin embargo, y aunque mi amor estaba de nuevo enteramente a mi disposición, se resistía a posarse sobre mi marido como hubiese deseado. A saber por qué. Se marchó a España con la promesa de volver a vernos en París en Semana Santa. Cuando me dejó por la mañana en casa de Veglia –¿por qué este hombre se empeñaba en tratarme como a una niña?, ¿en traerme y llevarme?, ¿en acompañarme?–, Stefano y Laura le dieron un beso de despedida, y Laura, que había crecido considerablemente durante las vacaciones (tal vez también esta percepción mía fuese debida a un mero cambio de perspectiva), me dijo al oído mientras él tomaba el ascensor:

–É carino.

La pequeña prometía.

Un día mi hermana se hizo caca encima y su maestra vino a buscarme a clase para que la acompañase hasta mi casa. Recuerdo que subí con ella de la mano la estrecha calle que ascendía hasta la plaza donde vivíamos, y que mi hermana lloraba sin parar. Aquello no podía ser de ningún modo la verdadera vida.

¿Adónde pertenecía yo realmente?, ¿cuál era el mundo en el que me correspondía habitar? Ni uno ni otro, nunca; mi mundo no tenía sede geográfica conocida. Mi mundo estaba muy cerca del cielo, y de la elegancia discreta de la señorita Rosario.

Ella vivía con las Hermanas de la Caridad, nadie supo nunca explicar los motivos. Vivía en el convento, como una más de ellas, pero vestía de seglar. «Seglar» era una palabra nueva, sin connotación alguna, tranquilizadora. La señorita Rosario era extremadamente limpia, vestía batas con cinturones que marcaban su cintura estrecha y su busto prominente y erguido. Tenía el pelo prematuramente blanco, recogido en un coqueto moño de plátano, y –esa fue una de sus características que más llamaron mi

atención— cogía los libros con una familiaridad nueva: los abría del todo, plegando la portada contra la contraportada, y leía en voz alta su contenido con su hermosa voz de locutora de radio. Como si declamase. Era seductora y tenía sentido del humor.

Cuando le preguntábamos qué hacía ella en un convento de monjas cantaba con una voz deliciosa, llena de malicia, una conocida canción de la época:

—«Qué importa saber quién soy, ni de dónde vengo, ni hacia dónde voy...»

Y nos dejaba con nuestras dudas, más misteriosa que antes. Le imaginábamos una historia trágica, un abandono amoroso, una deshonra. Un día nos contó que en su colegio de la infancia, en el País Vasco, durante la guerra, se hacían simulacros de bombardeos; que las niñas salían al campo y tenían la obligación de alejarse del edificio rápidamente para no sucumbir a un supuesto ataque franquista.

Mi colegio de monjas me gustaba.

Todo era nuevo, me alejaba de mi mundo anterior, y, por fin, había descubierto un modelo de mujer que me atraía. De mayor quería ser, exactamente, como imaginaba que era la señorita Rosario. Independiente, libre, sin familia, sin pasado, con una silueta de modelo y las uñas limpias y cortas al final de unos dedos larguísima. Su energía era infinita; lo mismo impartía una clase de historia que dirigía una obra de teatro, manteniendo siempre la espalda muy recta, la cabeza erguida y el libreto completamente cerrado sobre sí mismo. Tan cerrado como cerrada estaba ella a la curiosidad de los demás.

El 23 de febrero de 1981 era lunes, y a las siete de la tarde, Ana llamó por teléfono a casa de Veglia llorando.

—¿Es que no sabes nada? —me dijo, alarmada—. En España ha habido un golpe de Estado.

—¿Un golpe de Estado?

—No sé cómo irán las cosas, pero me ha llamado Nella hace un rato; los militares han entrado en el Congreso. Pon la radio o la televisión para ver lo que dicen. No se puede llamar por teléfono a España, estoy intentándolo pero no puedo hablar con mis padres, deben de haber cortado las comunicaciones. Han cerrado las fronteras. No vamos a poder volver a nuestro país.

Hablaba telegráficamente, como si también en Milán las líneas telefónicas estuviesen a punto de ser cortadas.

Veglia regresó a las siete y diez; acababa de oírlo también en la radio. Me miró con preocupación y lástima, como si el edificio tomado por las armas fuese yo misma. Toda Italia, toda Europa estaba pendiente de unos guardias civiles terroristas. El asunto parecía muy grave.

¿Íbamos a volver a la dictadura?, ¿era eso lo que querían?

Los amigos italianos comenzaron a llamarme a medida que recibían la noticia del golpe

para preguntarme qué estaba pasando en mi país, pero yo no tenía ninguna noticia que no tuvieran también ellos. A las ocho de la noche, en el informativo de Canale Cinque, pudimos ver las mismas imágenes que los españoles ya habían contemplado por televisión. Un guardia civil con bigote, la imagen más típica de la Benemérita, levantaba su brazo desde la tribuna del Congreso de los Diputados mientras empuñaba una pistola en su mano derecha. Parecía una escena de una película bananera de Woody Allen. La valentía de Adolfo Suárez y de Gutiérrez Mellado me emocionó. Mario y Veglia me miraban de reojo, en silencio; los niños no entendían por qué había comenzado a llorar.

Durante parte de la noche estuve intentando llamar a casa sin conseguirlo.

A los dieciocho años empecé a trabajar por las tardes, para ganar un poco de dinero extra para mis gastos, atendiendo el teléfono en una finca agrícola. Los caseros eran una pareja joven que tenía tres hijos de ocho, siete y seis años, dos niños y una niña. La niña se llamaba Tati.

Llegaba hasta allí en mi bicicleta. Cada tarde, después de comer, a eso de las cuatro, con un libro debajo del brazo, abría la oficina y me sentaba a atender el teléfono hasta las siete. Apenas tenía otra cosa que hacer que responder a las llamadas y leer mis apuntes de la facultad.

El padre de Tati era un hombre enjuto y de baja estatura, parecía un *jockey* moreno y fibroso. Era también un hombre alegre. Cuando Tati tenía seis años se introdujo con ella en el cuarto de baño y la obligó a hacer cosas que solo debería haber hecho la madre de Tati, si esta hubiese consentido. Actos cuya naturaleza y cuyo nombre Tati aún ignoraba.

—Es un juego —aseguró, sonriéndole a su hija—. Este es nuestro secreto.

Pero Tati soñaba que un monstruo negro y sin rostro venía a visitarla a su cuarto durante la noche y le metía en su boca inocente un ardiente carbón en ascuas. Cada día lloraba más.

—Es nuestro secreto —recordaba la pequeña. Y no se atrevía a desvelarlo.

Era una niña muy guapa. Delgada y silenciosa. Además de los terrores nocturnos que opacaban su rostro, unas ojeras color violeta circundaban la triste expresión de sus ojos azules, resaltados por dos trenzas largas y rubias que su mamá le peinaba primorosamente cada mañana, antes de ir al cole.

A los seis años y medio Tati comenzó a hacerse pipí en la cama.

—Tengo miedo.

Era lo único que podía decir. Su madre, embarazada de un cuarto hijo, pensaba que estaba comenzando a tener celos.

—Ojalá nazca una niña, así le hará compañía —le comentaba a las cuñadas.

La inhibición temblorosa de Tati contrastaba con la incesante actividad de sus hermanos varones.

¿Qué le estaba pasando a mi país?

Llamé a Ana para preguntárselo, pero ella estaba tan despistada como yo. ¿No habíamos inaugurado felizmente la democracia?, ¿de dónde salían aquellos energúmenos armados?

Le dije que quería volver, quería volver para luchar por la libertad, no estaba dispuesta a que unos indocumentados, unos golpistas, apagaran de nuevo la luz de nuestra historia. Ana me llamó loca.

—¿Volver? Tal vez los que tengan que salir de allí sean los nuestros.

Mis amigos eran «los nuestros». Tenía muchos amigos comprometidos con la democracia recién estrenada, con la lucha contra el legado franquista. Uno de ellos era el concejal socialista más joven del país. Nos escribíamos largas cartas, ¿qué iba a ser de él si el golpe triunfaba?

—Voy a regresar. Tendré un hijo y lucharemos juntos por la libertad.

—Estás completamente loca —me dijo Ana.

Y lo estaba. Mi reino no era de este mundo, vivía inmersa en un mundo literario que apenas rozaba la realidad. ¿Cómo podía sobrevivir a esa distancia de la Tierra? La falta de oxígeno me producía alucinaciones benignas, imágenes de los otros con las que me relacionaba aparentemente sin dificultad, pero estaba loca de remate.

Veglia y Mario se fueron a dormir repitiéndome insistentemente que intentase llamar a mis padres. A la una y media de la madrugada mi padre levantó por fin el teléfono a más de mil quinientos kilómetros de distancia. El rey había hablado por televisión hacía apenas unos minutos, restituyendo el Estado de derecho, me dijo. Los golpistas habían fracasado, el ejército y la guardia civil volvían a sus cuarteles. Mi amigo concejal podría respirar en paz porque el país entero rechazaba la violencia golpista y se unía junto a sus líderes a favor de la Constitución.

Cuando por fin conseguí dormirme, soñé que tenía un hijo que crecía muy rápido, que lo educaba para luchar contra el adversario franquista, fascista, capitalista, y me desperté cuando los enemigos de la libertad, con rigurosos uniformes negros, como en *La guerra de las galaxias*, rodeaban nuestra casa para capturar al líder de las fuerzas rebeldes.

Mi profesora de Historia de COU se apellidaba Grande. Era una mujer hermosa, aunque gruesa y autoritaria. Yo quería ganarme su respeto. Un día, durante una de sus clases, comentó un suceso de la guerra civil española y, a continuación, dio la referencia del libro de donde lo había extraído. Lo hacía casi siempre, para enseñarnos a usar la bibliografía y prepararnos de ese modo para nuestra próxima entrada en la universidad. El libro era una edición en tres tomos de una historia de la Guerra Civil española muy famosa por aquel entonces, la de Manuel Tuñón de Lara, publicada por Alianza Editorial. Como yo tenía la obra, levanté la mano y le pregunté con la mayor amabilidad posible exactamente en qué tomo se encontraba el episodio que nos había relatado. La Grande,

como la llamábamos los alumnos, me miró con un desprecio infinito desde el borde de la mesa en la que solía sentarse para darnos sus clases magistrales, magníficas, vestida con sus caros conjuntos de punto de Rodier. Hizo un gesto de alejamiento con la mano hacia mí, casi como si quisiera borrarne de su vista, y me contestó sin contemplaciones:

—¡Déjese usted de chorradas!

La vergüenza me trastorna aún cuando lo recuerdo. En ningún momento juzgué su intemperancia como una falta suya, sino mía, pues estaba convencida de que era yo quien provocaba, sin pretenderlo, respuestas tan despectivas.

Durante muchos, muchos años, las mujeres mayores me dieron miedo. Creía que, aunque me respetaran, incluso me quisieran en un primer momento, algún día me harían también mucho daño, pues dentro de ellas se escondía una bruja malvada, una madrastra, un ser poderoso que me anularía de un plumazo al descubrir que, más que la cita exacta del episodio histórico en cuestión, lo que yo necesitaba de ellas eran las pistas a seguir para lograr su cariño.

Un cariño que, al parecer, nunca estaban dispuestas a darme.

A la mañana siguiente, cuando dejé en el colegio a Stefano y a Laura, en la primera página del *Corriere de la Sera*, la fotografía del teniente coronel Tejero amenazando a los diputados pistola en mano todavía me hizo temblar. Sobre ella, en grandes letras negras, estaban escritos los titulares que fueron noticia durante el resto de la semana: *Colpo fallito in Spagna*.

El papa Juan Pablo II, de gira por Japón, daba una misa en Tokio dirigida a todas las religiones cristianas no católicas.

En el mercado todos me felicitaron, sentía su solidaridad tan cercana como no la había sentido nunca antes.

—*Bravi!, avete vinto!*

Era el grito del triunfo de la civilización contra la barbarie.

Veglia y Mario me sonreían desde detrás del mostrador, donde el pescado fresco, sobre su frío lecho de hielo, me miraba con ojos estúpidos, sin pestañas.

Antes de volver a casa, Veglia me limpió unos lenguados para la cena de los niños. La vida, interrumpida traumáticamente durante unas horas, volvía a recuperar su curso.

A los siete años Tati era una niña inexpresiva que solía venir a la oficina y sentarse a mi lado en silencio. Le daba un folio y unos lápices para que pintara, mientras yo seguía estudiando entre una y otra llamada de teléfono. Aunque apenas hablábamos, parecía encontrarse tranquila allí, como a salvo.

Sus dibujos eran siempre los mismos. Una casa, la suya, sus hermanos y su mamá en

la puerta, sonrientes y cogidos de la mano, y al otro lado, en completa oposición, la figura enorme de su padre que parecía abalanzarse sobre todos y estar a punto de tragárselos.

—¿Y tú?, ¿dónde estás tú? —le preguntaba.

Pero ella se encogía de hombros, silenciosa. A veces su papá entraba en la oficina para cualquier cosa, le acariciaba el pelo gastándole alguna broma y Tati bajaba la cabeza. Parecía una niña muy obediente y educada.

Por la noche estudiaba a Foucault y los mecanismos del poder; Berger y Luckmann y su *Construcción social de la realidad* me apasionaban; Franco Basaglia unía la revolución con la salud mental, y antes de dormirme en mi estrecha cama plegable abierta en mitad del minúsculo salón de la casa de Mario y Veglia, seguía con enorme placer y en italiano las peripecias de Zeno, que intentaba dejar de fumar.

Durante la mañana limpiaba una casa ajena, me esforzaba en la cocina con los platos más españoles que mi madre me había enseñado, y cuidaba a dos niños casi desconocidos como si fuesen mis hijos. Esta era mi vida real, que nada tenía que ver con mi fantasía. Estaba dividida entre dos mundos, una vez más, sin saber a cuál de ellos pertenecía.

Cuando veía a Lía, a Nella, o a cualquiera de mis sólidas compañeras de grupo, sospechaba que su consistencia era más densa que la mía, que sus dos pies pisaban la tierra con sus hermosos zapatos de diseño sin mediación alguna y al unísono. es decir que su fantasía había sido domesticada, sometida a su racional y práctico principio de realidad. Eran tan hermosas, tan seguras de sí mismas, que albergaba la certeza de que millones de experiencias reales me separarían para siempre de ellas.

Yo era una ridícula aprendiz de todo, varias lenguas interferían unas con otras en mi cerebro, construyendo a su vez mundos simultáneos: la lengua italiana que amaba, la lengua del psicoanálisis, la lengua de la mayoría de edad, la vacilante lengua de mi madre.

Poseer un mundo es poseer una lengua, decía Wittgenstein, «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo».

Yo era analfabeta, manejaba los conceptos con soltura, asociaba, pensaba, pero no poseía aún el manejo de ninguno de esos idiomas. ¿Qué lengua me acogería?, ¿cuál sería mi auténtica y definitiva lengua materna?

Mi padrino criaba perros. Galgos delgados, más altos que yo. Cuando las hembras criaban, mi padrino cortaba el rabo de las crías con una tijeras de podar. Mis primas, sus hijas, estaban acostumbradas a asistir a esa mutilación, pero yo no. Un día, mi prima más alegre me invitó a su patio. En la leñera, recostada en un rincón, encima de un montón

de serrín, la hembra daba de mamar a sus cachorros. Los perros estaban llenos de sangre; el serrín que les servía de lecho era increíblemente rojo, y ninguno tenía rabo. Recuerdo que al verlos sentí en mi propio cuerpo el tajo de las tijeras en el huesecillo de cada perro, sentí la resistencia del cartilago, la presión que debió de haber ejercido mi padrino sobre él y el dolor sin palabras de los animales. Mi prima más alegre se reía de mi expresión de espanto.

No vomité como sucede en las películas. El dolor, por el contrario, se me quedaba dentro, todas las cosas se me quedaban dentro sin que supiese qué hacer para desprenderme de ellas. Pero lo que más angustia me causaba era que fuese realmente él, mi padrino, el autor de aquellas criminales mutilaciones.

Por supuesto que Puri no era de ETA, insisto, pero desapareció a mediados de marzo sin dejar rastro, ni siquiera un simple mensaje de despedida. Ni las monjas ni los dueños de la casa donde limpiaba tenían noticias de ella.

—La han secuestrado —declaraba Camila, impertérrita, mientras se pintaba las uñas de los pies con esmalte granate. Nada podía distraer su atención de su cuerpo y su cuidado.

—¿Quién?

—No sé, alguien, Puri era muy rara.

—Pero ¿por qué iban a querer secuestrarla?

—Para violarla, hija, mira que eres inocente. ¿Para qué si no? ¿No pensarás que van a raptarla para pedir un rescate? Puri no tenía dónde caerse muerta.

Nuestra capacidad de imaginar era infinita. La fragilidad. ¿Tenían los hombres las mismas imaginaciones funestas que nosotras?, ¿siente un hombre el mismo miedo que Camila, Ana o yo sentíamos cuando recorre solo la calle, desde la parada del autobús hasta su casa, en la oscuridad de una lluviosa noche milanesa?

La mujer de mi padrino era muy guapa y muy gruesa. Tenía el antebrazo delgado, pero desde el codo hasta el hombro el brazo engordaba de manera monstruosa, deformado, elefantiásico. A mi madrina le encantaba echarle limón en los ojos a las personas con conjuntivitis. Se sentaban en una silla en medio del patio —rodeados de helechos y geranios, que tapizaban los muros de rojo y humedad—, les abría el párpado con precisión de cirujano y escurría unas gotas de limón dentro de cada ojo. Yo sufría el escozor del ácido cítrico en mi conjuntiva, daba igual quién fuese el paciente que mi madrina estuviese tratando.

La casa de Armando Segundo en Viale Murillo era un apartamento enorme, decorado como nosotras suponíamos que debía de ser el gusto argentino. Espacios diáfanos, con muy pocos muebles, alfombras rojas con motivos indígenas, máscaras y esculturas de madera al estilo Giacometti. En el salón celebrábamos las reuniones de grupo. El suelo era de mármol claro. Armando Segundo vivía desde hacía años con una psicoanalista llamada Martine. Se notaba a kilómetros que eran también una pareja tipo Sartre y Simone de Beauvoir. En la casa tenían muchos discos de *bossa nova*: Antonio Carlos Jobim, Caetano Veloso, Maria Bethania, y muchos otros; también de Mina. Mientras nosotras limpiábamos el piso ellos solían salir de compras, y Ana y yo aprovechábamos su ausencia para bailar como derviches alucinados, girando sin descanso por aquel salón de película. A veces, cuando terminábamos la sesión de grupo, Armando Segundo y Martine nos invitaban a un típico asado argentino, sin que nosotras pudiésemos corresponder nunca a su amable generosidad gastronómica. Quizás les diésemos un poco de lástima.

Mi madrina tenía un cazo especial para hervir la leche. Era un cazo común, pero con un tubo en medio; cuando la leche comenzaba a hervir subía por él como si fuese un volcán, dejando caer su lava blanca dentro del recipiente, sin derramarse nunca. Si tardabas mucho en darte cuenta y la dejabas hervir demasiado rato, la leche se iba evaporando hasta desaparecer, sin dejar de subir y bajar una vez y otra, pero perdiendo la vida en ello.

Mi madrina necesitaba hervir la leche así porque en cualquier momento tenía que dejar la cocina para salir a despachar el pan, mientras mi padrino dormía durante el día, o echaba su partida de dominó por la tarde en el Casino.

A finales de marzo, unos días antes de Semana Santa, mi Mejor Amigo y otro amigo que se llamaba Javier vinieron a Milán a visitarnos. Iban camino de Venecia, donde pensaban participar en un homenaje a Ezra Pound, un magnífico poeta fascista enterrado diez años antes en el cementerio de la ciudad. Los dos amigos eran poetas como él.

Se alojaron en nuestro piso de Via Saldini, pero nunca llegué a compartir con ellos el mismo techo porque vinieron entre semana, cuando yo dormía en casa de Veglia, y apenas pude verlos. Cuando le conté a Veglia que habían venido mis amigos, ella me dio permiso para que una tarde se acercaran a la casa a tomar café. Mis dos amigos chapurreaban el italiano, y tanto Stefano como Laura se lo pasaron en grande con sus bromas. A mi Mejor Amigo le encantaban los niños y hacía mil guarrerías para conquistarlos. Una de las más celebradas consistía en sacar de la boca un hilo de saliva blanca y densa hasta conseguir que colgase unos centímetros por debajo de la barbilla;

cuando ya creías que iba a desprenderse, él lo volvía a meter garganta adentro con un gesto imperceptible y mágico. Era verdaderamente asqueroso, pero a los niños de todos los países del mundo les encantaba. Había visto realizar la maniobra en una gran variedad de parques, y el triunfo estaba más que garantizado.

Cuando Stefano y Laura les contaron a sus padres durante la cena la proeza que mi amigo les había enseñado a hacer, los dos me miraron escandalizados, pero no me reprocharon nada por pura amabilidad.

Mi Mejor amigo era así: frecuentarlo era someterte al escarnio de quienes no le comprendían. Yo le adoraba.

You've got a friend, cantaban Carole King y Lucio Dalla.

La primera obra que el grupo Filos representó en el Teatro Parroquial fue una particularísima versión de la *Antígona* de Sófocles, firmada por nuestro egregio director. Mi participación en ella no era muy importante, pues formaba parte del coro. En el momento más dramático de la obra, mis compañeros alzaban en hombros el cadáver de Polinices, al que se le negaba sepultura, mientras las mujeres seguían la comitiva llorando. Las mujeres de Tebas no querían la guerra sino la revolución. La representación fue un rotundo éxito.

La segunda obra que pusimos en escena fue *Los funerales de la Mamá Grande*, de Enrique Buenaventura, convertida en una metáfora unívoca y perfecta de un país amordazado como era el nuestro. La Iglesia, el Estado, los militares, hasta la monarquía estaba incluida en la crítica feroz que mi grupo, a partir del texto de Buenaventura, les dirigía. En esta ocasión yo interpretaba varios pequeños papeles; entre ellos el de la prometida del futuro rey de España, la princesa griega Sofía. El futuro rey de España y yo nos paseábamos por el escenario imitando histriónicamente la particular forma que tenía la dama de saludar al pueblo. Éramos, obviamente, antimonárquicos, pues el socialismo siempre ha sido republicano.

Los funerales de la Mamá Grande fueron otro auténtico éxito según los parámetros del momento. Actuamos en todos los institutos de la región, aplaudidos por profesores tan rojos como nosotros y como los mensajes de la metafórica obra. Entre el público que asistía a cada representación, a juicio de alguno de los actores, no faltaba nunca la presencia de un "social", es decir, de un chivato, un infiltrado.

Como colofón a nuestra humilde gira, una ventosa noche de invierno escenificamos *Los funerales* en el instituto más importante de la ciudad.

El salón de actos era un hervidero de alumnos y profesores, venidos también desde otros centros, que seguían atentamente la obra bajo la densa nube de humo que ascendía y se espesaba a medida que la trama iba avanzando. Al concluir la representación, el público nos aclamó con entregados aplausos, pidiendo a gritos un coloquio.

Salimos al escenario eufóricos; nuestro director agradeció el entusiasmo con grandes

sonrisas, hizo sentar a toda la compañía en el borde mismo del proscenio, los pies colgando hacia el patio de butacas, e invitó a los asistentes de las últimas filas a que se acercaran hasta nosotros para hacer más íntimo el debate, todo ello con impecable y profesional desenvoltura.

Los coloquios eran algo muy importante por aquel entonces. Cualquier espectáculo que se preciase iba precedido o seguido de un extenso coloquio.

Aquella noche, mientras el viento azotaba los techos del salón de actos con silbidos de espanto, los espectadores preguntaron por el significado de los enigmas, exigieron la concreción de las metáforas y el esclarecimiento de las escenas más comprometidas, mientras nuestro orgulloso director respondía con su verbo magnífico y sapiente.

Todo transcurría tal y como cabía esperar hasta que un conocido profesor de Literatura levantó la mano.

Se hizo un silencio respetuoso. El profesor tomó la palabra y se extendió largamente en la exposición de su pregunta. Señaló el paralelismo entre *Los funerales* y una conocida película de Saura, interpretada, entre otros, por Rafaela Aparicio; enumeró las semejanzas entre la situación española y las dictaduras latinoamericanas una a una, y siguió haciendo un prolijo parangón entre la realidad y la metáfora durante algunos minutos más.

En un momento determinado, el eminente profesor se dirigió al actor que había representado al cardenal y le preguntó directamente qué opinaba él del papel que había jugado la Iglesia en esas dictaduras, su connivencia con el poder, su hipocresía... La pregunta había durado unos quince minutos, pero, al parecer, el cardenal hacía tiempo que se había desconectado de ella, y la interpelación le pilló in albis, sacándole de inmediato de su despiste.

La compañía entera temblaba de ansiedad. Pese a su papel, el cardenal no era considerado en la compañía precisamente una eminencia, y nuestro director, aunque tentado a responder, no podía hacerlo sin ser acusado de monopolizar el debate, de acallar al proletariado del grupo –que éramos nosotros, los humildes actores– o de usar viejos modos antidemocráticos. De manera que callamos, mientras el cardenal respiraba profundamente dispuesto a tomar la palabra. Los segundos transcurrían lentos, ampliando el sonido del viento que no cesaba. Fuera lo que fuese aquello que estaba en condiciones de decir nuestro prelado, tenía que hacerlo ya. Pero nadie podía imaginar lo que sería.

Impertérrito, como si acabase de aterrizar en el escenario, se aclaró la voz de barítono que lo adornaba y preguntó a su vez al profesor:

–Por favor, ¿puede usted repetir la pregunta?

La sala irrumpió en aplausos. Al parecer, a juicio de nuestro inteligente público, metafóricamente, la interpelación había sido contestada.

Mi viaje a París en Semana Santa, donde me reuniría con mi marido, mi hermana y una amiga, estaba previsto para el jueves por la noche, y mi Mejor Amigo y Javier vinieron hasta la estación para despedirse de mí a su regreso de Venecia. Su tren hacia Ventimiglia salía poco después que el mío. Entramos en el vagón, me ayudaron a colocar mi maleta en los altillos, y se sentaron enfrente dispuestos a hacerme reír. Mi Mejor Amigo estaba muy contento de que, al parecer, me hubiese olvidado del todo del Señor Oscuro, y bromeando y charlando permanecieron conmigo hasta que los altavoces anunciaron la inmediata salida del tren. Mientras tanto, los pasajeros que buscaban asiento, cuando les veían en el compartimiento, pasaban de largo creyendo que estaban ocupados.

Apenas abandonaron el vagón empezaron a dedicarme mil monerías desde el andén, saltando cómicamente hasta la ventana junto a la que me había instalado, llamándome a gritos por mi nombre y cosas por el estilo. A mí me daba un poco de vergüenza tanto alboroto, pero ellos eran así y no había modo de evitarlo.

El tren inició su marcha poco a poco, nos despedimos largamente con la mano; con discreción yo, aún con aspavientos ellos. Apenas volví a sentarme donde había dejado mi abrigo cuando advertí que, en el pasillo, mirando hacia los dos asientos vacíos que quedaban frente a mí, había dos chicos muy guapos.

Entraron, preguntaron si las plazas estaban libres y se acomodaron en el mismo sitio donde unos minutos antes se habían sentado mis amigos. El que se situó justo enfrente de mí era muy alto, tenía el pelo castaño claro y un rostro casi infantil, de facciones armoniosas. El otro era ligeramente más bajo, llevaba bigote y tenía el pelo más oscuro. Los dos vestían gabardinas estilo Bogart, hablaban en susurros y con una enorme complicidad. Pensé que eran pareja. Una pareja gay de vacaciones.

El más alto me gustó. Me pareció el hombre más hermoso que había visto en persona en toda mi vida (en el cine solo le superaban Gary Cooper y Paul Newman, ambos en casi todas sus películas, y Alain Delon en *El Gatopardo*).

Durante el resto de la noche el chico alto y yo nos pedimos permiso educadamente para apoyar nuestros pies descalzos en el asiento del otro, lo que nos permitía estirarnos. Nos lo dimos, y pasamos el viaje alternando las piernas, ora a la derecha ora a la izquierda, y sonriéndonos con cortesía antes y después de realizar cada maniobra.

Era la primera vez que iba a París.

En la puerta de la parroquia del Sagrado Corazón, la misma que se levantaba al costado de mi colegio de monjas, nos reuníamos los miembros de mi Comité Revolucionario para repartir las octavillas que habíamos guardado clandestinamente en los armarios de nuestras respectivas casas.

Todos teníamos diferentes nombres de guerra, pero siempre se nos olvidaba llamarnos por ellos.

El mío era Elisa, por la cantautora Elisa Serna.

Por entonces, cuando pensaba en una ciudad solo podía imaginar su nombre, ya que carecía de imágenes y experiencias que añadir a él. En mi fantasía, el tren en el que viajaba me abandonaría justo encima de un topónimo mítico, cuya fisonomía se inspiraba en el cine y en la literatura. ¿Cómo iba a ubicarme en precario equilibrio sobre una ondulante caligrafía? Era necesario viajar para descubrir la naturaleza no escrita del mundo.

Tal y como yo lo veía, a horcajadas sobre la palabra «París», por la mañana llegaría a una ciudad anclada en la época de Proust, con algunos toques rebeldes de mayo del 68. Así sería esa ciudad. No podría definir exactamente cómo la imaginaba, pero desde luego no tenía nada que ver con lo que me encontré al salir de la Gare du Nord del brazo de mi marido, que, como siempre, había acudido a recogerme. La ciudad era más ruidosa de lo que había sospechado, tenía más tráfico y muchos más habitantes que Milán. Me decepcionó. Pero solo momentáneamente.

A mi amiga Josefina se le caían los mocos con frecuencia, como si estuviera eternamente resfriada; se los limpiaba con un rápido gesto de su antebrazo, a modo de pañuelo. Las mangas de sus vestidos brillaban a causa de los mocos transparentes y secos que las endurecían.

En casa de mi amiga Águeda había tanta fealdad que me costaba entrar en ella sin sentirme angustiada. No recuerdo haber visto allí ningún adorno. Los gatos se recostaban perezosos sobre las losas húmedas y oscuras del pasillo; la familia solo disponía de lo estrictamente necesario para vivir. Siempre he estado angustiada por algo. ¿Percibían mis amigas mi malestar?

En mi imaginación construía casas en las que el sol entraba a raudales, casas limpias, luminosas y bellas. Las dibujaba minuciosamente habitación por habitación, con todos los detalles, como en las viñetas cómicas de Rompetechos.

Me repugnaban los mercados porque olían a frutas y verduras, a pescado ahumado, a podredumbre. Odiaba los gritos de los vendedores ambulantes, vulgares, llamando la atención de los clientes hacia su sucia mercancía. No tenía entonces palabras para decir: los vendedores ambulantes gritaban, vulgares, llamando la atención de los clientes sobre su sucia mercancía. No las tenía, y sus gritos atravesaban mi piel, me confundían con ellos, me mataban. Hubiera querido irme lejos de allí, a un mundo donde solo existieran las cosas hermosas. ¿Por qué? ¿Qué sabía yo de las cosas hermosas?, ¿acaso las había visto antes? ¿De dónde, en definitiva, provenía mi aversión?

La casa de mi amigo Rafael, que nos albergaba en París, estaba situada en la Rue de L'Épée-de-Bois, en el quinto *arrondissement*, detrás de la Mosquée. Antes de subir al piso, del que Rafael había huido durante las vacaciones de Semana Santa para dejárselo a su hermana, a la mía, a mi marido y a mí, compramos croissants aún calientes y unas baguettes, para iniciar el día con un estimulante desayuno.

Arriba todos dormían, el salón parecía un campamento de boy-scouts: sacos de dormir, mochilas y maletas abiertas por todas partes. El apartamento no tendría más de treinta metros cuadrados. Respiré aliviada, la intimidad estaba completamente excluida, y desde el momento en que le vi, supe de inmediato que entre mi marido y yo no cabía la menor posibilidad de que las cosas volvieran a ser como cuando éramos novios. Nunca he sabido por qué. Él era solícito y amable, de un buen humor a prueba de contratiempos, tranquilo, sabio, paciente, me había perdonado de corazón, y estaba dispuesto a olvidarlo todo para darnos otra oportunidad, ahora sin la amenaza del Señor Oscuro. Pero eso, a mi pesar, no iba a ser posible, pues apenas le veía, la tristeza infinita de mi madre me consumía por dentro sin que él tuviese culpa de nada.

*Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo. Estamos tocando el fondo.*

Cantaba Paco Ibáñez los versos de Gabriel Celaya. El teatro, como la poesía, era un arma cargada de futuro. Un arma revolucionaria a la que nos entregábamos con pasión.

A mi padre no le hacía ninguna gracia verme subida encima de un escenario criticando todo aquello en lo que él creía. Pero callaba.

¿Quién era mi padre? Desde que me hice una mujer, mi padre no volvió a mirarme directamente a los ojos; ¿qué pensamientos anidaban en ese hombre desconocido que adoraba? Mi padre era una incógnita cuyo misterio era desvelado por las esporádicas interpretaciones de mi madre, que, a su vez, solo mostraban, quizás, sus propios miedos.

Recorrimos París de cabo a rabo. En la explanada del Beaubourg, mientras fotografiábamos las extravagantes estructuras del nuevo edificio de Renzo Piano, volví a ver a los dos chicos italianos con los que había viajado en el tren. Los observé detenidamente desde lejos, mientras volvía a pensar que, sin duda, se trataba de una pareja gay. Eran hermosísimos; con sus gabardinas ceñidas a la cintura y su altiva indiferencia parecían poseer todo lo que en el mundo merece la pena ser deseado. A mis

amigas, cuando se los señalé discretamente, también les parecieron homosexuales, y compartieron conmigo mi sorpresa por aquella improbable coincidencia.

En el puente de Alejandro, frente a Les Invalides, nos hicimos unas fotos tan luminosas que parecíamos ricos burgueses en un día de asueto, tras comprar alguna fruslería carísima en las prohibitivas joyerías de la Place Vendôme.

Milán y París eran ciudades europeas, prósperas, que nada tenían que ver con la ciudad provinciana de la que procedía. Pasamos los días como turistas despreocupados, mientras mi marido y yo nos comportábamos con la naturalidad propia de dos viejos amigos de vacaciones.

Finalmente, al quinto día, se marchó como vino, sin que fuese a despedirlo a la estación. Antes de dejarme, en la puerta del apartamento, me dijo severamente, llevado por la reiterada evidencia de la imposibilidad de nuestra relación:

–Considera que a partir de ahora estamos definitivamente divorciados.

Y a partir de entonces así lo consideraré.

De niña nunca pensé en casarme. Jamás lo deseé. Mis padres cuentan que, desde que tenía tres o cuatro años, cantaba una canción por entonces muy de moda:

*No, señor, yo no me casaré,
así le dije al cura y así le dije al juez;
no, no, no, no, señor, yo no me casaré,
estoy enamorada pero me aguantaré.*

Recuerdo que a los mayores les hacía gracia aquel empeño en la soltería que no sabían a qué atribuir, y que mi cancioncilla casual quedó fijada para siempre en la memoria de algunos de mis familiares como una característica distintiva de la niña que yo era.

Creo que para mí la excelencia en la vida de una mujer no era otra que vivir sin ningún hombre al lado, exactamente como hacían las monjas de mi colegio –que sabían muchas cosas del mundo a pesar de su clausura–, y como la señorita Rosario, el prototipo de la mujer sabia y libre que admiraba. Creo que, de alguna manera, cuando empecé a enamorarme sufrí interiormente por el hecho de que mi bienestar dependiese del amor de un hombre, pues mi ideal más profundo era no necesitar a nadie, no tener hijos, recorrer el mundo sin residencia fija, llevando una vida tranquila e independiente, dedicada al conocimiento y a la ciencia.

Quería saber muchas cosas, ser como Madame Curie, que entregó su vida a una causa digna, útil a la humanidad..., alejándome así de lo que mi madre había sido: una mujer dependiente e ignorante, dedicada a su hogar y a su marido, una mujer que apenas sabía nada del mundo exterior. Yo quería ocupar un lugar en ese mundo, un lugar único, mío, un espacio construido exclusivamente por mí.

Toda mi vida he luchado por hacerme con ese sitio. Creo que si nunca hubiera conseguido que me llevaran a aquel colegio de monjas, en la cima de una pequeña colina a la que se ascendía como en un sueño, habría muerto de pena encerrada en mi casa oscura, en mi casa triste, en el interior de mi madre moribunda.

Apenas se marcharon a España mi exmarido, mi hermana y mi amiga, los paseos por París se convirtieron en una aventura, en una particular fiesta. La soledad milanese me había fortalecido, y cuando la situación me imponía la proximidad de los otros, la pérdida de mi autonomía se me antojaba una verdadera esclavitud. Sola podía deambular a mi antojo, y mi antojo me condujo bulevares arriba hacia la Place de la Bastille. Allí, bajo la columna conmemorativa de alguna batalla cruel, volví a encontrarme con la pareja de amigos italianos. No podía ser. Ninguna coincidencia sería capaz de explicar aquella serie de encuentros que solo cabía atribuir al destino. El destino trabaja afanosamente para que nos conozcamos, pensé. De modo que me acerqué temerosa hasta ellos, dispuesta a no dejar pasar mi suerte de largo una vez más. Les abordé en su lengua –aunque el francés me estaba colonizando lentamente desde que me encontraba sola–, mientras sentía cómo la sangre corría por mis venas a mayor velocidad de lo habitual.

Me reconocieron de inmediato. Desde que no vivía en España mi invisibilidad había desaparecido por completo y comenzaba a dibujarme frente a los demás con unos contornos precisos; apenas un perfil, bien es verdad, un muñeco plano, como el monigote que se cuelga en la espalda del incauto el día de los Inocentes. Pero visible al fin.

–*Come mai parli italiano?* –me preguntó el más bajo.

–Vivo en Milán –les expliqué, respondiendo a su curiosidad.

Venían desde Roma, aunque el más alto, el más hermoso, era milanés. Otra casualidad que celebramos con risas y aspavientos. Se llamaban Renzo y Paolo.

Quedamos para cenar al día siguiente, pero antes de la cena les invité a tomar un té en casa de mi anfitrión. Quería impresionarles mostrándoles el recoleto apartamento de mi amigo, su estilo eminentemente intelectual, su música, sus pósters de Camus y las flores que había comprado aquella misma mañana para alegrarme la vista a mí misma.

Cuando llegaron a las seis de la tarde, con un paquetito de *galettes* y un *bouquet* de violetas, yo ya me había enamorado locamente de Paolo.

Tati tenía ocho años cuando su madre entró un día en la oficina de la finca en la que yo trabajaba de secretaria, miró a su alrededor y, tras confirmar que allí no había nadie más que nosotras, me lo contó.

–Que dice la Tati que su padre se mete con ella en el cuarto de baño y la obliga a

tocarlo.

¿Estaba oyendo realmente lo que esa mujer casi desconocida me decía? Mi incredulidad debió de transmitirse a mi rostro, porque ella continuó.

—Yo creo que es verdad, pero no sé qué debo hacer. Tú que estudias psicología sabrás qué tengo que hacer ahora.

Lucía se apretaba las manos como si temiese desaparecer de un momento a otro, absorbida por completo por el horror de su relato. Las cosas que siguieron fueron aún más espantosas.

—Dice que le hace daño en la garganta, y que si no consigo impedir que siga haciéndoselo un día la ahogará.

Esa era la realidad, la vida a ras del suelo que me rodeaba; yo vivía en las nubes.

Por la ventana situada frente a mi mesa de trabajo veía pasar la vida, los hijos de Lucía me visitaban de vez en cuando, entraban y salían con cualquier pretexto, reclamando unos instantes de atención. Tati me regalaba extraños dibujos en los que ella siempre estaba ausente, pero yo no había intuido nada. ¿Cómo era posible que algo así pasase desapercibido? El padre de Tati era simpático, casi encantador; cuidaba del césped y se ocupaba del mantenimiento de la piscina y las casas de la propiedad, y luego se ocultaba con su hija de ocho años en el baño familiar para violentarla cotidianamente, sin perder por ello la sonrisa.

Tampoco vomité entonces. Nadie que haya conocido vomita inmediatamente después de una noticia indigesta. Eso solo pasa en las películas. Las noticias indigeribles se incrustan en el cerebro, lo colonizan y lo enferman, o son expulsadas de él hasta quedar en el olvido. Yo hice lo segundo y olvidé. No cabía en mi interior una experiencia semejante; la vida real era demasiado dura por sí sola para añadirle además la sordidez de aquella historia.

El restaurante donde cenamos se llamaba Chez Michel, en el Faubourg Montmatre. Era un viejo *bouillon* donde a comienzos del siglo XX se servía una *soupe* como la que solicita humildemente Jean Valjean en *Los miserables*, mientras le van cerrando una a una todas las puertas de aquel miserable pueblo. Estaba lleno hasta los topes, y los camareros, apresurados, hacían la cuenta directamente en el mantel de papel sobre el que se servía la cena. Los comensales entraban y salían a la velocidad habitual en un comedor universitario. No era un lugar precisamente romántico, pero me pareció que la vida, tal y como ahora la vivía, superaba con creces las mejores historias de una película de amor. Nuestro trío, por ejemplo, era un trasunto de *Dos hombres y un destino*; ellos eran Paul Newman y Robert Redford; y yo, Katharine Ross.

Adoraba a Paolo, su hermosura arrogante y narcisista, sus razonamientos filosóficos sobre Bataille, sus gustos literarios. Teníamos en común demasiadas cosas: Mauss y Cioran. «La verdad, no hay cosa que más se contradiga con el tiempo.»

Me reía con el humor romano de Renzo, contrapunto indispensable de la trágica y dulce mirada de su amigo. Parecíamos conocernos desde siempre, como sucede en los mejores encuentros. Inesperadamente, París me regalaba el olvido: *Ciao, amore*. Adiós al Señor Oscuro, ¿quién era el Señor Oscuro?

Frente a la belleza luminosa de Paolo, su siniestra oscuridad se desvanecía. Vivir era exactamente lo que estaba haciendo esa noche, lo que venía experimentando desde que tomé aquel tren a Portbou un septiembre cálido aún en el Mediterráneo, fresco y lluvioso, otoñal a medida que me acercaba hacia el norte de Italia. La lengua materna me abandonaba, diluía sus originales afectos en mis otras dos lenguas, las envolvía con sigilo, les prestaba su universo de carne y de huesos, y yo me convertía en ellas. *Parlavo italiano tutta la notte*, amaba en italiano: *Amore mio, ti amo*.

El día de la despedida, Paolo me regaló un ejemplar fechado en 1930 de *Les fleurs du mal* de Charles Baudelaire. *Parigi é grigia e piovosa*, decía su dedicatoria; ¿de veras no brillaba el sol durante aquellos días?

«Ya estamos prometidos. En algunos países árabes cuando una mujer monta en bicicleta con un hombre es como si estuvieran casados», le dice Paul Newman a la novia de Robert Redford.

Recibí a Paolo en mi corazón con un saludo en su propia lengua que él no pudo oír; la rueda del amor volvía a girar sin descanso: *Ciao, amore!*

Cinco años después recordé íntegro el episodio que había querido olvidar. Lo recordé de improviso, sin venir a cuento de nada. Rememoré el rostro impasible de Lucía; un rostro cotidiano que hacía aún más inverosímil lo que me contaba su boca bien perfilada, con su dicción imperfecta y sus ojos espantados. Lucía relató el incesto como si tal cosa, sin solemnidad, como solía ser normal en ella.

Lo recordé y quise morir de inmediato porque lo que no lograba recordar de ningún modo era lo que yo le había aconsejado. ¿Cómo pude olvidarme de aquello?, ¿de qué miserable materia estaba hecho mi corazón?, ¿acaso mi repugnancia justificaba la falta de auxilio?

Investigué. Cinco años después emprendí el camino que no recordaba haber emprendido antes. Busqué a Lucía y a Tati, busqué a mi tío, que dirigía aquella finca lejana. Inquirí, indagué. Hasta que ellos me contaron, me tranquilizaron.

Cinco años atrás, Lucía fue a ver a mi tío, que estaba comiendo con mi abuela. En casa de mi abuela paterna los acontecimientos más importantes sucedían alrededor de la mesa, y Lucía, con las mismas palabras con las que se había dirigido a mí el día anterior, les contó lo que su hija le había contado a ella.

—Tú le dijiste que viniera a vernos de inmediato, hiciste bien, eras aún muy joven —me tranquilizó mi tío durante mis pesquisas.

Aconsejaron la denuncia y denunció. Lucía salvó a su hija de la indefensión y del

desamparo. El padre de Tati fue a la cárcel durante algunos años, hasta que, al cabo de un tiempo, les pidió perdón y le perdonaron; salió de la cárcel cuando cumplió la condena, y se mató poco después en un accidente de moto que deseé con toda mi alma que hubiese ocurrido muchos años atrás.

—Era un sinvergüenza —decían de él quienes le conocían, sin sospechar el alcance de su inmoralidad.

Las cosas son más dulces cuando se cuentan, entran más suavemente en nuestro cuerpo, se digieren mejor. Respiré tranquila, pero la culpa no desapareció del todo. No recordaba en absoluto haberle aconsejado que fuera a ver a mi familia, ni recordaba nada de lo que me contaron. ¿Dónde estaba por aquel entonces?

Cantaba *Insieme*, de Mina, a voz en grito, mientras recogía mis cosas dispersas por el salón de la casa de mi amigo.

*Io non ti conosco
io non so chi sei
so che hai cancellato con un gesto i sogni miei...*

Ordenaba el minúsculo espacio y lo llenaba de flores y de notas, insignificante muestra de agradecimiento por todo el universo que la estancia allí me había regalado.

Volví a Milán, y en Milán, recién llegado como yo, estaba Paolo. En mi casa, también minúscula, nos amamos por primera vez una mañana en la que, milagrosamente, no había nadie cerca. Fue en mi cama junto a la ventana que daba a la terraza, en el viejo colchón a ras de suelo. Paolo me amó como nunca lo había hecho nadie: con inocencia infantil, con perversa inocencia infantil. Nuestros cuerpos no eran sólidos, sino que, tal y como siempre había soñado que debería ser el amor, tenían la consistencia del mercurio: se unían en una única masa informe para separarse después dulcemente, cuando se modificaba la zona de contacto. No teníamos huesos ni piel, ni rodillas ni codos, ni nada que nos dividiese, que nos separase, que distinguiese su cuerpo del mío. Éramos solo uno, una ola, una onda, un ritmo, una única armonía.

—Cuando me vaya, ¿te tocarás pensando en mí? —me preguntó. No existía el pudor, la vergüenza o la desconfianza.

—Sí.

—*Promesso?*

—*Promesso.*

Y Paolo se fue a Roma. Todos mis amantes se marchaban antes o después, antes más bien que después, y volvían a dejarme sola.

¿Cuál es el soporte de la memoria?

Una tarde, en un seminario de trabajo, una chica se acercó a mí con clara intención de saludarme.

—¡Hola, Julia! —me dijo, resuelta, sin mostrar ninguna duda sobre mi nombre, aunque yo no tenía la menor idea de quién era ella. Ni siquiera su cara me resultaba familiar. Era solo una incógnita abierta en mitad de mi cerebro, que se negaba, obtuso, a reconocerla. Ella, sin embargo, tenía clara conciencia de quién era yo. Anduve incómoda durante algunas horas, intentando rememorar las circunstancias en las que nos habíamos conocido, hasta que mi cuerpo recordó las sensaciones que esa chica me había producido en algún encuentro del pasado.

Me asusté. Mi cuerpo supo de inmediato que entre esa chica y yo había sucedido algo desagradable que mis células epiteliales grabaron con eficacia en una memoria más eficiente que la racional, y mis músculos reaccionaron espontáneamente con una retirada, como si me encontrase ante una inminente amenaza.

Durante el tiempo que compartí forzosamente el mismo espacio con ella no supe a qué atenerme. No podía imaginar qué había sucedido entre nosotras; quizás yo la hubiera agredido, o ella a mí; tal vez la había odiado. Nadie podía contestar a estas dudas, que quedaron dando vueltas por mi cabeza en medio de una incertidumbre creciente, un tormento de inquietud, hasta que unas semanas más tarde las células epiteliales de mi memoria corporal activaron, por fin, las perezosas neuronas de mi cerebro, y lo recordé.

Yo no era como mis amigas. Siempre lo había sabido; era extraña, inconsistente, más triste en la tristeza, en la alegría más alegre. «Locuela», me había dicho mi Mejor Amigo. Locuela. Tristuela. Paolo me dejó triste. «Tan triste como ella y otros cuentos», me apodó mi marido años atrás.

Mi marido se fue a Grecia, y en Grecia se enamoró de una chica recién separada, alegre y vital, que se llamaba Caridad, con la que se fue a vivir a mi antigua casa a la vuelta de su aventura helena.

Respiré aliviada. Ahora no le debía nada a nadie. Era libre, definitiva y locamente libre para amar a Paolo, y hablarle incluso de mi nuevo amor al hombre que ya no me esperaba, que confesaba su propio amor ilusionado; ahora podíamos compartir como amigos lo que como pareja nos había separado.

—¿Por qué no venís a verme? —los invitaba.

—Iremos.

Pero no vinieron nunca.

Milán respiraba el aire más cálido de la primavera, los días se alargaban. Escuchábamos conciertos en el césped que rodea el Castello Sforzesco.

—*Sforschestco, Giulietta, schttt* —decía Paolo, y lo repetía, maestro incansable, cada vez que volvía a la ciudad.

–*Zanzare, zanzare* –me instruía en su lengua.

–*É impossibile per me.*

–*Ma no, Giuletta, puoi farlo.*

No podía. Comíamos helados ecológicos *di fior di latte*, germen de trigo o yogur. Nos besábamos con los labios fríos, enamorados.

En la Plaza del Duomo, el programa *Milano estate* organizaba un concierto de Lucio Dalla. Había aprendido italiano cantando sus canciones. Paolo me decía:

–*Ma da vero conosci Futura?*

–*Da vero.*

Y la cantaba entera, ante su más sincero asombro.

*Chissà, chissà, domani,
sul che cosa metteremo le mani,
se si potrà contare ancora le onde del mare e alzare la testa
non esser così seria, rimani.*

Se interesaba por mí. ¿Quién era yo para él?

Su madre, al teléfono, cuando le llamaba a casa, solía decirle:

–*La tua amica spagnola.*

Le amaba como nunca había amado, como no he vuelto a amar después. Éramos hermanos incestuosos, desterrados, Paolo flotaba como yo a unos metros del suelo, fingía que pisaba la tierra pero no lo hacía; como yo, vivía en un mundo imaginario donde su futuro se prometía espléndido.

–*Giuletta?*

–*Dimmi.*

–*Ti amo un po'.*

Esperaba que algún día me amase simplemente, sin añadir ese *po'* que me sonaba a poco, a muy poco, a una diminuta porción de su desconocida capacidad de amar. Pero ese *po'* era todo el amor que, de momento, él podía darme.

¿Cómo me quería mi padre?, ¿era su desamor el culpable de que los hombres que amaba no me amasen del todo? Inscrita en una repetición sine díe, elegía para el amor a los hombres más inadecuados.

Mi padre amaba los objetos y la naturaleza. Amaba los ritos cotidianos, los horarios, las repeticiones que a mí me mataban. Mi padre amaba los pájaros que no protestaban, los cultivos que le obedecían, los niños pequeños que le admiraban. Pero no me amaba a mí. Nunca me lo demostró, nunca lo hizo.

Le gustaba hacer exactamente lo mismo, un día tras otro: comer lo mismo, frecuentar idénticos lugares, realizar parecidos itinerarios, en una cadencia tranquilizadora que

constituía su seguridad y mi agonía. Aborrecí sus platos favoritos, más por un íntimo rechazo hacia él que por auténtico displacer gustativo. Quería separarme, descubrirme, huir.

Algunas semanas después Paolo y yo nos encontramos en Bologna, la ciudad roja, ensayo de experimentos sociales y urbanísticos llevados a cabo por la innovadora izquierda italiana. Autobuses gratuitos, centros de información para jóvenes, escaleras monumentales llenas hasta rebosar de estudiantes alegres que cantaban, reían y hablaban.

En la ciudad roja, el padre de Paolo tenía una casa antigua, escondida en una calle de infinitos soportales.

–En Bologna no te mojas si llueve.

Y una amante.

–*La donna di miopadre* –solía llamarla Paolo, que nunca pronunciaba su nombre; la nombraba desde el dolor de su madre.

Las fotos de su padre y de la amante reposaban encima de las mesas y las cómodas dispersas por el salón. Se amaban desde que Paolo tenía dos años.

El padre de Paolo dejó a su madre por esa mujer de rasgos latinos, grande y fuerte, profesora de instituto, con la que no tenía hijos, pero con quien compartía desde hacía veinticuatro años una vida de amantes. El padre de Paolo era tan hermoso o más que su hijo.

–*La donna di mio padre.*

La madre de Paolo lloraba todavía en Milán la pérdida de su marido. Vivía en el piso superior de la antigua casa familiar, dividida en dos apartamentos, comprobando cómo su hombre trabajaba durante la semana y viajaba a Bologna los viernes por la tarde para encontrarse allí con su mujer. La madre de Paolo *faceva l'insegnante*. Me gustaba esa forma sabia del idioma italiano de dividir perfectamente la identidad de los actos.

Cuando Paolo tenía cuatro años, su madre viajó con él hasta Grecia para encontrarse con su marido, que era ingeniero y trabajaba allí durante un largo periodo de tiempo en la construcción de una obra pública. Quería reconquistarlo, traerlo de regreso a casa.

Los hombres le dirigían piropos al pasar, y Paolo, niño celoso, se encaraba con ellos con infantil coraje. Pero su padre ni siquiera la miró. Su padre ya solo tenía ojos para la otra mujer. Y Paolo no se lo perdonó nunca.

Nos amamos como ellos, pensé. En su mismo *letto*. En una casa sencilla y coqueta.

Creo que me hubiera quedado en ese dormitorio para siempre. Creo que en aquella casa Paolo y yo teníamos tres, no más de cuatro años. Dormíamos uno dentro del otro, cada noche nos turnábamos como niños que juegan a las canicas.

–Hoy me toca a mí.

Y a quien no le tocaba, le tocaba dormir fuera, cobijando al ganador, cuidando de moverse al compás, para que ni en una sola ocasión el aire frío se colase entre la piel de

la espalda del protegido y el pecho cálido del protector.

–Oggi tocca me.

Quedarme allí para siempre, en una casa secreta donde nadie pudiera buscarme. Desaparecer en esos abrazos, alejarme del mundo, vivir en el desierto de su espalda.

La memoria despertó por fin, y recordé completamente los pormenores de nuestro primer encuentro. Recordé que algunos años atrás esa chica y yo habíamos estado en un mismo grupo de psicodrama. Recordé que ese día el coordinador nos propuso un ejercicio cruel: éramos los supervivientes de un naufragio. Nuestro bote navegaba a la deriva en mitad del océano proceloso –la palabra «proceloso» yo aún no la conocía, pero la busqué de inmediato en el diccionario y me la apropié–, éramos siete náufragos, pero en el bote no podían sobrevivir más que seis, de modo que entre todos teníamos que elegir a la persona que sería sacrificada para que el resto pudiese albergar alguna esperanza de salir con vida. Yo me negué a discutir.

–No es necesario que nadie se sacrifique, podemos inventar alguna otra argucia – intenté convencerlos.

Pero mis compañeros querían seguir al pie de la letra la consigna del terapeuta y empezaron a discutir quién sería el candidato. Mi angustia subía como la fiebre, me arbolaba el rostro, me ahogaba por anticipado, como si yo y solo yo pudiese ser la elegida.

Al cabo de unos segundos no pude aguantarlo más y me tiré al borrasco mar helado, sacrificada y suicida, incapaz de escuchar el final de unas deliberaciones cuya conclusión pretendía adivinar de antemano.

*Aspettiamo che ritorni la luce
di sentire una voce
aspettiamo senza avere paura, domani.*

Las manos de Paolo frente a las mías, cada surco de sus huellas digitales inserto en los míos. Julia, mi nombre, rebautizada de nuevo por él. Mi nombre en su lengua extranjera, nuevo, nuevo, sin restos de miseria.

–Giulietta, andiamo a la festa del PCI.

Cada vez que Paolo venía a Milán para visitar a su madre, porque él solía decir que ese, solo ese, era el motivo de su visita, pasábamos el fin de semana juntos. Pero cada cita era un comienzo. Cada encuentro, una primera vez.

No sabía si era él o yo quien introducía esa intranquila discontinuidad.

Ti amo un po'.

A la fiesta del Partido Comunista Italiano fuimos con Ana y Camila, Antonio, el amigo profesor de Paolo, y Marco, su amigo arquitecto. Cenamos en largas mesas comunitarias, mientras grupos de música completamente desconocidos tocaban en un escenario lejano. Todo a nuestro alrededor era alegre. Apenas podía imaginarme que aquel hombre tan hermoso fuese mi acompañante, que fuese mío. Me parecía que todas las mujeres le miraban, que le admiraban, que deseaban estar en mi lugar. Antonio era muy gracioso y nos hacía reír con sus chistes y sus observaciones. A nuestro alrededor, los viejos militantes del PCI nos servían pizza o platos de pasta con una eficacia profesional, forjada durante décadas de celebración de fiestas como aquella. La noche era cálida y se extendía por el parque silenciosamente, al compás de la música.

Fue entonces cuando ella llegó. Se sentó al otro extremo de la larga mesa que compartíamos, con su grupo de amigos y su lánguida elegancia.

Ella, la misma. La otra. Era muy hermosa, muy joven –insultantemente más joven que yo–. Llevaba un sencillo vestido blanco de tirantes que dejaba al descubierto sus brazos y el escote desnudo; no llevaba ningún adorno. Era el tipo de mujer que podía fascinar a Paolo. Y Paolo no dejaba de mirarla sin disimulo, como hacen los hombres en Italia, mostrando a las claras su preferencia. Exactamente como Antonio y Marco me miraban a mí.

Ella no le miró a él. Ni una sola vez lo hizo, pero la mirada de Paolo era suficiente. Fue algo definitivo. La herida volvió a abrirse, la grieta del Señor Oscuro, la puta, Floren, la Pecas, todas y cada una de las otras traiciones volvieron a mi cuerpo dañado, a mi cuerpo ignorante, aún convaleciente de él. Y sangré.

De cada uno de mis poros manó una gota de sangre en la que se ahogó la alegría. La fiesta se tornó duelo; y me aparté, y sufrí como antes, más que antes. Sufrí sin palabras, y le pedí:

–Vámonos, llévame a casa.

–Espera –me decía él, y la miraba.

–No, vámonos ahora.

Me llevó en su coche hasta Via Saldini, los amigos irían luego, no había por qué preocuparse. No quise que subiera, no pude dejar que subiera, me abracé a mi dolor y me dormí sola en mi cama. Y soñé que Paolo volvía a la fiesta y la encontraba, soñé que la besaba y que la amaba, y que a mí me dejaba para siempre porque a mí, Paolo, como los pocos hombres que tanto he querido, solo me amaba un *po'*.

Durante la sesión grupal que siguió a la escena de nuestro naufragio no supe qué pensar de mí misma. Ni siquiera había reflexionado sobre mi acto sino que mi cuerpo, independiente de mi voluntad, había decidido por mí y se había inmolado.

Nos sentamos en círculo para comentar lo que había sucedido. Uno a uno, los

compañeros expusieron qué habían experimentado en aquel bote a la deriva, cómo les había afectado aquella decisión asesina que no tuvieron que tomar. Cuando me llegó el turno no supe qué decir. No tenía palabras para explicar mi acto, solo una angustia infinita que me perseguía, y la certeza de que me había arrojado voluntariamente al mar para no tener que experimentar, ni por una milésima de segundo, que fuesen ellos quienes decidieran hacerlo.

Pero aquella chica desconocida que mi cuerpo conocía y yo no, sí encontró palabras para explicarme, en realidad solo tuvo que utilizar una.

—¡Cobarde! —me llamó.

Y había preferido olvidarla.

El dolor es mudo, carece de palabras, es anterior al lenguaje. ¿De dónde procede mi dolor?

El dolor es negro.

Es infinito como el universo infinito.

Ancestral.

El dolor me rompe y me desgarrar,

secuestra mis fuerzas,

me deja inerte, cerrada sobre mí misma en un círculo perfecto de sufrimiento hueco.

Yo quería mucho a mi tío paterno, que se mantuvo durante setenta años soltero. Desde joven fue un hombre calvo y extremadamente alegre y bromista. Nunca le había visto enfadarse ni de mal humor. Era el mejor de los tíos. Un día quise gastarle una broma que alguien me había gastado anteriormente a mí.

Estábamos en la cocina de mi abuela, blanca e inmaculada, a pesar de las traviesas cucarachas. Mi tío, sentado en una silla delante de la mesa, se incorporó para coger el pan que se encontraba en el otro extremo, y aproveché el momento para retirarle la silla con sigilo. Cuando volvió a sentarse, sin haberse percatado de nada, cayó de espaldas sobre el suelo. Yo me reí, él se enfureció. Nunca le había visto ponerse de ese modo. Lo que creí que era una broma se convirtió para él en un asunto, más que grave, irreparable.

A partir de ese episodio banal algo se rompió en el interior de mi tío y en el mío.

Paolo volvió a Roma, me dejó en Milán, instalada en el firme propósito de abandonarlo. Yo, que ya me sentía abandonada. La vida seguía, sin embargo, ignorante,

ajena al dolor que secuestraba mi alegría, al dolor que me paralizaba cada tarde, sin estímulos, a pesar del mundo en primavera, de los conciertos y de la fiesta...

Antonio, el amigo de Paolo, comenzó a llamarme por teléfono para salir, pero no tenía ánimos. Las negativas se sucedieron hasta que una mañana, mientras desayunábamos, contándonos como solíamos nuestros respectivos sueños, Ana descubrió un agujero en la puerta de entrada de la casa.

—*Un buco!* —gritó, y se levantó acto seguido para abrirla y observar desde fuera lo que el agujero permitía ver.

Nos alarmamos. Alguien había abierto con un berbiquí aquel agujero perfecto que dejaba ver el interior de nuestra casa y de nuestro pequeño dormitorio sin puertas.

—El señor Rigo, es el señor Rigo. Estoy segura —continuó suponiendo Ana.

El señor Rigo fumaba cigarrillos Merit, una marca muy popular de tabaco cuya boquilla se identificaba fácilmente por tener alrededor del filtro unos círculos amarillos, y he ahí que, delante de nuestra puerta, en el descansillo de la escalera, que no daba más que a una terraza por la que nadie transitaba y a nuestro piso, se esparcían acá y allá más de una decena de colillas de cigarrillos Merit. El intruso era un fumador empedernido e imprudente.

El señor Rigo. Se requería paciencia y curiosidad para abrir un agujero semejante en la vieja puerta de nuestro apartamento. ¿Qué tipo de hombre era aquel? Un psicópata, sin duda. Nos asustamos. Estábamos seguras de que había sido la noche anterior, puesto que ninguna de nosotras había visto antes las colillas indiscretas, curiosamente dejadas ante nuestros ojos sin cuidado alguno, como si el loco *voyeur* quisiese que supiéramos sin lugar a dudas que había estado observándonos. Rellenamos el agujero con la cera de una vela y llamamos a Antonio para pedirle consejo. No estábamos dispuestas a dormir otra noche expuestas a las miradas de un psicópata semejante.

Antonio reconoció enseguida el peligro que encerraba nuestra soledad de jóvenes españolas indefensas y se mostró dispuesto a ayudarnos. Vendría con su perro Lupo, un hermoso y cuidado pastor alemán que subió delante de su amo saltando alegremente los escalones de dos en dos.

—Si vuelve, Lupo le olerá y le descubriremos in fraganti —dijo. Todas estábamos ilusionadas, deseosas de que quienquiera que fuese viniese una noche más para enviarlo a la *questura* sin dilación.

—No, a la *questura* no, que no tenemos permiso de *soggiorno* ni contrato de alquiler. Si le denunciarnos podemos salir peor paradas —puntualizó Camila, siempre con la cabeza fría.

Antonio durmió en el salón, en el colchón que había sido del Señor Oscuro. Pero Lupo no ladró en toda la noche. Quienquiera que fuese había dejado de interesarse por el agujero y por nosotras, y nunca más supimos de él.

Cuando al mes siguiente volvimos hasta Fatebenefratelli para pagar el alquiler correspondiente, el rostro imperturbable del *signor* Rigo no mostraba ninguna señal atribuible a su crimen. Pero encima de la mesa de su salón, oscuro y *kitsch*, reposaba el consabido paquete de cigarrillos Merit.

A pesar de la sabiduría de mi cuerpo, la revolución me obligaba a desprenderme de él. Mi cuerpo respondía fielmente a la educación burguesa que había recibido, era un hijo adiestrado en la cultura de la propiedad privada. Mi cuerpo sentía celos, quería exclusividad, pero mi deber revolucionario era no prestarle oídos, desmentir su consejo, guiarme por los valores de nuestra nueva moral incierta.

Desposeída del saber de mis células, en pro de una moral nueva, mi cuerpo y yo nos quedamos sin rumbo, como una triste barca a la deriva.

Un cambio imperceptible se había producido en mi interior. Leía a Freud: «La sombra del objeto cae sobre el Yo», y entendía de qué se trataba: había perdido al Señor Oscuro, pero me había identificado con él. ¿Fue por eso por lo que hice lo que hice? ¿Acaso me había convertido en el Señor Oscuro sin advertirlo?

Al parecer, no estaba dispuesta a sufrir de nuevo el calvario de la traición y me adelantaba preventivamente a ella.

El duelo —este era el tema de estudio— se resuelve elaborando la pérdida a través de una identificación. Se trata de una de las soluciones más socorridas frente al abandono: la sombra del objeto perdido cae sobre el Yo.

Antonio era rubio y tenía el pelo rizado. Me parecía un pelín estúpido sin que pudiese precisar bien por qué, pero era tan agradable y estaba tan dispuesto a ayudarnos que consiguió mi confianza. Además, era amigo de Paolo, por lo que, de entre los otros miles de milaneses con su mismo perfil, entraba en mi vida con la credencial más prestigiosa.

A pesar de mis negativas, él no se daba nunca por vencido.

—*Sono toro* —es decir, tauro, argüía por toda explicación.

A partir de la noche en que ejerció de valiente guardián de nuestra integridad, Antonio venía a casa con frecuencia a tomar café, o salíamos a pasear por los alrededores con Lupo. Siempre se mostraba solícito y complaciente.

Un fin de semana me invitó a visitar con unos amigos el lago de Como. Iríamos en su moto.

Nos marchamos hacia el norte por la misma carretera que habíamos tomado con Yeny unos meses antes. El viento me abofeteaba fuertemente el rostro, y yo me abracé a la cintura de Antonio, protegida por un rígido fajín, para no salir despedida en dirección contraria. Nunca antes había viajado en moto. En alguna ocasión habíamos dado paseos cortos por Milán, entre nuestra casa y el lugar previsto para alguna cita con otros amigos, pero nunca había viajado durante horas por autopistas repletas de coches que rugían como animales salvajes, adelantándonos y desplazando más aire a mi alrededor del que mis pulmones eran capaces de respirar. Al principio me asusté, aunque Antonio ya me lo había advertido.

—*Niente paura.*

Es segura, me decía, decidido, aunque yo le pedía que fuese más despacio, sin estar

convencida del todo de que pudiese oírme a semejante velocidad. La moto era una BMW *strada e fuori strada*, una máquina enorme, perfecta. Sentía su motor debajo de mi cuerpo, mientras me pegaba a su espalda como una lapa, envuelta en neopreno y nailon, para que me protegiese.

Al final lo conseguí. Poco a poco, mis miembros se fueron relajando, dejé de tener miedo y comencé a experimentar un placer inigualable. Parecía que volásemos por la autopista hacia Como. Antonio me daba seguridad, era un hombre simple y práctico, un buen chico. Nada malo podía pasarme con él, sobre todo, pensé, porque no me importaba en absoluto; simplemente me proporcionaba los acontecimientos necesarios para que mi propósito de alejarme de Paolo se hiciese realidad, eso era todo.

Llegamos a Como al atardecer, y de Como, bordeando el lago durante unos pocos kilómetros, a una casa espléndida, un palacete de más de veinte habitaciones que no sabía exactamente a quién pertenecía. Delante de la puerta estaban estacionadas algunas motos más y algún que otro coche. Entre ellos reconocí el viejo Cinquecento de Marco. Me alegré. Marco era el Mejor Amigo de Paolo, y solíamos mantener conversaciones interesantes durante las contadas ocasiones en que salíamos juntos por Milán. A Marco no se le conocía ninguna novia, y a mí me atraían los hombres que no parecían depender de una mujer. Su amistad asexual era reconfortante. Cuando me miraba masculinamente, valorándome, pensaba que, en el fondo, evaluaba la elección de su amigo, no la suya.

Durante toda mi vida he estado fingiendo, inventando, construyéndome con palabras una familia alternativa, más luminosa que la mía. Decía «mi padre era un hombre humilde» y creía no estar faltando a la verdad. Pero faltaba a la verdad. Mi padre no era solo un hombre humilde, era también un hombre orgulloso, autoritario, que nos hubiera tenido encerradas en casa a mi hermana, a mi madre y a mí para estar más tranquilo. Mi padre solo sabía censurar.

Mi madre no sabía hablar bien, nunca supo conjugar correctamente los verbos de su propia lengua. Mi hermana y yo nos pasamos la vida corrigiendo uno tras otro sus errores gramaticales, sin obtener más que su indiferencia absoluta. Me avergonzaba de su terquedad.

—*Andé...*

—No es *andé*, sino «anduve».

Siempre que tomo la palabra temo que sea ella quien salga de mí, que se me escape una frase mal dicha, que aparezca la verdad de mi lengua materna bajo la engañosa máscara de mi cultura; que todos se den cuenta de la falsedad de mi elocuencia. Pues debajo de estas palabras, de los cientos, miles, millones de palabras que he ido pronunciando a lo largo de mi vida, siempre estará la lengua defectuosa de mi madre.

Cuando le pongo palabras a estos hechos ya empiezo a traicionarlos. Si digo «mi

madre no sabía hablar bien», universalizo su persona, pongo a mi madre en relación con otras mujeres que, en aquel país de la posguerra, nunca aprendieron a usar correctamente las palabras; pero, sobre todo, me miento. Miento porque mi madre *era* mi madre, la única mujer que conocía de cerca, la que más me importaba, a la que más quería. Avergonzarme de ella era algo tan pecaminoso que me sumía en una tristeza infinita, otra vez; pero ni ella ni yo podíamos dejar de ser como éramos.

Hubiera querido tener otra madre, que ella fuese otra, pero al mismo tiempo la quería. Quería salvarla a toda costa, mintiéndome si fuese necesario, utilizando palabras condescendientes para nombrarla, palabras aliviadoras que la colocasen de una vez por todas en el conjunto lleno de las madres.

Alguien nos dijo cuál era nuestra habitación. Me sentía mareada, *ubriaca*, como si la repentina falta de la inyección de oxígeno que había recibido durante el viaje nublasen mi cerebro. La casa era laberíntica. Alguien, en alguna parte, mientras subíamos, nos anunció que en la cocina se preparaba la cena. Cogimos unos jerséis, pues la humedad del lago se hacía sentir demasiado al atardecer, y bajamos las escaleras siguiendo el sonido de las risas. Recuerdo que el suéter de Antonio era a rayas rojas y blancas.

La cocina era magnífica, y alrededor de una enorme mesa de madera para veinte comensales saboreamos mis tortillas de patata, la pasta al pesto y *all'arrabbiata*, y otros sencillos y deliciosos platos. Seguía mareada. Al fondo de la mesa observé a Marco que me miraba incrédulo. Le saludé. Me pareció que nadie le había comentado que yo estaría allí. Me levanté y fui hasta él para besarlo.

—*Sa Paolo che sei venuta?* —me preguntó a bocajarro.

¿Paolo? Dudaba de que Paolo continuase pensando en mí. En mi imaginación dolorida, Paolo se había marchado con la chica desconocida de la fiesta del PCI, me había traicionado, abandonándome como el Señor Oscuro a mi destino aciago. Marco parecía enjuiciarme, nada indulgente. ¿Por qué lo hacía? Sentí una alegría extraña, enorme. Si a Marco le parecía que no debía estar allí acompañando a Antonio, quizás fuese porque Paolo le había dicho..., porque sabía...

En Roma, ¿seguía, entonces, importándole?

A Antonio no parecía gustarle mi conversación con Marco. Vino hacia nosotros y me sacó a bailar. Encima de la mesa, el *vin santo* e *i cantuccini* formaban un sabroso maridaje.

A veces pensaba que solo con su muerte conseguiría librarme de ella. Y la culpa me consumía, y el remordimiento me impulsaba a comportarme como una hija perfecta.

Con mi madre viva, mi libertad se limitaba, pues estaba constreñida a moverme dentro

de los estrechos márgenes de su yo, que era mi morada. Sin embargo, me desbordaba por fuera de ella sin pretenderlo.

Recuerdo que en Como sufrí una especie de alucinación maniaca. Dividida, me veía a mí misma desde el techo de aquella cocina magnífica, por cuyos ventanales se divisaba el espléndido paisaje del lago. Me veía ajena y hermosa bajo mi propia mirada alienada; loca, ahíta de oxígeno y de vida, una humilde reencarnación femenina del superhombre de Nietzsche.

La reencarnación femenina del superhombre de Nietzsche era para mí exactamente la versión que Liliana Cavani llevó al cine en *Al di là del bene e del male* del personaje de Lou Andreas-Salomé. Había visto la película un par de semanas antes en un cine de Milán, y me impresionó profundamente. El mismo efecto perturbador ejerció en mí unos años antes *La pasión de vivir*, de Ken Russell. En ambas, la vida de sus protagonistas era tan poderosa que rayaba constantemente en la locura y la muerte. Yo quería experimentar la misma pasión que las mujeres que vivieron esas historias.

En la euforia etílica del lago de Como me sentí más allá del bien y del mal, dispuesta a explorar la sexualidad, a gozar de la vida y de mi juventud hasta el fondo.

Una vez en la habitación, Antonio quiso besarme, pero no se lo permití. En el borde de la litera, en una oscuridad solo violada por el resplandor de la luna sobre el agua, le atraje hacia mí lujuriosamente, dueña absoluta de la situación, y lo introduje, sin resistencia alguna de su parte, en mi propia película.

Creía firmemente en la existencia de los extraterrestres sin que mi creencia fuese avalada por ninguna documentación científica, sino simple y llanamente por el ejercicio de una modesta, lógica y racional humildad cósmica.

Antonio siguió sin importarme a la mañana siguiente, y a la otra. Lo había utilizado para interpretar un personaje en un guión no escrito. Experimenté por primera vez la sensación de amar a alguien e irse a la cama con otro, y no me pareció tan grave; el sexo es inocente, la inocencia del cuerpo se mantiene intacta hasta la muerte. Mis células sabían perfectamente la verdad. Son solo las palabras las que añaden la malicia, el juicio, el pecado o la censura.

Mi cuerpo no le amaba, pero se había acostado con él; yo continuaba sintiéndome fiel a Paolo.

Sin embargo, las palabras que Marco le transmitió no debieron de ser inocentes. Paolo volvió a Milán, y después de saborear un helado ecológico de germen de trigo sentados en el interior de su coche, aparcado delante de mi casa, me pidió explicaciones.

—Fuiste con Antonio a Como...

—Sí.

—¿Y?

—El lago es precioso, la casa de Claudia es espléndida.

—Lo sé. He ido muchas veces al lago de Como.

—Ya.

¿Dónde estaban Ana y Camila?, ¿por qué no salían a tirar la basura, a llamar por teléfono o algo por el estilo?

—Dormíais juntos.

—Todo el mundo dormía junto, las habitaciones eran enormes.

—Pero tú dormías con Antonio. Antonio se lo ha contado a Marco, ¿por qué lo has hecho?

No supe qué contestarle.

Por amor, habría podido decirle, lo he hecho porque te amo, porque no soporto verte mirar a otra, porque temo morir de desamor si no me protejo, si no corro hacia delante antes de que tú me dejes perdida detrás, y abandonada. Pero no podía decirle eso.

—Yo te quiero, Paolo. Te quiero solo a ti —le dije, melodramática.

—¿Entonces?

—Tenía miedo. Me asusta quererte tanto. Tú te vas a Roma, en Roma hay muchas mujeres...

Parecía tan estúpido lo que estaba diciendo, tan vulgar. Paolo no me miraba, miraba hacia delante, hacia el atardecer que acariciaba las azoteas de los edificios de Via Saldini.

—Me da miedo depender solo de ti —continué, sin saber muy bien lo que estaba diciendo—. Te quiero demasiado, los hechos no importan.

Fue al pronunciar esa última frase cuando Paolo se volvió hacia mí como si le hubiese atravesado un rayo; él, que era la tranquilidad personificada. Me miró con extraordinaria dulzura y, sin dejar de hacerlo, como si fuese un confesor, me contestó severamente.

—Sí importan. Somos lo que hacemos, Giulietta, no solo lo que sentimos o lo que pensamos. Somos, básicamente, lo que hacemos —y subrayó ese «básicamente» con énfasis.

Jamás hubiera pensado que fuese así. Aquellas palabras rompían con la filosofía del amor que el Señor Oscuro me había enseñado; una filosofía para la que decir «te quiero» era más importante que cualquier hecho posterior, aunque ese hecho contradijera ampliamente el enunciado. Y ahora Paolo, con contundencia inaudita, me decía que no. Somos lo que hacemos. Él sabía lo que yo había hecho. Lo sabía todo, pero en sus palabras más que reproches encontré decepción. Como un padre bueno, me enseñaba que debía cuidar de mis actos, pues, lo supe con certeza en aquel mismo instante, Paolo me quería más de lo que el Señor Oscuro me había querido nunca. Bien es cierto que solo *un po'*, pero ese *po'* era todo lo que él era capaz de amar.

–Lo siento. De veras que lo siento –le dije, avergonzada.

Me tocó el pelo con delicadeza, como si fuera un oso de peluche, con enorme ternura. Y de pronto me percaté de que nunca hasta esa tarde había podido pensar en él como en alguien real, alguien cuya existencia transcurriera por fuera de mí, independientemente de la mía, sino como un duplicado de otro hombre. Como el trasunto de una historia de desamor perdida.

Sin embargo, y a pesar de estar evidentemente dañado, Paolo me tocaba el pelo, me lo acariciaba tiernamente, dispuesto a perdonarme, y esa novedad lo diferenció definitivamente del otro.

Ya era hora de irse a casa. Al día siguiente volvería a Roma, esa noche cenaba con su madre y Paolo no quería llegar tarde a su cita.

Cuando me dispuse a salir del coche me miró un instante a los ojos, los suyos entristecidos.

–*Sei libera, Giulietta* –me dijo.

¿Por qué ningún hombre toleraba la infidelidad que yo había estado soportando durante más de un año? La revolución sexual era una cuestión extremadamente difícil, en la que solo ellos parecían llevar la mejor parte. Por más que se lo explicase, no podían comprender que mi infidelidad solo era una elemental e inocente medida preventiva.

El mejor actor del grupo Filos se llamaba Antón y era homosexual. Tenía la presencia poderosa y salvaje de Anthony Quinn en *Zorba el griego*. Los sábados por la noche se pavoneaba por el paseo principal de la ciudad haciendo ostentación de su condición de gay. Los coches se detenían a mirarle, algunos le insultaban, otros le invitaban a subir. Antón subía y volvía al paseo una hora más tarde. El sexo era rápido, anónimo. Me contaba que cuanto más anónimo, rápido y sucio, mejor.

Cuando interpretaba, llenaba el escenario con su metro ochenta de estatura, su corpulencia rotunda y su voz grave como un trueno. Yo le admiraba.

A pesar de ser libre llamaba a Paolo a Roma cada semana y hablábamos de cualquier cosa, menos de nosotros.

Como en el ático del señor Rigo no teníamos teléfono, era necesario bajar hasta Viale Campania, cruzarla, caminar en dirección al aeropuerto unos doscientos metros y entrar en la cabina que había en una pequeña plaza que se abría a la derecha de la calle. Me sabía el número de Paolo pero, por miedo a no recordarlo, bajaba siempre con mi agenda en la mano, pues temía que la emoción enturbiase mi memoria.

Aquel día hablamos durante un buen rato. Paolo había terminado la *tesi di laurea* y tenía el ineludible deber de finalizar el servicio militar obligatorio. No decía nada de

volver a Milán.

Colgué el teléfono con la sensación de que nuestra separación era irreversible. Apenas había dado unos pasos en dirección a casa, sin levantar los ojos de la agenda, cuando sentí la mano de alguien que me cogía bruscamente por el hombro, mientras con la otra, con una rapidez tal que no me dio tiempo a reaccionar, arrancaba de un tirón la cadena de oro que llevaba colgada al cuello.

Alcé los ojos y le vi. Era un chico de mi misma edad, que ya se alejaba corriendo a mis espaldas.

–*Aiuto!, al ladro!* –grité en mitad de Viale Campania.

Pero ni uno solo de los transeúntes que se cruzaron con él hizo el menor gesto para detenerlo. Me sentí indefensa, profanada. Una violencia densa me mantenía clavada en el mismo lugar de la agresión, observando la pasividad de la gente que seguía caminando a mi alrededor, su urbana indiferencia.

En la acera de enfrente, un hombre de unos treinta años marchaba apresuradamente en dirección contraria a la del ladrón. Al oírme gritar levantó la vista hacia mí al tiempo que alzaba sus dos brazos. En el extremo de ellos, dos muñones idénticos patentizaban al unísono la insoportable ausencia de sus manos. En mi fuero interno su indefensión y la mía fueron hermanas.

Antón me confesó una vez que habría follado con unos mil hombres. Según él, la mitad de la población masculina de nuestra ciudad era homosexual o deseaba serlo. Se metía en el cuarto oscuro y ni siquiera veía la cara de sus eventuales parejas. Sin embargo, durante el resto del día, Antón te miraba a los ojos francamente al hablar.

Un día perdió su carné de identidad en uno de aquellos cuartos oscuros.

–He perdido mi identidad en el sitio más inoportuno –bromeaba.

Era una persona extremadamente amable y cuidadosa con los otros. Su madre era modista, tenía el taller cerca de mi casa, y cuando pasabas por delante de la ventana de la habitación donde cosían, ella y las chicas aspirantes a modista que la acompañaban, el suelo parecía un manuscrito indescifrable, cuyas letras estaban formadas por el revoltijo caligráfico de millares de hilos multicolores.

A Antón las cosas del sexo le iban muy bien.

Pero enfermó un día de neumonía, y nunca más se curó.

El robo de mi *collana* fue una agresión de la que tardé tiempo en recuperarme. Una agresión pública, narrable, que me permitía expresar un dolor y una impotencia privadas que hacía tiempo que me habitaban.

Comencé a pensar que aquel atraco, justo cuando terminaba de hablar con Paolo, era

un signo, la señal de que, de seguir amándolo, el daño que provendría del exterior se multiplicaría hasta el infinito, arruinando mi vida. Regresaba hacia el pensamiento mágico infantil para explicarme el mundo.

Me habían robado, en definitiva, a causa de mi empeño por mantener una relación en la que mi amor no era correspondido. Al menos, no como yo deseaba que lo fuese. Era mejor desistir, olvidar.

–*Sei libera, Giulietta.*

Desde niña busqué en los pequeños acontecimientos que me rodeaban señales que me indicasen cómo habría de ser mi futuro.

Si la décima ola borraba la inicial del chico del que me había enamorado, previamente dibujada por mí en la arena de la playa, tendría la certeza de que él también me amaba. En caso contrario debía olvidarlo.

Aprobaría el examen de historia si la mosca que me estaba molestando desde hacía rato abandonaba la habitación por la ventana recién abierta antes de que llegase al final de la página que leía.

Mi vida estaba llena de signos que me protegían vagamente de la incertidumbre.

Fue a comienzos del verano cuando celebramos el primer congreso del Centro Internacional de Investigación Grupal, el CIIG, como lo llamábamos sus orgullosos miembros. El congreso se celebraba en Milán, en casa de Armando Segundo, cuyo salón, de dimensiones casi institucionales, continuábamos limpiando regularmente Ana y yo cada semana, mientras escuchábamos las canciones de Antonio Carlos Jobim y Vinicius de Moraes.

A tonga da mironga do kabuletê.

Ana y yo limpiábamos al son de la música, abrazadas a los palos de nuestras eficientes fregonas. Por la noche, Armando y Martine nos hacían pollo frito para cenar, panqueques y otras delicias argentinas, antes de que regresáramos exhaustas a casa.

Al congreso acudieron profesionales de distintas regiones de Italia y de España; algunos colegas franceses y un par de *tedeschi*. Se decía que Armando Segundo tenía relaciones amistosas con el barón de Rothschild, pero yo no sabía quién era.

–Es una de las fortunas más importantes de Alemania.

–¡Ah!, ¿y cómo es que Armando le conoce?

–Es que ambos son de origen judío.

El mundo era grande y complejo, y yo una ignorante que desconocía casi todo sobre él.

Según Ana, los judíos se apoyan entre sí en cualquier parte del planeta. Se identifican, se reconocen, se benefician mutuamente.

—Son un *lobby* de poder.

—¡Ah!

Un *lobby*. En el CIIG se bromeaba con que las mujeres íbamos a constituirnos en un *lobby* de poder para alcanzar los puestos más altos en nuestra pequeña sociedad jerarquizada. El organigrama del centro de investigación, según pude comprobar, presentaba un pequeño problema. Tras analizar sus grupos de decisión, su sistema de ingreso y otros detalles sin importancia, resultaba que el CIIG era una asociación que estatutariamente no admitiría más de quinientos socios, un número tope, un límite involuntario que había que corregir.

Aquel descubrimiento me costó algo más que un disgusto.

En la asamblea de la mañana, le comenté en el mejor de los tonos posibles a Armando Segundo aquella eventualidad.

—Tenemos que revisar el organigrama —le dije—, porque si nos ceñimos a él la asociación se cierra cuando alcance los quinientos socios.

Armando montó en cólera. Se enfureció tanto que Martine tuvo que sacarlo de la asamblea y llevárselo a otra habitación. Nadie pareció entender lo que había pasado, aparentemente yo llevaba razón, éramos poco expertos en organizaciones y la nuestra tenía un problema que estábamos a tiempo de solventar. Eso era todo. Pero, al parecer, el maestro se sintió atacado, ofendido, cuestionado por una de sus alumnas más jóvenes.

De repente, la trágica intervención de mi profesora de Historia cobró dolorosamente vida de nuevo. Las personas a las que admiraba me daban de lado, mi simpatía era interpretada como algo distinto, algo que no lograba comprender, pero que les molestaba profundamente.

Le pregunté a mis amigos, Stefano e Yvonne, qué pensaban sobre lo que había sucedido, y me contestaron con la misma sorpresa e incredulidad que yo sentía. Stefano era un hombre sensato y prudente, Yvonne se caracterizaba por su racionalidad.

—*Non capisco niente* —repetían.

Tampoco comprendían nada Nella, ni Leo, ni ninguna de las personas a las que les pedí la explicación que yo no sabía darme.

Quizás fuesen los anteriores rechazos los que vinieron a unirse a aquel rechazo injusto, fruto tal vez del momentáneo delirio de grandeza de un hombre bueno aunque ambicioso, que quería conquistar Europa con sus teorías, pero que carecía de la constancia intelectual necesaria, del amor al trabajo callado y discreto, imprescindible para conseguirlo. Armando Segundo estaba tan ocupado en alcanzar un nombre que no tenía tiempo para levantar una obra. Vivía de unas rentas intelectuales lejanas que, con el paso de los años, se mostraban exiguas, y no podía o no sabía renovarlas. Amaba tanto la vida que no estaba dispuesto a sacrificarla por el estudio. Pero todas estas palabras que me exculpaban no vinieron entonces en mi ayuda. Solo acudió el viejo dolor familiar,

brusco y lacerante, el oscuro desamparo del abandono.

Esperé el tranvía número 90 y me subí a él, apoyé la cabeza en el cristal de la ventanilla y esperé a que se pusiera en marcha. No quería hacer nada más que deambular por la ciudad guiada por una máquina cuya trayectoria estaba milimétricamente diseñada desde hacía décadas para no salirse nunca de sus raíles. A bordo del tranvía 90 estaba segura, nada malo podía sucederme, no había decisión alguna que tomar, ni nadie que me despreciara, solo el cristal refrescante, que despejaba mi cabeza cargada de presentimientos.

Todavía sueño con la casa de mi infancia, toda mi vida soñaré con ella. Por más palabras que le ponga a mis recuerdos, ellos seguirán estando siempre ahí, avergonzándome sin saber por qué. ¿De dónde surgía tanta tristeza? ¿Cuál era su auténtica fuente? ¿Era posible descender hasta su origen y remontarse después hacia la superficie sin morir?

¿Procedía acaso mi tristeza del intento de asesinato de mi madre?

Para sofocar esa falta de vida, a menudo soñaba que volaba. Bastaba con dar un pequeño salto que me colocase en posición horizontal respecto al suelo para que mi cuerpo se deslizara por el aire impulsado por algún poderoso motor interno. Me desplazaba sin hacer ningún ruido, pero sintiendo un placer tan evidente, tan absoluto, que el sueño no podía llegar a contenerlo y me despertaba echándolo tremendamente de menos.

Volar, sin embargo, fue una facultad que perdí muy pronto en el mundo invisible de mis sueños.

El tranvía 90 y el 91 eran los únicos en Milán que no tenían un final propiamente dicho, pues efectuaban un recorrido circular, mientras que el resto de los trayectos acababan en un punto determinado en el que el tranvía se detenía, invertía su dirección y volvía sobre sus pasos. El 90 y el 91 rodaban dibujando un círculo alrededor de la ciudad, cada uno en un sentido distinto. Recorrí lugares que no había visto antes, barrios enteros por los que no había pasado aún durante el largo tiempo que ya duraba mi estancia. La ventanilla se convirtió poco a poco en un espejo que reflejaba, con la oscuridad exterior de fondo, mi rostro, mis ojos enrojecidos por el llanto, mi desamparo.

¿Qué iba a hacer ahora? Nunca había pensado en volver a España tan pronto, pero la actitud de Armando Segundo me invitaba a hacerlo. Él no me quería. En realidad, ni en los peores momentos de aquel triste episodio pensé que no me quisiera a mí –no tenía motivos para pensarlo–, sino a lo que yo, en ese preciso momento de su vida, representaba para él. Pero ¿qué era exactamente lo que representaba?

Había ido a Milán para formarme y me quedaba de improviso sin tarea. Era urgente inventar otro cometido que justificase mi permanencia allí. ¿Pero cuál?

Tenía una amiga cuyo padre trabajaba en Alemania. Su madre cuidaba sola de las cuatro hijas, y su casa era la más oscura y triste que conocía. Mucho más oscura y triste que mi propia casa. Olía a humedad, a infelicidad y a frío. Las mujeres de aquella casa tenían un aliento ferroso, que denunciaba cada mes sus respectivas menstruaciones.

¿Acaso me equivocaba? ¿Acaso la miseria, la penumbra y la tristeza eran patrimonio de todas las casas de entonces, y no solo de la mía?

Cuando llegamos al *capoluogo* por quinta vez, en los escasos minutos en que el tranvía se preparaba para dar otra vuelta, me fijé en la pequeña placita, con un par de árboles y una fuente, que había a la derecha de las vías. Un vagabundo refrescaba a sus dos perros, de raza indefinida, bajo el grifo de la fuente del jardín. Primero lo hizo con el más grande, negro, de pelaje lustroso y aparentemente aterciopelado; le acariciaba el lomo con cariño para que el agua penetrase en su espeso pelo y refrescase al animal, que permanecía sumiso y quieto. Luego le tocó el turno al pequeño, más impaciente que el otro, que ladraba celoso a causa de la atención que su amo le dedicaba a su rival. Cuando acabó su tarea, el vagabundo se frotó las manos bajo el chorro de agua cristalina, las ahuecó y se enjuagó también su propio rostro, el cuello y el pecho desnudos. A poca distancia, una señora de mediana edad, con un libro en el regazo, seguía la escena con la misma atención que yo desde el tranvía.

Decidí que ya iba siendo hora de volver a casa.

A veces mi madre cantaba canciones religiosas:

El Señor es mi pastor, nada me puede faltar...

O bien:

Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor...

Mientras, yo lloraba emocionada.

Pero cuando mi llanto se hacía caudal era cuando mi madre, sin darse cuenta, mientras fregaba los platos, planchaba o andaba enredada por la cocina, cantaba espontáneamente:

*Viva la gente,
la hay donde quiera que vas.
Viva la gente,
es lo que nos gusta más.*

No podía conciliar la letra de la canción con la tristeza infinita de mi madre.

Cuando llegué a casa, agotada, Stefano, Yvonne, Ana y otros colegas del centro me esperaban, sin comprender aún lo que había pasado.

–Se ha vuelto loco –decía Stefano.

Y los demás asentían.

–Está paranoico. Crear una institución es lo último que él habría querido hacer. Ha sostenido su teoría en la crítica de las instituciones y ahora funda el centro... Esto lo ha desbordado. Tú solo has sido el chivo expiatorio –me decían.

Todos habíamos estudiado lo que era el chivo expiatorio. En el Levítico ya aparece esa figura que la psicología social ha teorizado para explicar diferentes fenómenos. El pueblo que ha pecado elige un cordero, un hombre, una mujer o un grupo social, y deposita sus pecados en él para luego expulsarlo de la comunidad mediante su sacrificio, quedando así libre de culpa. Yo era el chivo expiatorio, como los judíos lo habían sido del pueblo alemán en crisis, y pagaba con mi dolor los temores proyectados en mí por Armando Segundo. Esa parecía ser la auténtica explicación, a juicio de Stefano.

–*Vieni domani, Giulietta, dai* –me instaban. Vuelve.

¡Los quise tanto! Acepté sus explicaciones como buenas y acepté volver. Al día siguiente asistí a la última sesión del congreso, pero algo se había roto para siempre en mi proyecto milanés.

En mi ciudad todo el mundo sabía quiénes eran mis padres. Cuando entraba por primera vez en casa de alguna nueva amiga, los suyos me preguntaban:

–¿Y tú de quién eres hija?

Y tras escuchar mi respuesta, me contaban alguna anécdota común, sucedida entre cualquier antepasado de esa familia y alguno de la mía. La comunidad se extendía por doquier, el anonimato era impensable.

Me pesaba ese saber anticipado de mí misma que constreñía la libertad de ser otra cosa que un eslabón en la cadena de una historia escrita de antemano.

Mi madre preparaba mi ajuar comprando sábanas blancas de la Viuda de Tolrá, camisones cosidos por ella, toallas y paños de cocina, vajilla Bidasoa adquirida en Portugal, cubertería de docenas de piezas, cristalería fina. Mi destino estaba escrito desde antes de que yo naciera. Aparentemente, solo me quedaba seguirlo, esperar y morir.

Avanzaba el mes de junio cuando decidí despedirme de mi trabajo en casa de Veglia. Paolo seguía en Roma con sus exámenes finales; al acabar el proyecto de fin de curso debía presentarse para concluir las milicias universitarias. Desconocía el lugar en el que pasaría los siguientes ocho meses, un punto en el que ambos compartíamos idéntica incertidumbre.

Pero no me llamaba.

Quien sí lo hacía era Antonio. Llegaba cada tarde con su nueva moto para invitarnos a Camila y a mí a un helado. La moto llamaba la atención de los pocos niños del barrio.

No volví a acostarme nunca con él, pero él no parecía darse por vencido. Me piropeaba, me halagaba. Hasta que el último día de nuestra estancia en Milán, con la casa recogida en algunas maletas y cajas –en realidad había muy pocas cosas que recoger–, y el verano curtiendo nuestra piel con un envidiable moreno tropical, quedamos para cenar.

–*Tutto questo sole lo hai preso a Milano?* –me había dicho unas semanas antes Paolo, durante una de sus escasas visitas.

–Sí.

Esa última noche Antonio nos invitó a Camila y a mí a una cena de despedida. Tras un temerario *giro* por la ciudad, fuimos a parar a un restaurante repleto de jóvenes como nosotros, en cuya puerta, colmo de la casualidad, se encontraba aparcada la vieja BMW de nuestro viaje a Como, de la que Antonio se había desprendido unos meses antes.

Algunos días, mi hermana y yo nos reíamos tanto de cualquier cosa que caíamos por tierra retorciéndonos de la risa; nos metíamos debajo de la mesa camilla, para que mi madre –a la que sacaban de quicio aquellas alegrías– no nos reprendiese. Hiciésemos lo que hiciésemos para atajar esos ataques, todo resultaba inútil. A veces nos reíamos tanto que se nos escapaba el pipí, lo que nos hacía reír todavía más. Mi madre le puso un nombre a esos episodios; los llamaba «la hora de la risa».

–Ya tienen la hora de la risa –le comentaba a mi padre, para intentar calmarlo.

A mi padre nuestra hora de la risa también lo sacaba de quicio.

Podía asaltarnos cualquier tarde, en cualquier momento y sin venir a cuento. Daba igual que hubiese visita en casa, daba lo mismo; es más, podía surgir más fácilmente si

teníamos invitados.

De aquellos ataques de risa me ha quedado una forma particular de salir del aburrimiento. Cuando me aburro en una fiesta intento animarme yo sola, bailando o riendo. Puedo ponerme tan infantil y tan tonta que siento exactamente lo mismo que durante aquella remota «hora de la risa», y el aburrimiento pasa, y la fiesta acaba por salvarse para mí de algún modo.

Mientras Antonio miraba con nostalgia su vieja BMW, explicándonos sus fabulosas prestaciones, salió del restaurante el propietario actual de la moto. No se conocían, pero la camaradería surgió espontáneamente entre ellos, amantes ambos de la velocidad.

—Todavía recibo tus multas —le dijo el desconocido a Antonio con simpatía cómplice.

Se llamaba Roberto, y era tan hermoso que asustaba. Era rubio, alto, atlético, y tenía una sonrisa pícaro de encantador de serpientes que me cautivó. Le gusté, lo supe por el modo de mirarme de arriba abajo, con *tutto quel sole che io avevo adosso*. Le gusté mucho, pero como creía que yo estaba con Antonio fingió sentirse atraído por Camila y nos pidió permiso para cenar con nosotros.

—Es nuestra última cena, como la que pintó Leonardo, pero laica.

—Permitidme ser uno de los apóstoles.

Le aceptamos gustosamente. Camila lo miraba con gula. Entramos. Roberto se despidió de sus amigos, que cenaban bulliciosamente en otra mesa, y regresó contento a la nuestra.

Bebimos tanto vino que la conversación se hizo chispeante, atrevida.

Le contamos que nos marchábamos, que tras un año de residir en la ciudad más dura de Italia regresábamos a casa; al día siguiente cogeríamos el coche de Humbert Humbert, el novio de Ana, a quien llamábamos así en homenaje a Nabokov, y volaríamos hacia el Mediterráneo sin tomarnos ni un pequeño descanso, hasta reposar finalmente, exhaustos pero felices, en nuestros respectivos hogares españoles.

Roberto no daba crédito.

—¿Por qué no os he conocido antes? —repetía galante.

—Así es la vida.

Flotábamos en una corriente etérea divina. La belleza de Roberto me atraía. Mi amor estaba lejos, en Roma, y no daba señales de vida. *Sei libera, Giulietta*.

—Vayamos a mi casa —dijo Roberto en la puerta. Eran las doce de la noche—. Está muy cerca de aquí —insistió.

Nos montamos en las respectivas motos, de dos en dos, y recorrimos el camino hacia la casa de Roberto, tomando las rotondas inclinados, casi a ras de suelo, como en un verdadero *rally*.

Un día me encontré cara a cara con la muerte. El muerto se llamaba Fernando y tenía doce años, un par más que yo; su cuerpo amortajado podía verse a través de la ventana abierta de su casa, en mitad de la calle que ascendía hasta mi colegio de monjas. El rostro de Fernando estaba blanco como el papel y muy delgado. Había muerto de leucemia, y aunque en realidad nunca fue mi amigo, me gustaba inventarme que sí lo era, pues de ese modo la vida cobraba más emoción.

No tenía miedo, nunca lo tuve. Solo mucho después me he preguntado por qué entonces no desconfiaba de nadie. Solo después he sido consciente de la bondad natural de aquel mundo juvenil y apasionado.

Bajamos de nuestras motos con la arrogancia con que los auténticos vaqueros descienden de sus caballos, y los chicos las aparcaron en la acera mientras Camila y yo reíamos, mareadas, entusiasmadas por la aventura, felices.

–*Al di là del bene e del male* –recuerdo que le repetí.

Roberto nos observaba.

Nos sentamos los cuatro en el único sofá de la sala, donde una mohína kentia se moría irremediabilmente de inanición. Roberto nos sirvió una copa y volvió a sentarse.

Creo que empezamos Camila y yo. Estaba demasiado borracha. Empezamos a besarnos como si nos amásemos. De alguna manera presentíamos que en Milán dejábamos la juventud, la libertad, la belleza, y estábamos dispuestas a explorar una parte ignota que nos unía.

Roberto nos miró con lujuria. Se acercó a nosotras, de rodillas, y comenzó a acariciarnos. Antonio no sabía qué hacer. Yo coloqué la mano de Roberto sobre sus muslos. Si la rechazaba se excluiría del grupo, que ya estaba deshaciéndose de su ropa, que se besaba, que disfrutaba de una intimidad fluida. De modo que no tuvo más remedio que aceptar.

Pasó un buen rato antes de que Camila se sintiera mal y se marchase al baño. Durante algunos minutos Roberto y Antonio se ocuparon delicadamente de mí. La cabeza me daba vueltas. Luego me incorporé y fui a socorrer a Camila. Estaba en la bañera, desnuda, con el agua cayéndole por la cabeza; me sonrió. La sequé como pude y la ayudé a vomitar en aquel cuarto de baño desconocido. Las paredes de azulejos amarillos daban vueltas a mi alrededor. Roberto vino también a ayudarnos. Nos reímos. Los tres estábamos tan borrachos que no podíamos permanecer en pie sin apoyo.

Fue mi segunda y última orgía.

A las reflexiones extraídas de la primera he de añadir las siguientes:

Quinta: en las orgías, los hombres temen tocarse aunque se deseen. Roberto y Antonio se deseaban, lo noté en sus ojos, en sus manos tímidas, en sus bocas que rehusaban el contacto. Tenían en común mucho más que una vieja moto.

Sexta: las mujeres somos más libres y osadas en el sexo que los hombres, porque

tocarnos no compromete nuestra identidad: somos la misma mujer antes y después de hacerlo. Los pezones de Camila sabían a sal.

Séptima y última: en una orgía lo mejor es no preocuparse más que de tu propio placer.

El mío se abría paso por caminos inventados, indiferente al objeto, autoerótico y explorador.

Ana era la chica más atractiva de primero de bachiller. Tenía el pelo lacio, castaño claro, y una dentadura perfecta que enseñaba casi constantemente ya que sonreía por cualquier cosa. No sé cómo nos hicimos amigas, porque nuestras diferencias eran tan grandes como después lo fue nuestra amistad.

Ana era la alegría, la ligereza, la levedad moral sin contradicciones característica de la burguesía acomodada a la que pertenecía su familia. No militaba políticamente como yo, no tenía ninguna necesidad de ser revolucionaria; iba a misa los domingos y se enfrentaba al mundo con menos solemnidad que nosotros. Junto a ella era difícil parar de reír. La hice mi maestra de lo cotidiano, mi modelo de mujer, mi amiga.

Se hizo muy pronto de día. A las siete de la mañana Camila y yo volvimos a casa. Era el primer sábado de agosto, Milán estaba desierta. Nunca más volví a ver a Roberto ni a Antonio. Jamás les he echado de menos.

Unos años más tarde, Paolo me dijo que Antonio se había casado con una profesora de gimnasia.

–*Niente cervello* –añadió.

Tal vez, por más que se mostrase indiferente, todavía le quedaba un resquicio de rencor, causado por mi traición en el lago de Como.

Camila y yo llegamos a Via Saldini con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, ocultos tras nuestras enormes gafas de sol, cansadas pero felices. La despedida milanese había sido espléndida. Desayunamos, nos duchamos, recogimos las pocas cosas de nuestro equipaje que quedaban dispersas por la casa y esperamos a que Ana y Umberto vinieran con su coche a recogernos.

Mi tío soltero era viajante de comercio. Siempre estaba en la carretera. Desde niña, mis padres me dejaban acompañarle en sus viajes. Mi tío representó chocolates, conservas vegetales, espárragos de Navarra y otras muchas cosas. Todas comestibles.

Mis padres tenían la manía de prestarme de vez en cuando para que les hiciese la vida

más grata a los demás, como un animal de compañía.

Umberto conducía a una velocidad increíble, los kilómetros parecían correr a ambos lados del coche dejando atrás un paisaje borroso e ilocalizable. Mientras, Ana le reprendía cada tanto aconsejándole que no acelerase demasiado, y Camila y yo dormíamos en el asiento de atrás. Nos adormecimos en Milán y nos despertamos en Niza. Estaba previsto que hiciéramos el viaje de un tirón, sin dormir, mil quinientos kilómetros de una tacada, descansando lo indispensable, y con paradas solo para comer.

Yo no quería volver a mi país, no había nadie que me esperase en España. Mi marido todavía vivía en mi preciosa casa. Aunque nuestra relación se había resuelto de la mejor manera posible, mis padres no sabían aún que estábamos definitivamente separados. Era agosto, un mes vacío en la ciudad, un desierto de calor y de luz, un tiempo de cansancio infinito. No tenía apenas amigos, durante el año milanés les había descuidado en exceso, y los compañeros de la facultad habían desaparecido cada uno por su lado. Durante las navidades anteriores ya comprobé la dispersión que se había producido entre los alumnos de nuestra promoción en su intento por buscarse la vida como adultos.

A medida que me aproximaba a mi país, la tristeza volvía a poseerme, como si Italia solo hubiese sido un paréntesis de felicidad y de vida en el páramo que se me antojaba mi regreso. *La tristesse durera toujours*, escribía Van Gogh a su hermano Théo.

¿Qué iba a hacer yo en España?, ¿de qué demonios iba a vivir a partir de ahora?

Sentía que mi trayectoria se había interrumpido del modo más abrupto. Era hora de enfrentarse a la vida como la profesional que todos suponían que era. Sin embargo, en mi fuero interno, yo sabía que aún, todavía, *ancora*, no estaba preparada.

Los veranos en mi casa eran largos a fuerza de monotonía. Un mes de julio, mi hermana y yo nos metimos en nuestra habitación de lectura; fresca, con el suelo tapizado de cojines y nuestro tocadiscos rojo siempre encendido –escuchábamos discos de los Jackson Five–, y nos dedicamos a leer cómics. Nos los prestó un vecino que coleccionaba las series de *Dossier Negro* y de *Conan el Bárbaro*.

Pasábamos los días tumbadas, leyendo historias de terror y de aventuras. Jíbaros que reducían en vivo la cabeza de la mujer de un explorador, persiguiendo un determinado ideal de belleza. Las ilustraciones eran excelentes y mis ojos ávidos conseguían que las viñetas se sucediesen unas a otras en continuo movimiento, como si fueran fotogramas de una película. Me impresionaban, sobre todo, las representaciones del miedo: enormes gotas de sudor salpicando rostros de ojos despavoridos, rostros contraídos y ojos desorbitados. El miedo era eso.

Las historias de los muertos nos dejaron sin apetito, y mi madre tuvo que quitarnos los

cómics días después para conseguir que acudiésemos a comer sin hacer demasiados ascos.

Las mujeres de *Conan el Bárbaro* eran las más bellas del mundo. Se parecían a Raquel Welch al salir del agua en *James Bond 007*, o a la novia de Charlton Heston, Linda Harrison, en *El planeta de los simios*. De mayor quería ser exactamente como ellas.

—¿Entramos en Carcassonne? —nos preguntó Humbert Humbert, a una hora indeterminada de la noche.

Entrar en Carcassonne suponía desviarse de nuestra ruta algunos kilómetros, pero Umberto no parecía acusar el cansancio. Era un hombre grande y fuerte, que se alimentaba de yogur líquido y de rayas de coca.

—Me muero de sueño, hazme una rayita, por favor —le pedimos al unísono. Y subimos hasta el cielo con una sola inhalación.

Carcassonne era una ciudad fantasma, un pueblo medieval de cartón piedra, tan perfecto que parecía un auténtico decorado cinematográfico. Por ese decorado paseamos para estirar las piernas, comimos el pan con queso que habíamos comprado en la única gasolinera abierta que encontramos a la entrada de la ciudad y admiramos sus increíbles construcciones, ocupadas ahora por tiendas de souvenirs y reclamos para turistas, todas ellas cerradas a esas horas de la noche.

—Desayunaremos en Barcelona, ¿ok? —volvió a decir Umber

Estábamos tan cerca de nuestro destino que mi corazón se llenó de zozobra, de gris inquietud. No quería llegar, no todavía, deseaba continuar viajando para siempre, un viaje eterno, conducida por la locura de Umberto, adormecida por un cansancio que se acumulaba en las piernas y en los párpados, rememorando experiencias de un placer que se me había regalado como un don divino, que volvía a mí con fuerza en cada curva, agitando mi cuerpo en lo más íntimo.

—No quiero volver —le dije a Camila.

—Yo tampoco. En septiembre regreso a Trieste. ¿Quieres venirte conmigo?

Camila se había echado un novio italiano llamado Mauricio, tenía el cabello lacio, largo hasta los hombros, y los dientes delanteros también largos y ennegrecidos a causa de la mala vida.

—¿A qué?

Necesitaba una tarea, siempre he necesitado un objetivo por el cual vivir; como si la vida en sí misma no fuera suficiente. Levantarse, comer, trabajar, dormir... no bastaban; nunca han sido suficientes sin un objetivo más elevado, una tarea, un *compito*, como decía Armando Segundo. *Il compito*.

¿Cuál sería mi objetivo a partir de ahora?

En las calles de Carcassonne nuestros pasos resonaban, guerreros sin armadura, vulnerables combatientes de una guerra cotidiana y sin heraldos.

–Voy a escribir. Eso es, quiero ser escritora.
Camila me miró incrédula.
–De eso no se vive.
–Me da igual de lo que tenga que vivir.
Tenía veintitrés años, seis meses y cinco días.

Cuando contaba apenas seis años de edad me pasaba las tardes de verano escribiendo cuentos. Los encuadernaba doblando los folios por la mitad, y los llenaba de humildes ilustraciones en blanco y negro.

Mi tío paterno era la única persona en el mundo que los leía con atención. Me los compraba a una peseta el ejemplar y decía, a mi entender con entera convicción, que de mayor sería una escritora muy reconocida y que alguien publicaría algún día todos mis textos. Aseguraba que ese día podría hacerse rico vendiendo mis cuentos infantiles, pero que nunca lo haría porque preferiría conservarlos siempre para él.

A mi tío le importaba un comino el dinero. Cuando te veía por la calle sacaba ceremoniosamente su cartera y te obsequiaba con un billete de lo que tuviera más a mano. Si ibas acompañada de alguna amiga, volvía a meter la mano y sacaba otro igual.

–Para tu amiguita –decía.

Y se lo entregaba agachando su corpachón de hombre grande hasta alcanzar la mano ilusionada que le tendía mi amiga.

Mi tío me compró un día una máquina que fabricaba auténticas palomitas de maíz, fue el primer juguete útil que tuve, el primero que anticipaba el pragmatismo del mundo que se me venía encima. Pero el pragmatismo me duró muy poco, y el juguete de mi tío también.

Al cruzar la frontera francoespañola, el sol ascendía lentamente iniciando su recorrido cotidiano, sin aburrirse nunca. En mis días de tristeza los fenómenos naturales eran el soporte consolador de mi ser lacerado. Ordenaban el mundo, me disciplinaban. Por el contrario, cuando estaba alegre podía renunciar a ellos sin temor a perderme en el vacío que el universo, sin reglas, representaba.

Aquel día sufría una desacostumbrada mezcla alegría y tristeza. El sol ascendía y nosotros bajábamos por el mapa de España, bordeando el Mediterráneo a ciento cincuenta kilómetros por hora, por encima de la autopista de la costa. Cada kilómetro que me acercaba a mi casa me hundía más en la perspectiva muda de un futuro sin imágenes.

Nos detuvimos de nuevo en una playa para darnos un baño. Pero ni su nombre ni el baño quedaron grabados en mi memoria.

Teníamos unas primas que eran ricas. Muy ricas. Cada temporada estrenaban ropa nueva, y se desprendían sin más de la del año anterior, que venía a parar a nuestra casa; se deshacían de ella sin sentimiento de culpa, aunque aún estuviese casi intacta. Se decía que su madre tenía tantas joyas que se había construido una caja fuerte donde poderlas guardar sin temor a que las robasen.

Mis primas ricas pasaban los veranos en la playa, mientras que mi hermana y yo lo hacíamos trabajando, sentadas mañana y tarde en los bancos de madera de nuestras precarias máquinas de transformar la hojalata.

Nadie se planteó nunca la injusticia. Las cosas estaban hechas de ese modo, no era necesario buscar explicaciones. Había ricos y pobres, como altos y bajos había. Sin embargo, Jesucristo, según repetía mi madre, dijo en una ocasión:

–Es más fácil que pase un camello por el agujero de una aguja que entre un rico en el Reino de los Cielos.

Como no cabía duda de la imposibilidad de lo primero, la maldición del hijo de Dios me parecía extremadamente cruel. No conseguía comprender el motivo de la inquina divina hacia los más adinerados: ¿acaso tenían culpa los ricos de serlo? ¿Qué habían hecho de malo mis primas para que les fuese negado el Reino de los Cielos? En mi opinión, Jesucristo era un ser injusto: primero creaba, sin pedirle permiso a nadie, un mundo repleto de desigualdades, para luego condenar al infierno a una parte de los afectados por la desigualdad. Y ello sin que, aparentemente, los ricos pudieran hacer nada por evitarlo.

¿En qué consiste lo familiar? Interrogaba la realidad desde la psicología para defenderme de ella. Lo familiar era la calle donde se emplazaba mi casa, de una fealdad tan ostentosa como el pueblo todo. Una calle sin historia. La lengua materna volvía a mí con violencia. Me sentía una extranjera en mi propia casa. Subí en el ascensor hasta el cuarto piso, busqué las llaves en el bolso, rescatadas de un año de olvido con ese gesto antes tan cotidiano, y abrí una puerta de madera marrón, y luego otra verde que yo misma había decorado. Delante de mis ojos, lo familiar me acechaba. ¿Qué es lo familiar?, insistía.

Lo familiar es lo más extraño, lo más oculto, lo mejor guardado, decía Freud.

Umberto se marchó con mis amigas para dejar a cada cual en su casa y regresar más tarde a la mía, donde pensaba dormir, pues los padres de Ana nada sabían de sus amores con su hija. Lo familiar era el engaño, la máscara, el secreto. Como una losa pétrea, el pasado se posaba sobre mis hombros y me empequeñecía, me entristecía, me volvía hacia él y hacia su melancolía infinita.

En el balcón de mi preciosa casa sobrevivía un ficus que alguien había regado regularmente en mi ausencia, y su lozanía me hizo dudar del paso del tiempo.

La crueldad arbitraria del Señor era infinita y desconcertante. Yo nunca sabía por dónde iba a salir un amo tan absoluto.

Por ejemplo: las adúlteras eran malas, eran lo peor. Mi tío paterno se pasaba el día hablando de ellas. En realidad, de lo que mi tío hablaba con más entusiasmo era de los cornudos. La otra cara de la moneda del tema de las adúlteras. Al parecer, los cornudos eran unos hombres muy desgraciados porque sus mujeres se habían acostado con otros hombres que no eran ellos. Por entonces yo podía entender muy bien que la traición le doliese al cornudo, pero lo que quedaba fuera de mi comprensión era por qué ese contratiempo, a todas luces fuera de su control, les convertía a ojos de los demás hombres en una especie de apestados. ¿Qué culpa tenían los cornudos de serlo?

Mi tío aseguraba que, si no se casaba, era para no llegar nunca a ser como ellos. Tenía tanto miedo de formar parte de ese clan que toda su vida optó por el papel del otro hombre; es decir, se convirtió en un sistemático hacedor de cornudos. Mi padre, sin embargo, se vanagloriaba de haber sido en ese punto, arriesgándose al matrimonio, mucho más valiente que su hermano.

Sin lugar a dudas, las circunstancias más indeseables en la vida de un hombre eran dos: que tu mujer te pusiera los cuernos y ser rico. El problema se agravaba, a mi entender, porque ambas eran condiciones que venían dadas por el destino y no por la voluntad del interesado, pues ni en un caso ni en otro se podía hacer nada por evitarlo.

En fin, en casa, mis padres, mi tío y sus amigos bromeaban sobre los cornudos y mostraban su suspicacia hacia los ricos sin que yo entendiera en absoluto el porqué.

Abrí el balcón para airear la casa, que olía a soledad y a encierro. Mi marido la había dejado por fin al informarle de mi regreso. Deshice la maleta con calma, en medio de una habitación que contenía demasiados recuerdos. Cuando el teléfono sonó de repente, se me antojó insólito que aquella casa vacía mantuviese aún un lazo vivo con el mundo. Eran mis padres.

—¿Has llegado ya?

Su frase era siempre la misma, yo iba y volvía, pero ellos estaban permanentemente allí, en el mismo sitio, atentos a mi vida, discretos, alejados.

La misma calle, las mismas casas, las mismas caras. Idéntica tristeza. ¿Acaso era esa la vida que yo quería llevar? No, no lo era. Pero, por el momento, me sentía demasiado cansada para cambiarla.

Dormí durante dieciocho horas seguidas.

Mi madre nunca haría de mi padre un cornudo porque, según tenía entendido, mi madre era una verdadera santa. Un ser sin sexo, lleno de bondad, dedicada por entero al

cuidado de su marido y de su familia. Mi madre era tan buena que no parecía una mujer. Las auténticas mujeres eran las que podían dotar a los hombres de la execrable condición de cornudo. Por ejemplo: Raquel Welch, Ava Gardner, Rita Hayworth, Elizabeth Taylor –que se casaba y se divorciaba casi tantas veces como Zsa Zsa Gabor– ...eran verdaderas mujeres.

Yo quería ser una mujer normal y corriente como ellas, y no una santa inmaculada como mi mamá.

Quería ser escritora, decidí firmemente cuando desperté. A mis primeros cuentos infantiles siguieron otros más obtusos, adolescentes; cuentos de amor y de deseos de ser otra, aunque en lo más íntimo seguía siendo la misma desde los seis años.

La soledad fue hermosa al principio; en bicicleta, bajo el sol siempre amable de las primeras horas del día, un sol que adoraba, del que abusaba en secreto, desnuda, rodeada de árboles mudos y ciegos, árboles cómplices, árboles que me protegían de las miradas ajenas, recorría los campos por caminos tan solitarios como yo misma en aquel verano del regreso.

–¿No te da miedo? –me preguntaban mis amigas. Los objetos no me asustaban, eran fiables, calmantes; las voces humanas, sí.

–No hay nadie –les contestaba.

–Por eso mismo.

La naturaleza es tan inocente como las cosas, eran los seres humanos quienes me dañaban. No, no sentía ningún miedo.

Cuando mi madre leía a santa Teresa o a san Juan de la Cruz, sus ojos casi violetas se iluminaban. Yo creía que ella anhelaba ser como la de Ávila, fundar conventos, sufrir arrebatos místicos, ser la esposa del Señor. Pero se había casado con mi padre, un hombre de carne y hueso, y era infeliz.

Por nada del mundo deseaba para mí su triste destino.

¿Era el efecto de Milán o eran mis nuevos ojos?

La ciudad era más pequeña, más aburrida, infinitamente extraña. No había nadie a quien llamar, nadie con quien hablar. Umberto se marchó pronto a Canarias, donde vivía su hermana o alguien de su familia. Todo me era indiferente. Como única transgresión, bajaba a pasear sin llevar nada debajo del vestido. Necesitaba un gesto extravagante,

aunque secreto, un gesto que me distinguiera de lo familiar. Al volver de mis paseos en bicicleta leía. Leí a Albert Cohen, *Bella del Señor*; o *Invitado a una decapitación* y *Ada o el ardor*, de Nabokov. Leía acostada en la cama, la habitación en penumbra, alejada del calor y de la intensa luz asesina del verano. No hablaba casi con nadie, y cuando lo hacía, si se me escapaba el italiano, que había sido la lengua de nuestro viaje, la lengua de Umberto, la lengua de Paolo, las miradas incrédulas de mis interlocutores, interrogativas, acababan por avergonzarme.

Un día llamaron Stefano y Laura.

–*Quand'o é che vieni, Giulietta?* –me preguntaron.

–No volveré –les dije con indisimulada tristeza–. Me quedo en mi casita, en mi país.

Stefano lloraba a mil quinientos kilómetros de distancia.

–*Ma perché non vieni più?* –me preguntó desconsolado.

¿Por qué no volvía a Italia? Ana volvería, Camila volvería.

Mi marido, lo supe por un amigo que encontré una mañana de domingo en el quiosco de prensa, estaba otra vez viajando por Grecia con su nuevo amor. Pero regresaría a finales de agosto.

Además, había otra cosa terrible que podía pasarles a los hombres por culpa de las mujeres: no tener hijos. Realmente, tenían que saber elegir muy bien para conquistar a una mujer fértil, porque en ello les iba la dignidad y, casi, la vida. El sha de Persia, por ejemplo, había repudiado a su mujer, la princesa Soraya, la de los ojos tristes, porque no le daba hijos.

–Las mujeres son como los melones, no se sabe si están maduras hasta que las pruebas –bromeaban los amigos de mis padres.

No darles hijos a los hombres era una ofensa divina, un ultraje contra Dios, contra la misión que él nos había encomendado. En el Antiguo Testamento, Dios permite a Lot yacer con sus dos hijas para tener descendencia, y Sara invita a su marido, Abraham, a yacer con su esclava Agar para poder darle un hijo a través de ella –que se siente orgullosa y altiva al quedar embarazada y no ser estéril como su señora–. La palabra «yacer» cobraba significados nuevos.

El Antiguo Testamento resultó ser un excelente compendio de sexualidad perversa y polimorfa.

En fin, que tener hijos era algo muy, pero que muy importante para una mujer; las mujeres que no los tenían eran seres incompletos, absolutamente despreciables.

–Esa no vale *pa na*.

Mi padre se reía de ellas como si se tratase de un defecto ignominioso, un estigma invisible, una maldición bíblica.

–Dios castigó a la mula a ser estéril por no querer dar el aliento al Niño Jesús –repetía.

Las mujeres estériles estaban malditas como la mula, pues no podían dar a los hombres

la enorme riqueza secreta que su cuerpo prometía.

No me gustaban las frases que los hombres dirigían a las mujeres, me daban miedo. Ser una auténtica mujer se me antojaba algo extremadamente difícil, y dudaba sobre si sería capaz de serlo. Por mucho que me esforzara, podía ser estéril como la mula, o como la hermosa princesa Soraya, y recaería sobre mí el desprecio y el repudio de los hombres, sin poder hacer nada por evitarlo.

Puesto que no había sido un varón, quería ser una mujer completa para ganar la admiración de mi padre, pero no estaba segura de que mi cuerpo, por dentro, albergase el tesoro de lo auténticamente femenino, y tendría que esperar todavía mucho tiempo para averiguarlo.

Mi Mejor Amigo estaba en la playa y hasta allí fui para quitarme de encima el aburrimiento.

En su casa frente al mar, su madre y sus hermanos me alegraron la vida. Leía a Pavese, *verrà la morte e avrà i tuoi occhi*, y escribía versos sobre piratas. Me contó que se había enamorado de una mujer que estaba enamorada de otro hombre. Se llamaba Carmen. El otro hombre estaba casado, y su mujer oficial intentó suicidarse al conocer la aventura de su marido. Cuando él lo supo dejó a Carmen y volvió con su legítima esposa, no se sabe si movido por el amor o por la culpa.

Entonces mi Mejor Amigo viajó hasta San Sebastián, donde Carmen vivía, para consolarla. La invitó a los mejores restaurantes, donde saborearon los platos más exquisitos, le enseñó a valorar los más aterciopelados vinos, pero no consiguió que le amase.

Agosto se agostaba.

A veces, durante la siesta, era capaz de mantenerme inmóvil durante horas. Apaciguaba cualquier deseo con el poder exclusivo de mi imaginación, controlaba todos los músculos de mi cuerpo aunque la inmovilidad me matase. Si tenía sed la ignoraba, ejerciendo un control orgulloso de la voluntad sobre mis órganos rebeldes.

Me confundía con la madre inmóvil y sin deseos que anidaba dentro de mi cerebro como una araña gigantesca, tejiendo sus hilos paralizantes alrededor de mí y de mi pasividad. Desear siempre era malo.

Que nadie hable de ti, me recomendaba.

Que nadie tenga nunca nada que decir de ti, insistía.

Sé invisible, muda, ciega, inmóvil. No seas.

Cada nuevo día que agosto agostaba yo me marchitaba con él. No podía seguir así. Decidí viajar hasta Mojácar. El mar. Años atrás había escrito una *nouvelle* que transcurría en Mojácar, una *nouvelle* anticipatoria de un gran amor, un amor de canela, vainilla y limón, un amor helado. Los sabores. Alejarme de la pasividad era volver a la vida.

Santiago lucía un cuerpo del color del chocolate, unos labios gruesos, africanos, y una novia que tenía un niño regordete de dos años. Me miraba mientras yo tomaba el sol en una playa de cantos rodados negros, grises y blancos. Una noche vino hasta mi tienda e hicimos el amor silenciosamente.

Que nadie tenga nada que decir de ti.

Cuando se marchó me pidió mi teléfono. Escribí en el dorso de su mano un número falso. ¿Dónde estaba Paolo?

Todos los hombres eran él, pero ninguno se le parecía.

Mi padre les confesaba a sus amigos entre bromas:

—El día que *esto* no me funcione me lo corto.

Mis padres y sus amigos se reunían en la cocina de casa. Encima de la mesa de formica había siempre diferentes alimentos: pan, vino, queso y jamón. Cuando era la temporada, de la formica surgían también manojos de habas tiernas que mi padre y sus amigos pelaban con los dedos y se llevaban directamente a la boca.

Más tarde supe por casualidad, viendo la película *Novecento*, que mi padre le tenía el mismo amor a su *esto* que Burt Lancaster le profesara al suyo hasta el final de sus días; tanto amor le tenía el terrateniente a su *esto* que se ahorcó de inmediato apenas comprobó que ya no le funcionaba.

Para efectuar dicha comprobación, el patrón le ordenó a una niña vaquera, a una niña pastora, que le tocara su *esto* en los establos de la hacienda, entre el ordeño de una y otra vaca. Pero su *esto* no respondió a los inexpertos deditos de la pequeña. Lo lógico hubiera sido que el señor se ahorcase movido por la culpa, al darse cuenta que el fauno lúbrico que llevaba dentro no dudaba en mancillar la inocencia de la criatura para satisfacer su curiosidad de macho rijoso. Pero no. El rico no se ahorcó movido por la culpa, sino por el orgullo.

El foco del universo dejaba a las mujeres al margen, sombras que apenas podían vislumbrarse en la extensa penumbra del mundo.

Los amigos y amigas de mis padres se reían de las ocurrencias sobre su *esto* que él dejaba caer aquí o allá, sin ocuparse lo más mínimo de que mi hermana y yo anduviésemos cerca, escuchando discretamente.

Desde la primera vez que se lo oí decir, cada día que amanecía, cuando constataba que mi padre seguía vivo, tenía la profunda convicción de que su *esto* aún le funcionaba.

¿Dónde estaba Paolo? A partir de entonces, sostenida en su añoranza, escribí para él unas cartas que nunca envié. Las llamé *Cartas a Paolo*, y un amigo de mi Mejor Amigo, que dirigía una editorial, publicó una de ellas en una revista llamada *Fronteras*.

Yo también me encontraba en la frontera. En el margen. Nuestros antepasados primates salieron de la sabana cuando el alimento empezó a escasear y los más osados otearon el horizonte irguiéndose sobre sus patas traseras, iniciando así el primer paso hacia la bipedestación; los antropólogos han llamado a ese proceso decisivo *el efecto de borde*. La frontera como lugar de intercambio, peligroso y fructífero al mismo tiempo, un lugar sin estatuto, un *no lugar*.

Yo era un espécimen fronterizo. Ni lo uno ni lo otro, nada; era un vivir sin vivir; era, como decía mi madre, un «sinvivir».

Los hombres no sabían las mismas cosas que nosotras.

Mis amigas y yo nos reuníamos para estudiar en cualquiera de nuestras casas. Nos quedábamos toda la noche en vela, preparando algún examen, y nos explorábamos el cuerpo para ver si estábamos hechas de idéntica manera.

Ser mujer era tan complicado que necesitábamos cerciorarnos de que habíamos venido al mundo equipadas con todo lo necesario para serlo, por dentro y por fuera.

Una vez confirmado que, salvo pequeñas diferencias, nuestras anatomías eran semejantes, volvíamos tranquilamente a los libros.

Nos manifestamos contra la entrada de España en la OTAN. Así comenzó el año escolar.

El curso que siguió a mi regreso a España me contrataron en un colegio privado que abría sus puertas por primera vez ese mismo año. El padre de mis primas ricas había donado los terrenos para su construcción, e hizo valer su influencia. El colegio estrenaba cuadro de profesores: jóvenes licenciados que inauguraban también, ilusionados, su primer empleo. Yo regentaba el gabinete de psicología del centro, e hice lo que sabía hacer: grupos.

En los grupos, los chicos y las chicas hablaban de sexo, un tema que se había hecho recurrente en nuestro país. Hablar de sexo era, de repente, algo muy bueno; se leía por doquier *El libro rojo del cole*. Los chicos reían bobamente cuando se mencionaba el pene, la vagina, el clitoris o el coito, cuchicheaban por lo bajo entre ellos sin poder evitar la risa.

Mi país se había convertido, como la Bologna donde vivía su historia de amor el padre de Paolo, en un laboratorio de la libertad. En mis grupos, los alumnos de quince y dieciséis años podían fumar. Todo el mundo fumaba por entonces. Fumar era un símbolo de la izquierda, casi. Cuando las sesiones de grupo terminaban, la sala estaba inmersa en una neblina lechosa e irreal. Fuera continuaba el mundo, los chicos salían a él con los ojos encendidos y la curiosidad despierta.

El trabajo me redimía, extraía de mí energías desconocidas, me daba vida. En la superficie de mi cuerpo en carne viva se tejía una nueva piel que se confirmaría inquebrantable. Por dentro era un magma informe, contenido en un yo profesional con el que sobrevivía.

Escondida en los armarios de mi dormitorio y del estudio, ocultaba propaganda de la Liga Comunista Revolucionaria y fotocopias de libros prohibidos.

En el último año de instituto las huelgas se sucedían unas a otras en un rosario que duró todo el curso.

Hacíamos piquetes solidarios que recorrían cada edificio en obras incitando a los trabajadores a unirse a la huelga. Éramos trotskistas, y nos considerábamos los abanderados de la lucha del proletariado por su liberación. Subíamos a los edificios por las empinadas rampas que en el futuro serían las escaleras, y llegábamos hasta el piso en el que los albañiles trabajaban. Me parecía que estábamos llevando a cabo la mismísima revolución, que transformábamos el mundo, arrebatando el poder al capitalismo para devolverlo al proletariado, su legítimo dueño.

Sin embargo, a juzgar por lo que allí veía, yo aún no había tenido ocasión de conocer al auténtico proletariado.

En mi casa no faltaba de nada, mi padre era ahora un pequeño empresario que, en opinión de mis compañeros de revolución, explotaba a sus empleados arrebatándoles una plusvalía que lo enriquecía en exclusiva a él, despojándolos de los beneficios de su trabajo. En realidad, yo disfrutaba de un bienestar robado, ilegítimo, lo que me llenaba de un intenso sentimiento de culpa.

Uno de los proletarios que trabajaban en la empresa de mi padre se llamaba José María, y me había visto nacer; conocía a toda su familia desde que era una cría, a su mujer y a su hija mayor –que era muy hermosa y se llamaba Trinidad, un nombre que, para mi sorpresa, también podía ser aplicado a los hombres–, a su hijo y a su hija menor, que tenía mi edad, y con la que jugaba a menudo.

Otro proletario de mi padre se llamaba Fernando, y se hizo novio de Rocío, la chica que ayudaba a mi madre en la casa y que nos cuidaba a mi hermana y a mí.

Una tercera proletaria de mi padre se llamaba Angustias y era muy delgada, a pesar de que se comía enormes bocadillos de atún con mayonesa para almorzar.

Durante los veranos, mi hermana y yo misma seguíamos siendo proletarias de mi padre.

Todos ellos invitaban a mi familia a sus casas para las celebraciones más señaladas, aunque no tenían obligación alguna de hacerlo. Mi padre les prestó a Fernando y a Rocío el dinero para comprarse su casa de recién casados, dinero que le devolvían puntualmente cada semana descontándolo de su sueldo, sin añadir ningún tipo de interés. Durante muchos años, el empresario capitalista que era mi padre suministró dinero a

todos y cada uno de sus proletarios para que compraran su primera casa, su primer coche, o para la comunión de sus hijos, a la que estábamos siempre puntualmente invitados.

Es decir, técnicamente hablando, les devolvía parte de su plusvalía y les trataba mejor de lo que le obligaba la legislación laboral vigente.

Pero esto, según mis compañeros de la Liga Comunista Revolucionaria, no era más que un comportamiento caciquil, paternalista, casi feudal, dirigido a obnubilar la conciencia de los pobres obreros e incrementar, consecuentemente, su necesario nivel de alienación, convirtiéndoles en traidores a su clase.

Por eso, pensaba yo, los proletarios de mi padre no debían de ser los auténticos, los concienciados. Los verdaderos, quienes habían abierto los ojos a la revolución, eran sin duda aquellos albañiles desconocidos que nos miraban con recelo desde sus altísimos edificios en construcción, al borde de peligrosos andamios, y que a veces, solo a veces, nos acompañaban hasta la asamblea que realizábamos en el campus de la Facultad de Letras.

En mi país, por fin, pasaban cosas importantes.

En octubre de 1982 el Partido Socialista Obrero Español ganó las elecciones generales, y aunque no se trataba exactamente de los nuestros, la alegría fue tan grande que salimos a la calle, exultantes, a celebrarlo con bailes y alcohol.

Creábamos nuevas instituciones, inventábamos espacios de discusión. Lo grupal estaba de moda y yo sentía que mi formación había transcurrido por los cauces adecuados.

Se hablaba de participación en el aula, de educación no autoritaria, de libertad, sobre todo de libertad. *Libertad sin ira*.

Se debatía sobre la legalización del aborto y sobre la ley de divorcio. Los alumnos del colegio donde trabajaba escuchaban con atención a sus jóvenes profesores, cuyas opiniones eran tan diferentes a las de sus padres, católicos practicantes que miraban con asombro y temor la llegada del cambio. Les tocaba vivir una época nueva, llena de rápidas transformaciones.

Mientras tanto, el Señor Oscuro volvió y me pidió permiso para alojarse en casa con Else, su amiga *tedesca*. Se lo di. Nunca he sabido decir que no. Mi casa volvía a albergar en la habitación de invitados a apasionadas parejas en busca de amor.

Volvió, pero yo ya estaba prácticamente curada.

Cerca de la casa de mi abuela paterna, en una zona próxima a la muralla árabe, vivía una familia que tenía dos hijas gemelas y una hija mayor de mi misma edad. Era una familia extraña. Las gemelas eran blancas como la nieve, grandes e inexpresivas. La

hermana mayor tenía un comportamiento tan formal que apenas parecía una niña. Casi nunca salían a la calle.

Un verano, por el barrio se extendió el rumor de que una de las hermanas gemelas había desaparecido. Tendría unos quince o dieciséis años, aunque nadie sabía precisar su edad con exactitud. Los padres vivían su vida como si tal cosa, pero todo el vecindario se preguntaba a sus espaldas sobre la supuesta desaparición de la chica. Su hermana, idéntica, había crecido a la vista de todo el mundo, si bien conformando un rostro de dimensiones extrañas, plano y exagerado.

Las murmuraciones no cesaban, pero nadie se atrevía a preguntar a los padres sobre el paradero de su hija. Una especie de prudencia malsana les frenaba. Tenían miedo de denunciar, por la enemistad que habría sobrevenido entre el vecindario y la familia sospechosa. Pero finalmente, y desde el anonimato, alguien lo hizo, y un policía municipal y una trabajadora social se presentaron en el domicilio de las gemelas preguntando por la joven. Los padres les miraron aturridos, como si no supieran a qué venía tanta alarma.

—Está arriba, en su habitación.

—¿Podemos verla? —les preguntaron.

—Sí.

Subieron los cuatro las escaleras mientras la gemela y la hermana mayor esperaban sentadas formalmente en el salón —frío, de una pulcritud obsesiva, sepulcral—, como si le estuviesen haciendo los honores a una invisible y exigente visita.

En una habitación del segundo piso, cerrada con llave, estaba la desaparecida. Llevaba una túnica de saco, como una penitente, y el cabello largo hasta la cintura. Tenía los ojos extraviados. Se encontraba sentada en el suelo, moviendo regularmente la cabeza hacia delante y hacia atrás. Parecía una loca de ficción. Cuando mis padres me lo contaron pensé en la esposa perturbada de Mr. Rochester en *Jane Eyre*. De modo que era verdad: los dramas que leía en los libros formaban también parte de la vida.

Mis padres contaban escenas terribles del mundo que les rodeaba. Sus historias pasaban directamente de sus labios a mi cuerpo y podían llegar a producirme dolor de estómago. Episodios escalofriantes que, a medida que los iban narrando, no tenía más remedio que escribir dentro de mí para dominarlos y controlarlos a mi antojo, e impedir que se adueñasen por completo de mis emociones. Ellos no tenían la culpa de nada, no hacían más que contar, humildes voceros de la existencia, aunque sus mensajes procedieran de un mundo que me superaba, que me daba miedo.

En mi memoria, convertía la vida en una novela.

Unas semanas más tarde, el Señor Oscuro se fue a vivir a un apartamento situado en el mismo rellano que el mío. Durante todo el día mi puerta y la suya permanecían abiertas, mientras nosotros deambulábamos de una casa a la otra, a cualquier hora, buscándonos

fraternalmente. Leíamos a nuestros autores fetiche. Trabajábamos los textos. La historia de la locura, los sutiles mecanismos del poder... Nuestra primitiva pasión había sufrido una feliz metamorfosis: sublimábamos.

Else se marchó pronto, nunca supe bien por qué. Mi locura se alejaba, arrinconada por una rutina comprometida y tranquilizadora; entusiasta, empleaba mi tiempo en el trabajo. A veces hacíamos el amor. Nuestros cuerpos se conocían demasiado como para olvidar los antiguos ritmos, la remembranza de un placer reiterado. Pero cuando nos separábamos ya no dejaba nada atrás. Apenas una ligera tristeza, un poso oscuro, la huella que delata una historia imposible.

Fuimos a un congreso sobre epidemiología en Santander. La reforma psiquiátrica empezaba a ser reclamada cada vez más por grupos progresistas; en nuestra ciudad liderábamos el movimiento de la desinstitucionalización. Los locos debían volver a la calle junto a los cuerdos, denunciar con su presencia el fracaso de una sociedad que los arrojaba a sus márgenes, sin prever ningún rescatador *efecto de borde*.

En el congreso, los expertos discutían sobre datos, prevalencia, incidencia, ingresos, costes, mientras la prensa traía aquella mañana la noticia de la muerte de Michel Foucault. Me quedé consternada. Foucault, nuestro maestro, nuestro guía.

Pero en el congreso nadie se hacía eco de su muerte, la noticia no parecía merecer siquiera un tímido homenaje de ninguno de los especialistas convocados, ni una sucinta referencia antes de iniciar su tediosa plática. Foucault había muerto y quienes bebían de sus tesis ignoraban el acontecimiento absortos en sus diminutas tareas. Yo era joven, idealista, el malestar de tamaña traición fue creciendo en mí a medida que avanzaba la mañana, hasta que tomé una heroica resolución.

A primera hora del día siguiente, el Señor Oscuro y yo leeríamos nuestra comunicación sobre la reforma psiquiátrica italiana. Aquella noche se celebraba la cena de gala, pero preferí no ir. Me encerré en el hotel y escribí medio folio apasionado en recuerdo de uno de mis más queridos maestros. Apenas pude dormir. El Señor Oscuro no me acompañó en la empresa.

Sin embargo, a la mañana siguiente, antes de leer mi comunicación, debería vencer mi miedo al saber de los otros, un miedo anclado en lo más profundo de mí misma; el terror a la certeza de que, en algún momento inesperado, la lengua ignorante de mi madre saliera de mi interior sin que pudiese hacer nada para acallarla. Saldría como un enemigo a batir, llevando consigo el desprecio de los demás y mi vergüenza. Todo mi trabajo quedaría arruinado por aquella lengua inoportuna, rural, incorrecta. De ahí que estudiase tanto, de ahí que memorizase y preparase hasta la extenuación cada una de mis apariciones públicas. Era joven, podía vencer voluntariosamente el miedo, pero la transpiración corría por mi espalda hasta humedecer la cintura de mis pantalones, puesto que, apenas comenzase a hablar, cualquier otra mujer adulta podría mandarme callar sin contemplaciones, como un día hiciera mi temida profesora de Historia.

La sala de conferencias estaba a rebosar, los expertos escuchaban condescendentemente a los jóvenes aspirantes a serlo. Cuando nos llegó el turno, temblando, leí mi alegato:

—Ayer, 25 de junio de 1984, falleció en París Michel Foucault —comenzaba.

Apenas podía escucharme, lo que llegaba nítidamente a mis oídos era el latido apresurado de mi corazón, el pulso de mi sangre, la tensión que presionaba mis sienes. Pero debí de leerlo hasta el final, debí de hacerlo, porque, cuando finalmente guardé silencio, un aplauso espontáneo y emotivo sacudió la sala.

Al finalizar la mesa de comunicaciones algunos asistentes vinieron a saludarme, a condolerse conmigo por la muerte del maestro. La experiencia valió sobradamente la pena. Mi insomnio, mi malestar, la sudoración que me avergonzaba en cada apretón de manos, todo mereció la pena cuando de la sala hasta entonces homogénea y anodina surgió un grupo de personas que quiso comer con nosotros, que como nosotros admiraba a Foucault, que se unió al humilde homenaje que le había dedicado.

Aprendí la lección para siempre: la multitud aparentemente uniforme no es más que una fachada, la fachada que asusta a los tímidos, una máscara que, a poco que se rasque en ella, deja brotar las diferencias que esconde, los sujetos singulares, la humanidad heterogénea que late bajo su aparente homogeneidad hostil.

Exorcicé para siempre el terror que se había grabado en mí por culpa de la intemperancia de mi profesora de Historia, el miedo a mostrar mi amor al saber, mi curiosidad, incluso mi inteligencia, por temor al desprecio de quienes sabían más que yo.

A partir de entonces dejé de transpirar, y cuando me dispongo a hablar en cualquier foro, busco entre el público anónimo y desconocido la mirada cómplice de un oyente entregado, alguien que siga mis argumentos con atención, que me mire a su vez con simpatía. Y hablo para él; para él voy dibujando la línea conductora de mis ideas. Le hablo casi al oído, familiarmente, como si estuviésemos a solas en un café y nos conociésemos de toda la vida.

Para deshacerme por completo de la ignorante lengua de mi madre, aprendí a escribir las palabras en mi mente antes de pronunciarlas, de manera que, desde entonces, cuando expongo, aunque parezca que hablo, en realidad leo.

Irme. Durante las noches, apoyada en el alféizar de la ventana, observando el silencio de la plaza sin asfaltar, imaginaba que me iba. Irse era otra potestad de los hombres.

Algunos se marchaban para siempre. Desaparecían. Se iban a comprar tabaco y no regresaban jamás.

Según se afirmaba, en un barrio alejado del nuestro una madre de familia se había marchado de casa nadie sabía adónde. Había dejado a sus tres hijos al cuidado del marido, sin preocuparse más de ellos, y se había ido con lo puesto. Los mayores siempre utilizaban la misma expresión: irse con lo puesto.

Allí, apoyada en el alféizar, le pedía a la luna que me hiciese hermosa y valiente para que algún día yo también pudiera irme de casa con lo puesto. No importaba lo que el destino me tuviese reservado. Lo verdaderamente hermoso sería ese viaje hacia lo

desconocido, esa repentina y definitiva decisión, y la escueta expresión que la resumía.

Pero aún era una niña temerosa que ni siquiera sabría decidir qué ropas serían las más adecuadas para una ocasión tan importante.

Mi Mejor Amigo tenía otros amigos poetas. Uno era grande, alto y rubio, se parecía al hermano mudo de los Marx. El otro era bajito. Una noche los invité a cenar a mi casa.

—Dice que quiere escribir una novela —les informó mi Mejor Amigo en la terraza, cuando saboreábamos la última copa de vino.

No sé si le oyeron. Aunque a mí me interesaba sobremanera lo que ellos opinaran —la conversación fluida y literaria que surgía espontáneamente entre nosotros, las ocurrencias chistosas que salpicaban sus comentarios—, ellos apenas parecían darse cuenta de mi existencia, digamos que como ser racional. Me miraban como a una tía. Eso era todo. Una tía buena. Una tía *follable*, apetecible, con la que, quién sabe, se podrían acostar. Estaba claro que, para ellos, la amistad no era más que una camaradería autorreferencial, y que nunca habría en ella un lugar para mí. Sin embargo, esperaba que un día mi obra, aún sin escribir, les hiciera arrepentirse de su indiferencia. Que algún día dedicasen su atención a saber quién era realmente yo.

Mi Mejor Amigo sí sabía escucharme; en nuestros largos paseos por la ciudad, fantaseábamos sobre nuestra vejez.

—Viviremos juntos en un pueblo abandonado de Soria que habremos rehabilitado previamente.

La amistad era un bienpreciado que había sustituido al amor, un valor firme y seguro en el que era necesario invertir, como en los bonos del Tesoro que anunciaban por la tele. Mi Mejor Amigo y yo viajábamos hasta la playa hablando de nuestra hermosa amistad, en invierno y en verano, y en el radiocasete del coche sonaban sin interrupción las canciones de Lucio Dalla.

*Caro amico ti scrivo
E cosí mi distraggo un po'
E siccome sei molto lontano,
Piú forte ti scriveró.*

Yo sentía que le quería, que no había fronteras entre él y yo; sentía, como no lo había sentido con nadie antes, que nunca podríamos hacernos daño.

Los pollos criados con los piensos Diana de mi padre crecían mucho más de lo normal.

En una foto mítica que encontré años más tarde, poso junto a un gallo moteado que pesó, para orgullo de mi padre, cinco kilos quinientos gramos, más aún que el campeón de aquel año en la Feria del Campo de Guadalajara.

A modo de demostración, mi padre escribió este dato en la parte posterior de la fotografía, y añadió: «Mi hija menor no ha querido ponerse en la foto por respeto al pollo».

Yo era una niña tan asustadiza como mi hermana, pero me esforzaba por vencer el miedo y acariciar al animal en un temerario acto de valentía infantil, solo para conseguir una insignificante pizca de amor paterno. Mi hermana no tenía que esforzarse en absoluto por conseguirlo, pues él ya se lo daba por entero.

El Señor Oscuro decía que era una ingenua.

—Eres una ingenua, Patuchas, te crees todo lo que te dicen.

Pero yo no encontraba otra manera de estar cómodamente sobre la tierra.

—¿Por qué alguien debería mentirme? —le contestaba, recalcitrante—. ¿Para qué sirve mentir? —insistía.

—¿Ves?, eres completamente ingenua.

Nadie sabía explicarme la verdad sobre la vida. La verdad, no hay cosa que más se contradiga con el tiempo. Escribí la frase original de Cioran sobre una cartulina blanca y la coloqué encima de la mesa de mi salón.

Junto a una enorme capacidad de ilusión, convivía en mí una tristeza infinita. Mi piel recién tejida no podía contener del todo la desdicha, y la oscuridad volvía. El mundo era un lugar extraño en el que a menudo me costaba sobrevivir. El suicidio es la única idea que hace soportable la vida, volvía a recurrir a Cioran.

En la construcción imaginaria de la sociedad perfecta que elaboraba en solitario, las fronteras desaparecerían. Fronteras y países eran un efecto más de la burocracia y de la propiedad privada que habría que demoler en un futuro más justo. El planeta era la casa de todos los hombres y a todos les amparaba por igual el derecho a deambular por él libremente.

En mi ciudad apenas había extranjeros. Casi nadie se marchaba de allí, pero quienes se iban concitaban la admiración ambivalente de sus conciudadanos.

—Está estudiando en Madrid —decían.

Si el que estudiaba lo hacía en alguna ciudad extranjera, la admiración era mayúscula.

—El hijo de Fulano está estudiando en París.

Una heroicidad.

Me suicidé un 23 de noviembre a las cinco y media de la tarde. Ingerí una cantidad indeterminada de optalidones rosas y aspirinas blancas junto a media botella de JB. Al principio no sentí nada, continué sentada en el sofá frente a la televisión que reflejaba mi imagen, pero cuando comencé a advertir que me dormía me asusté. Esperé todavía quince minutos, porque mi propósito era firme, pero de repente morir me pareció algo terrible, solitario y desconocido, y llamé por teléfono a una amiga, arrepentida. En realidad, no sé si arrepentida o asustada, pues no es exactamente lo mismo.

El suicida ya está muerto, el suelo desapareció bajo sus pies. Instalada en la misma rutina, la oscuridad volvió para tragarme. La oscuridad que creí haber dejado atrás a los veintidós años, con el descubrimiento del intento de asesinato de mi madre, regresó con sus fauces abiertas y me disolvió en su brea viscosa y acogedora. Era tan agradable pensar que durmiendo desaparece para siempre el dolor... Tan agradable...

Mi amiga llamó a una ambulancia y continuó hablándome por teléfono mientras llegaba. Me ordenó:

–Abre ahora mismo la puerta de la calle y vuelve al teléfono. ¡Ahora mismo! –insistió, casi gritó. Seguía instrucciones de alguien, se le notaba.

Luego supongo que llegaron ellos, pero apenas los vi porque ya había perdido la conciencia. Entraron en mi casa y me sacaron sin que recuerde cómo. Recuerdo, eso sí, los tubos que salían de mis brazos y de mi nariz, y las pastillas deshechas, una a una, que salían de mi estómago a través de aquellos tubos y se quedaban flotando en el whisky amarillo, sobre el fondo de acero de la batea.

Recuerdo que volví a casa después, pero no sé cuándo, en la mano llevaba un sobre y un diagnóstico: «Intento de autolisis con previsión de rescate», y una factura. La Seguridad Social no financia a los suicidas.

Sonreí.

A partir de entonces no volví a pensar en serio en la muerte. Mi piel se hizo más flexible, más dura. Disminuyó la temperatura del magma que me identificaba y, en el centro del planeta que yo era, el núcleo se solidificó. Mi geología abandonó la era de las catástrofes e inauguró un periodo de estabilidad y calma.

Fue un *insight*, una catarsis, una epifanía cognitiva, la brusca caída en el otro lado de la oscuridad. *Chi lo sa*. Recuerdo que cuando salí del hospital hacía sol, y que noviembre parecía primavera. Recuerdo que miré la factura que había pagado, sostenida en mi mano derecha, y sonreí. Me parecía increíble que aquello hubiera sucedido. Tal cual, como si lo hubiese hecho otra, lejana, ajena. Otra que ya no era yo. Recuerdo que me sentí contenta, vertebrada; pagaba mis propios errores, no había nadie en quien descansar, ningún sueño confortable en el que cerrar los ojos para abandonarse a una añorada calidez pretérita que, quizás, nunca tuve. Vislumbré mi imagen en un escaparate y me sentí reconfortada. Existía, ocupaba un lugar en el mundo, era sólida, opaca..., aunque nadie me amase.

Y todo, justo es decirlo, por obra y gracia del pragmatismo indiferente de la Seguridad Social.

Cuando yo muriera, los conocidos y los amigos irían compungidos a mi entierro y yo los vería desde las nubes, disfrutando tranquilamente del espectáculo. Luego me echarían de menos hasta que ellos mismos murieran también.

Pero antes tendría que morir mi madre, pues su muerte se me antojaba necesaria para que yo accediese a la vida. ¿Cómo podía pensar aquello?, ¿cómo, si también la quería? La culpa era una tela de araña tupida y pegajosa en la que me debatía, pasiva, inmóvil como un insecto agonizante.

A finales de curso expuse mi experiencia sobre grupos con alumnos de catorce y quince años en un congreso de psicopedagogía. El resto de los ponentes me parecían siempre más serios y más sabios que yo, pero cuando acabé de leer me aplaudieron. Un compañero de universidad que era psicólogo infantil en una ciudad lejana me animó para que me presentara a una plaza vacante en un Centro Asesor de la Mujer.

Los Centros de la Mujer los había creado el Centro Democrático y Social de Adolfo Suárez, el presidente del gobierno que no se amilanó cuando Tejero entró armado en el Congreso y dijo la famosa frase:

—¡Se sienten, coño!

A Santiago Carrillo, que tampoco se amilanó, las urnas no le dieron después el respaldo que la admiración conseguida con su valiente gesto pronosticaba.

En los centros asesores, las mujeres recibían distintas atenciones relacionadas con la reproducción y la sexualidad: tratamiento ginecológico, información, y asistencia legal y psicológica.

Comencé a trabajar durante aquel mismo verano, dos tardes a la semana. Mi exmarido me prestaba amablemente su coche: un viejo deportivo naranja que había comprado de segunda mano. Cuando me bajaba de él, la falda se me subía y dejaba ver mis muslos morenos, lo que no debía de ser muy buena cosa para la imagen que convenía a una psicoanalista. Ser psicoanalista consistía, entre otras cosas, en desarrollar hasta el paroxismo la capacidad de negarte, de ocultarte, de no enseñar siquiera un casto palmo de tu desnudez física o mental.

El coche de mi marido iba tan a ras del suelo que sentía el vaivén de la carretera justo por debajo de mi trasero; me encantaba conducirlo. Viajar hasta la ciudad donde empezaba a trabajar era una experiencia nueva y atractiva, un viaje solitario en el que partía de mi destino con mi maltrecha identidad desdibujada y llegaba a la meta con el atildado uniforme de psicoanalista recién estrenado.

El Centro Asesor de la Mujer prometía en sí mismo una aventura. Lo dirigía Manuela, una mujer muy bajita y vivaz, comprometida militante del partido socialista, el mismo que gobernaba la ciudad. Manuela y yo nos caímos bien de inmediato.

Empecé haciéndome cargo de la Asesoría Psicológica, recibiendo a mujeres que no tenían orgasmos, que no experimentaban el deseo, que carecían de algo. A pesar de

todos mis años de formación, aquella era mi primera experiencia clínica y estaba completamente indefensa. De modo que no tuve más remedio que volver a Armando Segundo.

—Armando, soy Julieta.

—¡Sí!, decime, Julieta, decime qué querés.

En la clase de la señorita Rosario yo era una de las alumnas más aventajadas. Un día la profesora nos pidió que hiciésemos un dibujo de tema libre.

—No un copiado —insistió.

Y yo dibujé una chinita con un kimono de flores rojas y verdes. La profesora me puso un ocho y medio, y a mi rival más cercana, un ocho. Debía sentirme orgullosa, porque nuestra competición era reñida y se prolongaba desde los primeros días del curso. Pero no fue así. Su dibujo era un paisaje de trazos firmes, ejecutado con admirable precisión. Mi chinita, sin embargo, contraviniendo la consigna, era una copia, con algunas licencias, de la que decoraba el termómetro de pared que colgaba a un lado de la puerta. Pero nadie lo advirtió.

Saboreé las mieles del triunfo mezcladas con el amargor de la culpa, y ni siquiera cuando me confesé, ni siquiera cuando cumplí la penitencia —que multipliqué por dos porque el confesor me pareció muy indulgente—, pude reparar el daño que mi propia traición me había producido.

Aun así, no llegué nunca a confesar públicamente la verdad. El orgullo superó al remordimiento y se impuso por primera vez a la honestidad.

Empecé a supervisar a mis pacientes del centro asesor en Madrid una vez al mes, bajo la tutela de Armando Segundo. Le consultaba los casos más difíciles, las dificultades en los grupos que iba creando: grupos de parejas, de embarazadas, de preparación al parto, de educadoras infantiles que querían saber más sobre el primer año de vida del infante. Grupos. Le hacía partícipe, en definitiva, de mi incertidumbre.

A veces, la angustia que mi desconocimiento me producía era tan desbordante que tenía que llamarlo por teléfono después de una sesión y contarle lo que había pasado.

Armando Segundo, desde Milán, me tranquilizaba.

—Bien, bien.

Y seguía con mis grupos.

Las cosas, no sabría decir cómo, empezaron a mejorar. Quizás debido a mi entusiasmo. Mis primeros pacientes avanzaban, tanto era el empeño que ponía en comprenderlos, en acompañarlos, en apoyarlos e interpretar, desde mis conocimientos psicoanalíticos, el origen del malestar que los aquejaba.

Analizar la demanda. Analicé la demanda de la ciudad, y Manuela y yo organizamos unas jornadas sobre cine erótico. Durante una semana proyectamos cinco películas míticas: *El imperio de los sentidos*, *Bilitis*, *Emmanuelle*, *Cuerno de cabra* y *Saló o los 120 días de Sodoma*, seguidas de sus respectivos cinefóruns. Una selección ecléctica y controvertida, que a Manuela y a mí nos pareció ideal para estimular la polémica. Para completar las jornadas, mi Mejor Amigo me cedió su colección de revistas de *La Perla* y de cerámica erótica recogida en sus numerosos viajes por el mundo. Visité un sex-shop de la capital y convencí al dueño de que expusiese parte de su mercancía en el hall del cine. Las jornadas fueron un completo éxito. Se habló del erotismo, de Bataille, de Apollinaire, del marqués de Sade, pero también del fascismo, de Sacher-Masoch. Toda la intelectualidad local acudía puntualmente a los encuentros, que marcaron un hito. La sexualidad de la mujer no tenía nada que ver con la del hombre, pero ninguno de los conferenciantes parecía apreciarlo. Era necesario avanzar juntos en pro de la liberación, para profundizar después en otros detalles.

En septiembre mi contrato se amplió de dos a cuatro tardes a la semana, y en enero se creó una plaza de psicólogo y se abrió un concurso público de méritos para cubrirla. Me presenté y lo gané. Mi antiguo profesor de Psicología Profunda formaba parte del tribunal y convenció al resto de miembros de que mi candidatura era la más acertada para el puesto.

–Idónea –me dijo Manuela que les resumió.

La amistad entre Manuela y yo se iba haciendo tan intensa que su marido sintió celos.

–Manuela, tú tienes algo que ver con la psicóloga –así de vulgarmente le sintetizó su peculiar sospecha.

Estaban locos. Los hombres estaban locos de remate, proyectaban sobre nosotras su pansexualismo sin ningún atisbo de prudencia.

Manuela y yo nos reímos. Ella era una mujer casada y madre de dos hijos, pero gozaba de una libertad que yo nunca había visto en otras mujeres en su situación. Cuando terminábamos de trabajar y cerrábamos el centro, nos íbamos a una taberna a beber vino tinto y comer queso frito. El queso frito era una delicia culinaria que incorporé a muchos de mis menús. La transformación de la realidad nos abría el apetito, nos reconfortaba. Mis eras glaciares seguían en calma.

Confesaba mis pecados cada semana con total sinceridad. Mi voluntad y mi idealismo eran mucho mejores que mis actos. Cuando me acusé del pecado de haber copiado la chinita, el confesor respondió con un sonoro y ambiguo.

–¡Hum!

Y me perdonó.

–*Ego te absolvo a peccatis tuis...*

Era un guapo sacerdote del Opus Dei amigo de mi madre.

Asistimos a un congreso sobre planificación familiar en el que participaba un famoso ginecólogo que defendía el derecho al aborto. Manuela y yo presentamos nuestra experiencia con grupos de embarazadas, y el famoso ginecólogo nos felicitó. Éramos felices. A través de ella conocí a otras mujeres libres, luchadoras, feministas comprometidas que habían accedido a cargos en la Administración pública, y gestionaban distintos servicios comunitarios que dirigían con eficacia de acuerdo con sus ideas. En las reuniones discutíamos cómo mejorar la asistencia en los centros asesores. Me sentía contenta, protagonista de una revolución silenciosa pero imparable que estaba modificando el tejido social de mi país. Tenía veintiséis años, pero dentro de mí aún me consideraba una niña. Veía a Manuela como una mujer madura, plena, segura de sí misma, cuando apenas contaba cuatro o cinco años más que yo.

Ayudada por mi atildado uniforme de psicoanalista, ejercía mi papel con eficiencia. Sin embargo, nunca me he sentido a gusto siendo algo concreto, delimitado, pues mi identidad desdibujada se remueve incómoda si la encasillan en unos contornos precisos.

Trabajaba sin tener en cuenta los horarios; el trabajo y la vida se confundían. No había un límite para aprender.

La alegría que colonizaba mi casa cada tanto venía siempre de fuera. Mis primas eran adolescentes y jóvenes casaderas que introducían a sus novios en la familia con sus diferentes mundos. El horizonte se ampliaba, y la curiosidad con él. Por la mirilla que se abría al exterior, observaba entusiasmada las posibilidades del mundo.

Izquierda, izquierda, derecha, derecha, delante, detrás, un, dos, tres...

Manuela tenía un amigo que era químico. Durante las frías noches de invierno, mientras ella volvía a casa para bañar y acostar a sus hijos, su amigo y yo charlábamos. Nos cobijábamos en la mesa camilla del comedor del desangelado piso que yo había alquilado en la ciudad.

—Cuando golpeas una pared, en realidad es la pared la que se resiste a tu golpe con una fuerza proporcionalmente igual a la que tú has ejercido sobre ella... —me explicaba—. En la materia hay más espacio vacío que lleno. Las moléculas están prácticamente huecas —aseguró, convencido. Yo estaba fascinada.

Comprendí que la realidad tampoco era exactamente como yo la veía, ahora que por fin había decidido detenerme a hacerlo, sino que reproducía en su estructura los mismos agujeros que constituían mi esencia.

Comencé a dudar de la apariencia de las cosas. El amigo de Manuela me hablaba del concepto de infinito, del universo, de las galaxias, del enigma del tiempo, mientras el invierno hacía explotar las cañerías de las casas y, en el interior de mi habitación, el

vapor de mi respiración, condensado en los cristales durante la noche, se convertía en hielo sobre el que escribir tu nombre: Paolo.

La realidad empezaba a entrar en mi vida con elementos nuevos y misteriosos, literarios, que me la hacían más soportable. El suelo se solidificaba bajo mis pies.

Cuando Manuela volvía, se sentaba, desinhibida, en las rodillas de su amigo, tan pequeña como una niña de ocho años, y se reía de él.

La libertad era algo maravilloso e irresistible que convertía a las personas que sabían vivirla en auténticos personajes de novela.

Mi madre, insisto, tenía los muslos blancos y delgados, sin el menor asomo de vello. Los míos eran jóvenes, hormonales, llenos de un vello oscuro que se me antojaba monstruoso cuando ella se subía la falda y me enseñaba los suyos, inmaculados:

—Mira, ¿ves?, no tengo ni un solo pelo.

Nuestras diferencias físicas introducían en mí una angustiosa duda sobre mi fisiología: ¿era enteramente una mujer?

Me bronceaba al sol con los posos del café, escondida de su mirada en el patio de mi casa, para parecerme a mis primas ricas y a las auténticas mujeres de las películas. Me decoloraba con agua oxigenada el odiado vello, y aun así sospechaba que por dentro mi cuerpo seguía siendo distinto: masculino, porque quería vivir; varonil, porque tenía pelos y no era lampiña como el de ella. Pero, sobre todo, porque albergaba deseos que ella, la mujer que más quería, la que conocía más de cerca, no osaba siquiera intuir.

En nuestros grupos de Madrid, a donde viajaba regularmente desde la ciudad donde trabajaba, seguíamos discutiendo sobre marxismo y psicoanálisis. Aderezábamos uno y otro con conceptos extraídos de distintas teorías. Los autores que admiraba eran enseñanzas, modelos a seguir, formaban parte de mi Olimpo particular del saber.

Cuando mi contrato se amplió a jornada completa inicié mi propio psicoanálisis. En la primera sesión a la que acudí, el psicoanalista dijo:

—En estos primeros encuentros veremos, entre otras cosas, si usted y yo podemos trabajar juntos.

Y sentí un miedo profundo y doloroso a ser rechazada. De nuevo. Rechazada por mi madre, por mi padre, por el Señor Oscuro, por Armando Segundo, por Paolo, por él.

Imaginé que aquel hombre, cuyo nombre ya reverenciaba, no me aceptaría, pues mi caso no era lo suficientemente interesante para que él lo tuviese en cuenta. De alguna manera, en los primeros pasos de mi relación con él, ya se intuía el desamparo que sintiera frente a la supuesta indiferencia de mis padres. Se gestaban, de ese modo, los primeros esbozos de mi transferencia.

Cuando mejor lo pasábamos era durante la época de exámenes. Mis amigas y yo éramos unas jovencitas muy estudiosas que llevaban los temas bien preparados, por lo que las reuniones que organizábamos hasta la madrugada en casa de alguna de nosotras, la noche antes del examen, servían también para ponernos al corriente de otras cosas de la vida, no solo de la académica.

Mi amiga Jose tenía un novio que a todas luces parecía muy experimentado. Cuando nos contaba el avance que el novio hacía diestramente por los senderos de su cuerpo, le rogábamos que nos esperase en el escalón hacia el infierno en el que se encontraban para bajar hacia el averno todas juntas, y no una a una.

–Espera a que llegue yo –le suplicábamos.

–Me ha besado en la oreja.

–A mí todavía no, dame tiempo, bajemos todas a la vez.

Y así fuimos perdiendo la virginidad una tras otra, llenas de estupor y de risas.

Estábamos irremediablemente condenadas a consumirnos en el fuego eterno, aunque, bien mirado, unidas, el infierno nos parecía de antemano un sitio hartó hospitalario.

Mi psicoanalista era argentino, debía de tener unos treinta y tantos años, era guapo – por lo que pude advertir entonces, no existían hombres feos en Argentina–, alto y con el pelo negro. Después de la tercera o cuarta sesión me anunció que iniciábamos el análisis.

–Nos veremos los martes de ocho a ocho cuarenta y cinco –confirmó, serio y circunspecto.

A pesar de mis iniciales temores, no me rechazó.

Así se inició la relación más larga con un hombre que había tenido hasta entonces: siete años, seis meses y seis días. Rodrigo, como se llamaba, era también lacaniano y, fiel a las teorías del maestro, hablaba poco, pero sus palabras puntuaban las mías con una eficacia transformadora.

Ser lacaniano significaba, para simplificar:

1. Emitir regularmente exclamaciones ambiguas como «hum», «ah», «oh», a intervalos rítmicos de frecuencia indescifrable y leves connotaciones eróticas.

2. No sonreír, ni reír, ni hacer ningún gesto amistoso ni afectuoso a la entrada, a la salida, o durante la sesión.

3. Concebir el inconsciente como un lenguaje, por lo que los juegos de palabras, los lapsus, las equivocaciones del paciente, han de ser tratados con el respeto sagrado que se merecen, como vías regias al inconsciente que son.

4. Hablar lacanés.

Con estos y otros métodos de distanciamiento, pronto tuve tanto temor a mirarle a la cara que ni siquiera después de algunos años de análisis estuve segura de poder reconocerlo si casualmente me lo encontraba por la calle. Conservaba de su persona una imagen vaga, formada por las escasas miradas que nos dirigíamos mutuamente, casi a

hurtadillas, en el umbral de la puerta.

Así y todo, mi psicoanalista tomaba mis palabras al pie de la letra y me las devolvía intactas, aunque ya otras; se tomaba en serio mis preocupaciones, me reconocía, y con su afilado escalpelo verbal, curó poco a poco mi pequeña locura abstracta.

Algunas noches, mientras estudiábamos los últimos exámenes del curso, venían nuestros novios en pandilla a cantarnos bajo la ventana de mi casa. Entonaban románticos boleros: «Dicen que la distancia es el olvido, pero yo no concibo esa razón...», y nosotras les regalábamos botellas de cava que mi padre guardaba en el trastero, restos de los obsequios que la empresa concedía por Navidad a sus clientes.

Metíamos las botellas en una cesta de mimbre y las bajábamos con una cuerda hasta que nuestros amigos las alcanzaban entre risas. Arriba, en los balcones del dormitorio de mi hermana y del mío, nosotras también abríamos, en honor al esperado amor, botellas de cava espumoso que se nos subía rápidamente a la cabeza.

Mis padres dormían en la planta baja, aparentemente ajenos a nuestra fiesta.

Había escrito una novela, *Paso a tres*, que rechazaron en varios premios literarios y me devolvieron todas las editoriales a las que la envié, estas últimas animándome siempre a continuar escribiendo con las mismas fórmulas convencionales que dirigían a cualquiera de los aspirantes a escritor que no lograban interesarles.

De nuevo, el rechazo. Sufría. Mi ser más real, el más profundo, el que no se servía de ningún rol para existir, sino que se mostraba en carne viva y sin protección en la escritura, era rechazado por los lectores de las editoriales que más admiraba.

—Quiero ser Marguerite Yourcenar —le decía a Rodrigo tumbada en un diván en el que me perdía cada martes, regresando hacia atrás, a los orígenes, en una silenciosa habitación en penumbra. La chica que me precedía en la consulta arrastraba una pierna cuando salía del ascensor, apoyándose en su muleta. Imaginaba su dolor real, justificable, comparándolo con mi propia e invisible mutilación.

—Quiero ser Virginia Woolf. Quiero ser Nabokov.

Pero entre mi deseo y la realidad se instalaba el insondable abismo de la ignorante lengua de mi madre. Las palabras se transformaban antes de salir por mis labios tímidos. *Taratología*; no, teratología. Las letras se movían solas en mi cabeza, me jugaban malas pasadas, en una especie de dislexia afectiva que me torturaba.

Anastilosis: las ruinosas columnas griegas se levantan del suelo de los yacimientos y vuelven a reproducir de manera incompleta fragmentos del edificio original. El psicoanálisis como arqueología.

—El pasado nunca es igual a sí mismo. Sus versiones dependen del momento del

presente en el que volvamos a él –le decía, convencida, a mi Mejor Amigo. Mis columnas se levantaban a fuerza de sufrimiento. Volvían a erguirse solemnes, apoyadas en mis titubeantes palabras bailarinas.

Mi voz temblaba todavía al relatar el pasado, pero la voz del psicoanálisis me daba seguridad, pues empezaba a dominar lentamente su vocabulario.

Dominar una ciencia es hablar su idioma, hacerse con el código de su lengua, poder usarla como si fuese la tuya propia, la mismísima, inconmensurable y oscura lengua materna.

Cuando mis amigas y yo escuchábamos canciones en inglés, solíamos cantarlas imitando a nuestro antojo su fonética.

Podíamos decir cualquier cosa con tal de que la palabra inventada se acomodase al ritmo de la música.

Cantábamos:

–*Is i won es suit, suit Jamaica* –simulando a Stevie Wonder.

O:

–*Uen yu tam an sobe, an yu liv son lan in quer, an nozing, nozing...* –si queríamos cantar *You've got a friend*, de Carole King.

Nos gustaba aparentar que sabíamos hablar idiomas.

En las supervisiones, Armando Segundo me alentaba:

–¿Le dijiste eso? –preguntaba, aún incrédulo.

–Sí.

–Bien hecho.

Nos veíamos en los apartamentos donde residía durante la semana que trabajaba en Madrid, ocupándose de sus alumnos españoles. A veces, Armando no bajaba a la cafetería a la hora en que habíamos quedado. Aparentemente se olvidaba de su cita conmigo, y pasados diez minutos tenía que llamar a su cuarto desde recepción.

–Esperame, Julieta, solo un minuto –me decía con voz pastosa de recién levantado.

Y yo le esperaba pacientemente porque necesitaba de sus palabras sabias, necesitaba su guía, su magisterio, precisaba practicar con él un idioma que aún solo balbuceaba.

¿Por qué ese retraso?, me torturaba. ¿Acaso Armando volvía a no quererme? Incapaz de llegar a una conclusión que lo dañase como maestro, y que me dejase perdida y sola de nuevo, abandonada en la cuneta de su amor, ejercía una dura crítica sobre mis reticencias, y restauraba su imagen por entero. Defendía mis ideales negando la parte de la realidad que les hubiese restado perfección. Vivía parcialmente a ciegas.

–Para proteger a sus ídolos se inmola a sí misma sin piedad a los pies del altar que les

ha levantado. Se sacrifica para mantener a los hombres a flote –me interpretaba sabiamente mi analista.

Sus frases eran certeras y aceradas como la hoja de un puñal afgano.

Mi primo rico estudiaba en un colegio suizo donde tenía por compañeros de clase a los hijos de los más importantes jeques árabes, enriquecidos por el petróleo. A veces venían con él de vacaciones a su chalé de la playa, hasta donde llegaban, veloces, en su Porsche plateado.

Mis primos ricos habían aprendido a hablar inglés en Londres y francés en París, por lo que nunca necesitaron simular ingenuamente que lo sabían.

Aprendía. Aprender me ha parecido siempre el don más precioso de la vida. Lanzaba un satélite artificial, equipado con tecnología punta, a la atmósfera de mi universo para observar mi mundo desde arriba y explorar la tierra donde se posaban, indecisos, mis dos pies. Me separaba de mí para verme desde fuera, ajena.

Objetivarme, pensarme.

En la finca de mis primas ricas había una caseta de ladrillo blanco que protegía de la intemperie el motor del agua y los aperos para el riego. Las paredes de aquella caseta estaban pintadas a grandes trazos con carboncillo negro: escenas de faunos y de ninfas, ejecutadas con firmeza en un auténtico estilo picassiano. Las ninfas salían del agua bajo la lujuriosa mirada de los faunos, cuyos cuernos diminutos se parecían a los que representan la ira en la soberbia cabeza del *Moisés* de Miguel Ángel.

Estaba convencida de que aquellas pinturas murales eran realmente de Picasso y de que yo sería la encargada de revelarle al mundo su existencia. Me convertiría en una embajadora del arte, y en mi galería colgarían cuadros y frescos de los pintores que amaba: Friedrich, Fra Angelico, Picasso, Kahlo.

Cuando les comentaba a mis amigos mi feliz hallazgo, ellos no encontraban motivo alguno para el entusiasmo. No conocía a nadie a mi alrededor a quien se le enredasen tanto los sueños con la vida.

Desde niña tuve la convicción de que era una mujer con poca suerte. Mis deseos más ardientes eran sistemáticamente frustrados por la realidad, que me infligía una herida silenciosa e internamente sonora que tardaba siglos en sanar. Ni los hombres más amados ni los objetivos más deseados me eran concedidos. Mis modestos logros solo cabía atribuirlos al trabajo, a la perseverancia y el empeño con que abordaba todos mis proyectos.

Para apoyar este razonamiento confeccioné la siguiente lista de argumentos:

1. Ni en la escuela, ni en la tómbola, ni en ninguna otra rifa, conseguí nunca premio alguno.

2. Jamás me regalaron algo por sorpresa.

3. Nunca me amaron quienes yo más amé.

4. Me habían sido concedidos deseos menores, secundarios como quien dice, pero no los deseos *princeps*, los más auténticos. Yo quería ser Nabokov, quería ser Marguerite Yourcenar, pero nadie apoyó mis esfuerzos para alcanzarlo.

El catálogo era más extenso, pero no merece la pena detenerse aquí en ampliarlo, pues a la altura del punto 4 yo ya estaba absolutamente convencida de mi mala suerte, y ni el resto de los argumentos, ni mi psicoanalista, ni nadie, iban a persuadirme de lo contrario.

Repasaba mi biografía en el diván, al azaroso vaivén de la asociación libre.

El mundo estaba lleno de tesoros ocultos dispuestos a ser descubiertos por un ojo que los supiera mirar. El cuarzo de algunas piedras comunes guardaba en su interior exquisitos diamantes, y las vetas verde malaquita de otras, auténticas esmeraldas. Turquesas eran las canicas de colores con las que jugábamos al gua en la tierra blanda y polvorienta de mi plaza; inclasificables hallazgos paleontológicos los fósiles que, a millares, encontrábamos en el campo.

Hacíamos exposiciones de minerales con las piedras que recogíamos en la que fuera en otro tiempo fortaleza de los moros –como decían nuestros padres–, y las colocábamos ordenadamente encima del cartón de las enormes cajas que envolvían los electrodomésticos que empezaban a llegar a nuestros hogares. Los vecinos más pequeños se extasiaban con nosotras contemplando los colores de nuestras piedras preciosas, ponderando la diferente densidad de su materia o las inapreciables variaciones de su peso.

Un día, un científico sabio descubriría entre esas piedras el hallazgo definitivo que completase el árbol genealógico de la humanidad.

En el ayuntamiento de la ciudad donde trabajaba también trabajaba Lena. La primera vez que la vi cruzaba a paso acelerado la plaza donde se alzaba el edificio; era alta, con el

pelo teñido de un amarillo vivo, artificioso, muy de *la movida*. A simple vista me pareció una mujer absolutamente independiente.

Aquella misma noche la conocí. Creo que nos quisimos de inmediato, desde el momento mismo en que alguien unió nuestros nombres.

–Lena, Julieta. Julieta, Lena –nos presentaron.

Fue en el bar más exquisito y moderno de la ciudad. Lo regentaba una chica lesbiana, con el cabello corto a lo *garçon* y los pies inmersos en unos zapatos de suelas enormes. Se trataba de una casa antigua, decorada con cierto gusto oriental o romántico; las flores mustias de los jarrones exhalaban un perfume rancio, de cementerio.

Mientras nos presentaban, Lluís Llach cantaba en estéreo *T'estimo*.

Mi amiga Jose y yo comprábamos las mismas camisas y faldas y nos vestíamos de idéntica manera para ir al instituto. Era callada y cariñosa, yo la encontraba muy guapa. Ella ya tenía novio, un hombre serio que parecía no poder desviarse un ápice de su destino. Daba la impresión de no preguntarse nunca nada. Jose no entró en la universidad. Cuando terminó el bachiller encontró un trabajo y lo desempeñó discreta y constantemente, mientras mis otras amigas y yo seguíamos estudiando. Entre ella y nosotras se abrió otro abismo, una sima profunda repleta de amor y de diferencias.

A Lena le faltaban la mano izquierda y parte del antebrazo. A los dos añitos, en la panadería de su papá, la niña que Lena fue introdujo un día su bracito sano y completo en la amasadora de pan. Cuando el padre logró detenerla, su carne tierna e inocente se había mezclado con la masa, ensangrentando la hornada.

Lena perdió su mano y el antebrazo izquierdo, y, como recompensa, los dioses la convirtieron en la mujer más generosa y dulce que conocía.

La visión del transeúnte milanés, que entonces me ofreció desde la acera de enfrente sus brazos mutilados para ayudarme a recuperar mi *collana*, volvió a mí. Lena y yo nos repararíamos.

Nuestra unión fue idealmente fraterna, perfecta. A los pocos días de conocernos, Lena se vino a vivir a mi piso, y la soledad desapareció por entero de mi vida. Éramos tal para cual. Bailábamos juntas en discotecas vacías los tristes miércoles por la noche, como dos desesperadas. Dos seres hambrientos, consumidos por el aburrimiento rural, condenadas a la escasez de un pueblo estepario, el Páramo, una Comala fantasmagórica y cruel poblada de hombres y de mujeres muertos. Nos movíamos al compás de ritmos desafiantes, in crescendo, que nuestro disc-jockey preferido sabía elegir magistralmente para nosotras: Sade, Grace Jones, B. B. King, Van Morrison. Fuera, el invierno del altiplano curtía la tersa piel de nuestras mejillas jóvenes.

Intercambiábamos nuestra ropa y nuestros perfumes, nuestros bikinis, nuestros pañuelos y accesorios. Vivíamos sumergidas en una fraternidad de siamesas. Lena no tenía carné de conducir, yo sí. Lena sabía hacer excelentes ensaladas, yo no. Colocaba sobre su muñón una servilleta impoluta y sujetaba con él las zanahorias sobre la tabla de madera, mientras, con su única mano, las iba cortando con oficio de cocinero experto.

Lena.

A los dieciocho años, mi amiga Jose y yo nos sacamos juntas el carné de conducir. Nuestro profesor era un poco mayor que nosotras y se llamaba Pedro. Creo que a mi amiga le gustaba, aunque nunca se atrevió a reconocérselo ni a sí misma. Aprobamos las dos el examen teórico y, cuando superamos el práctico, mis padres me compraron un 850 beige de segunda mano para ir a la facultad. Mi primer coche.

Me matriculé en Psicología, como algunas de mis compañeras de COU. Las otras, Jose entre ellas, quedaron lejos, muy lejos, como si los diez kilómetros de distancia que las separaba de la facultad se hubieran convertido en un millar de años luz.

En primero de Psicología estábamos matriculados más de cuatrocientos alumnos, de los que apenas conocía a seis.

El concejal de Sanidad del Partido Socialista Obrero Español del Páramo era un hombre alegre que confiaba plenamente en Manuela, de modo que yo podía concebir las cosas más disparatadas –los grupos de preparación al parto, de parejas, de maestros, de cualquier cosa– y Manuela le convencía en un santiamén de la necesidad de llevarlas a cabo. No parábamos de inventar. El concejal de Sanidad llegaba a una de las reuniones de planificación a las que Manuela le convocaba y se subía a la mesa para ejecutar cómicos pasos de claqué. Llegaba extenuado, con ganas de hacer locuras. Bailoteaba por el hall vacío antes de que llegasen las pacientes al centro, al ritmo de la música ambiental. Me gustaba la libertad. La democracia estaba logrando transformar velozmente las cosas.

En la misma ciudad donde vivíamos Manuela, el amigo químico de Manuela, el concejal de Sanidad, Lena y yo, vivían otras mujeres que no se atrevían a entrar solas en un bar para pedir un inocente café con leche. La presión social era tan intensa en el Páramo que se respiraba por las calles, espesa, untuosa y negra como el alquitrán. Cuando la desesperación llegaba al cenit, los ciudadanos atormentados cogían una cuerda y se marchaban al campo, donde se ahorcaban en silencio, tan solitarios y tristes como habían vivido. La ciudad ostentaba la funesta fama de haber batido el récord de suicidios algunos años atrás.

La ciudadanía era obediente, respetable, aparentemente feliz. Pero en los bajos fondos de sus aparatos psíquicos, en el trasfondo de sus consciencias, se oía respirar la angustia.

Me sentía privilegiada. Observaba a una comunidad entera, conocía a todos y a cada uno de sus agentes sociales; entre Lena y yo podíamos trazar el mapa completo de sus recursos e interactuar con ellos. Iniciamos un programa de educación sexual en un colegio, implicando a un gran número de profesores; actuábamos sobre la realidad, la transformábamos, la revolución permanente se hacía *petit a petit*. Y el camino que la trazaba era alegre.

Giulietta, ti amo un po'.

¿Dónde estaba Paolo?

Mis sesenta y seis *Cartas a Paolo*, escritas desde su ausencia, languidecían en una carpeta de lomos azules sin que él las hubiese leído nunca.

C. F. M., un compañero de la facultad, confesó, en una hermosa declaración escrita, amarme a mí y estar lejos de Freud y del psicoanálisis. Pero tenía una novia llamada Belén que estudiaba Filología, y era uno de los hombres más guapos de la facultad. Yo no podía creer que ese joven tan apuesto pudiera afirmar semejante cosa, aunque, al parecer, él lo declaraba muy en serio.

Cuando venía a estudiar conmigo, mi madre preparaba unas deliciosas paellas que C. F. M. celebraba con abrazos y besos. La gente introducía en mi casa alegría a raudales.

Por el rabillo del ojo, mientras leía su sempiterno periódico en la sobremesa, mi padre observaba en silencio las improvisadas fiestas.

El psicoanálisis modificaba la versión oficial de las cosas. ¿Y si fuese él quién introducía la tristeza? Las columnas se levantaban en anastilosis mutantes, incapaces de restaurar fielmente el mítico templo original.

Pasaba la semana en la ciudad del Páramo, trabajando de sol a sol. Solo los martes por la tarde volvía a mi preciosa casa para acudir a la sesión de psicoanálisis, y regresar de nuevo al Páramo a la mañana siguiente. Cien kilómetros de ida, cien de vuelta. Los viernes a mediodía, Lena y yo nos marchábamos deprisa, abandonando a su suerte la ciudad anquilosada. Nos convertíamos en chicas urbanas, alegres e irresponsables.

Lena se unió a uno de los grupos de formación de Armando Segundo en Madrid. Era trabajadora social. Entrevistaba a familias marginales, tan desamparadas que incluso ignoraban su desamparo, y le interesaba conocer más sobre los mecanismos internos de su desgracia. A Madrid viajábamos juntas un fin de semana al mes. Con mis primeros ahorros y el apoyo de mi generoso tío me compré un coche rojo, en cuyo radiocasete escuchábamos cintas de Alaska y los Pegamoides, Nacha Pop y Danza Invisible. Visitábamos exposiciones, íbamos al teatro, cenábamos y reíamos juntas con *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*.

A menudo, cuando el lunes regresaba al Páramo, me parecía que el viaje no lo efectuaba en el espacio sino en el tiempo. Un viaje hacia atrás, hacia la tradición, la convención y las absurdas y más restrictivas costumbres. Un viaje a un mundo anclado en el pasado donde la revolución permanente, sin embargo, se hacía posible.

Comprendía que Manuela, el amigo químico de Manuela, el concejal de Sanidad, incluso la chica lesbiana que regentaba el bar más chic y cosmopolita de la ciudad, eran excepciones, seres extraños, aparentemente diferentes, pero en cuyo interior las convenciones habían dejado más huella que en Lena y en mí.

En las fiestas locales, los oriundos más ricos recorrían las calles ataviados con trajes del siglo XVII, disparando con sus trabucos toneladas de pólvora ensordecedora. La fiesta, la *dépense* de Bataille, el lujo y el despilfarro tras los días de austeridad fría. Se conmemoraba el regreso de un destacamento de soldados locales que marcharon en apoyo del rey Felipe IV durante la guerra de expulsión de los franceses, que habían invadido Cataluña. El triunfo de la vida parecía, en el Páramo, el triunfo de la muerte.

Mos y Fos eran dos compañeros que siempre andaban juntos, como el gordo y el flaco. Mos era el gordo y Fos, el flaco. Se pasaban el día haciendo payasadas. Una mañana, antes de las navidades, nos pidieron a Ana y a mí que permaneciésemos en pie, juntitas, delante de ellos; y nosotras así lo hicimos. Entonces Mos dijo suavemente, como si se tratase de un misterioso experimento mental, que avanzásemos despacio hacia ellos, siempre juntitas, a pasitos cortos. Y nosotras volvimos a hacerlo.

Cuando habíamos recorrido apenas medio metro, Mos y Fos comenzaron a cantar a coro:

—Las muñecas de Famosa se dirigen al portal, para dar muestras al niño de su amor y su amistad...

Y toda la clase soltó una carcajada monumental. Al fondo del aula se podían gastar bromas en medio de una lección de filosofía, porque el profesor, a causa del humo, perdía completamente la visión de los alumnos sentados desde la mitad de la sala hacia atrás.

Sobre la mesa de billar del bar más moderno de la «movida» local, una camarera y su amiga se amaron impudicamente frente a los ojos incrédulos y curiosos de mis amigos fotógrafos y poetas. Era el último día de la semana de cine erótico, y el azar, el vino y la coca les regalaron aquel espectáculo improvisado. Habían llegado como maestros y se marchaban de allí como aprendices. La revolución sexual se esparcía, incontenible como el agua, hasta los lugares más recónditos de mi país, antes tan triste.

Cuando volvía a casa después de hacer el amor en el coche con mi novio —los cristales

opacos, empañados de placer—, les compraba a mis padres una bandeja de pasteles variados para después de la cena. Quería que me perdonasen, y que olvidasen dulcemente un pecado que ellos desconocían que hubiese cometido.

¿Y si fuese él? ¿Y si acaso yo estuviese confundida? ¿Quién prohibía en mi casa la alegría? ¿Qué sabía yo de mis padres?, ¿de sus esperanzas, de sus decepciones?

Mientras tanto llegó el verano; el Páramo quedó atrás. Lena se marchó a su pueblo, y Camila y yo decidimos viajar a Grecia. Ella seguía en Trieste, y quería dejar de una vez a su novio de dientes desiguales, estropeados por el alcohol y las drogas, y no volver a verlo nunca más; yo seguía sin tener a nadie a quien amar, pues, a pesar de mis inofensivas y esporádicas infidelidades, seguía amando al mismo hombre.

Me marché a Italia el día 5 de julio para reunirme con ella en la ciudad de Svevo, donde Joyce había pasado largas temporadas con su pintoresca familia. Deseaba permanecer unos días en el hospital psiquiátrico, para conocer los avances de la institución modelo de la reforma psiquiátrica italiana que tanto habíamos admirado.

El antiguo manicomio estaba formado por una serie de edificios enormes, de aspecto casi militar, esparcidos por el interior de un amplio parque de árboles centenarios. Edificios casi imperiales, con destartalados salones donde la reforma había dejado su impronta: murales de papel marrón decoraban el suelo y las paredes de muchas estancias, mesas repletas de pintura, sillas desbaratadas, habitaciones sin puertas. Los viejos internos deambulaban a la deriva por los jardines, absortos en sus monólogos reiterativos que ya nadie se esforzaba en comprender. Basaglia se había trasladado a Roma en el 79 y Rotelli era el nuevo director del mítico centro.

Creíamos que la convivencia con la sociedad normalizada rehabilitaría las cabezas extraviadas de los enfermos, a quienes llamábamos usuarios —teóricamente más correcto—; que la inserción en sus respectivas familias —para quienes esto aún fuera posible— les devolvería la cordura, a poco que recuperasen el afecto y el calor perdido; que la medicación era innecesaria, pues el combate contra la locura se libraba logrando para los enfermos condiciones de vida normalizada. Eso creíamos. Pero en Trieste se consumían más neurolépticos por paciente que en cualquier otro lugar de Italia. La familia, los grupos, las terapias alternativas —teatro, pintura y otras artes— mejoraban las condiciones de vida, pero no modificaban el delirio de la esquizofrénica, por más que así lo quisieran y teorizaran Laing y Cooper, Basaglia y Rotelli.

Por los pasillos del viejo hospital psiquiátrico se respiraba un triste aire de derrota apenas un par de años después de iniciarse la transformación. ¿Era esto todo lo que quedaba de la utopía? Cientos de voluntarios seguíamos visitando el paraíso de la patología mental, empeñados en hacer resurgir la salud desde las entrañas de la insania, con las exclusivas armas de la convivencia igualitaria y la ideología.

Teníamos los ojos vendados. Como Eros.

Cuando Arias Navarro lloró de pena en la tele anunciando la muerte del Generalísimo, mis lágrimas fueron de alegría. Las de Arias Navarro eran en blanco y negro, las mías en technicolor. Para mi sorpresa, mi madre exclamó:

—¡Que Dios me perdone, pero ya era hora!

Entonces supe que mi madre estaba de acuerdo con la democracia. Sin embargo, mi padre era franquista hasta la médula. Cuando se entusiasmaba hablando de política solía sacar una botella de vino que le habían regalado, etiquetada especialmente para él. La etiqueta era roja y amarilla, como la bandera nacional, y llevaba impreso el busto de Franco con el uniforme de jefe del Estado Mayor. A mi padre le impresionaban los títulos, y estaba orgulloso de su botella. Solo con poseerla se consideraba ya un hombre importante.

Mi abuela paterna también era de derechas, católica, apostólica y romana.

Un día, mientras veíamos la televisión, mi abuela reconoció a Dolores Ibárruri, la Pasionaria, que regresaba a España después de un largo exilio. Mi abuela nos hizo callar con su autoridad incuestionable, y cuando escuchó íntegramente la noticia sentenció:

—¡Comunistas! Esa mujer es el diablo. ¡Solo Dios sabe los hombres que habrá matado!

Las cosas que a mí y a los míos nos alegraban eran vividas con pesar y preocupación en mi familia.

Mi abuela paterna se parecía físicamente a la Pasionaria. En mi opinión, las mujeres de su edad habían perdido los rasgos de la feminidad, se afianzaban en el mundo con una seguridad propia de los hombres, y tal vez por eso, me explicaba irracionalmente, adquirían poco a poco los atributos físicos de ellos. Hasta les salía barba.

La Pasionaria y mi abuela vestían siempre de negro. Llevaban luto nacional.

Camila se despidió definitivamente de su amigo en el *molo*, frente a un mar Adriático gris, de veloces olas encabritadas. Al día siguiente salíamos para Brindisi.

Camila seguía angustiándose como siempre; frente a ella me colocaba, sin saber por qué, en la posición de una esclava dispuesta a satisfacer sus imperiosos deseos de Rey Sol. Sentía su vampírica forma de acercarse a mí, de explotarme a conciencia como el capitalista explota al proletariado. Yo era la capitalista, y socializaba mis recursos con la desvergüenza y la ausencia de culpa de quien está ideológicamente justificado. Como era habitual en mí, me recriminaba secretamente el malestar que su desfachatez me producía, acusándome de mezquindad, sin reparar casi nunca en su desvergüenza.

Camila era bajita, tenía la piel morena y unos labios tan finos que apenas se distinguían en el agujero de su boca voraz. Ni siquiera mi psicoanalista lacaniano pudo ayudarme a prescindir de ella, de modo que seguíamos juntas, dispuestas a atravesar la bota entera, con poco dinero y muchas ganas de pasárnoslo bien.

Decidimos hacer autostop para economizar. Atravesaríamos la bota italiana siguiendo la Strada Statale, juntas, con una mochila a la espalda y las ilusiones puestas en Creta.

Teníamos por delante más de mil kilómetros casi en línea recta, siempre hacia el sur. El primer coche que se detuvo ante nosotras fue un Mercedes. Lo conducía un señor muy apuesto, impecablemente vestido con un pantalón azul marino y una chaqueta de lino salvaje que colgaba de una percha sobre los asientos traseros. Iba directamente hasta Roma. Aquello fue una bendición. Habíamos bajado en tren desde Trieste hasta Padova para coger la autopista del Mediterráneo y, si el apuesto señor lo permitía, cruzaríamos casi medio país en apenas unas horas.

Ya durante la primera pudimos percatarnos de que aquel señor no hablaba ni una palabra, ni en italiano ni en ninguna otra lengua. En su idioma, *autista* quiere decir *chófer*. Y he aquí que nuestro chófer era con propiedad un autista, en su lengua y en la mía.

Su Mercedes blanco devoraba los kilómetros a una velocidad supersónica, los engullía y los defecaba en un santiamén, mientras yo miraba por la ventana lateral, incrédula, incapaz de concebir tamaña ligereza. En el interior del coche no se oía apenas ningún ruido. El viaje parecía irreal. La vida que estaba viviendo era la que había soñado, una aventura ligera y alegre, que me hacía feliz.

A mediodía llegamos a un área de servicio, y el señor autista nos invitó a comer en el self-service de la autopista. Camila, como siempre, se sirvió los platos más caros. No conocía ni la prudencia ni el agradecimiento. Tras el café regresamos al coche, donde advertí que nuestro autista mostraba signos de cansancio.

—Si lo desea, puedo conducir yo —le dije en su lengua.

—*C'hai la patente?* —me preguntó como único requisito.

Le contesté que sí, y, sin volver a decir ni mu, salió parsimoniosamente de su asiento y se sentó en el mío. Yo hice lo propio y arranqué. A pesar de los titubeos iniciales, cuando dejé atrás la encrucijada de salida del área de servicio, el Mercedes me obedecía con la misma docilidad que a su amo. Pronto me sentí en las nubes, y aceleré. El mudo reclinó hacia atrás el asiento del copiloto y se acomodó para dormir. Al principio, cada cierto tiempo, miraba de reojo el marcador de velocidad, pero dejó de hacerlo al cabo de un rato y cayó en un profundo y silencioso sueño. Camila le acompañó en la siesta, estirada cómodamente en el asiento trasero. El Mercedes era solo mío.

Me pareció que el mar brillaba espléndidamente a nuestra izquierda, como un bello espejismo que el calor y el color del cielo habían creado para mí. Bajábamos raudos por la bota, directos hacia nuestro objetivo. La autopista estaba vacía, pues los italianos querían estar en casa para no perderse el partido de su equipo en el Mundial de España. La final entre Alemania e Italia se jugaba en Madrid. En los controles de peaje, algunos operarios se extrañaban de que estuviésemos de viaje un día que consideraban tan especial, aunque para nosotras los mundiales de fútbol no significaban absolutamente nada. Es más, el fútbol era el opio del pueblo, el circo romano que el Estado autoritario ponía a disposición del pueblo para adormecer su conciencia alienada.

Atardecía aquel 11 de julio de 1982.

Nuestro profesor de Sociología, Antonio Continuo, nos mandó hacer un trabajo sobre la huelga que los obreros metalúrgicos estaban llevando a cabo en la localidad. Mi pueblo había ascendido a la categoría de objeto de estudio. Con orgullo, el líder de la revuelta nos concedió una entrevista. Me pareció que aquel hombre luchaba por su salario con una ignorancia supina sobre la lucha de clases y una escasa proyección de miras. Definitivamente, la teoría de la revolución era mejor que cualquier praxis, pero ni siquiera la paliativa venda especulativa me impedía percibir la incómoda verdad escondida en la trastienda de la vida, por más revolucionaria que esta vida fuera: el ser humano es tremendamente egoísta, descubrí. Menuda verdad de Perogrullo.

En Sociología estudiábamos el sujeto y las instituciones. ¿Las transformaciones del mundo se deben a seres individuales, adelantados a su tiempo, o a la respuesta grupal, mancomunada, cuando las contradicciones ya están maduras? *That is the question*. Debatíamos, argumentábamos, ahitos de un placer textual que la cruda realidad se empeñaba en negarnos.

Al llegar a la salida hacia Roma, nuestro silencioso y espléndido señor nos preguntó si queríamos seguir con él hasta la ciudad, pues pretendía llegar a casa antes del partido, pero preferimos continuar nuestro viaje sin salir de la autopista, de modo que nos dejó con un breve saludo en el último control de peaje. Había dormido casi todo el trayecto. Cuando el Mercedes arrancó de nuevo, imaginé que aquel hombre se reuniría con su mujer en una casa cómoda y agradable, que la besaría cariñosamente antes de sentarse frente al televisor, que cenarían pasta o *minestrone* juntos, pero, por más que lo intenté, no pude imaginar el tipo de conversación con el que la entretendría. El matrimonio se me antojaba un asunto aburrido, mortífero, capaz de acabar en unos meses con cualquier atisbo de pasión.

Dos jóvenes italianos permanecían de guardia en el control de peaje maldiciendo la suerte que les había tocado. Desde su puesto de trabajo solo podrían seguir el partido por la radio. Apenas pasaban algunos automóviles, muy espaciados entre sí. Camila y yo no sabíamos qué hacer: perder la tarde en aquel sórdido lugar se nos antojaba inaceptable, pero parecía difícil continuar el viaje.

—*Oggi niente da fare. Tutto il mondo é davanti alla televisione* —aseguraron, con buen criterio.

Además, no teníamos dónde dormir, por lo que los jóvenes guardianes nos sugirieron que nos quedásemos allí mismo, en el interior de una cabina estrecha y maloliente que utilizaban para cambiarse de ropa.

Aceptamos. Nos permitieron usar sus aseos, compartir su partido de fútbol y su alegría. También su vino cuando Italia ganó el campeonato.

Paolo Rossi se convirtió en héroe nacional, como los gloriosos ganadores de las Olimpiadas lo fueron en la Grecia clásica. La radio retransmitía el entusiasmo con que los italianos tomaban las calles de todas las ciudades del país para festejar el triunfo. Grupos de jóvenes pasaban por la autopista yendo de un pueblo a otro, enarbolando banderas tricolor por las ventanillas de los coches, mientras cantaban a gritos el himno nacional.

Camila y yo éramos dos extraterrestres en mitad de un planeta eufórico y enloquecido.

El hecho de que los mundiales fuesen en España nos convertía, sin embargo, en unos especímenes singulares, simpáticos aunque derrotados.

Nunca he sabido compartir ningún tipo de jolgorio colectivo, seguramente a causa de un particular sentido de la estética que los hace a mis ojos deplorables; acudía a las manifestaciones provista de unas enormes gafas de sol para ocultar el llanto que invariablemente me embargaba apenas se entonaban los primeros compases de *La Internacional*, imbuida de una pueril emoción revolucionaria que era incapaz de controlar. Las celebraciones colectivas despiertan en mí irreprimibles lágrimas, como si una parte de mi ser se fundiera con ellas cálidamente, mientras otra se resiste a compartir por entero la emoción espontánea que generan. Por llorar, me decía, atea avergonzada, lloro hasta en las procesiones.

*Non so che viso avesse, neppure come si chiamava
con che voce parlasse, con quale voce poi cantava
quanti anni avesse visto allora, di che colore i suoi capelli
ma nella fantasia ho l'immagine sua,
gli eroi sono tutti giovani e belli,
gli eroi sono tutti giovani e belli.*

El saber era un campo tan inmenso que cualquier acercamiento a él me parecía ficticio. En mi libro de Filosofía, el Abbagnano, las teorías de Maimónides y Averroes se resumían sintéticamente en unas breves páginas; ¿cómo podía comprobar que esos y no otros habían sido sus pensamientos?

Pretendía poseer el conocimiento por entero, con puntos y comas, pero pronto comprendí que mi empresa era inalcanzable. Si tenía que fiarme de otros miles de estudiosos, mediadores entre los maestros y yo, el saber se escurriría entre mis dedos como el agua, dejando en mis manos solo una tenue sensación de humedad. Acudiría por tanto a los textos originales.

Sin embargo, habría de tener mil vidas, disponer de millones de horas de estudio para leer a Nietzsche en toda su amplitud, viajar hasta Turín para conocer las calles por las que deambulaba, el caballo al que se abrazó movido por su insania, leer las cartas de las mujeres que amó, la totalidad, en suma, de su obra. Pero nada de eso era posible, no podía abarcar en su integridad a cada uno de los autores que el Abbagnano resumía. Maimónides y Averroes.

A partir de esta triste convicción, el saber todo se convirtió en pura y simple literatura.

Nuestro viaje continuaba según lo previsto. En el barco que nos conducía de Brindisi a El Pireo viajaba una pareja de punkies. Iban provistos de toda la parafernalia de su tribu: crestas de color violeta y rosa, kilos de metal plateado, ropa negra. Parecían crueles y pependencieros. Camila y yo les mirábamos de reojo desde el rincón de la cubierta que habíamos elegido para pasar la noche, pues, obviamente, el billete al aire libre era el más barato. Cientos de jóvenes de distintas nacionalidades compartíamos la superficie pulida, llena de aperos de marinería, de la cubierta del barco. Abrimos nuestros sacos de dormir y contemplamos el atardecer mientras leíamos, oíamos música o charlábamos. Entre Camila y yo no había mucho que decir, pero el silencio siempre fue cómodo. Nos acoplamos lo mejor que pudimos sobre la cubierta, dura y recalentada por el sol de todo el día. El mar estaba en calma, y las estrellas, sin luces alrededor que las ocultasen, lucían espléndidas, cercanas, colgadas apenas a unos pocos metros por encima de nuestras cabezas.

Por la mañana, cuando el sol se colocó justo sobre mis ojos, la pareja de punkies se tostaba en bañador al otro lado de cubierta. Se habían despojado de sus uniformes, dejando a la vista unos cuerpos escuálidos de una blancura inmaculada, tan débiles e indefensos como los de dos tiernos pajaritos recién salidos del cascarón. Me dieron un poco de lástima, como si quedasen demasiado expuestos a los ojos de los demás, precisamente por haberles visto antes ocultando su debilidad bajo las ostentosas y agresivas vestimentas negras. Pensé que el metal les protegía, que buscaban como yo una piel-máscara que dotase a su vulnerabilidad de consistencia frente al mundo; y me sentí, aun en mi indefensión, más fuerte y mejor protegida que ellos.

Atravesamos entre exclamaciones de sorpresa el profundo estrecho de Corinto. Las rocas se elevaban a babor y estribor como los amenazantes Escila y Caribdis. Otros turistas miraban desde lo alto hacia el fondo de las altas paredes entre las que nos encontrábamos. Nuestro enorme barco se dejaba guiar por el canal por una pequeña barcaza guía, sumiso y silencioso como un corderito.

Ni la apariencia hostil de los punkies ni el tamaño ciclópeo de nuestro barco podían ocultar el lado vulnerable de las cosas. El mundo mostraba la falacia de la apariencia en detalles contundentes y precisos.

La Sierra de la Pila parecía sacada de *Los santos inocentes*. El profesor de Antropología, que era joven y ostentaba orgullosamente el prestigio de venir directamente de Madrid, nos encargó hacer un extenso trabajo de campo sobre ese espacio natural. La Garapacha. Un pequeño pueblo de menos de cien habitantes al pie de la sierra. Hasta el nombre parecía proceder del mismísimo Neolítico. «Garapacha» sugiere garrapata, parásito, pobreza y suciedad.

Nos trasladamos hasta allí en el 1500 de Teresa, con la palanca de las marchas junto al volante, escuchando sin parar canciones de James Brown.

En La Garapacha no había jóvenes, solo vivían unos pocos ancianos escondidos en sus casas limpias y dignas, de suelos de tierra pisada y blanca decorada con pasillos de cantos rodados. Recogían almendras en sus huertos y nos las regalaban cuando nos sentábamos a conversar con ellos sobre sus bodas, sus noviazgos, sus hijos y sus ambiciones, alrededor del fuego de las enormes chimeneas siempre encendidas. Después de escucharles durante veladas enteras, llegamos a la conclusión de que los ancianos de La Garapacha no tenían más ambición que vivir.

Según asegura la teoría, los antropólogos que observan una comunidad deben mantenerse a distancia de su objeto de estudio para que la observación sea objetiva; pero ¿cómo permanecer alejado del objeto de estudio cuando este nos muestra su alma?, ¿cómo conversar sobre el noviazgo y el amor con la frialdad de una computadora? Desconfié de los trabajos de campo. En literatura y psicoanálisis, el observador se considera parte de lo observado: solo hay que saber discriminar qué es lo que pertenece a uno o a otro, o ni siquiera eso.

Me devanaba los sesos intentando diferenciar mi yo y el de los demás. ¿Eran las imágenes que construía sobre los otros meras proyecciones de mí misma? ¿Cuál era la frontera entre lo que mi imaginación atribuía a los otros y su auténtica realidad?

Hubiera querido detener a los transeúntes uno a uno para interrogarles sobre los pensamientos que en ese mismo momento les ocupaban. Hubiese deseado verlos tan claramente como si fuesen los míos propios; hacer un estudio de campo global sobre la realidad circundante.

El mar de color de vino. Atenas, Heraclión, Cnosos, la meseta de Omalos, el viaje. En Atenas nos esperaba Gianni, el amigo que Ana había conocido en Siena en un curso de italiano, el verano anterior a nuestro primer viaje a Italia. Gianni vivía en Atenas y nos alojó en su casa.

Ana había llegado un par de días antes a la ciudad en avión. Su relación con Humbert Humbert, al que nosotras considerábamos inmensamente rico, le permitía ese tipo de lujos. Gianni iba a casarse con una joven ateniense. Daba clases de Literatura en un instituto; su vida estaba ya escrita. Querían tener dos hijos y comprarse una casa cerca de la de los padres de la novia, en el barrio de Plaka. Gianni era un joven alegre, pero el futuro de Gianni me pareció triste. Los seres humanos se unían entre sí con premura, desterrando múltiples posibilidades, como si la soledad les asustase más que la monotonía.

Por la noche, mientras visitábamos el Odeón de Herodes Ático en la Acrópolis, asistimos a una inesperada representación de *Las avispas* de Aristófanes. El director seguía el ensayo general desde las gradas de piedra, a escasos metros de nosotros, como un espectador anónimo. Sobre la escena, mientras el coro se movía armónicamente de un lado a otro del escenario, la luna llena surgió de repente desde detrás de una nube, por

encima de la isla de Egina. La belleza era mi amiga, y sin embargo, su espectáculo discreto y silencioso siempre me hacía llorar. Recordé nuestro grupo de teatro, nuestra biseñez *amateur*, la humedad del destartado edificio parroquial en el que ensayábamos, el gris oscuro que predominaba en el país secuestrado de mi adolescencia.

El mar Egeo, a lo lejos, era una franja de esmalte azabache.

No quería volver a mi preciosa casa, nunca deseaba volver a ella, quería viajar sin fin, sin pensar en el regreso. ¿Qué tenía que hacer allí? Llevaba encima mi cuaderno y mi bolígrafo, era lo único que necesitaba. Muchos jóvenes viajaban como yo con sus cuadernos, escribían en sus diarios de viaje sus impresiones minúsculas, eternizadas en libretas sencillas y secretas. Algunos dibujaban el paisaje. Se refugiaban en la escritura en cualquier lugar, en el bar donde tomábamos retsina, en la cubierta del barco que nos había llevado hasta allí, en las escaleras del Partenón.

Sin embargo, sospechaba que mi incapacidad para sentir sin más, sin buscar continuamente la expresión escrita de mis impresiones, me alejaba de una sensualidad más directa, más pura.

Camila no escribía, se tumbaba al sol sin hacer nada, se adormecía, se dejaba llevar, su experiencia del mundo era sin duda diferente a la mía. Una tarde, mientras creía que yo dormitaba como ella a su lado, introdujo su mano por debajo de las braguitas de su bikini y se masturbó discretamente. Yo la miraba, incrédula.

Mirar.

Desconfié dolorosamente del saber en cuanto me acerqué, tímida, a sus playas, pues lo escrutaba con la mirada idealista y cándida de una niña.

Margaret Mead aprendía la lengua de los pueblos que estudiaba para comprenderlos. La lengua de los nativos de Samoa y Nueva Guinea: de los tchambuli, una etnia en la que no existía la dominación masculina, los arapesh y los mundugumor. Una lengua es un universo. Margaret Mead podía estudiar en unos pocos años un universo ajeno, mientras yo apenas conseguía con dificultad hacerme con el mío. Quería ser sabia y aventurera como ella, y aprender sin cesar el lenguaje de las cosas.

Fuera de la Acrópolis y sus alrededores, Atenas era una ciudad ruidosa, fea y sucia. Ana regresó a Milán, y Camila y yo seguimos nuestro viaje hacia Creta. Desde Atenas había telefoneado a la madre de Paolo para saber de él. Me dijo que estaba en Roma.

Comíamos queso de cabra, pan y mayonesa, nuestra dieta preferida. Camila aprovechaba cualquier descuido para regalarse un capricho a costa del fondo común. Yo no tenía ánimos para reprenderla ni para hacer lo mismo que ella. Temía no tener dinero suficiente para llegar hasta el final del viaje, era una aventurera timorata en exceso,

defectuosa. Mi adaptación a la revolución y a la aventura siempre era insuficiente.

En la meseta de Omalos, hasta donde llegamos al atardecer en autobús desde Chania, dormimos a la intemperie en el interior de nuestros sacos, esperando la mañana para adentrarnos en la garganta de Samaria, camino del mar. Las estrellas estaban más cerca que nunca de mi cabeza. No servían las palabras para atrapar el espectáculo del cielo de Creta. Las constelaciones se dibujaban con una precisión telescópica, pero no era capaz de atrapar una milésima parte de mis sensaciones en aquel voluminoso cuaderno. ¿Cómo estar segura de que mis palabras provocarían en un eventual lector las mismas emociones que las habían producido? La lengua de las cosas era esquivia.

Me sentía desbordada. Omalos era el lugar más hermoso del mundo y yo era incapaz de capturar con palabras ni siquiera una insignificante parte de su belleza. Hubiera dado cualquier cosa por conformarme, como Camila, con su simple contemplación, pero estaba herida, una parte de mí vivía y otra observaba esa vida para contarla.

Al despertar, una plácida oveja cretense pastaba al lado de mi oreja, su aliento animal templaba mi mejilla húmeda por el rocío.

Descendimos a pie por el estrecho de Samaria: dieciocho kilómetros de senderos abruptos a través de un desfiladero de paredes rocosas, salpicadas de higueras, olivos y baladre rosa. El suelo de piedras desgastó la suela de mis sandalias de esparto. El sendero serpenteaba por la ladera de la montaña buscando el descenso más cómodo; atravesaba pozas, cruzaba puentes, bajábamos por él estimuladas por el aliciente de un merecido descanso al borde del mar de Libia. Por fin, al atardecer, nos instalamos en una colonia de hippies de la que el exnovio triestino de Camila nos había hablado.

Mientras algunos de mis compañeros de facultad se acercaban a los profesores de las diferentes asignaturas para formar parte de sus departamentos, nosotros estudiábamos una carrera paralela en una particular universidad itinerante.

El mundo comenzaba a dividirse de nuevo. Ya no solo estaban los de derechas y los de izquierdas, los maoístas y los trotskistas, los de la primera, segunda, tercera o cuarta Internacional, sino también aquellos que confiaban en el saber y pretendían iniciarse en su transmisión, y quienes lo cuestionábamos. El saber era lo que más anhelaba, pero no sabía cómo atraparlo. Descubrí que algunos de mis profesores no tenían ni las más remotas ganas de perseguirlo. Eran aburridos funcionarios, seres sensatos y sin contradicciones, ocupados en mejorar la competencia de sus respectivos currículos; entre sus átomos no parecía haber lugar alguno para el vacío. No quería ser como ellos.

No obstante, me atormentaban tres preguntas a las que no encontraba respuesta: ¿por qué el conocimiento no servía por sí solo para cambiar el mundo?, ¿por qué, si el saber era todopoderoso, la verdad de su palabra revelada no modificaba la opaca realidad?, ¿qué abismo insondable separaba sin remedio teoría y praxis?

Y me propuse, modestamente, responderlas.

Llegamos por fin, deshechas, con los pies plagados de ampollas, sucias y extenuadas. Estuvimos dos días enteros sin apenas poder andar.

El desfiladero se abría al mar en medio de un paisaje seco y agreste, de una hermosura homérica. La playa de Agia Roumeli estaba salpicada de olivos y algarrobos, y alrededor de cada árbol alguien había levantado pequeños muros circulares de escaso medio metro de altura que servían de límite a lo que podían considerarse improvisados hogares al aire libre. Camila y yo nos instalamos en uno de ellos; colgamos nuestras mochilas del olivo y nos dejamos caer sobre la arena limpia. La playa era famosa por su manantial de agua dulce. Solo se podía acceder a ella en barco, o a través del desfiladero que laboriosamente habíamos atravesado. A un kilómetro de distancia de nuestro árbol se levantaba un pequeño restaurante de paredes blancas, con una terraza donde no cesaba nunca de sonar Bob Marley. El paraíso.

Tomábamos el sol desnudas; nos arrastrábamos hasta el mar gateando como bebés, procurando que nuestros pies heridos no tocasen la arena, nos bañábamos y volvíamos a gatas hacia la inmovilidad, hasta que el calor se hacía de nuevo insoportable. Apenas comíamos a mediodía, pero por la noche nos reuníamos con nuestros vecinos en la terraza del pequeño restaurante para comer ensaladas con aceitunas negras, queso feta, cerveza o vino retsina, y otras delicias griegas y turcas que nos restituían las fuerzas.

Más tarde, cuando nuestros pies se curaron, también bailamos. Nos vestíamos únicamente para asistir a esas cenas vespertinas.

Mediterranear. Así se llamaría en adelante la esencia de aquella vida al aire libre. *Mediterranear* era nadar en aguas transparentes, surcadas desde miles de años atrás por barcos egipcios, fenicios y griegos, tomar el sol, leer, comer pescado fresco y ensalada, embriagarse con vinos perfumados y escuchar y bailar música estimulante. *Mediterranear.* Pasar la vida *mediterraneando*.

También fumábamos hachís. Camila era una consumidora conspicua. Formaba parte de su modo de entender la paz. A mí me producía hambre y sueño. En aquella terraza todos fumaban. Las chicas eran hermosas, y los chicos, morenos y atractivos. Nuestras pieles olían a sal, y los minerales del agua dulce de la fuente común en la que nos lavábamos al caer la tarde homogeneizaban nuestro olor corporal en un perfume único y primigenio. Parecíamos miembros de una edénica tribu salvaje.

No entendía la maldad.

—Son los intereses, Patuchas. Los capitalistas saben lo que es la plusvalía, pero salvaguardan sus intereses —me instruía el Señor Oscuro el mismo verano en que nos conocimos, meses antes de subirnos a nuestro esperado tren hacia Portbou.

—¿Por qué? ¿Cómo se puede vivir sabiendo y haciendo el mal?

Los míos me miraban con condescendencia.

Era una cándida niña cristiana que aún no conocía la doble moral de los condenados al

infierno.

Dos semanas después volvimos sin una lira a Roma. Camila decidió regresar con su novio triestino –al que había abandonado definitivamente un mes antes–, mientras yo decidía permanecer en Roma con la esperanza de ver a Paolo.

Me hospedé en un albergue feminista, L'Albergo della Bella Addormentata, en la Via del Governo Vecchio, no muy lejos de Piazza Navona.

Se trataba de un palacio del *settecento* en desuso que el ayuntamiento romano había cedido tiempo atrás a un grupo de feministas muy reivindicativas, que habían creado allí, además del albergue, distintos espacios públicos donde desarrollar actividades relacionadas con la lucha por la igualdad de género. El palacio se distribuía alrededor de un magnífico claustro, del que partía una escalera amplia y bien conservada, que ascendía por un lateral hasta cada una de las tres plantas. La última estaba acondicionada como albergue. Alguien, en Trieste, me había proporcionado la dirección. El alojamiento costaba poquísimo, apenas unas liras, y daba derecho al uso de una de las quince o veinte camas dispuestas en las enormes habitaciones, y a una pequeña mesilla individual para cada huésped, donde podían guardarse bajo llave los efectos personales. Había que tener cuidado con los robos, se advertía en rudimentarios carteles colgados espontáneamente por las usuarias. Las feministas del mundo entero llegaban hasta allí, y, al parecer, no tenían empacho alguno en socializar lo que fuese socializable. Yo apenas tenía dinero, de modo que era imprescindible encontrar inmediatamente trabajo en Roma.

Para empezar, llamé a un periódico gratuito que se distribuía por la ciudad, cuyos ejemplares eran semanalmente depositados por algún invisible funcionario municipal en el zaguán de nuestro particular albergue, y me inscribí en la sección de demandas de empleo. Me ofrecí como *baby sitter* o como mujer de la limpieza, tal y como había hecho en Milán. Mi estatus profesional descendía a marchas forzadas a medida que mi bolsillo adelgazaba.

En el albergue vivía, al parecer, una lesbiana bastante agresiva que asaltaba a las nuevas visitantes cuando reposaban tranquilamente en sus camas. Pero yo contaba con la compañía de Edwina, una *tedesca* grande y lista que se erigió rápidamente en mi protectora.

Un día, mientras esperaba a que surtiese efecto mi anuncio en el periódico, Edwina y yo salimos a pasear por el Trastévere en busca de trabajo. Apenas nos adentramos unos cuantos pasos por sus hermosas calles color siena cuando un par de chicos italianos comenzaron a seguirnos de cerca, incomodándonos con sus piropos. Yo no sabía cómo deshacerme de su persecución, pero mi amiga alemana, sin temor alguno, se volvió hacia ellos haciéndoles frente, y les espetó a bocajarro:

–*Avete problemi?*

Los chicos, sorprendidos, abandonaron a sus presas.

Aprendía de las mujeres más fuertes que yo las estrategias de un combate que adivinaba eterno. Aprendí que más valía encarar las situaciones de frente que amilanarse.

Además, Edwina me enseñó algunos trucos de supervivencia indispensables para sobrellevar la vida en el albergue. Eran los siguientes: no abandonar nunca el dinero ni el pasaporte; no perderlos de vista ni siquiera en la ducha, me aconsejó; para eludir a la lesbiana asaltante era preciso no intercambiar con ella ni una sonrisa, ni una mirada, hacer sencillamente como si no existiese. Si, no obstante, ella insistía en conquistarte: gritar.

Se había constituido un comité de defensa antiabusos que respondía al grito de las asaltadas en un abrir y cerrar de ojos. Tomé nota.

La lesbiana salteadora tenía bigote y modales masculinos. Se pasaba el día tomando el sol en la terraza del primer piso, mirando hacia la puerta por la que entrábamos y salíamos todas las huéspedes. Colocaba sus pies sobre la balaustrada de piedra con aires de matona, y fijaba su mirada lujuriosa en ese preciso punto. Nunca había visto nada igual.

En el palacio se respiraba un aire de patio de vecinas napolitano, las ropas colgaban al sol de un lado al otro del claustro, se oía música de todos los continentes. El patio era el centro de nuestra vida. Lavé mi ropa y la vigilé mientras se secaba para que no sufriese ninguna baja, intentando por todos los medios no intercambiar ni una mirada con la lesbiana aguerrida. Al observar mis prendas al sol pude comprobar que el largo viaje por Creta las había envejecido. Había estado viajando durante un mes y medio con un presupuesto de cinco dólares al día.

El Señor Oscuro, que era malo, no era malo por maldad sino por desconocimiento, concluí. Desconocía el interior de mi cuerpo indefenso, de mis músculos en carne viva, de mi amor incandescente; de ahí que actuase conforme a sus propios intereses, sin percatarse en absoluto de los míos.

Estaba convencida de que si los capitalistas conociesen de verdad la vida de los proletarios repartirían sus ganancias con ellos. Pero los capitalistas andaban en un grave error: le concedían al proletariado características muy distintas a las suyas. De ahí su histórico egoísmo.

Pensaban, por ejemplo, porque carecían de un saber verdadero, de un auténtico estudio de campo sobre ese objeto de conocimiento, que los proletarios no sentían frío como ellos —su piel era más resistente, estaban más acostumbrados a la intemperie—; opinaban, insisto, que los obreros no compartían sus mismos gustos por los buenos manjares, por la casa cómoda y caliente, por la ropa confortable.

El gusto se educa, se justificaban frente a sus hijos, si acaso estos les inquirían con incómodas preguntas. Estaban convencidos, en definitiva, de que ellos y los otros eran

completamente diferentes. El proletariado, a su entender, pertenecía a una subespecie humana, casi animal, como antaño habían sido consideradas las mujeres por Aristóteles y Darwin, o los negros por los esclavistas, hasta que el saber iluminó por fin la verdad y, en adelante, ya nadie se atrevió a seguir afirmando semejantes disparates.

De modo que, tal y como reiteradamente nos enseñaba la historia, una vez que los capitalistas comprendieran la proximidad entre sus propias almas y las del proletariado, los primeros cederían generosa y francamente su riqueza para compartirla con los otros, sus iguales.

El mundo, gracias a un acto universal y unánime de sabiduría y comprensión, sería, por fin, mucho más habitable y justo.

En el estudio de mi casa, sentada junto a mi marido, establecía ingenuamente las bases para una utopía universal del conocimiento.

—*Chiara Longhi?*

El teléfono había sonado unas cuantas veces antes de que bajara apresuradamente desde el tercer piso para descolgarlo. Mientras hablaba, el sol entraba en el zaguán del palacio de Governo Vecchio hasta quemarme las pantorrillas. Estábamos a mediados del mes de agosto.

—*Un attimo* —respondí.

Me asomé al patio, como era costumbre, y grité el nombre de Chiara Longhi varias veces. Esperé. Nadie respondía. Insistí hasta que una chica italiana, desde el segundo piso, me contestó a voz en grito que Chiara había regresado a Sicilia.

—*Non c'è* —le transmití al auricular.

La voz que esperaba al otro extremo del teléfono me explicó que Chiara había puesto un anuncio ofreciéndose como limpiadora, y que su establecimiento necesitaba de esos servicios. Se trataba de un hotel cerca de la Stazione Centrale; ofrecía cama, comida y una cantidad de liras que, para mi reducidísima economía, me pareció enorme.

—*Posso andare io?* —me ofrecí sin vacilar. Y la voz del otro lado aceptó y me dio una cita para un par de horas más tarde. Acababa de conseguir un trabajo en Roma.

La teoría era la única dimensión de mi existencia donde las cosas podían ser tal y como yo las pensaba: perfectas. Por eso me pasaba la vida zambullida en ella. Escribía en los márgenes de los libros, estimulada, en un diálogo ininterrumpido con los autores que admiraba. Consumía textos sin descanso, asociando las teorías de unos y de otros en un placentero banquete intelectual que me mantenía a buen recaudo de la decepcionante praxis.

La habitación que me asignaron en el hotel era la que se usaba habitualmente para planchar; el espacio reservado para mí no excedía del que ocupaba una cama individual, limpia, eso sí, con inmaculadas sábanas blancas que, en adelante, yo misma me encargaría de cambiar. Mi maleta apenas cabía entre la cama y la multitud de objetos que abarrotaban el cuarto. Las ventanas no podían abrirse, pero dejaban pasar la luz. Pronto me di cuenta de que allí solo se podría dormir, nada de escrituras vespertinas, nada de lecturas antes del descanso. Nada de nada.

Mi tarea consistía en limpiar las habitaciones del hotel desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde, hora en la que comía en el comedor, junto con la dueña y algún otro miembro del personal de servicio. Podía disponer del resto del día para mí, pero no podía pasarlo en mi habitación, de manera que me vi obligada a deambular por Roma en busca de un lugar donde sentarme a escribir. Disfrutábamos de una «reconfortante» temperatura estival que ascendía casi a cuarenta grados a la sombra. El salario me permitiría algún que otro pequeño lujo, como ir al cine, tomar un helado, ahorrar unas liras, mientras buscaba un trabajo mejor.

Lo primero que observé en mi nueva ocupación fue que, demasiado a menudo, tenía que limpiar varias veces la misma habitación a lo largo de la mañana, lo que no era en modo alguno comprensible.

—Ya he hecho la 203 —le decía a mi jefa cuando me ofrecía la llave para que volviera a limpiarla.

—Lo sé. Pero tienes que volver a acondicionarla.

¿Cuál era el misterio?

Mientras limpiaba las piezas, imaginaba la vida de los huéspedes inspirándome en la basura que dejaban abandonada. El hotel estaba dividido en tres tipos de habitaciones. Unas las ocupaban huéspedes, digamos, normales, que se alojaban durante varias noches: turistas canadienses, estadounidenses y alemanes, pocos españoles y ningún italiano. Otras se destinaban a huéspedes de paso, y eran, con mucho, las más interesantes. De entre ellas, la 203, como gran parte de las ubicadas en la segunda planta, era especial. Quienquiera que la habitase no pasaba ninguna noche en ella, sino que la utilizaba a cualquier hora del día, ensuciándola de un modo que nunca habría podido imaginar que fuese posible en el breve espacio de tiempo que permanecía allí. Latas de cerveza, condones, polvos de talco, toallas húmedas y sucias, cacahuètes, botellitas de whisky del minibar y un largo etcétera se esparcían por el suelo sin orden ni concierto. Cada vez que entraba allí la encontraba hecha un pandemónium. Hubo días en que la limpié hasta seis veces, a intervalos regulares de media hora.

En el tercer piso se alojaban los clientes de larga estancia. Algunos permanecían en Roma durante meses. Había muchos japoneses, y algunos árabes. Los clientes de larga estancia limpiaban ellos mismos sus habitaciones. Una chica iraní me pidió permiso para utilizar la cocina. Se lo comenté a la dueña y accedió. La chica quería depilarse la frente con azúcar tostado. Lo puso a calentar en un recipiente metálico que ella misma había traído, le añadió un poco de agua y se aplicó la pasta templada sobre la frente. En su país, la belleza consistía en tener la frente amplia y despejada, me explicó. El mundo era

vasto y mestizo.

Limpiaba habitaciones durante la mañana y por la tarde paseaba por Roma. A veces los italianos me asaltaban, me proponían cosas.

–*Vuoi venire a una crociera con me?* –me dijo un chico muy guapo, parando su descapotable azul celeste a mi lado, en la rotonda del Coliseum. ¿Me estaba invitando a un crucero?

Me negué, y un hombre que en ese momento se cruzaba conmigo me aseguró que el conductor del vehículo era un jugador de la selección nacional italiana que había ganado el mundial. Sentía que estaba en el centro del mundo y que mi visibilidad superaba con creces todos mis sueños infantiles. Por fin ocupaba un espacio real para los otros, lejos, muy lejos, de la sempiterna respuesta de mi madre.

–¿Mamá, qué miras? –le preguntaba mientras fijaba en mí sus hermosos ojos casi violetas, como los de Liz Taylor.

–Nada –respondía ella, invariablemente.

Yo era esa nada.

Mi cerebro, acostumbrado a pensar, buscaba conexiones nuevas entre los conocimientos recién adquiridos que, avara, iba incorporando sin cesar a mi memoria. Las palabras venían a ocupar su lugar en mi nuevo mundo.

En la universidad era una buena alumna. Pero, al finalizar las clases, mientras mis compañeros se dedicaban a beber vino en los bares de la ciudad, yo cogía mi viejo 850 beige y me marchaba con Ana a mi pueblo. Tampoco pertenecía completamente a aquel universo estudiantil. Mi condición de extranjera me perseguía a dondequiera que fuese. ¿Qué pieza faltaba en el puzzle que era yo?

Un día conocí a Carlo. Yo soñaba con escribir crónicas para el diario *El País*, quería ser como Juan Arias, corresponsal en la Ciudad Eterna. Tenía distribuida hasta la temática de nuestros respectivos artículos: mientras él daba cuenta regularmente de la política y la cultura italianas –que me resultaban ajenas–, yo transmitiría a los lectores españoles los secretos de otra Roma, una ciudad sugerente, anónima, la Roma que empezaba modestamente a conocer. Las perversiones de los huéspedes de la habitación 203, por ejemplo: cuerdas, esposas de acero, vaselina líquida y pañuelos atados a los barrotes de la cama. Imaginaba sus rostros desconocidos, vulgares, abotargados por el alcohol y ahitos de sexo.

Soñaba con que enviaba una crónica a la redacción y era bien recibida por la dirección del periódico. Pero no la escribía, me paralizaba la inquietante inmovilidad de mi madre; la distancia entre mi deseo de ser corresponsal y la realidad de mis precarios medios

frenaba el menor gesto hacia delante. Sin embargo, no me impedía soñar.

Al cabo de un tiempo comprendí que, si no me atrevía a escribir hermosos artículos periodísticos para *El País*, debería buscar al menos otro tipo de trabajo.

En la misma calle de la pensión, unos cien metros más al norte, se abría un portón elegante, repleto de placas con distintos anuncios de oficinas alineadas unas encima de otras. La más atractiva rezaba así: «Carlo Kostka, *traduzioni spagnolo, inglese, arabo*». Me detenía delante de esa placa cada tarde, a la vuelta de mis paseos por la ciudad, sopesando mi valentía. ¿Me atrevería a proponerle a Carlo Kostka mis servicios como traductora?

Por fin me decidí a entrar. Eran las siete de la tarde, y llevaba un vestido de lino violeta, de tirantes, muy hippie, que dejaba insinuar mis piernas. Lo recuerdo porque Carlo no dejó de mirarlas al trasluz durante el tiempo que duró nuestra breve entrevista. Lo había comprado en Marrakech, en un viaje que hiciera un par de años atrás en compañía de mi Mejor Amigo. La primera vez que me lo puse dejó todo mi cuerpo cubierto de tintura morada.

La mesa de aquel desconocido estaba situada justo enfrente de la puerta de entrada de la oficina. A primera vista, el negocio no me pareció muy floreciente. Lo había imaginado exactamente tal y como aparecen las redacciones de los periódicos en las películas norteamericanas en blanco y negro: animado y bullicioso, con varias mesas en fila, en las que se afanaban los experimentados traductores en busca de la palabra correcta. Pero lo único que pude ver allí fue su mesa alargada, un teléfono, un fax y una estantería repleta de diccionarios. Carlo hablaba en ese momento por teléfono en inglés, y me pidió con gestos amables que esperase, mientras miraba al trasluz la silueta de mis piernas.

Cuando terminó, me preguntó en italiano quién era yo y qué deseaba; apenas abrí la boca ya supo por mi acento que era española, y comenzó a hablarme perfectamente en mi propio idioma. Carlo se expresaba en más de cinco idiomas con la misma corrección. Mi carrera en su empresa no parecía tener ningún futuro. No obstante se lo dije.

—Me gustaría trabajar como traductora. Se interesó por mí, o por mi vestido transparente, y me dijo que, si volvía a la hora del cierre, podríamos hablar de ello con más tranquilidad.

Como no tenía nada que perder, le contesté que sí.

Amaba a los hombres que me enseñaban, pues a través de su amor aprendía también su vocabulario.

Durante cuatro o cinco meses estuve enamorada de mi profesor de Psicología Profunda. El amor era un puente, una especie de ósmosis por la que sus conocimientos sapientísimos podrían pasar a mi cerebro. Pero él no me hizo ningún caso. Era el profesor más interesante de la facultad. De origen judío, había estudiado en Alemania, y venía precedido por la aureola de misterio que el psicoanálisis comenzaba a tener para

algunos de mis compañeros y para mí. Estaba divorciado. Mi amor por él fue exclusivamente platónico.

A partir de aquella misma tarde, Carlo y yo nos hicimos amigos. Era de origen libanés, pero llevaba muchos años viviendo en Italia. Corpulento y extremadamente pulcro, olía siempre a perfume fresco, y se cambiaba de camisa cada tarde, antes de salir de la oficina. Enseguida me confesó que le gustaba, pero yo había decidido serle fiel a Paolo, que me había enseñado que uno es, básicamente, lo que hace y no lo que piensa, y le dije que no albergase ningún tipo de esperanza.

Comenzó a mostrarme Roma. Cada tarde, después de cerrar su oficina, Carlo sacaba su Alfa Romeo descapotable del garaje del edificio, me invitaba a subir en él y me revelaba las bellezas de la ciudad eterna.

Como a una turista privilegiada, igual que la princesa que interpreta Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*, Carlo me condujo a la Bocca della Verità, donde sufrí auténtico miedo al introducir mi mano en la tenebrosa humedad de la piedra. Subimos hasta las colinas de Villa Borghese, desde cuyos miradores me señalaba cada uno de los monumentos de la ciudad que adoraba. Me llevó a cenar a Ostia y, de paso, me enseñó el lugar exacto donde habían asesinado a Pasolini. Fuimos al Trastévere, a restaurantes que jamás hubiera soñado que pudiese frecuentar con mi exiguo sueldo de limpiadora. Carlo era un auténtico caballero, pero me incomodaba una generosidad masculina a la que no estaba en absoluto acostumbrada. Mis compañeros de revolución nunca me habían invitado; más bien, por un molesto sambenito que me señalaba como una burguesita acomodada, era yo quien más contribuía a liquidar las cuentas de nuestras rondas de vino; de modo que la gentileza de mi amigo libanés me produjo ciertos problemas de conciencia que él no tardó en aliviar. Carlo se reía de mis escrúpulos tanto como de mis esfuerzos por pagar, pues conocía perfectamente mis honorarios.

Estaba obsesionado con mi boca.

—*C'hai una bocca meravigliosa* —me decía una y otra vez.

En mi vida me había sentido tan halagada. Mis amigos españoles no se ejercitaban precisamente en el piropo; era un gesto machista que era preciso desterrar. El Señor Oscuro me llamaba Patuchas, un apelativo ridículo que subrayaba la delgadez de mis tobillos. Siempre consideré que esa delgadez afeaba mis piernas, hasta que Paolo me aseguró que eran tan elegantes como las de un purasangre. Imaginé que era un halago. Así pues, era una yegua purasangre y nunca me había percatado de ello. Lo que para algunos hombres eran defectos se convertía en virtudes para otros. No había modo de entenderlos.

Mis amigos y yo fuimos a ver la película *El enigma de Kaspar Hauser*, un hombre que en la Alemania de comienzos del siglo XIX vivió escondido y ajeno al mundo durante diecisiete largos años, hasta que apareció misteriosamente en medio de la ciudad de Núremberg, sin saber hablar y sin conocer los rudimentos de la convivencia humana.

Anselm von Feuerbach, el padre del filósofo que estudiábamos en el tomo tercero del Abbagnano, creó un hermoso concepto para hablarnos de lo que Kaspar Hauser había sufrido: el asesinato del alma, lo llamó. Su aislamiento había cercenado su vida, pues el secuestro mermó para siempre sus capacidades intelectuales y afectivas. Kaspar apenas sabía decir unas cuantas palabras. Su humanidad había sido mutilada.

Durante cuatro largas décadas, alguien le había hecho a mi país lo mismo que le hicieron a Kaspar Hauser.

El horrible secuestro del mundo.

Pero llegó Paolo. Un día, la dueña de la pensión me avisó de que tenía una llamada.

Era él; le había dejado el número a su madre, y ella se lo había dado en cuanto pisó la ciudad. Era un auténtico milagro.

—*Ciao, Giulietta.*

Su voz melancólica y suave sonaba tan hermosa como siempre. Mi corazón iba a explotar de alegría. Nos veríamos. Paolo estaba en Roma.

Me recogió en las escaleras de la *macchina da scrivere*, que es como los romanos llaman al horrible monumento de mármol blanco que homenajea a Vittorio Emanuele I, y nos fuimos a pasear por la ciudad.

Avisé a Carlo de que Paolo había llegado; él ya sabía el resto.

¿En qué consiste el deseo? Cuando Paolo apareció con el viejo *seicento* de su tía materna, una mujer soltera que vivía en las afueras, todo mi cuerpo despertó de un letargo que parecía iba a ser eterno. La savia de mi deseo vivificó mis músculos como la primavera reverdece la vid sarmentosa y aparentemente muerta del invierno.

La primavera de la carne. En casa de su tía, que estaba de viaje con su madre por Cerdeña, Paolo se acercó a mí muy, muy despacio, como a su pesar, y dijo en voz baja:

—*Ci vorrebbe un muro...*

Ni siquiera un muro hubiera podido detener la atracción de nuestros cuerpos, pues si se interpusiese entre nosotros una altísima y casta muralla, la escalaríamos con los dedos hasta encontrarnos juntos en uno u otro lado, hasta abrazarnos incestuosamente como hermanos y convertirnos en una misma piel, en una misma carne. Paolo y yo, envueltos en la neblina que turbaba nuestro deseo... Una bruma absorbente que nos separaba del mundo y nos volvía hacia nuestro interior, avariciosos de las propias sensaciones y las del otro. No había nada de él que yo no amase con un amor renovado, un amor loco y tierno, profundamente infantil. No había nada en él que rechazase, ni siquiera sus dudas, ni siquiera su mezquino *ti amo un po'*. Lo quería tal y como era, enteramente para mí.

Pero él no sentía lo mismo.

¿Por qué no lograba amarme por entero?, ¿en qué consiste el amor?

Me fundía con él. Lo adoraba. No quedaba nada de mí que me separase de su carne blanca, de su cuerpo grande y muelle. Sabía que hubiera podido vivir enteramente para esos encuentros, sin interés por el resto del mundo, y ese conocimiento certero me abocaba a una sima de terror. Sospechaba que no podía ser bueno depender así de otro ser humano, que el vacío que su ausencia me produciría no tendría fondo, que no sabría sobrevivir a él. Pues, si cayese, ¿qué intrépido Orfeo descendería hasta los infiernos para rescatarme?

Abandoné a mi primer novio en una colina a la que habíamos ascendido cogidos de la mano para pintar desde lo alto un paisaje de onduladas colinas y almendros en flor. Recogí mi caballete y mi caja de pinturas, bajé dando traspiés, introduje uno y otra de cualquier modo en mi 850 beige, iracunda, y me alejé de él sin ningún remordimiento. No recuerdo el motivo.

Y, sin embargo, le quería.

Paolo era evasivo. *Lontano*. Un par de días después se marcharía a Perugia, a cumplir con los últimos meses de su servicio militar. Pero ni siquiera quiso que nos viésemos de nuevo. Me desangraba. Una hemorragia interna, una insidiosa pérdida de vitalidad.

Me fui vaciando suavemente por entero, *esaurita*.

La madre de mi marido había sufrido una hemorragia casi letal después de uno de sus partos.

—Es una muerte dulce —solía decir—, te vas quedando sin fuerzas, te adormeces.

¿Quién me iba a salvar?

—*Andró a Perugia con te* —le dije, temeraria.

—*No, Giulietta, no*.

¿Por qué no me amaba como yo a él? No podía moverme, no podía hacer nada. Resistí como pude, esperando una llamada que sabía que no iba a producirse, hasta que supuse que él ya se habría marchado de Roma y me dejé caer en la cama sin vida, sin fortaleza, enferma.

Carlo llamó. Pero no podía salir con él. Volvió a llamar.

—*Dai, Giulietta*.

No podía. Una vez más experimentaba la sensación de que no tenía nada que hacer en aquel país que no era el mío, de que todos mis proyectos se habían disuelto en aquella hemorragia mortal que me dejaba sin contenidos, sin sustancia, profundamente hueca.

De repente mi hermosa casa surgió en mi recuerdo como un calmante refugio: la

apacible belleza de los objetos personales, ahora queridos; abandonar la fealdad de aquel cuarto desconocido, de aquella pensión deshonesta, y volver a mi casa, a mi propia cama. Descansar, recuperar una identidad conocida, rescatarme. Ser mi propio Orfeo.

Telefoneé a mis padres con el resto de fuerzas que me quedaban para decirles que quería volver inmediatamente a casa y no tenía dinero para hacerlo.

Me gestionaron un billete prepagado que recogí en la oficina de Iberia más próxima al trabajo, hice mi maleta y me despedí de la dueña de la pensión, de Carlo y de la chica iraní. Esperé el día y la hora de mi vuelo y me marché de allí con el último aliento que me quedaba.

E luntano se ne va tutt'a vita accussì e t'astipe pe nun murì.

Penitencia número uno: rezar tres padrenuestros y dos avemarías.

Me fugué de la casa paterna. Mi novio y yo nos habíamos peleado y mis padres pretendían que, ahora que ningún hombre me acompañaba, volviese a casa antes de las diez. No pude soportarlo. Me fui.

Mi amiga Adela se había casado unos meses antes, y poco después se marchó a vivir con su marido a Madrid. Su piso de recién casados quedó intacto, con los muebles apenas estrenados, vacío y estéril. Allí me trasladé con su permiso; mis padres no sabían dónde encontrarme.

Por las tardes, no dejé de ir a trabajar a la finca donde ejercía de secretaria-telefonista. Solo durante aquellas tres horas hubieran podido localizarme, pero pasaron los días y mis padres no llamaron. ¿Acaso no me echaban de menos como yo a ellos?

Sin embargo, no podía volver. Por las noches, cuando se marchaban mis amigas, la casa se llenaba de rumores. Fregaba el vaso de leche y la cucharilla en el fregadero desierto y me iba hacia el dormitorio, contando mis pasos por el pasillo sobre el suelo de mármol frío. Estaba completamente sola.

No echaba de menos a mi novio.

El décimo día, mi tío vino a verme a la oficina para invitarme al día siguiente a comer.

Como en una ardua negociación sindical, mis padres me transmitieron por su boca que accedían a mis peticiones de independencia. Tenía diecinueve años. En el restaurante pedí una dorada a la sal y festejamos el regreso a casa con un buen vino; me estaba convirtiendo en toda una mujer.

¿Qué es el amor, Paolo? El amor continuaba en mí, intacto. El amor que un día le tuve a mi novio abandonado en la colina, el cálido amor de mi marido, la pasión por el Señor Oscuro, tu amor incestuoso y fraternal.

En un cofre, escondido en el fondo de mi corazón, *en el fondo del mar, matarile, rile,*

rile, tengo guardado tanto amor que se desborda, que brota, que inunda mi cuerpo como la lava roja de un volcán, hasta que se deposita tierna o impetuosamente sobre alguien. ¿Dónde liba el amor?, ¿de qué misteriosos depósitos se nutre?

Luego conocí a mi marido, que era grande y bueno, y de veras me amaba. El deseo volvió a reanimar mi cuerpo pensante. Nos íbamos de viaje juntos, como amantes. Mis padres supieron pronto de nuestra relación.

En el cine veíamos *Emmanuelle*, y huíamos hacia cualquier parte para saciar un deseo imperioso, una vitalidad joven.

*Nada me retuvo, me liberé y fui,
hacia placeres que estaban tanto en la realidad como en mi ser,
a través de la noche iluminada,
y bebí un vino fuerte como solo los audaces beben el placer.*

El avión me dejó en mi país, y mis restos amantes fueron recogidos por mi hermana en el aeropuerto y depositados cuidadosamente en mi preciosa casa, donde convalecí hasta el final de mis largas vacaciones. A pesar de mi dolor y de mi vacío le seguía amando. Dime con qué, si ya no existía.

El Señor Oscuro me cuidó, mi Mejor Amigo me hizo reír derramando su saliva hasta la barbilla y recuperándola mágicamente después, como hiciera siempre ante los niños que encontraba por el mundo; como Stefano y Laura, entre otros. Yo era una niña purísima que había sido abandonada, que no había pecado aún. Una niña inocente.

El amor circula como la energía; ni se crea ni se destruye: se transforma. Las transformaciones del amor. Había que seguir viviendo. Mi Mejor Amigo dormía a mi lado, pudoroso, o me leía poemas inofensivos. Yo era frágil, estaba en carne viva, sufría quemaduras de tercer grado. Mi piel había desaparecido dejando a simple vista los músculos, las venas y las arterias; las sinuosas cañerías del amor.

Nos casamos en la iglesia parroquial de nuestro pueblo sin apenas ceremonia. Era el mes de octubre. Mi vestido parecía sacado de una escena de *La casa de la pradera*. Llevaba botines blancos y un ramo de flores de colores. Cuando mi padre descendió la calle, llevándome del brazo hasta donde mi futuro marido me esperaba junto a su madre,

los consuegros aún no se conocían. Al salir de la iglesia, mi marido y yo nos marchamos a nuestra preciosa casa, regalo de mi padre, para cambiarnos de ropa y acostarnos juntos.

Cuando hicimos el amor, ahora que ya nos estaba permitido, supe de inmediato que nuestro matrimonio no iba a durar demasiado.

Poco a poco, la rehabilitación emprendida por mis amigos surtía efecto y, desde algún lugar de mí misma, la vida volvía. Era necesario continuar, o el suicidio..., pero ya estaba vacunada. En la soledad de mi preciosa casa escribía nuevas *Cartas a Paolo* y me sentía prematuramente vieja. Una capa de realismo cubrió mi piel antes de que se cerrara la herida, una capa de protección que aislaba mi intimidad del exterior temido. Nunca, jamás, volvería a amar como lo hice. ¿Nunca?, ¿jamás?, ¿hay algo más importante en el mundo que hacerlo?

Estudiaba psicoanálisis. La literatura me hería. Y poco a poco, como si fuese la verdadera culpable, me alejé de ella, de la escritura.

Mi abuela paterna era una mujer autoritaria y fuerte. Mientras su segundo hijo nacía, su marido murió de una pulmonía en la habitación de enfrente. Nunca volvió a conocer varón. Abandonó su naturaleza de mujer para convertirse únicamente en madre y viuda fiel hasta el último día de su vida. No obstante, sobrevivió, y su casa era limpia y grande, alegre. En la frescura de su patio crecían hortensias de todos los colores, gigantescas costillas de Adán, jazmines y colocasias.

Las hortensias eran las flores más hermosas de la tierra. Sus pomos perfectos florecían a finales de mayo. Me gustaba mirarlos durante largo tiempo, empapándome de su perfección vegetal; sin quererlo, sufría de antemano por la previsible desaparición de su belleza efímera. Tanta avaricia tenía de su imagen que pretendía conservarla en la retina solo para mí, con independencia de la planta. Sin embargo, apenas le daba la espalda, la imagen de la hortensia se difuminaba, se perdía, y lo único que conservaba era su recuerdo.

Yo quería más. Quería recrear la flor en mi interior con la fidelidad insultante de una fotografía. Mi abuela paterna me preguntaba:

—¿Qué haces ahí?

—Ya la echo de menos.

—El año que viene volverá a brotar —me recordaba.

—No quiero que muera este año.

No quería saber nada de la muerte. Me empeñaba en que las cosas hermosas permaneciesen tal y como estaban, sin someterse a las leyes del tiempo, de la caducidad.

Quería una hortensia eterna, única y perfecta, frente al milagro anual de la hortensia renovada.

En el brazal de la casa de mis abuelos maternos el agua nunca era la misma, a veces llegaba con tanta fuerza que horadaba las paredes de la poza y la hacía ligeramente más grande. Temía que un día desapareciese del todo, que la inundase, que perturbase con su poder el paisaje doméstico de los episodios más felices de mi infancia.

Podía ayudar a otros a dejar de sufrir. El psicoanálisis era una experiencia total, un refugio. Para completar las sesiones del diván, seguía atentamente los cursos sobre Lacan impartidos, entre otros, por mi propio psicoanalista. El inconsciente está estructurado como un lenguaje, decía el maestro, y entendía la capacidad que tienen las palabras para herirme.

Una vez, una alumna tuvo un brote psicótico durante un seminario. Llegó cuando la clase ya había comenzado, cargada con una voluminosa y anticuada maleta de lona, y comenzó a parlotear de modo incoherente, dirigiéndose a todos y a ninguno. Llamaba a mi psicoanalista por su nombre con una familiaridad que a mí me resultaba inalcanzable.

—Rodrigo —le decía.

Y relataba su deshilvanada historia personal mientras sacaba distintos objetos de la maleta como si fuesen fragmentos de su vida. Estaba delirando, pretendía explicar el concepto de lo real a través de la manipulación de los recuerdos de su infancia, que había traído hasta allí reunidos en aquella maleta. Tocarlos, aseguraba, constituía una experiencia terapéutica, muscular y primigenia, cercana al retorno de lo real perdido, al famosísimo *objeto a* de Lacan, causa *princeps* del deseo.

El deseo tenía una causa: la ausencia. Sin separación no hay deseo, afirmaba nuestro profesor.

«Se canta lo que se pierde», decía Amancio Prada, poniéndole música a un romance de Machado.

Rodrigo la consoló, hizo lo que los psiquiatras llaman «contención». La contuvo; le ayudó a reunir los restos de sí misma en su maleta, introdujo con cuidado en ella su historia material, y la invitó a que le esperara fuera hasta el final de la clase. La chica salió dócilmente y le esperó. La locura era eso: el inesperado desbordamiento de los contenidos de nuestras maletas internas.

Yo solo había visto algún que otro loco en el viejo manicomio de Trieste; seres extraños, enfrascados en monólogos ininterrumpidos, que deambulaban por entre los árboles centenarios del parque. Esa tarde supe que la locura podía acontecerle a cualquiera; a esta compañera nuestra, por ejemplo, extraña incluso antes de aquel día, entusiasta, la más apasionada. Y Rodrigo la contuvo.

También yo necesitaba contención. Buscaba ansiosamente que alguien uniera mis pedazos, los restos de mi cuerpo esparcidos por el pasado, y me ayudase a adquirir una

nueva identidad, menos dependiente, menos amante. *Filos.*

Mi marido y yo éramos en apariencia una pareja perfecta. Pero, en lo que a mí respecta, conseguía la perfección a costa de dejar de existir. De desaparecer.

Éramos graciosos, generosos, jóvenes, pero la melancolía empañaba el interior de mis ojos absortos.

Aprendía por imitación, por identificación. La lengua de mi madre se transformaba en una lengua nueva con acento italoargentino. En uno de mis grupos, algún tiempo después, un paciente sufrió una nueva crisis. De improviso, se puso de pie y comenzó a insultar y a ponerse violento sin motivo aparente; el Señor Oscuro –con quien lo coordinaba– permaneció mudo e impasible, como se suponía que debía comportarse un psicoanalista, pero el paciente se excitaba más y más, hasta que por fin supe contenerle.

Cuando tenía alguna duda sobre lo que era preciso hacer llamaba por teléfono a Armando Segundo, que sabía contenerme a mí.

Mientras tanto seguía aprendiendo lacanés. Según uno de mis nuevos amigos, un psiquiatra erudito y experimentado, el lacanés era el idioma del planeta de Lacan. Hablar lacanés suponía utilizar con propiedad los tres registros, *real-imaginario-simbólico*, y conocer otros extraños conceptos con apelativos enigmáticos y rimbombantes como *nudo borromeo*, *objeto petit-a*, *Nombre del padre* o *forclusión*. Era saber lo que cada una de esas palabras significaba, usarlas con propiedad y descifrar pertinentemente los textos donde se utilizaban; eso era, en esencia, hablar lacanés, según mi querido amigo.

Otro nuevo idioma. Mi psicoanalista era lacaniano; Armando Segundo, kleiniano. Amigos y enemigos. Se estudiaba a favor o en contra de alguien; el saber era un campo de batalla cuyos contrincantes debíamos identificar al vuelo, lo mismo que habíamos hecho antes, durante la militancia trotskista, con la primera, la segunda, la tercera y la cuarta Internacional. En la contienda era preciso adivinar entre líneas, e identificar los amores y los odios de los maestros para no equivocarse peligrosamente de bando.

Aprender –lo aprendí precisamente entonces– significaba también, por más que a nuestros maestros les pesase, suspender momentáneamente la independencia del pensamiento.

La sombra del objeto cae sobre el yo. La esposa perfecta que era mi madre cayó sobre mí aniquilando mi sexualidad. Me ahogaba. Mi preciosa casa era una cárcel donde mi

cuerpo, convertido en un insensible pedazo de corcho, se recluía condenado a cadena perpetua. Se apagó la luz del mundo, y con el apagón universal sucumbió el deseo.

¿Cómo iba a saber él lo que me estaba ocurriendo?, ¿cómo iba a saberlo yo, que solo podía sentir, yo, que no sabía nada? Ni su dadivoso amor ni su bondad podían ayudarme.

Hablábamos el mismo idioma sencillo, Lena y yo, en aquella sitiada ciudad del Páramo, un idioma femenino que excedía lo intelectual y que no se deterioraba con el paso del tiempo. Nuestra lengua común se ejercitaba mientras nos maquillábamos por la mañana en el cuarto de baño compartiendo el mismo espejo, mientras nos ayudábamos mutuamente a embellecernos, o nos citábamos para comer o cenar juntas. El idioma corporal de las mujeres. Intercambiábamos nuestras ropas, comprábamos de común acuerdo los zapatos, nos comunicábamos nuestras respectivas historias. Nos entendíamos. Una compraba la carne, la otra traía el pan, o comíamos el menú del día en el restaurante más cercano a casa.

Dañaba sin pretenderlo. Habría querido que los dos fuésemos uno, habría querido amarlo, pero no podía.

Pues amar a mi marido me convertía automáticamente, y sin solución de continuidad, en idéntica a mi madre.

Fue entonces cuando te conocí, bichito, cobarde, amor. A tu metro setenta de redondeces pecosas. Caracoles en el pelo. Cuando te nombraron alcalde, el primer alcalde democrático del Páramo, tú mismo me contaste cómo ibas al ayuntamiento por la mañana temprano, a las ocho menos diez, para dar ejemplo decías, a los perezosos funcionarios municipales. Te sentabas en la gran escalinata de acceso a la primera planta y esperabas en silencio a que los morosos ocupasen sus respectivos puestos. El índice de puntualidad aumentó rápidamente entre el personal del consistorio. A las pocas semanas todos estaban sentados en sus despachos a la hora establecida. Eras un hombre muy ético. Me parecía.

Eras, además, una persona juiciosa. Creí que había encontrado al hombre más adecuado para que sirviese de rodrigón a mi nueva identidad. Concienzudo, prudente, inteligente; además, eras un hombre mayor, definitivamente mayor. Tenías muchas responsabilidades públicas, algunas obligaciones privadas, y, también, una mujer y una

hija. Pero esto no me pareció que fuese, en principio, ningún inconveniente.

Luché con todas mis fuerzas. Juro que lo hice. Lo intenté de mil maneras, sin resultado alguno.

Languidecía.

El bisabuelo de mi marido ostentaba el título de marqués. En su finca mediterránea guardaba fotos de mujeres desnudas, sus propias amantes, enterradas en el cementerio local a sus expensas. Aprendí escasamente el vocabulario de la nobleza. Capilla, *clown*, aparceros. No recuerdo mucho más.

La familia de mi marido era numerosa, tenía quince hermanos. Su madre era grande y fuerte como Atenea cuando se encarna en mujer para alentar a Odiseo, rico en ardides. Le gustaba tener siempre huevos frescos en el frigorífico.

—Los huevos son muy socorridos —solía decirme.

Intentaba aprender de ella para agradecerle a él.

Mi suegra cocía los huevos en el horno al baño María en flaneras individuales, acompañados de guisantes y rodajitas de chorizo. A mi marido aquella forma de cocinarlos le encantaba. Cuando se desmoldaban, los huevos parecían pequeños flanes multicolores.

Al padre de mi marido no le gustaba Juan Marsé y su «muchacha de las bragas de oro». Cuando se cruzaban nuestras miradas durante la comida, me sentía tan culpable de no adorar a su hijo que apenas podía mantener en alto la mía.

Todos eran buenos y cariñosos conmigo. Pero yo ya no estaba allí, andaba siempre en otro sitio.

Sus hermanas y sus cuñadas eran mujeres como Dios manda. Tenían esposos e hijos, y se reían de todo, con plena confianza en ellas mismas, durante las frecuentes reuniones familiares a las que yo también estaba invitada. Todos eran altos y morenos. Yo me sentía pequeña y ridícula frente a su amena desenvoltura, siempre tan cortés.

Se abrió de nuevo el arcón de mi amor. De repente, y sin previo aviso, se desbordó y te encontró en su camino. A ti, al más inadecuado de los hombres.

Pero entonces aún no lo sabía.

Mi abuela paterna no se cansaba de contar anécdotas sobre nuestra infancia. Sus palabras reiteradas formaban imágenes tan reales que a menudo su sustancia se confundía con la de mis propios recuerdos.

También contaba historias de la guerra.

Decir «la guerra» era trasladarse a una época oscura, sinónimo de hambre y de miseria. A veces se me antojaba que aún no habíamos salido de ella.

También me contaste, bichito, redondo, amor, que habías sido un niño muy miedoso, tanto que preferías, en las noches de invierno –el viento del Páramo soplando fuerte como el aullido de un lobo, el retrete en el otro extremo del patio, tan lejos de tu cama, calentita– ...preferías, me dijiste, bichito, amor, hacerte pipí encima antes que emprender a solas la aventura de semejante travesía polar. Tan incierta.

Pero no te escuché, no entendí entonces el mensaje cifrado de tu miedo.

–Idealiza. Usted idealiza –insistía mi psicoanalista.

No me curaba de mi innata tendencia a la ingenuidad. Es más, la cultivaba. Todos, incluido mi Mejor Amigo, me advertían sobre lo inadecuado de mi amor adúltero. Pero yo no podía escucharles.

En el bar, cuando nadie parecía observarnos, enredabas tus piernas con las mías; tus piernas o tu sonrisa.

–Cuando te veo se me ríen los huesos –me decías siempre, con los huesos ya blanditos.

La primera vez que nos vimos fue en la fiesta de tu cumpleaños. Tus amigos y tú pertenecíais a una generación mayor que la mía, pero parecíais infinitamente más viejos, de tan formales como erais. Me resultaba imposible pensar que en solo ocho o diez años pudiera envejecerse tanto. La juventud que todavía alentaba los sueños de mis amigos había sido definitivamente sepultada entre los tuyos. ¿A qué se debía el antifaz que os uniformaba, ocultando vuestras identidades tras unas máscaras tan previsibles? Erais la generación que mandaba, la que tenía el poder. El PODER –las mayúsculas se alzan, solemnes, a golpe de entonación–, decíais con grandilocuencia quienes lo estrenabais.

Sin embargo tú respirabas un aire distinto. Tu cuerpo redondo conservaba las formas infantiles, y el mío supo muy pronto encontrarlas.

También supo demasiado tarde que me equivocaba.

¿Qué signos te envié? Fueron tan elocuentes que te ofreciste a acompañarme a casa cuando la fiesta había terminado, a pesar de que mi casa del Páramo estaba a menos de quinientos metros de la tuya. Era el día 28 de julio, cumplías años el mismo día que Lena.

Nos besamos en tu coche, aparcado delante de mi puerta.

–Vente a Mojácar conmigo –me pediste.

Yo me iba a París, a un congreso sobre grupos.

–Me voy a París.

–Pues a la vuelta.

A la vuelta.

No puedo acusarle nunca de haberme engañado. El Señor Oscuro se presentó tal y como era: con una mujer a su lado.

Se llamaba Rosa, pero pronto aprendí que podía llamarse Carmen, Karina, o cualquier

otro nombre femenino.

Todas eran la misma, intercambiables; las mujeres, para el Señor Oscuro, eran un atributo que engrandecía su siempre insuficientemente demostrada masculinidad.

A la vuelta nos encontramos en Mojácar. Vivíamos en una tienda de campaña familiar que compartías con tu hija de siete años. Yo hacía el papel de madre. Parecía un juego de niños a tamaño natural.

En la tienda de campaña de al lado, tu hermana y su marido, junto con otra pareja, compartían con nosotros las vacaciones. Hacíamos el amor en la playa, sobre la arena, para no despertar a la pequeña. ¿Qué intuyen los niños?

Tu mujer sí intuyó, misteriosamente, lo que estaba sucediendo, y un ataque de úlcera de duodeno la llevó directamente al hospital. Te enviaron un mensaje para que fueses a verla, pero tú no te mostraste demasiado preocupado por su salud, sino que prometiste volver pronto, pues la niña, te justificabas, no debía saber de la enfermedad de su madre. Cuando anocheció ya estabas de regreso, con tu amor hacia mí intacto.

Sentí lástima de tu mujer, enferma de desconfianza, pero, una vez más, tal y como venía siendo habitual contigo, no supe apreciar señal tan elocuente. Advertí, sin embargo que, de haber sido yo la enferma, no me habría gustado que mi marido me dejase sola para regresar al lugar donde pasaba sus vacaciones cuando mi úlcera aún no había terminado de sangrar. Por un instante te miré con ojos recelosos: también tú eras capaz de provocar profundas hemorragias internas. Pero olvidé de inmediato lo que acababa de averiguar sobre tu naturaleza variable.

Parecías cada vez más joven, más osado. Durante el día, la presencia de la niña nos impedía mostrarnos cariñosos, pero cuando dormía, cuando el sol se escondía a nuestras espaldas detrás de las oscuras montañas volcánicas, y el aire se hacía más fresco, nosotros comenzábamos a existir. Me convertí en tu conciencia moral porque era infinitamente más roja que tú, a pesar de que te enorgullecías de ser un viejo militante socialista. Con temeraria juventud, interpretaba tu prudencia y la de tu grupo político como simple cobardía y tibieza.

—El pueblo os ha elegido, sois libres para hacer una auténtica política de izquierdas —te recomendaba, panfletaria.

Hubieras querido estudiar Derecho, pero no fue posible; en el Páramo los hermanos y las hermanas son un asunto muy serio, seres a los que hay que proteger. Eras el primogénito, casi el cabeza de familia, el apoyo de tu madre, el sucesor. Tenías que responder a la confianza que se había depositado en ti. Tampoco este sumiso cumplimiento de las convenciones supe interpretarlo a tiempo. No entendía el idioma de tu libro.

Nuestra historia tenía sabor a juego. En aquella tienda de campaña de dos ambientes, en la que conversábamos en voz baja hasta que el sol la iluminaba al amanecer,

jugábamos a las casitas, a los papás y a las mamás. La niña, tú y yo.

—Vamos a dormir.

—¿Ahora?

—Vamos a bañarnos.

No sé cómo sobrevivimos a tantos días sin descanso. Pero lo hicimos. Necesitábamos todo el tiempo del mundo para conocernos. Había miles, millones de cosas por descubrir.

Cuentan que el bienestar que nos reporta el dormir lo proporcionan los sueños. Nosotros no dormíamos nunca, pero nos pasábamos el día entero soñando.

Cuando cocinaba los sábados en mi preciosa casa, era mi madre quien lo hacía, pues, desde algún lugar de mi interior, ella asistía complacida a la transformación de mi cuerpo joven, involuntariamente convertido en el de una mujer madura y enclaustrada. Me arrugaba.

En la playa de Mojácar, donde pasé contigo y con tu hija unas pequeñas vacaciones mientras tu mujer sufría un ataque de úlcera en el hospital del Páramo, me quedé embarazada. Tenía veinticinco años, y aquello no podía ser.

Viniste conmigo a la clínica del mismo ginecólogo que, un par de años antes, nos había felicitado a Manuela y a mí por nuestra comunicación sobre educación materno-infantil en aquel congreso de mis comienzos. Teníamos que volver a la mañana siguiente, pero en esa ocasión tú no pudiste acompañarme porque ya no te quedaba por usar ninguna mentira.

Me colocó en una mesa de exploración con las piernas muy abiertas, sin anestesia y sin contemplaciones. Aquel ginecólogo parecía estar muy enfadado conmigo por haberme quedado embarazada innecesariamente. Era un hombre comprometido, que comenzaba a tener serios problemas con la ley. Salía con frecuencia en los periódicos acusado de asesinar a inocentes, y había sido juzgado y condenado varias veces. Las feministas de todo el país le admirábamos, y le apoyábamos con cartas, firmas y reivindicaciones de amnistía. También era un hombre serio, con unas ojeras profundas, y las mejillas caídas sobre una boca ligeramente curvada hacia abajo. Intimidaba; me pareció que no le gustaba en absoluto hacer lo que hacía. Por eso, tal vez, en su clínica se realizaban también partos naturales en el agua, de los que sí se mostraba enteramente orgulloso. La vida y la muerte. La muerte y la vida.

Antes de la intervención me aleccionó profusamente. Parecía un confesor. Me hizo prometerle que en adelante tomaría precauciones, me explicó con detalle los diferentes métodos anticonceptivos, me hizo sentir culpable. Por nada del mundo le habría confesado que trabajaba en un centro de planificación familiar.

Aspiraron del interior de mi vientre la sangre que no quería llevar dentro. El dolor era insoportable. Agudo. Radical. Salí mareada. Estaba lejos de casa, y mi hermana, que me había acompañado, condujo el coche despacio, como nos habían recomendado que hiciese, mientras yo dormía, agotada, en el asiento del copiloto. El mar brillaba a la izquierda, impertérrito y ajeno, como el Adriático de aquel otro verano.

Mis amigas abortaban con infusiones de azafrán, o se iban a Londres en rápidos viajes de fin de semana. Mi marido y yo acompañamos a una amiga en una ocasión.

En mi país la interrupción del embarazo estaba prohibida. En las manifestaciones del 8 de marzo exigíamos el derecho al aborto libre y gratuito, a cargo de la Seguridad Social.

Las enfermeras de la clínica de Londres hablaban español, y en la sala de espera la mayoría de las pacientes eran españolas. Había niñas de quince años acompañadas de sus circunspectas madres. Las madres y las hijas estaban tristes. Mi amiga lloraba porque la suya no sabría nunca el calvario por el que estaba pasando. Nuestras madres no sabían entonces nada de nosotras; solo mi marido y yo la consolamos. El abismo entre nuestro mundo y el de nuestros padres era insondable. Solo el afecto podía servir de puente entre ambos.

En el exterior del edificio no había signo alguno de lo que dentro acontecía.

Mientras mi amiga estuvo ingresada nosotros visitamos la ciudad comiendo *fish and chips* en cartuchos de papel de estraza, pues apenas teníamos dinero para sentarnos a comer en algún restaurante como Dios manda. Lo poco que nos quedó lo reservamos para el día en que mi amiga salió de la clínica, y lo celebramos cenando, cómodamente sentados esta vez, en un humilde restaurante indio.

Al regresar, obsequiamos a mamá con una cajita de bombones de menta After Eight.

Nadie supo *lo nuestro*. El silencio era lo que más me dolía de nuestra historia. El silencio y la mentira. A veces, cuando cenábamos en cualquier discreto restaurante de la ciudad, y nos encontrábamos casualmente con algún amigo tuyo, nos presentabas por nuestros nombres, sin añadir nada más. Entonces era común entre los tuyos tener amantes. El poder se os había subido a la cabeza, os hacía sentir omnipotentes, y cambiabais de mujer, de coche y de casa. Era un chiste sobradamente conocido.

Yo formaba parte de tu chiste. Pero entonces aún no lo sabía.

Te amaba con un amor puro. Original. Luego el amor se convirtió en otra cosa. El amor se gastó contigo, desapareció para siempre con tu cobardía.

Realicé para ti gestos perfectos y generosos. Pero eras dos, y solo cuando estabas desnudo podía amarte. Oculto tras tu traje de chaqueta te transformabas en otro. Un ser extraño, encarcelado. Un hombre viejo y convencional, sujeto a las conveniencias.

Desnudo eras un niño. Movías tu trasero regordete en una cómica danza hawaiana y me hacías reír.

Cuando mi padre trabajaba hasta la madrugada en el horno de mi padrino, nos traía a casa pajaritas de masa de pan cuyos ojos estaban formados por dos granos de pimienta negra. Al despertar las encontraba de pie sobre la mesa del desayuno. Las alas estaban crujientes, pero me daba una pena infinita hincarle el diente a la cabeza.

Sin embargo, comíamos pájaros de verdad. Los cazadores de pájaros abundaban, y no era extraño que le regalaran a mi padre docenas de gorriones asesinados, ensartados en un alambre circular, que pelábamos y freíamos esa misma noche para la cena. Mi padre no tenía ningún escrúpulo en hincarle el diente a las cabezas de los pájaros fritos, y masticar los huesecillos de su triste cráneo pelado. Los gorriones no servían para cantar ni tenían hermosos colores, estaban condenados, eran el proletariado de las aves. Sus muslitos acababan tan crujientes y tostados como las alas de las pajaritas de pan que traía mi padre a casa de madrugada.

En mi familia se comían cosas muy extrañas, tanto o más que las que ingerían los nativos africanos en los documentales de la tele. Se comían caracoles, por ejemplo – como hacen los franceses –, que me daban un asco tremendo.

–Son los moluscos de la tierra –me decía mi padre para que venciera mi repugnancia.

A él le gustaba meterse con mis prejuicios gastronómicos, y cuando me comía una gamba con cuchillo y tenedor –era incapaz de pelarla con los dedos y de soportar el hedor que permanecía en ellos a pesar de todo el limón del mundo –, me decía con sarcasmo:

–Las gambas no te dan asco, ¿verdad?, pero son exactamente igual que los saltamontes, si las trasladamos a la tierra.

Se pasaba el día trasladando los alimentos de un elemento natural al otro, para hacerme ver la irracionalidad de mis preferencias. Él no le hacía ascos a nada.

–En la guerra cocíamos pan hecho con serrín.

Las historias que contaban mis padres eran tan increíbles que crecí envuelta en unas enormes dudas sobre su veracidad. De manera que me enfrentaba al mundo sin su guía, pues cualquier consejo que me dieran lo ponía de inmediato en suspenso a causa de mi desconfianza.

Te hubiera gustado ser arquitecto, pero no habías estudiado Arquitectura. Eras un proyecto de hombre frustrado. Pero yo no lo veía. Te gustaba la escultura griega, y te regalé un grabado del siglo XIX que reproducía las esculturas de Villa Borghese. Expresabas tus viejos deseos sin sentir, al parecer, que en algún momento podías haber

hecho realidad tus sueños. Yo formaba parte de tus sueños, y tal vez por eso, apenas me perdías de vista ya no sabías qué hacer conmigo.

Sin embargo, volví a conformarme, sumisa, con tu mezquino amor. Durante cuatro años te quise, aunque te fuese a veces infiel. Infiel para no morir, pensando que todas las noches dormías con otra. Infiel para defenderme, para sostenerme en alguna base si decidías, de un día para otro, que ibas a dejarme, como habías dejado, de un día para otro, todos y cada uno de tus anteriores deseos. Aun así, no recuerdo el nombre de ningún otro. Ni uno solo me hizo sufrir; ninguno entraba en mi cuerpo, puesto que estaba completamente ocupada.

Mi conducta alternaba entre la sumisión amorosa de mi madre y la torpe imitación del Señor Oscuro. Me entregaba a ti como ella se entregaba a mi padre, sin pensar en sí misma, sin cuidar de su propia vida. Y, del otro lado, rechazaba la espera a la que tu matrimonio me condenaba siguiendo los pasos promiscuos del Señor Oscuro.

La sombra del objeto cae sobre el yo.

Mis esfuerzos fueron todos en vano. Ni mi madre ni mi suegra pudieron salvarme de la que yo era.

Mi futuro no podía consistir en permanecer cautiva en aquella preciosa casa. La seguridad doméstica me producía náuseas.

Cuando le conocí, el Señor Oscuro, aparentemente, no había reparado en mí. Se parecía a Cat Stevens en la portada de *Foreigner* y razonaba políticamente con convicción en nuestros grupos sobre marxismo y psicoanálisis. Pensé que podía aprender muchas cosas de él, que poseía un idioma propio que enseñarme.

Tenía una forma especial de bajar la cabeza para exponer con elocuencia sus ideas, como si estuviese construyendo un argumento en el mismísimo instante en el que lo formulaba; las palabras cotidianas cobraban en su boca un sentido misterioso y nuevo.

Me decías:

—Me elegirán eurodiputado y te vendrás conmigo a Bruselas.

O:

—Me elegirán diputado y nos iremos a vivir a Madrid.

En el Páramo, al parecer, nuestro amor no encontraba acomodo.

Mis amigos me aconsejaban:

—No te fies de él.

Y también:

—Les pasa a todos, el poder les hace fuertes, pero tal vez no te quiera tanto como dice.

Pero yo notaba perfectamente cómo, apenas me mirabas, comenzaban a reírse a

carcajadas todos tus huesos.

Mi Mejor Amigo me advertía:

—Está viviendo su aventura de los cuarenta. ¿Por qué no se lo ha dicho todavía a su mujer?

Pero en nuestra historia no cabían preocupaciones tan triviales. En tu vida nadie sabía de mi existencia, solo Manuela y los amigos con los que habíamos compartido nuestras vacaciones en Mojácar. Por eso, a menudo, dudaba de que nuestra historia fuese real. Tenía que contármela a solas, tantas veces como fuese posible, para convencerme de que no se trataba de una más de mis fantasías románticas.

Venías a mi preciosa casa los martes, después de mi psicoanálisis y de tus reuniones de partido, y cuando dejabas la cartera y la corbata sobre la mesa de la sala, mi cuerpo reconocía al niño juguetero que habías sido. Cuando te marchabas por la mañana, el gesto de ponerte la corbata escondía de inmediato a ese niño bajo la máscara común, la máscara uniforme que usaban los tuyos para apropiarse de la vida, que tan poco me gustaba.

En realidad, no sabía quién eras tú.

Cuando mi padre tenía siete años limpiaba por un duro a la semana el lodo de las acequias de los alrededores de su pueblo.

—Éramos una cuadrilla de niños jornaleros —contaba reiteradamente—. Una pandilla de jornaleros niños guiados por un viejo. En el pueblo, después de la guerra, no quedaban apenas hombres.

Mi padre amaba los pájaros. A los ocho años recogió una cría de mirlo que se había caído del nido y la cobijó entre sus pequeñas manos camino de su casa; estridente e indiscreta, la cría de mirlo empezó a piar cuando pasó por delante de un grupo de soldados que custodiaban enormes piezas de aviones desguazados, guardados en el interior de la nave central de la iglesia. Uno de aquellos soldados le preguntó al pequeño:

—¿Qué es lo que llevas ahí?

Cuando el niño se lo enseñó sin demora, el soldado le arrebató bruscamente el pájaro y lo observó con detenimiento hasta que mi padre se impacientó y le pidió con su voz de niño que se lo devolviese.

—Es mío, devuélvame —le suplicaba.

Pero no estaba dispuesto a hacerlo.

—Es mío, devuélvame —insistía el niño huérfano que era mi padre.

Al soldado le irritó su osadía, y en una pueril y desproporcionada venganza, se llevó la cría de mirlo hasta la altura de su cara, se la metió en la boca y, de un solo mordisco, le arrancó de cuajo la cabeza. Tras escupirla a sus pies con indiferencia, le devolvió a su dueño el resto del pájaro ensangrentado, diciéndole:

—Ahora es de los dos.

La indefensión del niño huérfano que fue mi padre.

OTAN, de entrada, NO.

El triunfo del denostado SÍ a la OTAN fue el triunfo del pragmatismo sobre los ideales. El pragmatismo que también triunfó privadamente en ti. En la intimidad fuiste un cobarde, tus compañeros lo fueron en lo público.

Mis amigos y yo votamos NO, y ese NO constituyó nuestro primer desencuentro ideológico.

Luego vinieron los otros; en tu interior seguía viviendo aquel niño timorato, aterido de miedo y de frío, que prefirió olvidarse de mí y de sus otros deseos para seguir con la misma vida de siempre. Eligió hacerse pis encima antes que abordar la aventura de atravesar el minúsculo patio oscuro, inofensivo y vacío, azotado por el frío viento del Páramo, para ir al baño.

Nada salió como pensabas. No fuiste eurodiputado, por supuesto, ni tampoco un simple diputado a Cortes; dejaste la secretaría del partido y te quedaste en el Páramo, entristecido, paralítico, soñando, tal vez, con la vida que hubieras podido tener y no tuviste.

Y en ese tránsito te olvidaste de mí. Te costó. Casi cuatro años estuviste intentando olvidarme. Pero lo lograste.

Conocí todos los congresos de Madrid de tu partido. Hotel Convención, Hotel Los Galgos, donde se ocultaba sucesivamente nuestro amor adúltero. También tú conociste los dormitorios de las casas de mis amigas madrileñas, donde yo estudiaba grupos y tú dormías, de paso siempre, entre congreso y congreso. ¿Por qué me conformaba con tan poco?

Mi psicoanalista me escuchaba en silencio e insistía.

—Idealiza, se sacrifica.

El sacrificio de las mujeres, el deseo de conservarte como te había imaginado, de negar los datos, las demoras y las mentiras.

Idealizar; pertenecía a una generación de idealistas que estaba sufriendo por sorpresa la caída sobre nuestros hombros del enorme peso de la realidad. El terremoto de lo real, de la desilusión y del desencanto, resquebrajaba la tierra bajo nuestros pies abriendo en ella grietas sin fondo.

Mi Mejor Amigo me advertía:

—Ese tío no te quiere, si te quisiera no andaría dándole tantas vueltas al asunto.

Tú eras «ese tío», no tenías nombre, no para nosotros, eras mayor, estabas hecho de la materia de la hipocresía. Nosotros éramos los hijos de Sartre y Simone de Beauvoir, pero tú pertenecías a la prole de la denostada doble moral burguesa.

—Pero me quiere.

—Y una mierda. ¡Qué coño te va a querer! —se irritaba mi Mejor Amigo.

Cuando contaba catorce años, un incendio liquidó de un plumazo el rico patrimonio de la familia de mi madre. Mi abuelo era comerciante y poeta. En uno de sus viajes por Castilla, le envió a su hija una postal que decía: «Ávila está amurallada, toda llena de conventos; para sacarle los cuartos se necesita talento».

Mi abuelo vivía en una casa en el centro del pueblo, con criados y muchachas que cuidaban de mi madre y de sus hermanos. Cuando llegaba el verano se marchaban en cabriolé a la finca del campo.

En la finca de mi abuelo que yo conocí había una cueva de champiñones que olía a tierra húmeda, y era fresca y protectora como un regazo. Había un aljibe, dos albercas, un nogal, higueras, melocotoneros, albaricoqueros y una morera donde de niña cazaba cigarras. En los altillos de madera abandonados del almacén, todavía se guardaban los moldes para hacer queso con las iniciales de la casa y los frenos de los caballos de cuando la familia viajaba en cabriolé.

Cuando mi abuelo se arruinó, mi madre tuvo que ponerse a trabajar de inmediato en el campo.

—Cogía pimientos en la era por una peseta al día —nos contaba, sin expresar apenas ningún sentimiento—. Hasta que no llegábamos al final de la hilera, el patrón no nos dejaba detenernos para beber agua. Los dedos se me abrían en carne viva, me sangraban porque no estaba acostumbrada a trabajar, pero no podíamos pararnos ni un instante.

Cuando perdí la esperanza, comencé a sufrir y a serte infiel. A serte infiel para no sufrir. Tú también lo eras. Temía tanto este nuevo abandono que me prevenía con esporádicos engaños que lo hicieran menos doloroso. Y como los dos éramos revolucionarios —aunque de distinta procedencia, bien es cierto—, luego te lo contaba con detalle.

Me había convertido en una torpe réplica del Señor Oscuro. Pero tú no respondías tan mal. Casi se diría que te agradaban mis inofensivas aventuras. Como si te exculpasen de algún modo de tu propia indecisión, de manera que muy pronto sospeché de la naturaleza justificativa de tu alegre condescendencia.

Tú dormías todas las noches con tu mujer, que no parecía dirigirte ningún reproche, así que comencé a odiar a las mujeres sin dignidad que no se separaban de sus maridos cuando la infidelidad hacía acto de presencia. Su tenacidad tenía algo de inhumano, de mecánico. Tu mujer era tenaz para conservarte. No quería saber nada de nosotros. A pesar de las hemorragias internas, negó la espontánea repulsión que tu infidelidad le producía y se olvidó aparentemente de lo que pasaba.

Mi único privilegio era saber de ella más de lo que ella sabía de mí. O al menos así me consolaba. Aunque dudaba de si ese saber me acercaba o me alejaba más de tu auténtica naturaleza.

En mi mundo de adopción, el de la revolución permanente, la liberación sexual, la

igualdad entre los géneros, en ese mundo, el prestigio lo acaparaban las amantes. El matrimonio era un territorio aburrido, yo ya lo había comprobado; entre ser ella y la otra, prefería, por estética, la segunda opción.

No señor, yo no me casaré... tralarí, tralará.

A mi alrededor todo el mundo era de izquierdas. No recuerdo haber conocido a nadie de derechas durante mis años de formación. Los de derechas estaban hechos de otra materia, por lo que debían estudiar cosas diferentes, frecuentar locales distintos, vivir en otro planeta desconocido. Lo único que sabía de ellos era que se vestían con camisas en tonos pastel y llevaban el pelo peinado hacia atrás, impecablemente pegado con gomina al cuero cabelludo. Parecían estar tan empeñados en no cambiar nada que hasta les molestaba que un simple cabello se les moviera de su sitio. Los de derechas estudiaban, por ejemplo, en la facultad de Derecho; se parecían a los nazis repeinados de las películas.

Armando Segundo nos enseñó el concepto de *emergente*. Los hechos sociales emergían como signos visibles de una estructura subyacente, subterránea por desconocida, que les daba forma.

Confiaba en descubrir la estructura subyacente de la vida, la verdad que se esconde en los entresijos de su trama secreta.

Mis padres sabían del ritmo de las cosechas, los meses en que había que sembrar y aquellos en los que ha de recolectarse cada hortaliza, cada fruta.

Mis padres sabían esperar.

Sabían amortajar a los muertos, y cuando algún vecino moría, venían a avisarles para que ellos le lavasen y le vistiesen con sus mejores galas.

No le tenían ningún miedo a morir.

Mis padres sabían el apodo de cada uno de los habitantes de su pueblo. Me preguntaban, cuando les hablaba de una nueva amiga:

—¿Y de quién es hija?

—De Fulanito —les contestaba, si acaso lo sabía.

Y me informaban de su genealogía completa.

Sabían quiénes eran ellos y sus antepasados, y no se separaban nunca de su identidad.

A mi padre le gustaba permanecer. Decía de sí mismo y de su casa: «Aquí vivió y murió Miguel de Cervantes», pletórico de orgullo, ahito de permanencia.

Mi madre sabía cocinar guisos de cuchara, hacer deliciosas paellas y sabrosos pasteles de chocolate y naranja. Sabía bordar sábanas y manteles, juegos de novia que almidonaba, planchaba, doblaba y presentaba, impecables, bajo un suave velo de papel cebolla.

Sabía olvidarse de sí misma para cuidar de los otros.

Mis padres sabían hacer miles, millones de cosas buenas y útiles que yo no necesitaba, pero dejó de interesarme bien pronto su sabiduría.

No te eligieron nunca, repito. Tu pequeña parcela de poder duró lo que nuestro amor. Estabas en la periferia y los repartos se hacían en el centro. De manera que, como nuestra historia no encontraba en el Páramo acomodo, decidiste olvidarme.

Pero yo no podía hacer lo mismo. Siempre fui lenta para el olvido.

Aquel verano Lena, Pilar, Rosa y yo nos fuimos un mes a Londres. Queríamos aprender inglés para no seguir cantando las canciones con sonidos simulados. Todo el mundo quería aprender inglés entonces; éramos de la generación del francés, la lengua de Marguerite Yourcenar, de la Duras, de Victor Hugo. Un idioma tan en vías de extinción como la cultura racional e ilustrada que representaba.

Por las mañanas asistíamos regularmente a clase durante cuatro horas seguidas, rodeadas de coreanos, italianos, alemanes, árabes y chinos. Por las tardes hacíamos turismo por la ciudad.

A Lena no se le daban bien las lenguas. La suya era tan inocente que podía entenderse con el mundo entero tan solo con una sonrisa. Por eso le costaba aprender otra más.

Una tarde, en el pub, conversando con un grupo de alumnos de clase y con nuestro profesor en torno a unas cervezas, este nos preguntó:

–*Where are you from?* –que es, como todo el mundo sabe, una de las primeras preguntas que debes aprender a entender y a responder en inglés.

Me dispuse a contestarle, estrujando mi cerebro, colonizado como siempre por otras lenguas: *We are from Spain*. Pero apenas pronuncié:

–*We...*

Lena me interrumpió eufórica, pretendiendo corregirme.

–No se dice *oui*, se dice yes, que estamos en Inglaterra.

Nos pasamos el resto del viaje gastándole bromas a costa de su error.

Nos reíamos de todo. Éramos jóvenes y abiertamente confiadas. Las fotos de aquel viaje nos muestran siempre con la boca abierta y el cuerpo echado hacia delante, combado por la risa.

Mi marido y yo íbamos con frecuencia a Madrid para visitar museos o exposiciones. Junto a él podría haberme sentido protegida y segura, pero elegí la incertidumbre. Colocaba su brazo de hombre tranquilo sobre mis hombros y me guiaba por la ciudad que tan bien conocía. Debería haberme halagado su entrega, pero su obsequiosidad consumía mi oxígeno; abría la boca como el pez fuera del agua, buscando el elemento que había perdido, el elemento que aún no sabía identificar.

Exactamente en el polo opuesto de mi marido se situaba el Señor Oscuro.

En una exquisita tienda de regalos de Oxford te compré un precioso maletín rojo de piel. Pilar, que siempre tuvo los pies más en el suelo que yo –porque la vida le había enseñado antes a posar firmemente los dos sobre la tierra–, me advirtió con prudencia:

–¿No crees que es demasiado atrevido para él?

Cualquier cosa habría sido demasiado atrevida para ti, debí contestarle, pero yo quería hacer visible a toda costa mi amor secreto, desapercibido.

–Quiero que todo el mundo lo vea.

El maletín era del mismo color que las rosas que un día te envié al Congreso General de tu partido, del color de la menstruación.

A la vuelta de Londres te entregué el regalo en uno de nuestros últimos encuentros secretos. Yo quería tener un hijo tuyo porque no soportaba la idea de que todo el amor que te había entregado desapareciese sin dejar rastro. Quería una prueba tangible de su existencia, porque si no, con el tiempo, hubiera acabado creyendo que estaba loca, y que nuestra historia había sido inventada con pelos y señales por mi loca imaginación. Y no habría podido soportarlo.

En los dos últimos años te había ido comunicando mi creciente deseo maternal. Aparentemente te hacía ilusión, te reías, no sé si me tomabas o no en serio, pero me dejabas fantasear y actuar sin oponer ninguna resistencia. De algún modo, te complacía mi empeño en tener descendencia. La parte más juguetona de ti jugaba, la otra se quedaba al margen. Pero para mí era un asunto a vida o muerte. Sabía que nuestras células se inclinaban a unirse, aunque no lo hicieran así nuestras vidas, y estaba decidida a intentarlo.

El día en que, a la vuelta de Londres, te entregué el maletín rojo, ese mismo día me quedé embarazada. Era el mes de agosto, y encima de la cama de matrimonio de un ático que compartía con una amiga, jugamos de nuevo, esta vez con éxito, a los papás y a las mamás.

Entonces le conté a mi marido que le había traicionado, y él se alejó de mí de

inmediato, dignamente, como su naturaleza le dictaba. Se alejó de mí y me dejó correr sola mi aventura infiel.

Semanas después, apenas supo la buena nueva, el señor con traje y chaqueta secuestró definitivamente al niño que había sido y que aún permanecía tímidamente dentro de él, lo amordazó y lo encerró en un zulo profundo de escasos metros cuadrados, como hacía ETA con otros desgraciados que no tenían culpa de nada. Lo guardó en el maletín rojo de piel, del color de la menstruación, que yo misma le había regalado, y se olvidó de él para siempre.

A partir de entonces, el señor con traje y chaqueta veía crecer mi vientre cuando nos cruzábamos por las calles de la ciudad del Páramo como si no tuviera nada que ver en el asunto. Se hacía tan perfectamente el desentendido que decidí prescindir también yo por completo de él.

Menos mal que estaban Lena y mis amigas, y que el resto de mi vida seguía adelante sin contratiempos.

Apenas confirmé que mi embarazo marchaba viento en popa decidí decírselo a mi madre, pero no se me ocurría cuáles habrían de ser las mejores palabras para hacerlo sin producirle severas hemorragias internas.

Por ejemplo, si le decía: «Estoy embarazada», ella podría pensar que había sido violada o forzada, o cualquier acto que implicase la fuerza bruta de uno o varios hombres contra mi persona. Por lo tanto, no podía utilizar esa expresión, a pesar de su aparente neutralidad.

Por las mismas razones estaba descartado afirmar: «Me he quedado embarazada, mamá», que remitía a un hecho fortuito o, cuanto menos, involuntario, lo que nada tenía que ver con la realidad de lo acontecido. De modo que busqué una frase corta que implicase abiertamente mi profundo convencimiento a la hora de participar activa y alegremente en el acontecimiento que le anunciaba.

–Mamá, voy a tener un hijo –le dije, después de vacilar un rato.

Mamá no me miró. Guardó un silencio grave, mientras recoríamos el corto camino que separaba la casa de mi abuela paterna de la de mis padres, y luego me preguntó en un susurro:

–¿De quién?

Yo no podía decirlo.

–Voy a tener un hijo porque quiero tenerlo –le reiteré.

Nos despedimos sin añadir nada más.

Mi primera regla me vino casi a los catorce años, cuando todas mis amigas ya la tenían

desde hacía un año o dos. A todas les había crecido el pecho abundantemente, y hacía tiempo que usaban sujetadores, se depilaban las piernas y las axilas y se preocupaban por los chicos. Todas menos yo.

Estaba haciendo la voltereta hacia atrás en mitad del pasillo de casa cuando mi madre, que me observaba, advirtió antes que yo la llegada de mi primera menstruación. Me pidió que me pusiese de pie, me abrazó emocionada y me indicó lo que tenía que hacer a partir de entonces para que aquel inconveniente pasase lo más desapercibido posible ante los demás.

Durante la comida de aquel mediodía, mi madre le manifestó orgullosamente a mi padre:

—Ya tenemos otra mujer en casa.

Pero mi padre no dijo ni expresó nada.

La tía que me salvó de morir ahogada fue quien, apenas supo del feliz acontecimiento, me compró mi primer sujetador de raso azul celeste.

A veces he atribuido a ese insignificante retraso en mi menarquia la desventaja que siempre he sentido con respecto al resto de las mujeres de mi entorno, la duda sobre la entera naturaleza femenina de mi cuerpo.

Una semana tardó mi madre en salir de su silencio tras la noticia, una semana de dolor. Transcurridos esos siete días, mamá me llamó por teléfono a mi casa del Páramo.

—Pásate por aquí, te he hecho unas lentejas para que te las lleves —a mí me encantaban las lentejas de mamá—, que tienen mucho hierro.

Era su manera de perdonarme, de aceptar mi humillante estado, y de continuar con la vida a pesar de la vergüenza.

Mi padrino, que era robusto y bajito como Picasso, huyó de la batalla del Ebro. Fue desertor. Corrió despavorido hacia el sur, atravesando el mapa de una España dividida, mientras arrastraba con él a un compañero herido.

Al llegar a un campo de Castilla, debajo de una encina, encontraron a otros dos soldados que habían desertado como ellos, y los cuatro comenzaron a compartir las escasas provisiones que les quedaban. Era noviembre, y hacía mucho frío.

Mientras comían, uno de los desconocidos identificó sus uniformes por debajo de los abrigos, y descubrió que mi padrino y su compañero no pertenecían a su mismo bando. Entonces sacó su pistola y amenazó con matarlos allí mismo, como era su obligación.

Pero vaciló un segundo, el tiempo suficiente para que mi padrino cogiera la suya y disparase rápidamente a la pierna del soldado que les había descubierto. Luego echó a correr a campo traviesa, abandonando al compañero herido a su propia suerte. Nunca

más supo de él.

El herido quedó atrás para siempre bajo la encina, en la memoria y en la herida imborrable de mi padrino.

Mi abuela paterna nunca hizo el menor comentario sobre mi embarazo. Mi vientre crecía sin parar, pero ella se hacía la loca y hablaba de cualquier cosa, como si nada estuviera cambiando en el cuerpo de su nieta. Era admirable observar cómo conseguía hacer invisible mi preñez. Jamás supe lo que pensaba realmente de mí.

Un día decidí que mi madre merecía saber quién era el padre de mi hijo. Hacía tiempo que lo sospechaba, pues mi inicial ilusión había hecho que fuese indiscreta respecto a alguien que ella solo conocía de nombre, que pronunciase el tuyo con euforia, que me delatasen mis ojos al hacerlo. Así que solo se lo confirmé. Pero a ella, como a todos los que me conocían, tú no le gustabas.

—Déjate a ese hombre —me dijo, sentada en la descalzadora de su dormitorio, con la bolsa de agua caliente encima de su estómago inflamado. La úlcera le sangraba en una hemorragia secreta de vergüenza maternal. Mi embarazo le producía, como tu infidelidad le produjo a tu mujer, serias pérdidas internas.

—Si puedo lo haré —le respondí, con toda la convicción que pude.

Pero no estaba segura de que pudiese.

Mis amigos y yo cambiamos la revolución por el psicoanálisis: Trotsky y Lenin por los Armandos Primero y Segundo; Alejandra Kolontai y Rosa Luxemburgo por Melanie Klein y Fran^oise Doltó. El complejo de Edipo se convirtió en el centro del universo y el asesinato del padre en la metáfora perfecta para dar de lado lo que representaban nuestras respectivas familias.

Incluso la misma palabra «familia» se transformó. La familia se consideraba un hervidero de odios cainitas y celos fraticidas. El horror familiar formaba parte de lo siniestro, y el enfermo mental no era sino el emergente del grupo familiar patógeno. Su malestar tenía que ver con la expresión de un malentendido, un secreto que aglutinaba el dolor de los otros y lo concretaba en él, liberando al resto de los miembros de su responsabilidad en los hechos.

El psicoanálisis explicaba las anomalías y enfermedades del mundo.

A los cuatro meses, cuando supe por la ecografía que estaba esperando un niño, se lo

comunicué inmediatamente a mi madre. Para entonces las lentejas se habían hecho semanales, y el hígado a la plancha tan regular como la abundante ingesta de frutas y verduras. Ella cuidaba a distancia de mi alimentación. Hacía un año que había abandonado mi casa del Páramo y vivía con una amiga en un ático caluroso y coqueto de la ciudad.

Cuando supo que era varón, mi madre se puso tan alegre por la noticia que se lo dijo inmediatamente a papá, aunque yo ni siquiera tenía constancia de que él supiera a esas alturas que estaba embarazada.

—¡Es un niño! —exclamó llena de ilusión, mientras mi padre cenaba en la cocina. Tener un hijo varón me redimía.

El círculo se cerraba. El voluntarioso amor de mis padres hacia mí no era más que un amor culpable, que reparaba la frustración que les había causado no haber tenido un primogénito. Mi padre siempre había deseado un niño, pero les nació yo, la niña monstruo con la piel cubierta de llagas como la de un viejo leproso. Una niña torpe que no mostraba interés por los deportes que mi padre tanto amaba. Él no sabía cómo acercarse a mí, pues en su interior solo estaba preparado para educar a un hijo.

Nací yo, insisto —es tan importante que insista...—, que tenía los nervios a flor de piel y la piel llagada y rota, incompatible con la vida que ellos pretendían darme.

Y, sin embargo, me querían.

En las manifestaciones pasaba mucho miedo. Pero la cobardía, para un revolucionario, era un pecado inconfesable que era preciso combatir.

Nos situábamos enfrente de los grises una vez y otra, valientes y heroicos, cantando a voz en grito:

Ni Franco ni la poli, no nos moverán....

Sin embargo, cuando los grises decidían hacernos frente salíamos despavoridos dispersándonos por las calles laterales, mientras los más desafortunados recibían algún que otro golpe de porra, y los demás recogíamos las pelotas de goma que los policías nos lanzaban para enseñarlas con orgullo horas después, comiendo cascaruja y vino tinto en alguna taberna de los alrededores de la universidad.

En las asambleas de la facultad lloraba emocionada cuando Manuel Luna, que tenía nombre de poeta, nos informaba de la detención de algún compañero a quien ni siquiera conocía. Los delegados de curso se marchaban a la comisaría para saber qué iba a ser de los detenidos, mientras el resto permanecíamos esperando sus noticias en una bulliciosa asamblea permanente. Se me erizaba el vello de los brazos, vivía en un continuo drama efervescente.

Manolo Luna tenía una voz grave y sincera, parecía mismamente la voz de la honestidad. Era un auténtico líder, y aunque pertenecía a una formación política diferente de la nuestra, tras él podíamos aglutinarnos tranquilos, confiando en llevar a buen

término la inminente caída de la dictadura franquista. Haciendo felizmente coincidir teoría y praxis.

Quince días antes de que mi hijo naciera aprobé unas oposiciones que me permitían trabajar en la ciudad y abandoné definitivamente el Páramo. El clan mafioso al completo desapareció para siempre de mi vida. Pero no sufrí en absoluto al perderlos. Lo agradecí. El Páramo estaba enfermo de convenciones. Cuando dejé de viajar hasta allí comencé a darme cuenta, desde esa perspectiva sabía que procura la distancia, de que aquella ruta no había supuesto un viaje en el espacio, sino en el tiempo. Me hacía más pequeña para quererte, regresaba a una edad indefinida en la que las niñas esperan algo de los hombres: amor, protección y compañía. Era hora de abandonar a la niña desprotegida que había sido y de hacerla desaparecer, tal y como tú mismo habías hecho con el tuyo.

La modernidad del clan al que pertenecías no era más que una triste ficción que hacía aguas apenas la realidad la presionaba, volviendo a los cómodos y convencionales lugares de siempre. Como tú, sin ir más lejos, me confirmaste.

Hice el examen de la oposición con un vientre voluminoso de ocho meses y medio, y antes de comenzar, me comí preventivamente dos milhojas de nata y crema, porque cuando tenía bajadas de glucosa me dolía intensamente la cabeza y apenas podía pensar, y porque quería con todo mi ser discurrir como nunca y aprobar con la mejor nota.

Saqué el número dos, así que pude elegir mi lugar de trabajo y alejarme del Páramo para siempre. Dentro de mí crecía también, al incesante compás de mi vientre tenso, algo tan sólido y fuerte como mi hijo.

Cuando terminamos el último curso en la facultad decidimos marcharnos a Italia para aprender de Armando Segundo. Ana, Camila, el Señor Oscuro y yo. El saber se adquiere por transferencia, por amor, el conocimiento se transmite enredado en la misma materia de la que se nutren los sentimientos.

Para conseguir el dinero que se precisaba para nuestra aventura milanese, apenas terminamos la carrera nos marchamos a la vendimia suiza, con la ilusión de recolectar, junto con la uva, un pequeño capital que hiciese factible la aventura. Pero la vendimia fue ese verano tardía, y el dinero se nos agotó mucho antes de que madurara la vid.

Comíamos pan de centeno, queso fresco y mayonesa. La mayonesa suiza se comercializaba en un bote idéntico al de la pasta de dientes, lo que no dejaba de producirnos cierta aversión.

Nos fuimos a Suiza el Señor Oscuro, Camila y yo, en el Citroën dos caballos amarillo que había comprado con mi marido. Y regresamos en él, dando una pequeña vuelta por los castillos del Loira. Habíamos sacado la carta verde para un par de meses, pero

nuestro viaje se abortó a los escasos quince días de iniciarlo.

Volvimos más pobres de lo que nos marchamos, y no tuvimos más remedio que irnos a trabajar al campo. Hacía tanto calor que los hombres faenaban en pantalón corto y las estudiantes lo hacíamos en bikini. El polvo de los pesticidas me entraba por la nariz a las ocho de la mañana y no salía hasta la noche, cuando me quedaba quieta bajo la ducha durante largos minutos. Era blanco como el yeso.

Con el dinero que ganamos en aquellas interminables peonadas nos compramos nuestros respectivos billetes de segunda clase para el tren hacia Portbou. Aquel fue el verano que más cerca estuve del auténtico proletariado.

Por fin, cuando mi hijo nació pude dejarte por completo en paz. Sencillamente, pude olvidarte. Su existencia me aportó de inmediato una dignidad de la que antes había carecido. Mi futuro hijo logró que posase definitivamente mis dos pies sobre la tierra y, ahora sí, consiguió que la encontrase muelle, acogedora, en absoluto amenazante.

Durante nueve meses te vi tal cual eras, sin el brillo que mis ojos enamorados graciosamente te donaban. Te vi tal cual tú eras y recuperé poco a poco mi amor, para guardarlo de nuevo en el fondo del mar, *matarile, rile, rile*, y entregárselo a quien lo mereciera.

Mientras mi vientre crecía aprendí también a rechazar los acercamientos amorosos del Señor Oscuro, que continuaba viniendo por casa para preparar juntos las reuniones sobre la necesaria, y todavía pendiente, reforma psiquiátrica local.

—Patuchas... —continuaba diciéndome tiernamente mientras me abrazaba con intenciones más que amistosas.

A lo que un día le contesté, por fin, con entera convicción:

—Tú no me quieres. No me has querido de verdad nunca. Déjame tranquila de una vez.

Y me dejó. Nunca más volvió a confundirse. A partir de entonces fuimos amigos de verdad. Continuamos pensando y estudiando juntos, asistiendo a congresos, organizándolos. Ocupó el lugar de Mejor Amigo junto a mi Mejor Amigo.

Mi padre conocía y usaba palabras que yo no tenía ocasión de utilizar: artesa, higo chumbo, era, trilla, siega, y tantas otras. Distinguía las malas hierbas del campo de las buenas, el trino y el vuelo de los diferentes pájaros. Cuando regresaba de la huerta nos obsequiaba con frutas, nidos de pájaros y otras cosas extrañas que, a menudo, también se podían comer. Las traía primorosamente guardadas en su sombrero de paja, colocado boca arriba sobre la palma de su mano. Sabía recoger, por ejemplo, collejas para hacer tortilla, y las traía a casa en una bolsa de tela que mi madre había confeccionado. Las colocaba sobre la mesa, o sobre el poyo de la cocina, y separaba pacientemente las hojas

tiernas de las secas; las lavaba con detenimiento y se las pasaba después a ella, que las mezclaba con los huevos batidos y las echaba a la sartén, hasta que se cuajaba una tortilla dorada y exquisita.

Las mujeres de mi familia sabían preparar cordiales en Navidad, tortas de Pascua, cocadas, asados de cabeza de cordero; sabían cortar, coser, probar y confeccionar vestidos, hacer punto, bordar y remendar la ropa. Sabían hacer limpiezas generales, sacudir alfombras, levantar colchones y lavar sus fundas, airearlos, volverlos a colocar limpios y perfumados, elaborar ajuares y guardarlos en baúles de madera y latón, envueltos en papel transparente y aromatizados con bolas de naftalina.

Ninguno de los miembros de mi familia, próxima o lejana, habría sabido decir quién era Freud o Nietzsche, Michel Foucault o Carlos Marx.

Soy el aluvión de esos hombres y mujeres anónimos.
El destilado concreto de sus esencias inconscientes,
la mezcla de sus fluidos físicos y mentales.
Soy una red única de sus pensamientos entrecruzados.
La resultante de sus emociones contrapuestas.
El emergente de sus miles de historias escondidas.
El precipitado de millones de palabras nunca dichas.

La noche antes del parto preparaba un trabajo sobre Psicología Social que debía exponer al día siguiente en la clase de Sociología de los cursos de doctorado. Tenía miedo de quedarme atrás tanto en el aprendizaje como en la carrera profesional que con tanto celo había emprendido; miedo a que mi nueva condición de madre soltera obstaculizase mi ascenso laboral, mi deseada posición en el mundo. Estaba sola, y temía que la maternidad se convirtiera en una rémora, ahora que apostaba fuertemente por mí y por las responsabilidades que se me avecinaban.

Dispuesta a no levantar ninguno de mis dos pies del suelo, me había matriculado en los cursos de doctorado para no perder comba, y era la única alumna embarazada de la clase.

Aquella noche me dormí a las dos de la madrugada con el trabajo ya terminado, y a las seis rompí aguas.

—Son aguas limpias —le dije a mamá por teléfono con bastante calma. Me había aplicado con fervor en los cursos de preparación al parto y sabía que las aguas limpias son las mejores y que no había de qué preocuparse—, pero tenemos que salir para el hospital cuanto antes.

Mi madre llamó a mi hermana, y juntas vinieron a casa en su coche. Mientras las esperaba en la puerta del edificio, con la canastilla blanca de flores azules colgando de mi brazo, un coche de la policía local que hacía la ronda de noche se detuvo delante de mí.

–¿Necesita algo? –me preguntó el más joven.

–No. Espero para ir al hospital. Es que estoy de parto –les contesté, orgullosa.

Los polis no se marcharon hasta que me subí al coche de mi hermana, orgullosos también ellos de cumplir con el deber de socorrer a una parturienta. Parecía una noche de película.

Yo era la parturienta, y no podía creer lo que me estaba pasando. Por fortuna nos dimos cuenta enseguida de que aquel vehículo no tenía gasolina suficiente para continuar el viaje hasta el hospital donde debía dar a luz, que se encontraba a unos cuarenta kilómetros de distancia. Decidimos entonces coger el mío, aparcado a escasos metros de la puerta de casa. Se trataba del viejo Citroën 2 CV amarillo que mi padre me había comprado antes de viajar a Italia y que yo había vuelto a comprarle a él a mi regreso. Mi Mejor Amigo no se cansaba de elogiar sus graciosos saltos camino de la playa, hasta le había dedicado un poema.

Nos subimos y, poco después, comprobamos que el indicador de la gasolina marcaba también intermitentemente la línea de reserva; pero ya no había más solución que seguir adelante. De modo que cruzamos los dedos y nos asustamos.

El tren hacia Portbou sale regularmente a las ocho cuarenta y siete de la mañana. En Barcelona haremos transbordo. Nos espera un viaje largo, en el que, no obstante, pensamos con ilusión. En la estación no hay nadie para despedirme. Mis amigos y yo ocupamos un vagón para nosotros solos. Llevamos bocadillos y bebidas, y muchos paquetes de tabaco. Algunos viajarán hasta Trieste. De todos ellos, Camila, Ana, el Señor Oscuro y yo somos los únicos que pensamos permanecer durante mucho tiempo en Italia. La alegría nos hace cantar, como en las excursiones de los quince años.

Veinte kilómetros más tarde la luz roja permaneció ya completamente fija en el tablero de mandos. Nos asustamos más. Mi hermana no sabía qué hacer. Por suerte ya habíamos subido hasta el pequeño puerto de montaña que separa nuestra ciudad del mar. El ginecólogo que había llevado mi embarazo tenía su consulta en un hospital junto a la playa, y yo quería que fuese él y no otro quien me atendiese en el parto. La conductora, aterrorizada, decidió bajar el puerto en punto muerto para ahorrar combustible y poder llegar así a nuestro destino.

Mi madre rezaba padrenuestros sin parar.

–Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Yo te pedía paciencia, acariciándome el vientre.

–Espera un poquito que ya falta poco.

A esas horas de la madrugada no encontramos ninguna gasolinera abierta en todo el

camino. Dudábamos de si podríamos llegar sanas y salvas, pues las contracciones, me parecía, se hacían cada vez más intensas. Aquella nueva aventura empezaba a no gustarme en absoluto.

Cuando finalmente llegamos al hospital, el corazón nos latía a mil pulsaciones por minuto. Mi madre, que tenía fama de santa, nos aseguró después que el hecho de haber llegado a nuestro destino sin incidentes, y sobre todo sin gasolina, era lo que podría llamarse con propiedad un auténtico milagro. Estaba dispuesta a contárselo a su confesor, para que él le comunicase al obispo de la diócesis el prodigio, que para ella era incuestionablemente obra del Divino Jesús, o, en su defecto, de su madre, la Virgen María.

Ese convencimiento la reconcilió definitivamente con una hija que, bien a su pesar y contra sus más firmes convicciones, había decidido ser madre soltera con todas las de la ley, es decir, sufrir voluntariamente la afrenta más grave que mi familia hubiera podido concebir, de haberse puesto alguna vez a considerar el asunto.

Sin embargo, según mamá, si la Divina Providencia se había aliado aquella madrugada con la pecadora que yo era, ella no debía oponerse por su cuenta, sin pecar de soberbia, a los misteriosos designios divinos. Se sintió, al fin, aliviada. Con la rotunda prueba de nuestro final feliz aliándose con mi inocencia, mamá pudo matar dos pájaros de un tiro: la zozobra de no saber si llegaríamos sanas y salvas al hospital, y sus reservas morales hacia mí. Este fue, a mi entender, el auténtico milagro: mi madre aceptó la maternidad de su hija como un hecho natural, alejándose de la moral imperante, en el único gesto de rebeldía que le reconozco.

A pesar de aquellas prisas, naciste a las tres menos cuarto de la tarde de ese mismo día. Tu única tía recogió el acontecimiento en unas fotos preciosas, antes de sucumbir a la emoción y tener que abandonar el paritorio completamente mareada.

Te tomaste tu tiempo para salir, bien es verdad, aunque el mundo que te esperaba fuera no tenía ya nada que ver con el que me había recibido a mí veintinueve años atrás.

Me sentía, por fin, una mujer hecha y derecha. Por dentro y por fuera.

Me sentía, exactamente, la mujer más feliz de la tierra.

Epílogo prestado

ABC

Ya nunca sabré
qué pensaba de mí A.
Si B llegó a perdonarme de verdad.
Por qué C aparentaba que no pasaba nada.
Qué papel jugó D en el silencio de E.
Qué esperaba F, si es que esperaba.
Qué aparentaba G, a pesar de estar segura.
Qué quería ocultar H.
Qué quería añadir I.
Si el hecho de que yo estuviera a su lado
tuvo alguna importancia
para J, para K y el resto del abecedario.

Wisława Szymborska

Agradecimientos

Muchas han sido las personas que han contribuido con su lectura y consejos a que esta novela sea tal y como es. Quiero agradecer especialmente sus comentarios, como siempre, a Josep Rafael Giner y Colomer, mi primer lector y mi amigo; a Camila Paz y Patricio Hernández Pérez, sin cuya constancia incansable este libro no estaría aquí; a Vicente Cervera Salinas, que lo acogió con infinita ternura; a Irene Jiménez; a Pilar Caballero, Mariluz Ibáñez, Rosina Vignale, José María Blas Abascal y Pablo Juan Maestre. A Paolo Mantegazza por estar tan lejos y tan cerca. A Fernando Gaona, por su entrega laboriosa al manuscrito.

A Félix Romeo Pescador, cuyo estímulo fue un acicate mientras lo escribía. Su memoria me acompañará siempre.

Y a Ofelia Grande, mi editora, por confiar en mí.

Traducción de canciones citadas

You've got a friend.

Carole King

(Tienes un amigo.)

Milano vicino all'Europa

Milano che banche che cambi

Milano gambe aperte

Milano che ride e si diverte.

Lucio Dalla

(Milán cerca de Europa / Milán qué bancos qué cambios / Milán piernas abiertas /
Milán que ríe y se divierte.)

Milano ogni volta

Che mi tocca di venire

Mi prendi allo stomaco

Mi fai morire.

Lucio Dalla

(Milán, cada vez / que tengo que venir / me da vueltas el estómago / me haces morir.)

E lontano se ne va tutt'a vita accussì...

Pino Daniele

(Así se aleja la vida.)

A modo mio avrei bisogno di carezze anch'io.

Lucio Dalla

(A mi manera, necesitaría caricias también yo.)

Ma la mia vita non la cambierò mai mai,

a modo mio quel che sono l'ho voluto io.

Lucio Dalla

(Pero mi vida no la cambiaré nunca, nunca / a mi modo, soy lo que quise ser.)

*Io non ti conosco
io non so chi sei
so che hai cancellato con un gesto i sogni miei*

Mina

(Yo no te conozco/ no sé quién eres/ sé que tú has borrado con un gesto mis sueños.)

*Chissà, chissà, domani,
sul che cosa metteremo le mani,
se si potrà contare ancora le onde del mare e alzare la testa
non esser così seria, rimani.*

Lucio Dalla

(Quién sabe, quién sabe, mañana / sobre qué pondremos las manos, / si se podrá contar todavía las olas del mar, y levantar la cabeza / no estés tan seria, quédate.)

*Aspettiamo che ritorni la luce
di sentire una voce
aspettiamo senza avere paura, domani.*

Lucio Dalla

(Esperemos a que amanezca / a escuchar una voz / esperemos sin miedo, mañana.)

A tonga da mironga do kabuletê.

Vinicius de Moraes, Toquinho

(–Toquinho...

–...Diga, diga.

–Vamos a hacer aquella canción que hicimos: «A tonga da mironga do kabuletê».

–¿Se puede?

–Sí, yo creo que sí, es decir, porque parece que es una expresión que no quiere decir nada bueno...

–Sí, yo creo que es una mala palabra, ¿no?

–Tú conoces la historia, ¿no?

–Más o menos.

–...En África, cuando un africano dice esto a otro parece que las tribus entran en guerras terribles, ¿no? Eh... que se comen el hígado el uno al otro.

–¡No sabía!

–Sí... todo lo que se sabe es que la última palabra es la palabra *kabuletê* de la expresión. parece que tiene algo que ver con la madre de uno...

–Vamos a cantarla!)

*Caro amico ti scrivo
E così mi distraigo un po'
E siccome sei molto lontano,
Più forte ti scriverò.*

Lucio Dalla

(Querido amigo, te escribo / así me distraigo un poco / y como estás muy lejos / más fuerte te escribiré.)

*Non so che viso avesse, neppure come si chiamava
con che voce parlasse, con quale vocepoi cantava
quanti anni avesse visto allora, di che colore i suoi capelli
ma nella fantasia ho l'immagine sua,
gli eroi sono tutti giovani e belli,
gli eroi sono tutti giovani e belli.*

Francesco De Gregori

(No sé qué rostro tenía, ni siquiera cómo se llamaba / con qué voz hablaba, con qué voz después cantaba / cuántos años tendría entonces / de qué color es su cabello / pero en la fantasía conservo su imagen, / los héroes son todos jóvenes y bellos, / los héroes son todos jóvenes y bellos.)

*E luntano se ne va
tutt'a vita accussì
e t'astipe pe nun murì.*

Pino Daniele

(Así se aleja la vida, y te proteges para no morir.)

Traducciones de la autora, con la colaboración de Marina Bettaglio.

Aunque pueda suponerse lo contrario, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.
O casi.

Créditos

Edición en formato digital: septiembre de 2013

© Lola López Mondéjar, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-43-2

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
LA PRIMERA VEZ QUE NO TE QUIERO	4
Epílogo prestado	182
Agradecimientos	183
Traducción de canciones citadas	184
Créditos	188